



HQN™

GENA SHOWALTER

AUTORA BEST SELLER DE THE NEW YORK TIMES

SIN CØRAZÓN

ENEMIGOS INMORTALES



GENA
SHOWALTER
SIN CØRAZÓN

ENEMIGOS INMORTALES



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2021 Gena Showalter

© 2022 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Sin corazón, n.º 252 - marzo 2022

Título original: Heartless

Publicada originalmente por HQN™ Books

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.

Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1105-479-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)
[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

A las mujeres que me animaron cuando dije: «Mirad, tengo esta idea». Mil gracias a Jill Monroe, Mandy M. Roth y Naomi Lane. No puedo expresar con palabras todas las formas en que me habéis ayudado. Os quiero y os adoro a todas.

Prólogo

Kaysar de Aoibheall, de doce años de edad, limpió la sangre y otras cosas de las garras de metal que llevaba adaptadas a la mano. Era la tercera vez que mataba en ocho meses. Contuvo el horror que sentía y echó a correr rodeando una línea de árboles para recoger a su hermana pequeña.

Cuando el trol había salido de entre las sombras, ansioso por comerse a su hermana de cinco años, Kaysar la había escondido tras un matorral y había obligado a aquel monstruo de un metro ochenta de altura a que retrocediera, valiéndose de su habilidad más poderosa, la voz de la coacción. Pero, al estar tan asustado, la voz se había... debilitado, y había tenido lugar una lucha brutal. Un enfrentamiento en el que él había ganado por poco.

Estaba lleno de cortes y heridas y tenía un aspecto horrible, pero Viori casi no se dio cuenta. Tenía la mirada perdida, y la expresión tan vacía como siempre.

—Todo va bien —le dijo él, sonriendo forzosamente, mientras la ayudaba a ponerse de pie. Ella se agarró con fuerza a su muñeca, Drendall—. Ven, cariño. Vamos a salir corriendo de aquí.

Los troles iban en manadas. Cuando te encontrabas con uno, era porque ibas a encontrarte con más.

Con el corazón acelerado, apartó a Viori de la carnicería. ¿Por dónde, por dónde? El mapa que se había dibujado con sangre en el brazo se le había emborronado en la batalla. Soltó una maldición en silencio. Iba a tener que improvisar.

Decidió tomar un camino serpenteante marcado por el curso de un arroyo y apretó el paso. La naturaleza endulzaba su respiración jadeante, y un viento cálido formaba remolinos con las hojas caídas. Agarró con fuerza la mano de Viori, porque le daba miedo que la muñeca y ella también volaran.

A pesar de lo temprano de la hora, unas sombras densas se arrastraban y

deslizaban al otro lado del arroyo. El follaje de las plantas carnívoras atraía a sus presas. El sol iluminaba la otra orilla con una luz dorada, pero allí había demasiados duendes, y los duendes eran ladrones. Otra amenaza. No podía permitirse el lujo de perder nada, porque todo lo que poseía era necesario para la supervivencia de Viori.

—¿Quieres que te cante una canción? —le preguntó, fingiendo despreocupación.

El tiempo pasaba en silencio. Su hermana no había vuelto a decir una palabra desde la muerte de sus padres. Al principio, él no se había angustiado por aquella falta de comunicación. Tenía demasiadas responsabilidades nuevas, estaba demasiado ocupado como para enfrentarse a su propio dolor y, mucho menos, al de otro. Ahora, sin embargo, pensaba un poco más en ello.

—Puedo cantar lo que quieras —dijo—. ¿Te apetece algo sobre una princesa y un príncipe?

Aquel era su tema favorito.

—¿Y si le canto a Drendall? ¿Crees que le gustaría oír una canción para ella?

Viori siguió mirando al frente, sin responder.

Él exhaló un suspiro de abatimiento. Estaba fallándole a su hermana.

Sabía que lo que le impedía hablar era el sentimiento de culpabilidad. Hacía ocho meses se había extendido una epidemia por su comunidad, y sus padres habían caído enfermos. Como sus padres trabajaban en el cultivo de los pétalos de duende para mantener a la familia, Viori había decidido utilizar su *glamara*, una habilidad sobrenatural innata, la más fuerte que poseía un hada. Como él, podía imbuir su voz de coacción y, cuando daba una orden, aquellos que la oían sentían el impulso de obedecer. No servía de nada tratar de resistirse. Sin embargo, Viori aún era muy pequeña, y su *glamara* no estaba perfeccionada. Ella no sabía que las emociones siempre afectaban al tono. Y, cuando los sentimientos negativos estaban detrás de las palabras, ocurrían cosas malas.

Cuando más temerosa, disgustada y desesperada estaba, Viori les había ordenado a sus padres que se sintieran mejor. Y el matrimonio se había sentido mejor al morir.

Ellos dos llevaban solos desde entonces. Viori había dejado de hablar.

Al día siguiente de que él quemara los cuerpos de sus padres, según la costumbre de las hadas, había llegado un recaudador de impuestos para saldar las cuentas pendientes incautando la granja. Ese día, un vecino les había dicho que podían quedarse con él... si encontraban la manera de corresponder a su increíble generosidad. Él se había negado.

Otra pareja se había acercado con la esperanza de adoptar a Viori, pero solo a Viori. Él también había rechazado su oferta, porque temía por la seguridad de la niña y no estaba dispuesto a ignorar el último deseo de sus padres: que siguieran juntos, pasara lo que pasara. Aunque él no tuviera un refugio ni dinero, sentía un amor incondicional por su hermana, y no creía que mucha gente pudiera decir lo mismo. Su hermana era la única familia que le quedaba, e iba a protegerla con su vida.

–Bueno, olvida lo de la canción. Mejor, te voy a hablar del pueblo que vamos a visitar.

Por lo general, elegía lugares que estuvieran a buena distancia de la Corte de Verano, la bulliciosa capital de su reino. Se rumoreaba que, a menudo, secuestraban a los huérfanos en la calle, y nunca volvía a saberse nada de ellos.

El silencio continuaba, y su congoja aumentaba.

–Dime cómo puedo ayudarte –le suplicó a Viori. Ella no respondió.

¿Cómo podía ayudarla a disminuir la angustia y el sentimiento de culpabilidad? ¿Cómo podía convencerla de la verdad? Él no la responsabilizaba por lo que había ocurrido. Él también había cometido terribles errores con su *glamara*.

¿Debía reconsiderar sus decisiones? ¿Estaría mejor aquella niña traumatizada con la pareja que quería adoptarla? Ellos tenían un hogar permanente. Podían darle estabilidad, tres comidas diarias de alimentos que ellos mismos habían cultivado, y no algunos bocados robados de cualquier sitio. Si Viori se quedaba atrás por algún motivo, no necesitaría esconderse. No correría peligro de que la atacaran los troles, o de algo peor. No tendría que sufrir por el frío o el calor. Tendría amigos y podría llevar vestidos bonitos, y no harapos.

¿Y qué pasaría cuando su nueva familia descubriera el alcance de su *glamara*? No había muchas hadas tan poderosas. Aunque los cánticos de su madre fascinaban a quien los oía, y cada palabra de su padre inspiraba una emoción y una impaciencia antinaturales, ninguno de los dos podía obligar a otros a someterse a su voluntad.

¿Y si aquella familia utilizaba a Viori para su propio beneficio y la trataba como un objeto? No. Su hermana no estaría mejor sin él. Él estaba haciendo todo lo que podía por protegerla, y entendía su lucha como nadie podía entenderla. Fuera como fuera, le daba una comida completa todos los días, conseguía agua fresca y encontraba refugios cálidos.

Con frecuencia, robaba lo que necesitaban. Como último recurso, utilizaba su *glamara*. Cuando lo hacía, Viori y él recogían todas sus cosas y se marchaban

al día siguiente, por si alguien se daba cuenta de la verdad. La gente temía lo que no podía controlar, y atacaba lo que temía.

Vio pasar otro grupo de duendes. Iban volando, gorjeando de júbilo, dejando un rastro de polvo brillante a su paso. ¿Dónde iban con tanta prisa? ¿Acaso ocurría algo especial?

Ayudó a Viori a saltar por encima de un tronco caído y se detuvo.

—Un segundo, cariño.

Estudió lo que quedaba del mapa. Había un pequeño claro un poco más adelante. ¿Se reuniría allí la gente? Sí, seguro que sí. Donde había gente había provisiones; comida, ropa y armas. O robaban algo los duendes, o lo robaba él.

Respiró profundamente, con miedo. Si lo atrapaban, Viori se quedaría sola en mitad del bosque, y no en una aldea, donde, tal vez, algún alma caritativa decidiera ayudarla. ¿Seguía hacia delante, o cambiaba de dirección?

Un momento. Oyó unas voces y se agachó, llevando a Viori consigo hacia el suelo. Eran dos hombres, y su tono era autoritario, iracundo. Eran hadas. Las emociones estaban exacerbadas, lo cual aumentaba el peligro. Viori y él podrían conseguir mejores provisiones en otro lugar. Decidió cambiar de rumbo.

Después de dar dos pasos, oyó el rugido del estómago de su hermana y, en medio del silencio, le pareció casi estruendoso. Se avergonzó. Cuando se trataba del bienestar de Viori, no tenía miedo, ni límites, ni amigos. Solo enemigos con una posesión temporal de sus cosas. Por alimentar a su hermana, merecía la pena correr un riesgo.

Mientras la llevaba hacia el arroyo, crujió una ramita bajo sus pies. El agua clara corría sobre las piedras preciosas del lecho, dejando un rastro de espuma blanca en la orilla. ¿Dónde podía esconder a Viori? Miró a su alrededor y vio dos posibilidades: enredaderas venenosas o troncos de enormes árboles con raíces muy gruesas que acogían legiones de hormigas de fuego.

Tendría que decidirse por las enredaderas venenosas. Llevó a Viori hacia ellas y se echó a temblar mientras notaba un dulzor en el aire. Las enredaderas venenosas aturdían a las hadas, y pocos de los de su especie se acercaban a ellas. Él la animó a que se agachara y se acurrucara entre los tallos, y le puso la muñeca en el regazo. Siempre y cuando Viori estuviera quieta, no tocaría el follaje.

—Sabes que siempre te voy a proteger, ¿no? Quédate aquí y no te muevas —le susurró, dejando la mochila a sus pies.

Su hermana no reaccionó. Estaba demasiado absorta como para darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

—Voy a ver qué pasa —le dijo, de todos modos—. Durante este rato, tienes que pensar en lo mucho que te quiero, ¿de acuerdo? Vuelvo enseguida.

Aunque estuviera herido y ensangrentado otra vez, volvería. Viori tenía la mirada perdida, y continuó en silencio. Con el corazón encogido, él le dio un beso en la frente y, después, besó también a la muñeca. Se alejó antes de cambiar de opinión. Se le empañaron los ojos. «Concéntrate. No mires atrás».

Atravesó el arroyo y salió a la otra orilla con los pies y las pantorrillas empapados. Iba dejando un rastro de agua tras de sí mientras avanzaba entre los árboles delgados y las sombras. Las ramas le arañaban la cara, pero se negó a disminuir la velocidad. El olor a flores desapareció y, en su lugar, fue percibiendo un hedor a podrido. Continuó la respiración y, sin querer, pisó un hongo rojo y amarillo que crecía en una piedra irregular.

De repente, un hombre profirió un horrible insulto, y se oyó el grito de dolor de una mujer. Él aceleró el paso, se quitó el arco que llevaba colgado del hombro y preparó una flecha. Fue acercándose, abriéndose paso por un laberinto de ramas y de hojas, donde había reunidos cientos de duendes embelesados. Cerca del último grupo de árboles, vio a tres hombres y a una mujer. Se quedó inmóvil para analizar la situación. Una niña pequeña, tres bestias grandes. Debían de ser soldados, y parecían ricos, tal vez de una familia real. Dos eran mayores, el tercero, joven, de dieciséis o diecisiete años.

Desde el lugar donde se encontraba tenía una vista de perfil de todos ellos. La chica permanecía de rodillas, mientras que ellos estaban en pie. Ella era pelirroja y llevaba un moño en la nuca. Su vestido, aunque era sencillo, estaba bien confeccionado, y tenía un escote amplio. Llevaba un collar de diamantes.

—Por favor —gritó, juntando las manos—. No hagas esto.

Los tres se burlaron de ella. ¿Los dos mayores eran hermanos? Los dos tenían el pelo blanco y lo llevaban recogido en un par de trenzas. Eran altos y musculosos, llevaban jerséis finamente tejidos, pantalones de cuero y botas de combate. Sobre los hombros llevaban espadas cortas con empuñaduras de hueso de hielo.

Hueso de hielo. Un cristal que solo podía encontrarse en las Tierras de Invierno.

Kaysar frunció el ceño. ¿Qué hacían unos guardias reales de la Corte de Invierno tan lejos de casa?

Apuntó al hombre más grande de todos. Aunque sabía que un puñado de flechas no iba a poder derribar a unos guerreros hada tan poderosos, también sabía que sí podrían retrasarlos y, con eso, ganaría tiempo para escapar.

—¿Acaso esperabas hacerte con mi reino a través de mi hijo, muchacha? —preguntó el más alto de todos, con furia.

¿Su reino? Se decía que el rey Hador Frostline era alto y musculoso, y que tenía una melena blanca y rizada. Y también se decía que su hermano menor, el príncipe Lark, se parecía a él. Sintió miedo. ¿Con qué se había topado?

El rey le dio una palmadita al adolescente en el hombro. Debía de ser el príncipe Jareth Frostline, su hijo.

—¿Tienes algo que decirle a esta mujer? —le preguntó.

—No, en absoluto. No es nadie para mí.

De repente, sintió ira. ¿Y si aquellos tres trataran así a Viori?

La muchacha se encogió. Se tapó la cara con las manos y comenzó a sollozar.

El príncipe Lark emitió un sonido de disgusto.

—Me portaré bien —dijo ella—. Puedo... puedo marcharme de la Corte de Invierno. Sí. Me marcharé y no volveré nunca. Por favor.

Los tres hombres se miraron y se echaron a reír.

—Ocúpate de ella, hermano —le dijo el rey al príncipe Lark—. Tienes que practicar.

—Mi habilidad es casi tan grande como la tuya —dijo el príncipe Lark, protestando.

—Casi. Pero te falta control. Vamos, adelante —dijo el rey, y señaló a la chica como si fuera algo sin importancia—. Practica.

Kaysar se dio cuenta de que tenía dos opciones: salvar a la chica y salvar su conciencia, tal vez, condenando a Viori y condenándose a sí mismo, o marcharse, condenar a la chica y condenar a su conciencia.

¿Podría salvarla? ¿Un niño contra tres hadas de la realeza? ¿Y si fracasaba? ¿Qué sería de Viori?

No tuvo que debatirse más. Bajó el arco. El bienestar de Viori le impedía hacer nada. Se le revolvió el estómago al ver que el príncipe Lark tomaba a la niña por la barbilla. Ella abrió mucho los ojos con una expresión de terror. Empezó a jadear como si se estuviera asfixiando, y aparecieron unas líneas negras en su piel. Trató de forcejear y de interrumpir aquella conexión, pero el príncipe continuó.

Las líneas invadieron sus ojos y bajaron por su cuello.

Kaysar lo presenció con ira.

Ella perdió las fuerzas. Sus forcejeos se debilitaron.

Él apretó los puños.

La muchacha quedó inerte, y el príncipe Lark le arrancó la cabeza de un solo movimiento. Se echó a reír al ver brotar la sangre. Siguió riéndose cuando el cuerpo cayó al suelo. El collar de brillantes se descolgó y aterrizó unos cuantos metros más allá. El rey y su hijo dieron vítores.

Kaysar sintió el ardor de la bilis en la garganta. El príncipe Lark levantó la cabeza como si fuera un trofeo de guerra. O un juguete infantil. Le dio una patada y la lanzó a buena distancia. Después, desapareció. Tenía la habilidad de teletransportarse, algo que él aún no había desarrollado. Sus compañeros lo siguieron al cabo de unos segundos.

Entonces, Kaysar emitió un bramido ronco y los duendes echaron a volar. Tomó una bocanada de aire y trató de concentrarse. Tenía que olvidar la atrocidad que acababa de presenciar. Más tarde se ocuparía de sus emociones. Con el comprador adecuado, aquel collar podría proporcionarle comida para Viori durante más de un mes.

Miró a su alrededor; había unos seis metros entre el collar y él, por un terreno cubierto de flores silvestres, sin rocas ni tocones de árboles. Ignoró su temblor y se colgó el arco del brazo. Volvió a tomar aire profundamente.

Entonces, salió corriendo por el claro, pero... a mitad de camino, alguien lo agarró con fuerza por el cuello y lo atrapó contra un cuerpo mucho más fuerte. Aunque luchó, su captor le retorció el brazo por detrás de la espalda.

—Ya me parecía que había olido a alguien entre las sombras —dijo su captor, y se echó a reír—. ¿Qué tenemos aquí?

El príncipe Lark chasqueó los labios contra la mejilla de Kaysar.

—¿Un ladrón travieso que quiere robar una propiedad de la Corte de Invierno?

Al ver que el rey y su hijo aparecían también, a pocos metros de distancia, el pánico se apoderó de Kaysar.

El rey frunció el ceño.

—No podemos permitir que haya un testigo que pueda desvelar nuestros secretos —dijo.

—Es una pena desperdiciar una cara tan bonita —respondió el príncipe Lark, frotándose contra Kaysar—. Déjame a mí. Yo me aseguro de que esté callado.

No, no. Sin ningún otro recurso, Kaysar se concentró en su *glamara* y habló con firmeza:

—Vas a liberarme. Vas a alejarte, y me olvidarás.

El rey palideció, y los príncipes se pusieron tensos, pero ninguno obedeció. Se miraron los unos a los otros.

–Creo que he detectado un hilo de compulsión –dijo Hador, y enarcó las cejas como si estuviera impresionado.

–Creo que sí –dijo el príncipe Lark, y pasó los dientes por el lóbulo de la oreja de Kaysar–. ¿Es que no sabes que para dar órdenes a un hada real, tu *glamara* debe ser más fuerte que la suya, sea cual sea tu poder?

Kaysar se quedó helado.

–Deja que lo mate –pidió el príncipe Jareth, con una sonrisa de maldad–. Como el tío, yo también necesito practicar.

El rey también sonrió, con una especie de alegría enfermiza, y desenvainó su daga–. Lo siento, hijo, pero le debo un regalo a tu tío. Aunque no voy a correr ningún riesgo...

Kaysar sintió horror y comenzó a forcejear con todas sus fuerzas. Sin embargo, el rey lo agarró por la barbilla sin dificultad y le obligó a abrir la boca. Entonces, le cortó la lengua con la daga, mientras los tres hombres se reían. Sintió un dolor lacerante, una agonía. La sangre le obstruyó las vías respiratorias.

Cuando le fallaron las rodillas, debido al mareo que sentía, el príncipe lo soltó, y él cayó al suelo. Trató de alejarse, arrastrándose. «Tengo que volver con Viori...».

Pero la oscuridad se lo tragó.

Un año después

Se oyó el tintineo del metal. Un chirrido de bisagras. Y, después, los pasos de su torturador, que subía por las escaleras. Kaysar tomó aire bruscamente. Con el corazón desbocado, retrocedió y se apretó contra la pared, envuelto en sombras. La carne desnuda tocó la piedra helada, y a él se le escapó un siseo. La cadena resonó levemente, contribuyendo con una nota nueva a aquella siniestra melodía.

Lark volvía.

El príncipe podría teletransportarse y aparecer directamente en la mazmorra, pero prefería aproximarse con lentitud para crear más terror.

Kaysar se fijó en detalles insignificantes. Estaba atardecando, y los rayos del sol entraban apagados por la ventana, iluminando la habitación más alta de la torre más alta del Palacio de las Tierras de Invierno, la joya de la corona de la Corte de Invierno. Allí, Kaysar tenía algunas de las comodidades que había querido darle a Viori. Una cama con un colchón de plumas. Una bañera y acceso a agua limpia, un verdadero lujo. Pero... cuánto odiaba aquel lugar.

Había sufrido desde el primer momento de su captura. El príncipe Lark y el rey Hador habían abusado de él a su antojo. Lo mantenían encerrado y atado con el collar de diamantes que él había querido vender a un tramo de cadena clavado a la pared. Los eslabones eran indestructibles. Sus carceleros le daban de comer lo mínimo para que sobreviviera.

Al principio, se había sentido como un animal atrapado. Había luchado contra la situación con todas sus fuerzas. La rabia, el odio, la culpabilidad y la vergüenza habían ido en aumento, y su mente se había roto. Y, al final, había descubierto que solo sentía odio. Hervía en deseos de masacrar a sus enemigos, de acabar con ellos entre gritos de dolor.

Y, después, podría comenzar a buscar a su amada Viori. Se le contrajo el pecho. ¿Estaría bien? ¿La habría encontrado alguien? ¿La habrían ayudado, o le habrían hecho daño? En sus peores pesadillas, se la imaginaba muriendo de sed, unos días después de que él la hubiera dejado entre aquellas enredaderas.

Se le cayó una lágrima.

Los pasos del príncipe se acercaron, y Kaysar se puso muy tenso. Aquel día iba a intentar escapar. Si fracasaba...

No podía fracasar.

Se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano y empezó a canturrear suavemente. La vibración se extendió por su lengua, que estaba empezando a regenerarse. Lark no lo sabía. Pero iba a comprobarlo muy pronto.

Kaysar sonrió al imaginarse cómo manaba la sangre de todos los orificios del cuerpo del príncipe.

Se oyó otro tintineo. Más chirridos metálicos. La puerta se abrió, y en el vano apareció Lark, ocupando todo el espacio. Rizos blancos y despeinados, orejas puntiagudas, ojos azules vidriosos. Llevaba una túnica blanca arrugada y pantalones de cuero, y un par de dagas enfundadas en un cinturón. Olía a vino avinagrado y a sudor.

—Creo que no te va a gustar lo que tengo pensado para hoy —le dijo a Kaysar, con una sonrisa.

Lo odiaba. Los odiaba a todos. Lark y Hador le habían arrebatado a su hermana. Le habían quitado la libertad y la cordura. Incluso le habían privado de su futuro. Él no iba a permitirlo más.

Riéndose, como siempre, el príncipe se acercó y dejó caer la camisa por el camino. El odio se acumuló en la garganta de Kaysar. Gritó:

—¡Detente!

Y Lark... obedeció.

El príncipe arrugó la frente con confusión. Trató de resistirse a la inmovilidad, pero no dio un paso más.

En aquel momento, Kaysar saboreó la victoria, y anheló más y más.

—¿Cómo? —preguntó Lark.

¿Cómo había conseguido él, que todavía no había alcanzado la inmortalidad, que se le regenerara una parte de la lengua?

—He estado tatareando una canción curativa —dijo. Hacía mucho tiempo que no hablaba. ¡Qué alegría!—. Y, ahora —dijo, frotándose las manos—, voy a hacerte sufrir.

El príncipe Lark forcejeó con ferocidad, pero era demasiado tarde. Kaysar lo atravesó con la mirada y gritó. Fue un sonido maravilloso, bello y espantoso a la vez. Hermoso y enloquecedor. Había gritado más veces, pero nunca así. Su voz era cada vez más fuerte, más resonante. Toda la torre tembló, y el aire se llenó con las crepitaciones de su poder, mucho más grande, incluso, de lo que había pensado.

Lark empezó a sangrar por los oídos, una visión gloriosa. Kaysar se concentró: «Matar a Lark. Escapar. Matar a todos los demás. Encontrar a Viori».

Cuánta diversión iba a experimentar en su camino de salida de la Corte de Invierno.

Lark se derrumbó, retorciéndose de dolor. Cuando no pudo soportarlo más, buscó a tientas una de las dagas que tenía en el cinturón y se apuñaló las orejas. Kaysar se acercó más, con la respiración entrecortada. El príncipe estaba sangrando por todos los orificios, como él había imaginado. Sonrió. Aquel era un comienzo maravilloso.

—Ayuda —suplicó el príncipe. Estaba pálido y tembloroso, y a Kaysar le recordó a la joven sirvienta que había implorado que le perdonaran la vida—. Ayúdame.

Aquel dolor y aquella indefensión fueron como un bálsamo calmante para el alma de Kaysar.

—Sí, deja que te ayude —dijo, poniéndose de rodillas.

Lark irradió una sensación de alivio cuando Kaysar le apartó con cuidado la sangre de los ojos. Entonces, al ver la mirada de Kaysar, el príncipe volvió a sentir terror.

Delicioso.

Mientras el hombre cabeceaba intentando negar lo que iba a suceder, Kaysar tomó la daga y lo apuñaló una y otra vez. Cada uno de los golpes le proporcionó una inmensa alegría, y se rio. Solo dejó de reírse cuando la cabeza de Lark se

separó de su cuerpo.

Frunció el ceño. El príncipe había muerto. Su vida se había extinguido. Sin embargo, él no había terminado de matarlo. Necesitaba matarlo otra vez. Unas cuantas puñaladas no eran suficiente.

Nunca habría nada que fuera suficiente.

Kaysar, lleno de sangre, jadeando, utilizó la punta de la daga para soltarse el collar. Era libre. Debería sentirse triunfante, pero estaba furioso. El cadáver del príncipe era una ofensa. Había muerto, y había dejado de sufrir.

En vez de sufrir durante toda la eternidad, uno de sus torturadores había muerto. No era justo. Lark había estado torturándolo un año entero, y había muerto en un momento. Inaceptable.

Decidió que no dejaría aquel reino sin matar a alguien más. Volvería para encargarse del rey Hador y del príncipe Jareth cuando hubiera reunido todas sus fuerzas. Dentro de poco tiempo, la familia Frostline iba a conocer los horrores que le habían infligido. No iba a matarlos con rapidez.

No volvería a cometer ese error.

Capítulo 1

Astaria, reino de las hadas
Corte de la Medianoche

–¡Cómo se atreve!

Kaysar el Desquiciado, rey de la Corte de la Medianoche, dio un puñetazo en el brazo de su trono. Era un complicado asiento, fabricado con gruesas ramas de enredadera venenosa. A lo largo del arco superior, había flores rojas como la sangre, con pétalos afilados y dentados. Tenían un olor dulce y embriagador.

–Hay que hacer algo –dijo.

El príncipe Jareth de las Tierras de Invierno le había mentido, y él odiaba a los mentirosos. Despreciaba a aquel príncipe por mil razones más, por supuesto, pero las mentiras... En su opinión, no había un crimen peor que mentir.

Va demasiado lejos.

Se preparó otro grito. Si uno no podía hacerse cargo de su maldad, tal vez no debería cometer el acto malvado. Con una mano envuelta en metal, se preparó para levantarse y golpear a Jareth. Con la otra mano, se agarró al trono para continuar sentado.

–Vuelve a contármelo, palabra por palabra, sin cambiar nada –le ordenó a su vidente–. Llena mis oídos, una vez más, con su crimen.

–¿Palabra por palabra? –preguntó ella.

–Sí –respondió él.

Aunque la vidente le había dicho su nombre más de una vez, él la conocía únicamente como Eye, una mujer muy bella a la que había salvado de los trastos hacía mucho tiempo. ¿Años? ¿Eones? El tiempo había perdido el sentido para Kaysar. Un día era igual al siguiente. Se despertaba pensando en diferentes modos de castigar a sus enemigos y, después, castigaba a sus enemigos. Aunque

el método variara, el objetivo siempre era el mismo.

–Muy bien –dijo. Con pavor, Eye repitió–: Lamento mucho deciros esto, Majestad, y, por favor, no gritéis, pero el príncipe Jareth se acerca a vuestras... fronteras.

–¿Cómo se atreve? –preguntó, nuevamente, Kaysar.

Eye pestañeó.

–Tal vez debierais estudiar el mapa –le sugirió, como una madre a un niño molesto–. Deseáis estudiar vuestro mapa, ¿no?

Su mapa. Se puso muy tenso, pero, después, se dejó caer en el trono.

–Sí, deseo estudiar el mapa.

Se pasó las garras por el antebrazo, como hacía de niño. Agradeció sentir el dolor, ver las gotas de sangre.

Durante todos aquellos siglos, había memorizado el mapa de Astaria y cada uno de los cinco reinos de las hadas, pero el arte de dibujar un mapa tenía un efecto calmante para él. Era el único vínculo que le quedaba con su hermana. ¿Tuvo de verdad una hermana en algún tiempo? Algunas veces, se preguntaba si se lo había imaginado. Si había sido un producto de su imaginación que le había servido para conservar la cordura. Sin embargo, en el fondo sabía cuál era la verdad.

Se grabó unas líneas rojas en la piel, haciendo cortes y utilizando las solapas de piel como marcadoras. Apenas sintió los últimos pinchazos, debido a la tensión.

–¿Majestad?

La palabra, pronunciada con suavidad, llamó su atención y alzó la cabeza. Se concentró en la mujer que tenía delante. Eye estaba rodeada de muros de ónice y de antorchas, y llevaba un vestido blanco. Parecía etérea como un sueño. Tenía una gloriosa melena oscura que enmarcaba su rostro delicado. Su piel era de un color un poco más claro que sus ojos castaños.

Kaysar respondió con los dientes apretados.

–¿Cuál es la única norma que te he impuesto, Eye?

Ella hizo un gesto de pesar, antes de responder:

–No puedo interrumpiros, Majestad. Pero, si me lo permitís, hay solo dos ocasiones en las que no voy a cumplir la norma, aunque me esté muriendo.

–Está bien. Di cuáles son.

–Cuando estéis estudiando mapas que no son mapas –dijo ella, y cambió el peso del cuerpo de un pie al otro–. Y en cualquier momento intermedio.

¿Mapas que no eran mapas? Kaysar se pasó la lengua por un colmillo. ¿Era

culpa suya que los demás no pudieran comprender sus obras de arte?

De niño, no tenía dinero para comprar papel y tinta, así que había tenido que adaptarse. Viori y él habían tenido que salir huyendo de su pueblo tantas veces, para evitar que los castigaran por intentar sobrevivir, que él necesitaba un mapa. El Bosque de los Muchos Nombres era un laberinto bien conocido porque engullía a los visitantes y, después, escupía sus huesos.

Su mayor miedo era encontrar los huesos de Viori en aquel terreno boscoso.

Sintió una constricción en el pecho. Le costaba respirar cuando pensaba en su hermana.

—Tu insolencia es preocupante, Eye. Pero soy un rey que conoce la clemencia. De vez en cuando. Te doy la oportunidad de evitar el castigo. Muéstrame lo que está haciendo el príncipe Jareth en este momento.

La vidente tenía la habilidad de fundir su mente con la de otros para revelarles las visiones que tenía del pasado, el presente o el futuro. Para ella era un proceso doloroso, pero a Kaysar no le importó.

Tal y como había hecho miles de veces, proyectó una imagen en su mente. Era la imagen de Jareth Frostline atravesando el Bosque de los Muchos Nombres con su flamante esposa, la princesa Lulundria, la niña mimada de la Corte de Verano.

—Enséñame cuál será el resultado de nuestro enfrentamiento —dijo él.

Jareth estaba deseando que se produjera aquel enfrentamiento. De lo contrario, ¿por qué iba a acercarse a sus fronteras?

¿Acaso el marido quería impresionar a su nueva esposa con su valentía?

Pues solo iba a encontrarse una humillación.

Después de que él escapara de su cautividad, había buscado incansablemente a Viori, pero su hermana había desaparecido sin dejar rastro. Se agarró con fuerza a los brazos del trono y clavó las garras en la madera. Ni siquiera Eve había conseguido atisbarla en sus visiones.

Los Frostline le habían arrebatado todo lo que amaba. Durante siglos, él había acumulado y refinado su odio y, ahora, iba a cerciorarse de que la familia real sufriera sin descanso, sin remedio. Hasta que Hador y Jareth experimentaran el mismo sufrimiento que le habían infligido a un niño pequeño y a su hermana, no tenía intención de terminar con aquella guerra personal. Así que la guerra no terminaría nunca.

Su sufrimiento no se había mitigado con el tiempo. Y el de ellos tampoco iba a mitigarse.

—Para mostraros el final, debo ver el principio —dijo Eye. Su gran rechazo por

la sangre era su principal defecto. Con otros muchos—. Y ¿para qué iba a molestarme? Los dos sabemos que el ganador seréis vos.

—Te vas a molestar porque yo te lo ordeno —respondió él, con una sonrisa. Una expresión que muchos habían descrito como «la imagen más aterradora del mundo».

¿Sabía que iba a ganar? Sí. Pero, de todos modos, quería ver el resultado.

En la batalla, no tenía igual, aunque no hubiera nacido con un talento innato para matar. Durante sus años formativos había trabajado de agricultor, como sus padres. En realidad, tenía éxito en la batalla porque nada podía distraerlo de su objetivo.

También era una ayuda el hecho de haber aprendido en las condiciones más difíciles. Había pasado siglos luchando contra troles, trasgos y ogros. Lo peor de lo peor.

Tal vez él también fuera un monstruo, ¿no? Pero, por lo menos, no era un mentiroso.

Después de tomar el control de las Tierras de la Noche, un territorio prisión habitado solo por la escoria de la sociedad, había creado un nuevo reino, el Reino de la Medianoche, sin que nadie pudiera impedirselo. Para las hadas, el poder equivalía al derecho. En cada territorio reinaba aquel que tenía la fuerza necesaria para conservar la corona.

Con los años, la Corte de la Medianoche se había convertido en el reino más rico de todos, porque tenía recursos de los que otros carecían. Además, las Tierras de la Noche eran las más peligrosas, tal vez, con la excepción de las Tierras del Amanecer.

Tan solo por diversión, había conquistado también unas tierras yermas atestadas de monstruos. Aún no había organizado otro reino, pero lo haría en cuanto se hubiera cansado de perjudicar a los Frostline.

Su ejército y él no tenían problemas para conseguir lo que él se propusiera, porque sus soldados estaban muy motivados y, en la lucha, no tenían rival. Mataban sin vacilación a cualquiera al servicio de los Frostline; pero, según las órdenes que habían recibido, respetaban la vida de los miembros de la familia real. Kaysar aún se arrepentía de haber matado tan rápidamente, y tan pronto, al príncipe Lark.

Nadie podía torturar a un muerto. Él lo había intentado.

Su único consuelo era que el resto de la familia deseaba estar muerta.

—Vas a mostrarme el final y todo lo que necesite ver.

Se apoyó en el respaldo del trono y clavó una de las garras en el brazo del

trono. El veneno de la enredadera brotó de los pinchazos.

El contacto con alguna de aquellas gotas podía paralizar a la mayoría de las hadas durante unos minutos y debilitarlos durante semanas. Kaysar se había expuesto al veneno progresivamente y había conseguido inmunizarse.

–Siempre hay algo que deberíais ver –dijo Eye–, pero solo vais a aceptar lo que queréis aceptar.

–Y tengo derecho a hacerlo. Ahora, muéstrame lo que te he pedido y nada más.

Eye cabeceó decepcionada. Después, proyectó otra imagen hacia su mente. En aquella imagen efímera, aparecía Jareth, de rodillas, ensangrentado, agachando la cabeza entre sollozos.

¿El príncipe Jareth, tan humillado como para llorar? Kaysar tenía que ver aquello.

La vidente se puso en jarras.

–¿Por qué no acabáis con la vida del rey Hador y el príncipe Jareth, y termináis de una vez por todas con vuestros sentimientos de odio?

Muchacha boba.

–Uno no se separa de las cosas que ama. Las mantiene cerca, se aferra a ellas.

El odio era su mejor amigo, el más antiguo. Su familia más cercana. Si lo perdía como había perdido a Viori, se quedaría sin nada.

Eye lo miró con lástima y señaló el tatuaje que él tenía en el bíceps. Era una serpiente enroscada formando un número ocho, mordiendo su propia cola, con una espada en el centro. Era el símbolo de su reino, y simbolizaba la guerra eterna.

–¿Por qué vuestro deseo de venganza es más importante que mi deseo de paz? Estoy cansada de la guerra, rey Kaysar. Vuestro pueblo entero está cansado de la guerra. ¿Es que eso no os importa?

–Qué pregunta más absurda. Por supuesto que no me importa. Mi pueblo tiene un techo, tiene comida y protección y, si alguien los ofende, es como si me ofendieran a mí. Solo exijo lo que me deben a cambio.

–Creéis que os deben obediencia ciega.

–No. Creo que me deben obediencia y honestidad.

Si alguien mentía, inmediatamente perdía el privilegio de respirar.

Ella alzó ambas manos.

–Vos impedís a vuestro pueblo que encuentre la felicidad.

Error.

–La felicidad es lo único que he dejado en sus manos. Si no la alcanzan, es solo culpa suya –dijo él, y ladeó la cabeza, observando con más atención a su oráculo–. ¿Has decidido que mis condiciones no son aceptables, Eye? Entonces, puedes dejar mi reino. Incluso te permitiré hacerlo con la cabeza sobre los hombros.

Para llegar a otro reino, Eye tendría que atravesar el Bosque de los Muchos Nombres. Algo difícil, teniendo en cuenta que él había afincado allí a los centauros, los ogros y los troles hacía mucho tiempo. Si alguien no estaba bajo su protección, o la de los Frostline, era muy posible que fracasara en su intento de pasar de reino a reino.

–No tengo deseos de dejaros –dijo ella, con un suspiro familiar–. ¿Acaso no deseáis el amor, las alabanzas y el respeto?

–No –respondió él, muy en serio.

A menudo, se le acusaba de ser cruel, de estar obsesionado y enloquecido. ¿Para qué iba a cambiar? Se gustaba a sí mismo tal y como era.

Ella se encorvó de hombros, como si le hubiera fallado.

–Si no os liberáis de vuestro deseo de venganza, no podréis abrazar vuestro futuro ni a vuestra compañera, la única persona capaz de daros aquello que tanto anheláis. Y no es venganza, os lo prometo.

Lo que él anhelaba tanto. Volver al bosque, con doce años, de la mano de su hermana pequeña.

–No tengo compañera, no la quiero, y solo anhele la venganza.

Eye estalló con desesperación.

–Podríais tener una mujer. Podríais tener algo más que dolor y soledad.

¿Soledad, él?

–Estoy empezando a cuestionarme tu cordura, Eye.

–Si seguís por este camino, os vais a condenar a una eternidad de tristeza –le dijo ella, mirándolo con pesar–. Perderéis todo aquello que os importa.

–Ya he perdido todo lo que me importaba. Ahora solo estoy correspondiendo.

–Pero...

–Ya está bien –dijo él, malhumoradamente. Se puso en pie de un salto, y añadió–: Los Frostline plantaron las semillas del odio en el terreno fértil de mi corazón. El rey y su hermano pasaron doce largos meses regando esas semillas, asegurándose de que germinaran y echaran raíces. Pero, aquí estás tú, quejándote de que un árbol dé su fruto. ¿Cómo te atreves? Los Frostline van a comer el fruto de su labor, eso te lo juro.

–Kaysar...

–Será mejor que contengas la lengua, Eye, antes de que aumente mi colección.

Sí, tenía varias lenguas en frascos, en una estantería especial de su habitación. También tenía otros órganos. ¿Qué mejor trofeo que una parte de sus enemigos?

–Muy bien, podéis ir –dijo ella, con un movimiento de las manos– a comenzar el principio del fin.

Antes de hacer algo de lo que pudiera arrepentirse más tarde, Kaysar se teletransportó al Bosque de los Muchos Nombres. Apareció exactamente en el lugar que había visto en las imágenes de Eye.

Se concentró en su misión: hacerle al príncipe Jareth todo el daño posible, el peor daño posible. Que comenzara la diversión.

Capítulo 2

Armado con garras, espadas cortas y dagas, Kaysar acechó al príncipe Jareth, a su esposa y a la guardia real del Invierno sin que detectaran su presencia. Había perfeccionado aquella habilidad hasta el límite. Como era de esperar, pudo observar a sus enemigos a medida que el cortejo de veintidós miembros atravesaba el bosque a caballo.

Los príncipes cabalgaban juntos y se acariciaban constantemente. Pronto, la lujuriosa pareja ordenó a los guardias que se detuvieran y que vigilaran mientras ellos se bañaban.

Claramente, los guardias temían una emboscada, y querían volver a casa. Kaysar chasqueó la lengua. La realeza, siempre tan egoísta. Sus actos ponían en peligro la vida de los demás.

Kaysar se movió de un sitio a otro, observando el perímetro. Ya se habían reunido en aquella zona ogros y troles. Y los duendes, que, además de ladrones, eran mirones.

Quince de los guardias se apostaron alrededor de una pequeña gruta, con la mano sobre la empuñadura de la espada, sin dejar de mirar a su alrededor en busca de depredadores. Los cinco restantes formaron un círculo alrededor de los demás.

¿Qué podía hacer? En el pasado, les habría cortado la cabeza a Hador o a Jareth del mismo modo que se la había cortado a Lark. Sin embargo, ahora se reprimía, porque su propósito era la absoluta tristeza de los Frostline.

Tuvo una idea, y sonrió. Aquel día, iba a ocuparse de la princesa Lulundria.

Rápida y sigilosamente, se movió entre la unidad. Les cortó el cuello a los hombres de la patrulla, y sus cadáveres cayeron al suelo sin que nadie se enterara. Cada vez con más excitación y más creatividad, se abrió paso entre el resto, rompiendo una muñeca por aquí, dando tres puñaladas por allá. Los veinte

soldados murieron con un gruñido de sorpresa y horror. Ojalá hubieran sido más.

Le gustaba mucho su trabajo.

Se limpió la sangre de las manos en la última víctima y se acercó al agua. Se sentó en la orilla. La pareja estaba nadando en la gruta, que estaba cubierta de hojas verdes y flores moradas. Un paraíso para dos amantes. En la orilla había piedras cubiertas de musgo. Corría una brisa fresca que transportaba olores increíbles: la dulzura de las flores, la frescura del agua, la calidez del sol.

—¿Cuánto me deseas, esposo? —le preguntó Lulundria al príncipe, en voz baja, mientras se pasaba los dedos entre los pechos.

Era el tipo de Jareth: alta, esbelta y delicada, con una melena de rizos de color rosa que caía en cascada por su espalda. Tenía los ojos de color esmeralda, y la piel pálida y brillante. Si lo recordaba correctamente, su *glamara* tenía algo que ver con las plantas, y ella podía cultivar un jardín entero en unos minutos. Su pueblo la adoraba por su naturaleza bondadosa. Algo que él mismo hubiera podido desarrollar de no haber sido por los Frostline.

—¿Y bien? —preguntó ella, mientras se sentaba en la orilla—. ¿Acaso te he robado el pensamiento?

Jareth se acercó nadando y le dedicó una sonrisa llena de calor. Con los párpados entrecerrados, se tomó el miembro por la base y se acarició a sí mismo. Dijo:

—Te deseo así, tanto como esto.

La princesa Lulundria se rio con la voz ronca, y Kaysar frunció el ceño.

—Si el tamaño aumenta más, querido mío, no vamos a poder encajar uno con el otro.

¿Qué derecho tenía Jareth a disfrutar de una mujer así, después de lo que le había hecho a aquella sirvienta?

¿Sabía la princesa que casarse con el príncipe Jareth la colocaba en el blanco de la diana del Desquiciado?

Si no lo sabía, pronto iba a enterarse.

—Oh, claro que vamos a poder, no te preocupes —dijo Jareth. Cuando se sentó a su lado, en la orilla, la princesa amoldó sus curvas suaves al cuerpo tatuado del príncipe. Él la abrazó y le mordió el labio inferior—. Voy a hacerlo despacio y con cuidado.

«Y yo te voy a sorprender cuando llegues al punto de no retorno».

La pareja de enamorados se besó. Se tendieron sobre la pila de ropa, con las armas de Jareth a su lado. Las manos empezaron a vagar, y se oyeron gemidos.

Él nunca había disfrutado con los besos y las caricias. Solo lo hacía cuando

era necesario, cuando quería utilizar como arma el placer que daba. Seducía a mujeres casadas para sonsacarles secretos de sus maridos. Nunca había entendido el placer que obtenían sus conquistas cuando estaban con él.

Se pasó las garras por el antebrazo mientras esperaba pacientemente el mejor momento para atacar. Aunque deseaba estudiar su último mapa, se reprimió. Tenía que seguir concentrado en su entorno y tomar decisiones.

¿Qué iba a hacer con la princesa Lulundria cuando la tuviera en su palacio? Había muchas opciones.

Por supuesto, podría matarla; eso le causaría a Jareth un inmenso dolor. Sin embargo, el dolor se mitigaba demasiado rápido. También podría seducirla y robarle su amor al príncipe; de ese modo, daría comienzo a un período de siglos de humillación y furia. Eso nunca envejecía.

Sin embargo, él no solía suscitar muchas emociones. ¿Podría conquistar solo con su encanto a una princesa que estaba enamorada de su marido? Aquel desafío le intrigó.

¿Desafío? No, no era ningún desafío. Sí podía conquistarla, como podía conquistar a cualquier mujer que se propusiera. Ninguna tenía la fuerza para resistirse a su hermoso rostro y su físico poderoso.

En realidad, era irónico; provocaba una gran lujuria en los demás, pero él nunca había experimentado una verdadera pasión. La tortura que había soportado con Lark y Hador había desconectado su mente y su cuerpo. Percibía pocas sensaciones, tan solo la presión, el calor o el frío. Nunca se había sentido cercano a una amante.

Para él, el sexo siempre sería una herramienta. Nunca había deseado a nadie por otra cosa que no fuera la venganza. Y nunca lo haría. No podía confiar en nadie.

Mientras Jareth colocaba a su esposa sobre las manos y los pies, se le ocurrió una idea verdaderamente malvada. ¿Y si la dejaba embarazada?

Era una idea repugnante, peor que el secuestro y la seducción, y, al mismo tiempo, era perfecta. En el reino de las hadas, desheredar al hijo de una esposa era un gran deshonor para un marido, fuera cual fuera el motivo.

Para apartar a su hijo del trono, Jareth tendría que exponer el negro corazón que tan bien escondía del resto del mundo, algo que no iba a hacer. De ese modo, impediría que la descendencia de Hador heredara la corona.

Una venganza muy dulce.

Así pues, todo estaba decidido. En cuanto Lulundra quedara embarazada, se la devolvería a su marido y disfrutaría de las consecuencias.

Estaba impaciente por empezar, así que se puso de pie, se colocó detrás del hombre que embestía a su esposa y lo agarró del pelo con un puño. Tiró de su cabeza hacia arriba y, con las garras, le cortó la mitad del cuello. Suficiente para provocarle un dolor insufrible, pero no para matarlo. Cuando el príncipe se agarró la garganta, saltó hacia atrás.

Sabía que Jareth iba a recuperarse a los pocos segundos y que utilizaría su *glamara*. Como uno de sus antepasados Frostline, tenía la habilidad de conjurar al hielo y lanzar dardos helados con las puntas de los dedos.

—¿Jareth?

La princesa miró hacia atrás, por encima de su hombro, probablemente, preguntándose por qué su marido se había detenido. Al verlo a él varios metros por detrás del príncipe, dio un grito y se arrastró en busca de su túnica para taparse.

El príncipe estaba sangrando y se ahogaba. Cayó hacia delante. Él se situó frente a la pareja y sonrió.

—Enhorabuena, Jareth. Milagrosamente, no has desgarrado a tu novia con tu enorme tamaño. Qué contentos debéis de estar los dos —dijo, y aplaudió—. Entre nosotros —añadió, en voz baja, como si estuviera contando un secreto—, no estoy seguro de si voy a poder decir lo mismo. De hecho, soy de tamaño gigantesco. Shhh. No digas nada. Quiero darle una sorpresa.

—No la toques —dijo Jareth, escupiendo saliva, mientras recuperaba la voz y se ponía en pie con dificultad—. Ni siquiera te atrevas a mirarla.

La princesa se colocó detrás de su marido con los ojos desorbitados. Jareth estaba casi recuperado, y comenzó a lanzar pequeñas astillas de hielo.

Kaysar apareció y desapareció, y los misiles se clavaron en el árbol que había tras él. Con una enorme sonrisa, se encaró con el príncipe:

—Vamos, adelante. Llama a tus guardias. Pídeles ayuda..., querido mío.

Al darse cuenta de que los había observado desde el principio, Jareth se lanzó al ataque. Él podría haberse apartado, pero recibió con gusto el puñetazo mientras destripaba a su oponente. Un viejo truco, uno de sus favoritos. El príncipe se tambaleó hacia atrás.

—¡Vete! —le ordenó a la princesa, con la voz enronquecida.

La princesa vaciló como si, realmente, estuviera planteándose ayudar a su marido. Eso permitió que Kaysar se teletransportara a su lado y la agarrara por la muñeca con fuerza. Ella trató de teletransportarse también, pero él tenía una resistencia más fuerte. Siempre ganaba en las batallas de voluntades. Jareth flexionó el codo hacia atrás para lanzar más dardos de hielo, y él decidió que iba

a ser el príncipe quien lastimara a su mujer de la peor manera.

Justo cuando Jareth hizo el movimiento para lanzar el hielo, Kaysar puso a la princesa delante de él, y los dardos de hielo se le clavaron en el pecho. Lulundria se tambaleó y se chocó con él. Se debilitó tanto que le fallaron las rodillas. Él la sujetó para que no cayera al suelo, disfrutando de su sufrimiento tanto como lo lamentaba Jareth.

Aunque aquel no era el mejor comienzo para una seducción, no estaba preocupado. Había superado cosas mucho peores.

—¿Hemos aprendido la lección de hoy, príncipe? Proteger a los demás antes que protegernos a nosotros mismos es algo que nunca termina bien para nadie.

Jareth no lo escuchó. Estaba conmocionado. Cayó de rodillas al suelo, entre sollozos, y Kaysar reconoció la visión de Eye.

—Mi hielo es un veneno para los habitantes de la Tierra de Verano. Y, para la realeza, más que para ningún otro. Ella va a... Va a... La has matado. Has matado a mi Lulu.

—No le hagas caso, querida —le dijo él. Jareth estaba inmóvil, destrozado, y Kaysar aprovechó para tender a la princesa en un lecho de flores silvestres. Sonrió—. Te curaré inmediatamente, en cuanto estés instalada en tu nuevo hogar.

Era cierto. Poseía una astilla de semilla de saúco; seguramente, la única que quedaba en el mundo. Aquella semilla mística tenía muchos usos, y uno de ellos era curar lo incurable.

—¡No! —gritó Jareth, abalanzándose sobre él—. ¡No permitiré que te quedes con su cuerpo!

Rodaron por el suelo, intentando dominar al contrario. La princesa se puso en pie, con dificultad, y echó a correr tambaleándose. Él permitió que se alejara. Por el momento. Ellos se levantaron del suelo y Jareth atacó una y otra vez a Kaysar.

—Ella no te ha hecho nada. Nunca te hizo daño. No le hizo daño a nadie.

—Se alió con tu familia —dijo Kaysar, y le dio un horrible zarpazo en el torso, riéndose al ver cómo había destrozado los músculos—. Eso es suficiente.

Jareth se debilitaba con cada nueva herida, pero no dejaba de luchar.

—¿Qué quieres de mí? ¿Qué puede acabar esta obsesión enfermiza que tienes? Dime lo que quieres, y lo haré.

—Lo quiero todo y no quiero nada, siempre y nunca, pero solo si no quieres dármelo —respondió Kaysar, moviéndose en círculo alrededor de su víctima—. ¿Por qué estás tan preocupado, príncipe? Es cierto lo que he dicho. Voy a curar a tu mujer, y quedará como nueva. Incluso te la voy a devolver. En algún

momento.

Jareth, con los ojos azules llenos de fuego, volvió a atacar con una fuerza renovada. Kaysar esquivó sus golpes antes de lanzarse a matar. Bueno, no iba a matarlo, pero casi. Abrió la boca y cantó. En pocos segundos, Jareth perdió todo el color. Se tapó los oídos con las manos, pero no le sirvió de nada. Empezó a sangrar por la nariz y se desplomó, retorciéndose de dolor.

Kaysar se calmó solo cuando el príncipe quedó inconsciente. Permaneció inmóvil, esperando una oleada de satisfacción. Un destello de triunfo. Algo... Había ganado aquella batalla, según lo vaticinado. Pero todo había sido demasiado rápido. ¡Demasiado! Bah, no importaba. Tenía más oportunidades. Y, muy pronto, la princesa estaría en su cama.

Antes, sin embargo, tenía que atraparla. Observó atentamente el entorno y vio un rastro de sangre entre los árboles. El paso de la princesa era cada vez más lento, y tenía la túnica empapada en sangre. Mientras la perseguía, unas ramas crujieron bajo sus botas, y ella miró hacia atrás con terror. Gritó y movió los brazos para intentar avanzar con más velocidad.

–Puedo ayudarte, princesa –le dijo.

Era cierto. Él nunca mentía.

En aquel momento, recordó haber visto al rey y a los príncipes Frostline por la ventana de su torre. Cuánto había rabiado mientras ellos tres engañaban a sus súbditos, sonriendo y saludando, aceptando las alabanzas y los vítores como si tuvieran un corazón de oro.

Lulundria volvió a mirar hacia atrás con una expresión frenética. Tropezó con un tronco y se cayó sobre un charco de barro. Aunque estaba más débil que antes, consiguió levantarse.

La princesa... ¿Qué era eso? De sus manos habían brotado unas enredaderas verdes llenas de espinas, que se deslizaban sobre la tierra y se ramificaban con un aspecto de serpiente. Los tallos crecían, se estiraban ante ella, y creaban niebla a su alrededor.

A distancia, los extremos de las enredaderas de la derecha y de la izquierda cambiaron de dirección, se elevaron hacia el cielo, se entrelazaron y formaron un arco.

La habilidad de la princesa iba mucho más allá de su *glamara* con las plantas. Había abierto un portal hacia el mundo de los mortales, algo que solo podía hacer un creador de portales. Al darse cuenta, Kaysar perdió la calma. Si Lulundria conseguía atravesar aquel portal, el hielo de Jareth acabaría con ella, y él perdería una oportunidad muy valiosa.

Se teletransportó directamente junto a ella y la agarró... ¡Arg! Ella se soltó de su mano. Las enredaderas permanecieron enganchadas a ella, tirando más y más hacia el portal.

–Solo deseo ayudarte –le dijo él.

Trató de agarrarla de nuevo, pero ella se lo impidió contorsionándose. Y Kaysar sabía que, si se colocaba delante del portal, la princesa podría empujarlo y llevarlo consigo hacia el mundo de los mortales. O sin ella. ¿Dejar a los Frostline sin un medio garantizado para volver a Astaría? No.

Sin embargo, necesitaba poner a su hijo en el trono de la Corte de Invierno. Su venganza lo exigía.

Así pues, utilizó la única opción que le quedaba: la compulsión. Cuando la princesa Lulundria atravesó el portal, él preparó su *glamara* y gritó:

–Vuelve conmigo, princesa. Regresa a mí por cualquier medio necesario.

Al momento, ella desapareció entre la niebla.

Las enredaderas quedaron reducidas a cenizas, y el viento se las llevó en un remolino. Kaysar se detuvo y soltó una maldición. Los creadores de portales necesitaban varias semanas para recuperar la fuerza después de abrir una de aquellas puertas. ¿Sería la *glamara* de la princesa lo suficientemente poderosa como para que la recargara ahora? ¿Aquel mismo día? Pasó una hora, durante la que él acumuló una frustración que lo reconcomió por dentro.

Ella debía volver. Tenía que volver. Seguramente, el deseo de obedecerlo la estaba consumiendo y la ayudaba a sobrevivir. Así pues..., ¿dónde estaba? ¿Cuánto tiempo iba a tener que esperarla?

Capítulo 3

*El reino de los mortales
Oklahoma City, Oklahoma*

Presente

–Espero que te guste el sabor de tus pelotas, Nick, porque estoy a punto de metértelas por la garganta.

Chantel Bardot, alias Cookie, dio unos golpecitos con los dedos en el mando del juego, a la velocidad del rayo, guiando a su Sombrerera Loca a apagar el fuego de un aspirante a príncipe azul.

Seguramente, durante los próximos dos minutos iba a recibir una docena de correos electrónicos en los que le pedirían que se comportara de un modo más profesional, pero, también, menos profesional, y... oh, sí, ¿podía seguir haciendo exactamente lo que estaba haciendo y, también, cambiarlo todo?

Nick, cuyo alias en la pantalla era Nicobra, se defendió con precisión, sin piedad, dándole una buena patada que la lanzó al otro lado del campo de batalla. Debido al golpe, su sombrero mágico cayó al suelo del bosque, y una de las cuatro barras de energía desapareció. Entonces, ella oyó que él le decía, con un ronroneo, a través de los auriculares:

–¿Y qué tal si te ahogas tú primero con mis pelotas, Cookie?

–Lo intenté, ¿no te acuerdas? Pero las tienes del tamaño de unas peladillas.

Cuidado. Había límites. Lo que ella le lanzara, él tenía derecho a devolvérselo. Además, no valía la pena enfrentarse con él, porque eso le causaría problemas con sus patrocinadores. Aunque odiaba a Nick, adoraba su trabajo. ¡Era lógico! Las empresas le pagaban por retransmitir videojuegos delante de una cámara. Y, en secreto, aceptaba encargos como sicaria digital, cobrando a

otros jugadores por aniquilar a sus competidores dentro del mundo del juego.

Una vez, Nick había intentado contratarla para que se liquidara a sí misma, sin saber quién estaba detrás de la pantalla.

¿A quién no le iba a gustar un trabajo como el suyo? Además, lo necesitaba. Había nacido con daños severos en el corazón, y había tenido que someterse a varias cirugías, a muchas pruebas médicas, a muchos protocolos de medicación, durante sus veintiséis años de vida. Tenía muchas facturas que pagar.

—¿Sabes que eres la peor chica con la que he salido? —le preguntó Nick—. Eres peor que la infiel y que la ladrona. Enhorabuena.

Ay. Para los que estaban mirándola a la cara, y no al juego, Cookie sonrió dulcemente, como si Nick acabara de hacerle un cumplido. No había que permitir nunca que un contrincante percibiera tu inquietud. Los puntos débiles se convertían en un objetivo eterno y ofrecían munición infinita. Nick demostraba esa teoría cada vez que se relacionaban. Durante su relación de un año, él había descubierto su vulnerabilidad más profunda: el rechazo. Y, ahora, le gustaba aguijonearla hasta que explotaba. Pero ella podía responder.

—Vaya, vaya, ¿alguien se ha puesto a la defensiva por su tamaño? —le preguntó, y chasqueó la lengua—. No te preocupes, cariño. El tamaño no importa. Desde el principio de los tiempos, las mujeres han mentido en eso de que preferían a un hombre contundente. Cuanto más pequeño, mejor, ¿eh?

Nick falló una serie de golpes, lo que permitió a Cookie recuperar el sombrero. ¿Acaso Nick había perdido la confianza? Vaya, qué pena.

En la parte derecha de la pantalla, aparecieron burbujas de comentarios, mensajes a favor y en contra de Cookie, de las mujeres en general, de los hombres... Una amenaza de muerte. Una amenaza de violación. Una muestra de apoyo... otra amenaza de muerte. Y otra amenaza de muerte contra cualquiera que la apoyara.

Decidió activar la semilla de saúco y su sombrero se recargó hasta la máxima potencia en pocos segundos. Entonces, embistió al príncipe con la cabeza y le rompió el cráneo. ¡Sí! Vivía para la sangre y los despojos. Por supuesto, solo en la pantalla. Aunque... sí, algunas veces, envidiaba a su avatar. Algunas veces, incluso, se preguntaba si tenía curiosidad por el asesinato. Pero solo de vez en cuando.

Nunca mataría a nadie en la vida real, no era una psicópata ni nada parecido. Disfrutaba haciéndoles tragar a los malos una buena ración de justicia, en la pantalla y fuera de ella. Siempre había sido así.

Después del amargo divorcio de sus padres, había vivido con su madre la

mayor parte del año y con su padre durante las vacaciones. Mientras ellos dos formaban nuevas familias, ella se había evadido con la ayuda de Court TV y los videojuegos.

A los dieciocho años hizo las maletas y se fue de Dallas a Oklahoma para trabajar en una empresa que había creado un juego multinivel llamado *La niebla A.E. El bosque del bien y del mal*.

En cada nivel se ofrecía una experiencia distinta. En general, el juego se desarrollaba en el entorno de los juegos de hadas y tenía muchos personajes que se mezclaban en territorios mágicos. Enchantia. Rhoswyn. Lol-oria. Uno podía diseñar y construir reinos propios, luchar contra otros para conquistar los suyos o competir en torneos con premios especiales.

Después de un tiempo, Cookie dejó la empresa para jugar por su cuenta, pero, aun así, decidió quedarse en Oklahoma. Allí había formado una familia. Una familia de verdad. Rara, sí, pero afectuosa.

Una vez, Nick formó parte de ella. Sin embargo, en el espacio de una hora habían pasado de ser una pareja feliz y compañeros en el juego, a enemigos en la vida y en el juego. Él quería hacer algo, ella quería quedarse en casa. Se habían peleado, y él le había echado la culpa de todos los problemas a ella. Nunca quería salir de casa. Lo ignoraba. El sexo era un aburrimiento porque tenía que ser muy cuidadoso con ella. En otras palabras, tenía más seguidores *online*.

De camino a la puerta, Nick le había dicho:

–Arréglate la cabeza para cuando llegue el próximo tío, ¿eh?

Aquello aún le dolía.

En el juego, le dio un golpe especialmente desagradable, pero no lo suficientemente desagradable. Vaya. Se estaba acabando el tiempo. En veinte..., diecinueve..., dieciocho segundos, el sombrero se agotaría. Si no conseguía drenar toda la esencia vital de Nick en ese tiempo, habría perdido la partida.

Con toda su destreza, jugó con más dureza, sin escrúpulos, aumentando la velocidad y la fuerza de los golpes. Nick estaba demasiado ocupado defendiéndose como para poder contraatacar, y perdió energía muy pronto. Cuando su príncipe azul recibió un golpe en la cabeza, gritó. Y cayó. Permaneció en el lugar de la caída, porque estaba demasiado débil como para levantarse.

Ella sonrió triunfalmente.

–Y, así, damas y caballeros, es como se trata a un niño enfurruñado que cree que está preparado para luchar contra las chicas mayores.

–Baja la voz, estoy durmiendo la siesta –dijo alguien, gruñendo, desde su habitación.

Era su compañera de cuarto de sesenta y dos años, Pearl Jean Levitt. Se habían conocido hacía dos años en la sala de espera del cardiólogo. Cookie había tomado cariño a Pearl Jean al instante, porque las dos eran sinceras al máximo y estaban chifladas.

–Buenas noticias. He ganado –dijo. Dejó el mando y cortó la sesión.

–Sí, has ganado –respondió Pearl Jean, que no estaba demasiado impresionada–. Por poco.

Una victoria era una victoria, ¿no?

–Entonces, ¿lo has estado viendo? –le preguntó Cookie.

Apagó las dos pantallas del ordenador y se quitó los auriculares.

–Solo porque no podía dormir. Tengo ciática. Seguramente, lo siguiente será la gota.

Cookie dio un resoplido. A Pearl Jean se le daban muy bien tres cosas: quejarse, las enfermedades y esperar siempre lo peor.

Su gato, Sugars, saltó desde el sofá a su mesa de juego y le dio un golpecito con la cabeza, pidiéndole caricias. A ella se le hinchó el pecho de amor por el gato, que estaba muy mimado, y le rascó las orejas. Su pequeña pantera doméstica había visto toda la partida, reprochándole en silencio que lo ignorara y rezando para que perdiera.

–La ciática, ¿eh? Te has ido a la cama porque te dolía mucho la cabeza.

–¿Es que una persona no puede tener tres enfermedades a la vez? –preguntó Pearl Jean.

–¿Y no puede ser esa misma persona un milagro médico que ha contraído todas las enfermedades conocidas por el hombre, e incluso algunas que no lo son?

–Hmpf. La juventud de hoy día. Demasiado descaró, poca educación.

–Sabes que me quieres.

–De vez en cuando –gruñó Pearl Jean–. Tal vez.

Cookie sonrió y se metió una cánula nasal por el agujero de la nariz para ponerse oxígeno. El tubo estaba conectado a un depósito portátil. Lo necesitaba desde hacía media hora, pero no podía perder contra su mayor contrincante.

Nick también retransmitía las partidas para *La Niebla A.E.* A la gente le encantaba ver cómo practicaba. Pero a la mayoría de la gente lo que le gustaba era verla a ella en combate.

–Ese chico, Nick –dijo Pearl Jean.

–¿Por qué no te levantas y vienes al salón para poder hablar como personas civilizadas?

—¿Es el que pensaba que vestías demasiado mal como para salir contigo? —preguntó su compañera de piso, como si ella no hubiera hablado.

—No.

El tipo al que se refería Pearl Jean se había echado a reír al ver su camiseta y sus pantalones de yoga, y ella no le había dado una segunda oportunidad.

—Entonces, ¿Nick es el que dijo que eres muy guapa pero que es horrible quedar contigo porque se te da fatal conectar con los demás?

—No. Además, ¿cómo voy a conectar con alguien que nunca ha vivido mi vida? En serio. ¿Por qué se supone que tengo que compartir mi bagaje vital con alguien que nunca va a entender el terror de tener una bomba en el pecho? Además, el tiempo es algo limitado. ¿Por qué voy a perder un minuto pensando en un pasado que no puedo cambiar?

Cuando terminó su discurso, estaba jadeando a causa del esfuerzo.

Hubo una pausa.

—¿Es Nick el que se quejó de tu impuntualidad?

—No, ese fue Paul.

Su única relación duradera. El mismo tipo que le había dado un buen golpe a su seguridad en sí misma al decirle que era horrible estar con ella.

—Y, por favor, no me recuerdes todos los motivos por los que me han dejado. Nick es el aspirante a héroe que me dijo que tenía que dejar de pensar en la estrategia del juego las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, y empezar a vivir para el futuro.

Para él era fácil decirlo, puesto que tenía un futuro.

Ella solo tenía el aquí y el ahora.

Cuando Nick había publicado el desafío uno contra uno en las redes sociales, ella debería haber rehusado. Algunas veces, las oportunidades eran como el Titanic: grandes, lujosas y bonitas, pero destinadas a hundirse. Debutar con un sombrero nuevo durante una retransmisión en directo era una gran oportunidad. Perder un juego porque no podía ponerse el oxígeno era un iceberg. Llevaba varios meses sin estar bien físicamente.

Sus contrincantes masculinos todavía dejaban que sus madres les quitaran la corteza del pan de molde de los sándwiches. Sí, ella tenía que mantener una doble estadística de victorias, o los espectadores perderían el interés. Y era su interés lo que pagaba las facturas.

Sin embargo, el dinero no era el motivo por el que jugaba. Ni sus patrocinadores ni los tratos con los *influencers*. Jugaba porque no le quedaba más remedio. Su corazón no se lo permitía.

Ay, cuántas cosas haría si alguna vez conseguía un trasplante.

Por fin podría experimentar la chispa de la vida, el entusiasmo que tenían todos los demás. El anhelo ardiente de conseguir más. De conseguir algo mejor. Entonces, podrían comenzar sus aventuras en la vida real. Nada ni nadie la detendría.

Mientras bebía de su botella de agua, se dio cuenta de que había olvidado los agradecimientos a sus patrocinadores durante la batalla.

—Vaya mierda.

Ahora, tendría cuatro docenas de correos electrónicos en la bandeja de entrada. Con un suspiro, apartó los envoltorios de los sándwiches y se levantó de la silla para estirarse. Su espalda protestó, y ella hizo una mueca de dolor. Quizá debería ser más comprensiva con la ciática de Pearl Jean.

Su compañera de piso apareció por el pasillo como si tuviera que cumplir con una misión.

—Estarás contenta —le dijo, moviendo un dedo en dirección a ella—. Con tanta charla, no he podido dormir.

Pearl Jean medía un metro setenta y cinco, dos centímetros más que ella. Las dos eran regordetas de busto y de trasero, y podrían pasar por una nieta y su abuela, aunque no tuvieran rasgos muy parecidos. Ella tenía el pelo castaño y una melena hasta los hombros, la piel suave y pálida y los ojos, grises. Pearl Jean tenía rizos plateados, piel dorada con arrugas y ojos de color azul marino. Una Marilyn Monroe mayor, como le gustaba decir.

—La próxima vez quítate el audífono y problema resuelto.

Pearl Jean farfulló algo. Sugars saltó al suelo y se restregó por las piernas de Cookie para decirle que estaba esperando la cena. Se lo había encontrado el año anterior en el jardín, herido y muerto de frío. Había buscado información en internet, lo había curado y le había devuelto la salud. Desde entonces, no se habían separado.

Él maulló en un tono quejumbroso para meterle prisa.

—Ya va, ya va —dijo ella, y se encaminó hacia la cocina arrastrando el depósito de oxígeno.

Tenía las mallas de yoga llenas de pelos, y necesitaba lavarlas cuanto antes. Algún día. Para poner la lavadora se necesitaba energía, y ella había quemado toda la suya matando a un enemigo virtual.

A su paso, una de las tablas del suelo crujió, como si fuera a colapsarse de un momento a otro. Cookie había ahorrado hasta el último céntimo para comprar aquella vieja casa de campo, porque anhelaba cumplir su sueño de infancia y

vivir en una casa grande y cuadrada con hectáreas de tierra, rodeada por una valla de madera blanca y con un enorme roble en el jardín. Se había imaginado a los vecinos dándole la bienvenida con estofados y pidiéndole prestados huevos para bizcochos de emergencia en el último minuto.

Deseaba vivir en una comunidad como las que había visto en la televisión. Todo el mundo hacía la compra en el mismo supermercado, detestaba al mismo equipo de fútbol americano y se contaba demasiada información personal.

Había pensado: «Compra la casa. Gástate el dinero. Disfruta de la vida mientras puedas».

Traducción: «Todos a bordo del Titanic».

Oportunidad. Choque. Hundimiento.

Ahora, la casa se estaba derrumbando lentamente a su alrededor. El wifi, en un pequeño pueblo, tenía que llegar desde lo más profundo del infierno. El señor Benson, el único vecino que tenía a poca distancia, de más de mil años, nunca le había prestado la más mínima atención y, por supuesto, nunca le había preparado nada de comer.

Bueno. Tenía cosas mejores que hacer que lamentarse por los sueños incumplidos. Se concentró en prepararle a Sugars su ración diaria de pienso, con comida húmeda en el centro. Cuando terminó, él miró el cuenco y maulló en tono de aprobación. Mientras Sugars comía, ella se fue a su habitación para dormir una pequeña siesta y recuperarse. Sin embargo, Pearl Jean estaba haciendo guardia en el salón.

—Vamos, siéntate. Tenemos que hablar. Y, por si hay alguna confusión, no te lo estoy pidiendo.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella. Ya no tenía la adrenalina corriéndole por las venas, y se sentía muy fatigada. ¿Que se sentara? Sin problemas. Soltó el depósito y se dejó caer en el sofá—. ¿De qué quieres hablar?

—Hoy estás reaccionando mucho más despacio de lo normal, y me he dado cuenta de que te cuesta mantener la concentración.

Así que había estado viendo el juego por algo más que aburrimiento, ¿eh?

Como necesitaba un momento para pensar en la mejor respuesta, miró los muebles desgastados, la enorme televisión de plasma, los retratos de familias sonrientes que Pearl Jean y ella habían comprado en rastrillos, y la mesa de centro llena de todos sus objetos imprescindibles: una botella de agua, el iPod, los auriculares, una bolsa de crackers, un iPad cargado con historias de crímenes reales y novelas románticas, y más chucherías.

Desde allí, también tenía una buena vista en los ventanales del salón. Se

veían las nubes rosadas en el cielo, y la puesta de sol en el horizonte de su terreno descuidado. Los frutales ya no producían fruto, y todo estaba lleno de malas hierbas. Qué daría por tener fuerza para atender el jardín. O, por lo menos, para tener dinero y poder pagar a alguien que lo hiciera.

—Hoy estoy bien, Pearl Jean, y mañana estaré bien. De veras. No quiero que te preocupes. No vas a despertarte y a encontrarme muerta.

—¿Seguro? Porque, en este momento, tienes cara de muerta.

—Sí, últimamente siempre estoy así.

Hacía doce meses, el médico le había dicho que le quedaban once de vida. Así pues, estaba viviendo un tiempo prestado.

—Va a llegar, ya lo sabíamos.

—No. Tiene que haber algo que podamos hacer. ¿Has puesto anuncios en páginas web de la Darknet?

—No se llama así...

—No me importa cómo se llame. Úsala. Puede que tengas suerte y encuentres un corazón a la venta para el trasplante.

Cookie tuvo que pestañear para que no se le cayeran las lágrimas. Si ella se desmoronaba, Pearl Jean también se iba a desmoronar.

—No, no voy a buscar un corazón en internet —dijo, con suavidad.

—¿Es por el dinero? Porque estoy dispuesta a donar toda mi pensión de la Seguridad Social.

En aquel momento, la fatiga venció a Cookie. Abrió los ojos con dificultad, y preguntó:

—¿No podemos dejar esta conversación para más tarde?

—No, no podemos —dijo su amiga—. Esto es un asunto de vida o muerte.

Iba a tener que dejar las cosas claras. Brutalmente.

—Está bien. Sé que no voy a conseguir un corazón. Voy a morir dentro de poco. Antes de irme, quiero asegurarme de que Suggy y tú tengáis alguien que os cuide.

Preferiblemente, alguien que estuviera dispuesto a atender los caprichos de la pequeña pantera de la casa, tal y como Sugars merecía, y que también estuviera dispuesto a soportar a Pearl Jean cada vez que se quejaba de que estaba a las puertas de la muerte.

En otras palabras, tenía que encontrar un unicornio. A un gran amigo.

—Está bien, sí —dijo Pearl Jean, asintiendo—. Podemos dejar esta conversación para más tarde.

Suggy terminó de comer y se subió al sofá. Caminó por encima de las

piernas de Cookie y se acurrucó en su pecho.

Al mover la mano para acariciarlo, vio que su teléfono móvil se iluminaba. Comenzó a sonar. Qué extraño; lo había silenciado antes de empezar la partida contra Nick.

Un momento. Lo había programado para que hiciera una excepción.

Se quedó boquiabierta. No era posible. Aquello no podía estar sucediendo. ¿Era cierto?

Riiing. Miró a Pearl Jean.

–Creo que... puede ser... un corazón –dijo.

–¿A qué estás esperando? –preguntó Pearl Jean, vibrando de emoción–. ¡Responde ahora mismo!

–Voy, voy –dijo Cookie. Tomó el teléfono, descolgó y se lo puso en el oído.

–¿Sí? ¿Dígame?

–¿Chantel Bardot? –preguntó alguien, en un tono de júbilo.

–Sí, sí. Soy yo. Y... ¿quién es usted?

–Soy la persona que va a decirle que hemos encontrado un corazón. Ya se les ha notificado a su cirujano y al equipo de trasplante.

La mujer siguió dándole información, pero Cookie ya no la oía.

¿Iba a suceder de verdad?

¿Iba a vivir?

Capítulo 4

Seis meses después

Cookie miró a su alrededor. Estaba paseando a Sugars con una correa por el jardín, y todo parecía normal. El sol matinal se filtraba por las copas de los robles, y los pájaros cantaban en las ramas. Había una familia de conejos asomados a un arbusto lleno de flores, observándolos, aunque estuvieran en invierno.

Todo parecía normal. Sugars persiguió una hoja movida por el viento, y Pearl Jean avanzaba a su lado en un scooter. Sin embargo, para ella nada era normal. Durante veintiséis años se había sentido como si solo existiera, y no como si viviera. Nunca era tan rápida ni tan fuerte como los otros niños. Debía mantener una dieta estricta y tomar medicación. Tenía que ir al médico constantemente. Pero, ahora, de repente, ya no tenía el corazón con el que había nacido, sino el de alguien que lo había donado generosamente al morir... Ella, Chantel Melissa Bardot, tenía una oportunidad para vivir. Y sin embargo...

Todavía le falta el entusiasmo. Las ganas de vivir. Había pensado, durante tanto tiempo, que su muerte estaba cerca, que se había acostumbrado a aquel estado de ánimo y se sentía cómoda con aquella visión del mundo. Pero las cosas habían cambiado, y se suponía que debía vivir, por ella misma y por la mujer que la había salvado.

Sin duda, la familia de la donante esperaba que hiciera grandes cosas con el regalo que le habían hecho. ¡Cuánta presión! ¿Y si había otros pacientes que hubieran sido más dignos de recibir aquel corazón? ¿Y si ella lo echaba a perder y todo había sido en vano? No tenía ni idea de qué hacer con aquella segunda oportunidad.

Y lo peor era que la paranoia que sentía había reiniciado su cerebro.

Constantemente, tenía la sensación de que la seguían. Lo sentía todo el tiempo. Tenía un sudor frío en las palmas de las manos.

Además de la paranoia, también se sentía como si fuera imparable y, al mismo tiempo, tan frágil como el cristal, como si pudiera hacerlo todo y no pudiera hacer nada. Antes de la operación, tenía motivación, pero no tenía energía. Después de la operación, tenía mucha energía, pero su motivación era muy confusa.

¿El resto de la gente, la gente normal, también se sentía así?

¿Había conseguido un corazón sano, pero había perdido la cordura?

Debería preguntárselo a su psicólogo, si alguna vez reunía el valor suficiente como para salir de la granja.

—Y, a propósito, vas hecha un adefesio —le dijo Pearl Jean, sin ningún reparo.

—¿Yo? —le preguntó ella. Dio un sorbo a su café humeante y se colocó bien las gafas en la nariz—. ¿Yo voy hecha un adefesio? ¡Pero si llevo la ropa que me has tejido tú!

Abrió los brazos para mostrar mejor el jersey y la bufanda que le había hecho Pearl Jean y que le había regalado las Navidades anteriores, las mallas y las botas con suela de goma.

—Pensaba que serías lo suficientemente lista como para guardar ese jersey y esa bufanda en el fondo de un cajón —le dijo su amiga.

—¿Qué puedo decir? La comodidad y el calor siempre estarán por encima del estilo.

En cuanto a la ropa interior, llevaba un sujetador deportivo y unas bragas de tipo abuelita, aunque, últimamente, había estado mirando lencería sexi por internet con más interés de lo normal, preguntándose cómo se sentiría llevando aquellas prendas y cómo reaccionaría un novio. Aunque no tuviera novio, ni quisiera tenerlo. Los hombres requerían trabajo, y siempre fallaban.

Seguramente, iba a hacerse un tatuaje. Aquel era otro deseo nuevo. Algunas veces, se había imaginado ramas de hiedra enredadas por sus muñecas, por las manos y por los dedos.

—¿Y los Cheetos que llevas en el pelo? —preguntó Pearl Jean—. ¿También son parte de tu estilo?

Se le salieron algunos mechones de pelo del moño que se había hecho descuidadamente mientras bordeaba una planta para evitar tocarla, por si ocurría algo extraño. Algunas veces, tan solo con un roce de su piel, aparecían flores instantáneamente. Pero no quería pensar en eso, porque su pánico iba en aumento.

–Para que lo sepas, tú también vas hecha un adefesio –le dijo a Pearl Jean.

–Por favor –respondió su amiga–. Se te nota mucho que me tienes envidia.

A pesar del frío, Pearl Jean le dio un sorbo a su té helado dulce. No le gustaban las cosas calientes y, además, según ella, algunas veces era necesario olvidar que podía enfermar de diabetes.

Llevaba un enorme sombrero amarillo sobre los rizos plateados para proteger un par de manchas solares que parecían más sospechosas que el día anterior, un vestido tipo túnica y un albornoz.

–Siempre me he considerado mejor que un buen whisky de malta. Mejoro con la edad, y soy capaz de dejar alucinado a cualquiera.

–Estoy de acuerdo en que eres un buen whisky de malta, mejor cuanto más antiguo. Crucemos los dedos, espero que te sirvan con hielo.

Pearl Jean dio un resoplido.

–Mocosa enfermiza.

–Vieja bruja.

Sugars se concentró en un bichito del suelo y se lo comió. Qué agradable.

De repente, empezó a oler a mezquite. El señor Benson debía de haber encendido la parrilla. Cookie respiró profundamente el aire, sin necesidad del depósito de oxígeno. Una experiencia maravillosa, hasta que le rugió el estómago de hambre. Vaya. Necesitaba desayunar. Corrección: necesitaba desayunar por cuarta vez.

Desde que se había despertado en el hospital, con tubos por todas partes, era como un pozo sin fondo, pero no engordaba ni un gramo. Para tratar de llenar el pozo, un poco antes se había comido casi su peso en donuts azucarados, Cheetos y galletas con pepitas de menta. Estaba claro que tenía que seguir intentándolo.

Pasaron dos mariposas volando y... ¡Vaya! Tenían rostros humanos..., ¿de veras? Los dos insectos dieron la vuelta y se le acercaron, y Cookie contuvo el aliento. ¡Sí! Tenían bocas humanas e iban hablando, pero ella no oyó ningún sonido. Sintió pánico y movió las manos por el aire, y sus dedos borraron las imágenes. ¿No había sido más que la niebla?

Se le revolvió el estómago. ¿Qué significaba? ¿Estaba dormida o se había vuelto loca? Miró a Pearl Jean.

–¿Has visto las mariposas? –le preguntó.

Su amiga frunció el ceño.

–¿Qué mariposas?

Tal vez debiera empezar a tomar de nuevo la medicación.

–Nada, nada, no importa –murmuró.

Su amiga hizo girar el manillar del scooter para esquivar una piedra.

–No me digas que no importa –replicó Pearl Jean–. Últimamente he estado notando cosas raras por aquí, y creo que deberíamos hablar de ellas.

Oh, oh... Pearl Jean debía de querer respuestas para otros cambios más personales que ella había experimentado. Y ella no estaba preparada para hablar de eso. Se encogió, como si pudiera evitar aquella conversación disminuyendo de tamaño.

–Vamos a decir que estamos de acuerdo en que han ocurrido cosas extrañas y dejamos lo demás como está. ¿De acuerdo? Por favor.

–Ahórrate las súplicas. No, no estoy de acuerdo. Te has recuperado de un trasplante de corazón en cuestión de semanas –respondió Pearl Jean–. Ni siquiera tienes la cicatriz. Hace seis meses tenías el pelo azabache y la melena te llegaba por los hombros. Ahora tienes la mitad de los mechones de color rosa y te llegan hasta la mitad de la espalda. ¡Y te ha crecido dos veces hasta ahí! Sí, sé que te afeitaste la cabeza el otro día. Antes, tenías los ojos de color gris oscuro. Ahora son verdes, solo tienes unas manchitas grises. Las plantas florecen como por arte de magia en tu presencia. ¿Qué ocurre?

Cada una de aquellas acusaciones fue como un puñetazo. Su amiga no sabía ni siquiera la mitad. Sin tomar las medicinas, algo que, supuestamente, era una sentencia de muerte para ella, había mejorado.

–Te doy una idea: ¿estás completamente senil?

–¡Ah! Y siempre hueles a rosas recién cortadas, sobre todo, cuando sudas. Es nauseabundo.

–¿Será que estoy poniéndome demasiado Chantel N°5?

–No te hagas la lista conmigo, querida. Por mucho que te parezcas a tu avatar, con esos enormes ojos y los labios rojos y carnosos, hay oscuridad en ti y, desde la operación, se ha intensificado. No –dijo, cuando Cookie abrió la boca para responder–. No me digas que son imaginaciones mías. Dime qué le ha hecho el corazón nuevo a mi mejor amiga.

Cookie quería decírselo. Había estado a punto de hacerlo muchas veces. Pero ¿y si alguien escuchaba la conversación? El día anterior, por la mañana, había mencionado que tenía ganas de comer tortitas con sirope de fresa casero. Antes del mediodía, en todas las páginas web que visitaba aparecían anuncios de tortitas con siropes especiales.

Tal vez fuera una conspiranoica, pero había espías por todas partes escuchándolo todo. Si alguna vez corriera la voz de sus cambios, podría terminar encerrada en un laboratorio del gobierno. Ese era uno de los motivos por los que

se había saltado sus últimas consultas médicas. Callarse le había parecido la mejor opción.

«Vuelve conmigo».

Cookie dio un respingo. Había oído más veces aquella voz grave y ronca, aquellas tres palabras que parecían un recuerdo de algo muy lejano. Y siempre había sentido el impulso de obedecer. Pero, volver..., ¿dónde? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Quién estaba hablando con ella?

De nuevo, tuvo la sensación de que estaban observándola, y echó un vistazo por encima del hombro. Vio una hierba suave y exuberante, los árboles, cuyas ramas se movían mecidas por el viento y, a cierta distancia, la granja, una adorable casita con la pintura desconchada y bastantes tablas rotas, que aún no había podido arreglar. La metáfora perfecta de su antigua vida. Descuidada, olvidada y batida por las tormentas.

En realidad, parecía que todo estaba en orden. Nadie la seguía. Sin embargo, tuvo un escalofrío de inquietud.

Tenía que liberarse de aquella paranoia, y rápido.

—Hazme caso —le espetó Pearl Jean—. ¿Qué sabes de la donante?

—No mucho —dijo Cookie—. Me dijeron que tenía mi edad y que sufrió algún tipo de accidente. La familia no quiere tener contacto con ninguno de los receptores de los órganos.

—Está bien, dime la verdad. ¿Tienes superpoderes o algo así? A mí puedes decírmelo. Seguro que puedo aceptar tus rarezas en el futuro. Después de todo, el hogar de uno está donde está su corazón, y el corazón está donde están las galletas.

A Cookie, al oír aquel juego de palabras con su apodo, «Galleta», se le encogió el corazón. Vaya con aquella mujer.

—¿Acabas de hablarme como el Monstruo de las Galletas?

«Me ha robado otro pedazo de alma».

Pearl Jean refunfuñó.

—Es posible.

—Está bien —dijo Cookie—. Vamos a hablar —añadió. Miró hacia atrás de nuevo, con recelo, y tomó a Suggy en brazos—. Pero cuando estemos en casa.

—No. No quiero esperar más —dijo Pearl Jean. Se puso delante de Cookie con el scooter y le cortó el paso—. No nos vamos de aquí hasta que me expliques lo que está pasando. Ella volvió a mirar hacia la derecha, hacia la izquierda, hacia atrás. Cada vez estaba más inquieta.

—De un modo u otro, nos vamos dentro.

Su intranquilidad debió de resultar muy contagiosa, porque, por una vez, Pearl Jean no la contradijo.

–Está bien. Vamos a casa.

A medio camino de vuelta, aparecieron de nuevo las mariposas, y comenzaron a volar en círculos alrededor de Cookie. Cuando ella se detuvo, las mariposas se detuvieron también, revoloteando suavemente cerca de ella. Observándola.

Cookie notó otros detalles. Tenían el rostro humano, de unos veinte años, y cuerpecillos humanos del tamaño de su dedo índice. Las dos iban vestidas con hojas de trébol. La hembra tenía el pelo azul hasta los hombros y las alas blancas, mientras que el macho tenía el pelo blanco y las alas azules.

–Por favor, dime que tú también lo estás viendo –le dijo a Pearl Jean.

–¿El qué? –preguntó su amiga. Hizo girar el scooter y volvió a su lado con cara de preocupación–. ¡Cookie! ¿Qué es lo que tengo que ver? –insistió.

–No lo sé todavía. Pero estoy deseando averiguarlo.

Temblando, Cookie le pasó a Suggy a Pearl Jean y trató de alcanzar las mariposas. En aquella ocasión, las imágenes no desaparecieron, pero tampoco se pusieron contentas con aquel movimiento. Le sisearon y le mostraron unos colmillos blancos muy afilados.

Al instante, se le calentaron los dedos. El chisporroteo empezó en sus huesos y se extendió por los poros de su piel.

–Lleva a Sugars a casa, Pearl Jean –le dijo a su amiga. Nunca se había dirigido a ella en un tono tan duro, pero quería que obedeciera.

–No puedes...

–Vamos. Ahora.

El calor se extendió por todas sus palmas, y Cookie gimió. Al ver que surgían llamas, se quedó boquiabierta y, más aún, cuando vio que le brotaban hojas de los dedos. El vaso de café se le cayó al suelo, y sintió horror y confusión. Las enredaderas comenzaron a crecer, a deslizarse por el suelo y a entrelazarse.

–Solo es una alucinación, una alucinación –canturreó.

–Entonces, ¿por qué lo estoy viendo yo también? –gritó Pearl Jean–. No soy capaz de racionalizar esto...

A cierta distancia, las enredaderas se irguieron, y, cuando llegaron a los dos metros de altura, sus extremos se unieron formando un arco lleno de espinas. Una niebla espesa llenó el espacio entre los tallos y una fuerza increíble empujó a Cookie hacia delante. Ella se tambaleó e intentó clavar los talones en el suelo,

pugnando por desvincularse de las enredaderas. Sin embargo, no lo consiguió; las plantas tiraron más y más de ella y consiguieron arrastrarla por la hierba.

–¡Socorro! ¡Que alguien nos ayude! –gritó Pearl Jean tras ella–. ¡Cookie!

–¡Pearl Jean!

¡No! Cookie sintió cómo le golpeaba el corazón en el pecho mientras volaba a través de la niebla.

Capítulo 5

Entre jadeos, aturdida, Cookie se levantó y miró a su alrededor. ¿Qué...? ¿Cómo? No podía procesarlo. Su jardín había desaparecido. Aquel sitio era... otra cosa. Y no eran imaginaciones suyas. Todo era real.

Se dio la vuelta. El corazón le latía a toda velocidad. Había árboles rosados y blancos, y flores de todos los colores, esponjosas como el algodón de azúcar, que soltaban pétalos en una brisa cálida. Había mariposas humanas revoloteando y dejando un rastro brillante en el aire. A su derecha había un arroyo que discurría sobre cristales relucientes. En otra orilla, se deslizaban sombras por encima de las ramas nudosas de los árboles y sobre la hierba. Las hojas tenían los bordes dentados y se unían unas con otras como si estuvieran masticando algo. Y tal vez fuera así porque caían gotas de color sangre por las puntas.

Cookie tragó saliva al observar algo que se movía a sus pies... Dio un grito y saltó para esquivar a cientos de arañas que salían de debajo de sus botas.

Las mariposas permanecían al nivel de sus ojos, volando a su alrededor en zigzag.

En cuanto se quedó callada, pudo oír el zumbido de sus alas y sus vocecitas chirriantes.

—Es ella, ¿no?

—Oh, sí. Y no.

—Ella, pero no ella.

No. No podía ser cierto. Tenía que volver a casa.

Se dio la vuelta con decisión. Iba a atravesar de nuevo el portal y...

—¡No!

Las enredaderas se habían separado de ella y se habían marchitado, y los restos se alejaban arrastrados por la brisa.

—¿Pearl Jean? —gritó, temblando—. ¿Sugars?

¿Dónde estaban?

Se humedeció los labios. ¿Podría crear otra puerta con aquellas enredaderas? Lo que podía hacerse una vez, podía repetirse, ¿verdad? Sí. Tenía que intentarlo.

Extendió los brazos y agitó las manos. No ocurrió nada. Las agitó con más fuerza, pero no percibió ningún calor en los dedos.

–Vamos, vamos –dijo. Se retorció. Saltó. Se onduló. Nada.

Entre el pánico y la histeria, se preguntó cómo iba a volver a casa. Necesitaba volver. Pearl Jean y Sugars... De repente, oyó un terrible rugido por el bosque y tomó aire.

Notó una vibración de rabia que le puso la carne de gallina. Las mariposas, o hadas, salieron volando a toda velocidad, como un rayo.

–Un momento. Volved.

¿Estaba sola en aquel lugar desconocido? Bueno, no tenía importancia. Todo iba a salir bien. Le temblaban tanto las rodillas que temió caerse al suelo. ¿Qué debería hacer? ¿Quedarse allí o buscar ayuda?

Giró sobre sí misma, mirando a su alrededor con más atención. Se dio cuenta de que los árboles, en realidad, no eran de color rosa. Había cientos de hormigas con el vientre luminoso que subían y bajaban por los troncos. Por las dos orillas del arroyo crecían brezos que advertían a los visitantes de que se alejaran. En un tronco caído creían unos hongos de color morado. A lo lejos, se veía un ciervo con cornamenta de madreperla comiendo nueces y observándola con despreocupación.

Aunque se oyó otro rugido estremecedor, el ciervo siguió comiendo sin inmutarse. «Porque sabe que yo soy más lenta y que es más probable que sea la cena».

«Respira. Respira hondo». Estaba mareada y tuvo que agarrarse a una rama.

–¡Ay!

Se le clavaron cientos de espinas en la palma de la mano y, rápidamente, soltó la rama. A los pocos segundos, el brazo y las manos se le llenaron de marcas rojas. Tuvo náuseas y se encorvó.

¿Qué...? De repente, una raíz del árbol se le enroscó en el tobillo y tiró de ella.

Aterrizó sobre el trasero. El golpe fue tan fuerte que exhaló todo el aire de los pulmones y vio las estrellas. En aquel momento, las náuseas ganaron la batalla. Ladeó la cabeza y vomitó.

Cuando terminó, se puso en pie con dificultad, porque no quería estar en el suelo más de lo imprescindible. No tenía ninguna experiencia con... ¿portales

interestelares? ¿Agujeros de gusano? Sin embargo, su avatar sí tenía mucha. En el videojuego, ella siempre estaba preparada para cualquier cosa, pero allí el riesgo era mil veces mayor. Lo mejor sería no bajar la guardia ni un instante.

Se oyó otro rugido, y los pájaros salieron volando. Las ramas de los árboles se movieron y la golpearon. Aunque ella se tambaleó, no se cayó. Por suerte, quien estuviera rugiendo parecía hallarse a bastante distancia. Los grillos chirriaron y las langostas zumbaron. Se oyó el croar de una rana. Sonidos normales en una situación anormal.

Se abrazó a sí misma por la cintura y se encogió. Antes de pensar en cuál iba a ser su siguiente movimiento, necesitaba comprender lo que había ocurrido. ¿Qué había hecho? ¿Había activado algún tipo de transporte a un lugar distinto de la Tierra? ¿A otra dimensión, otro planeta o a una realidad alternativa?

Respiró profundamente para tratar de calmarse. Por el momento, aceptaba el hecho de que ya no estaba en Oklahoma y de que no había viajado en ningún medio de transporte normal. Lo que necesitaba era un plan para volver a casa.

Y podía hacerlo. Siempre que había ganado una misión, era porque había hecho las cosas paso a paso.

Programó su mente para empezar el juego y comenzó a ordenar tareas. Buscar una ciudad cercana. Entender el sistema monetario, conseguir dinero, comida, refugio, armas y respuestas. Si alguien le dibujaba un mapa de aquel mundo, mucho mejor.

No podía permitir que el miedo la venciera como si fuese una novata.

Por experiencia, sabía que el mayor error que cometían los jugadores nuevos, fuera cual fuera su edad o sus habilidades, era dejarse dominar por el miedo a lo desconocido. En vez de jugar para conseguir un objetivo, se concentraban en calmar su sentimiento de urgencia, y eso los llevaba a la desesperación.

«Las pruebas de hoy son las fortalezas del mañana». Aquel era un mantra que se repetía una y otra vez cuando era pequeña. Y, si había un buen momento para recordarlo...

Hubo otro rugido que la dejó tambaleándose, porque sonó mucho más cercano que los anteriores. La criatura se había acercado mucho, y ella temió que, en cualquier momento, un depredador saltase a su cuello. Incluso el ciervo reaccionó y salió huyendo.

Era hora de salir de allí. Echó a correr detrás del ciervo. Había peligros por todas partes; no solo las hadas con forma de mariposa, no solo los animales, sino también las plantas. Todo podía ser venenoso.

¡No! Había perdido de vista al ciervo.

Para su sorpresa y alivio, parecía que sus pies sabían cuál era el camino que debían seguir, y la guiaron alrededor de los troncos de los árboles sin que su mente opusiera resistencia. Resistirse le parecía una bobada, ya que no tenía ni idea de dónde ir. Con un sentimiento de optimismo, pensó que iba a encontrar ayuda. Cruzó el arroyo...

Perdida. Hambrienta, muerta de sed y agotada. Sucia. Tenía demasiado frío y, al minuto siguiente, demasiado calor. Estaba herida y magullada. Todas esas cosas y más. ¿Había escapado del monstruo y de sus rugidos y no iba a conseguir sobrevivir en aquella tierra extraña?

Mientras rodeaba penosamente el tronco de un árbol, se imaginó a su avatar en algún lugar seguro y acogedor, dirigiéndola, controlando sus movimientos, haciéndola ir y venir sin preocuparse de lo que ella pensara. Estaba segura de que había utilizado todas sus barras de energía. Permanecer en pie requería unas fuerzas que ya no tenía, pero aquel día no podía hacer ningún descanso. Su cuerpo se negaba a obedecer a su mente, así que caminó sin poder evitarlo. No valía la pena resistirse.

Estaba manchada de barro de pies a cabeza, había perdido su adorada bufanda y el jersey, tenía el pelo enredado... Por lo menos, todavía olía a flores, y eso la camuflaba en la naturaleza e impedía que los depredadores detectaran su rastro.

Se echó a reír sin ganas. Sí, aquello era una maravillosa ventaja en medio de aquella pesadilla.

Hacía unas horas, se había visto obligada a simplificar su plan: seguir adelante hasta que encontrara ayuda o se desmayara. ¿Qué otra cosa podía hacer? Había intentado cambiar de dirección muchas veces, pero sus piernas siempre ganaban y la apartaban de los obstáculos, la guiaban hacia ninguna parte.

A medida que pasaban las horas, el cortejo de hadas que la seguía iba aumentando de número. Cuando les pedía alguna explicación, o ayuda, se ponían a cuchichear entre ellas y a mirarla de reojo. Ninguna respondía directamente.

Eran seres de todos los colores, suaves y fuertes, oscuros y claros. Eso hizo que se preguntara si, en realidad, no eran hadas, sino duendes...

En Rhoswyn, su nivel favorito de *La niebla A.E.*, había personajes con los que no se podía jugar, duendes, y también eran de todos los colores. ¿Y si, después de todo, estaba en su mesa de juego, en casa, bajo los efectos de la medicación? ¿Y si ya había muerto y estaba en el infierno? Algunas veces,

cuando estaba tan cansada que no podía pensar lógicamente, se había preguntado incluso si había abierto una puerta a un mundo basado en su videojuego.

Eso no podía ser verdad, ¿no? Era la imaginación hiperactiva de una jugadora que estaba intentando encontrar un sentido a aquella situación tan mala. Pero... ¿y si de veras había entrado en una versión de *El bosque del bien y el mal*?

Además de los duendes, la tierra y los animales también se parecían a los de Rhoswyn. Los conejos tenían rayas, como las cebras. Las ranas tenían bigotes de gato. La mayoría de las serpientes que había visto tenían dos cabezas. Los zorros utilizaban la cola como si fuera un látigo.

¿Y si el diseñador de *El bosque del bien y el mal* había visitado aquella tierra?

Una vez, había visto un grupo de ogros iguales a los que había en uno de los carteles que adornaban la oficina central de la empresa del juego. Enormes, peludos, bestiales, con colmillos y rabo. Vivían solo para matar a los intrusos.

Se había preparado para sufrir un ataque. Ellos habían resoplado y se habían movido con una actitud agresiva, pero ninguno había dado un paso hacia ella. Era como si tuviera un escudo protector, tal y como ocurría a menudo con los avatares. Al menos, si se pagaba el precio.

Había pasado en dos ocasiones junto a un enclave de troles. Eran seres enormes y musculosos, con cuernos. En el juego, se dedicaban a pegar y esclavizar a los viajeros cansados. Ellos también habían demostrado su agresividad al verla, pero tampoco la habían atacado.

¿Y si la donante de su corazón provenía de aquel lugar y su órgano había abierto una puerta entre dos mundos? Era una idea...

En el juego, los duendes coexistían con las hadas. Eran seres místicos que tenían variados poderes mágicos. Eso podía ser la explicación de su repentina capacidad para criar hiedra bajo la piel, en el suelo fértil de sus venas. La magia también explicaba que no fuese capaz de detener sus pasos, como si fuera guiada por una cadena invisible. Paso, paso, paso. Por aquí. Gira. Por allí. ¿Dónde iba a terminar?

¿Y si la donante de su corazón había sido un hada?

Después del trasplante, todo había cambiado. Se había curado a una velocidad sobrenatural. No tenía cicatrices, le había crecido el pelo. Había creado enredaderas de la nada... Había algo que sabía sin ninguna duda: que en un mundo nuevo había reglas nuevas. Si el juego se había basado en aquella tierra, la norma principal era la magia. Así que tal vez fuera capaz de hacer más

cosas...

Y, demonios, ¿la estaba siguiendo alguien? Volvió a sentirse muy inquieta.

Se apartó el pelo de la frente sudorosa y vio a un duende a pocos centímetros de su cara. Era una preciosa Pulgarcita rosa que decidió posarse en su hombro. Le agarró la oreja con fuerza y le dijo:

–Tuerce a la derecha.

–Lo siento –respondió ella–, pero mis pies no quieren ir a la derecha.

Pulgarcita le tiró del lóbulo de la oreja y gritó:

–¡Tuerce a la derecha, humana tonta!

«¿Me está ayudando?». ¿Acaso aquella dirección era demasiado peligrosa para la humana tonta?

Tuvo una descarga de adrenalina. Intentó resistirse de nuevo y se agarró a una rama. Sin embargo, sus pies se rebelaron y continuaron caminando hacia delante. Ella apretó los dientes y se giró, tratando de agarrarse a otra rama más fuerte. Casi...

Empezó a brotar hiedra de sus manos, y notó unos pinchazos candentes en la piel. Las enredaderas se extendieron y envolvieron el tronco del árbol, sujetándola para que se detuviera. Salvo los pies. Sus pies seguían dando pasos hacia ninguna parte. Para su alivio, las ramas de hiedra fueron más fuertes que la cadena invisible y pudo permanecer en donde estaba.

Un momento... Le temblaron las orejas. ¿Estaba oyendo una corriente de agua? Se le escapó un gemido. Apretó los labios secos y agrietados y se imaginó una fuente de agua fresca, deliciosa, asombrosa, maravillosa. Utilizó los tallos de hiedra para impulsar su cuerpo hacia delante, a pesar de las objeciones que ponían sus pies. Cuanto más se alejaba del camino que no deseaba tomar, menos luchaban los pies contra su mente. Al poco, ya no necesitó las enredaderas. Cuando se marchitaron, ella permaneció en su camino.

«¿Lo he conseguido? ¿He ganado?», se preguntó.

Las ramas le rozaban las mejillas y ella notó un pinchazo de calor por acá, un pinchazo de frío por allá... Se sentía bien por haber conseguido su victoria y la estaba esperando el agua.

Pulgarcita se alejó volando por delante de ella y desapareció por un muro de hojas. Cookie apartó el follaje y apareció en un claro en el que había una charca pequeña y cristalina. Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras entraba al agua. El líquido frío la envolvió y mitigó sus dolores.

Se hundió por completo y tomó tragos de agua, y gimió de deleite. Qué sabor tan limpio tenía. Más limpio que cualquier agua que hubiera podido tomar en su

casa.

«Vuelve conmigo».

Aquella voz enronquecida reverberó en su mente, como si fuera un recuerdo de hacía mucho tiempo. Un sueño. Una parte de ella hirvió; la otra se quedó helada. Aunque le hubiera encantado quedarse en el estanque, salió del agua pesadamente. Tenía que ir en busca de un pueblo. Entre un paso y otro, vio una imagen en su mente y se detuvo en seco.

Era un hombre desnudo, brutal, alto, de cabello rubio, con rasgos toscos pero bellos, cubierto de tatuajes. Llevaba afeitados ambos lados de la cabeza, pero los mechones de la parte superior eran largos y gruesos. Era como un vikingo, y muy guapo. Tenía un cuerpo poderoso, musculoso, y su piel dorada brillaba a causa de la humedad. Tenía una expresión homicida, de malicia, y estaba enfrentándose a otro hombre que permanecía entre las sombras.

La emoción hizo que a Cookie le diera un vuelco el corazón, como si despertara a la vida por primera vez. Aunque no hubiera visto la cara del segundo hombre, había respondido a su presencia. Era igual de alto que el vikingo, e igualmente musculoso, con una piel hermosa y oscura. Tenía una camisa y unos pantalones de cuero. Las puntas de sus dedos eran garras de metal. ¿Quién era? Irradiaba peligro.

En aquel recuerdo, una mujer con el pelo largo y rosa se arrojó hacia el segundo hombre.

Otro vuelco. La mujer tenía el pelo largo y rosa. Rosa. Instintivamente, ella se tomó uno de los largos mechones, del color del algodón de azúcar.

El vikingo agitó la mano, y de sus dedos surgió una neblina que se transformó en pequeños y afilados dardos de hielo. Aquellos dardos se clavaron en la mujer de pelo rosado, que gritó de angustia. ¿La había atacado? Cookie entrecerró los ojos. Iba a pagarlo caro.

Ella siempre había sido aficionada a las series de crímenes reales y de misterio, así que conocía muchas maneras de hacer el trabajo y de esconder el cuerpo.

Con un gruñido, la mujer cayó al suelo. No, más bien, fue el segundo hombre quien la depositó con cuidado allí.

Al moverse, un rayo de luz lo iluminó. Cookie pudo ver sus rasgos y, de repente, el aire le quemó los pulmones.

El hombre tenía el cabello oscuro y despeinado, enmarcando el rostro más hermoso de la creación. Tenía las cejas espesas y la nariz aquilina, el complemento perfecto para sus labios suaves y carnosos. Sus ojos eran del color

del whisky, y tenía las pestañas largas y rizadas. La mandíbula era fuerte y tenía una barba incipiente y negra.

No podía ser real. Sin embargo, allí estaba, en medio de su mente, vestido de negro y cargado de armas como si hubiera salido de un videojuego. Además de las garras de metal, tenía una ballesta, dos espadas cortas y varias dagas.

La imagen desapareció. Cookie frunció el ceño. ¿Quién era? ¿Y quién era el vikingo asesino? ¿Y la chica de pelo rosa?

Se oyó el sonido de un susurro, y Cookie salió de su ensimismamiento. Se acercaba alguien. Ella corrió hacia un grupo de plantas trepadoras muy parecidas a las que brotaban de sus dedos. Las hojas eran grandes y podían ocultarla, pero...

—¡Ay!

Una espina salió disparada de un tallo y le atravesó el hombro. Al instante, se le agarrotaron los miembros, y el dolor se apoderó de todo su cuerpo. Cayó al suelo. Estaba inmovilizada.

—Te dije que se cansaría pronto —dijo un hombre, desde algún lugar cercano.

Un momento después, apareció una sombra que cayó sobre ella. Junto a su cara se detuvieron los cascos de un caballo, y alguien la agarró del pelo y la levantó por el aire. Cookie sintió pánico al ver quién era su captor. ¿Un centauro? Tenía el torso de un hombre y la parte inferior de su cuerpo era equina.

Pulgarcita se posó en el hombro del centauro y sonrió a Cookie.

¿Le había tendido una trampa?

Sintió terror y rabia a la vez.

El centauro sonrió con crueldad y les dijo a otros, a quienes ella no podía ver:

—La caza ha sido todo un éxito, chicos. Acabo de agarrar la cena.

Capítulo 6

Kaysar sacó una daga de su cómoda. Estaba de peor humor que de costumbre. Se dio la vuelta para... No recordaba para qué. Seguramente, tenía pensado matar a alguien por haberse atrevido a hacer algo que él no aprobaba. Pero ¿a quién? Bah. No importaba. Dio un resoplido de irritación y tiró el arma al suelo.

Mientras se paseaba de un lado a otro por su dormitorio, pensó en la princesa Lulundria. Su obsesión. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no había vuelto con él? ¿Se le habrían curado las heridas con la semilla de saúco? Seguramente, sí. Él le había ordenado que regresara, y ella no tenía más remedio que obedecer.

Así pues..., ¿por qué no estaba allí? En su casa. En su cama. Él debería estar seduciéndola y deshonrando a su marido de todos los modos imaginables. ¿Dónde estaba ella?

Kaysar soltó un rugido y barrió con un brazo todos los objetos que había en la cómoda. Cayeron al suelo varios frascos de cristal, que se hicieron añicos y derramaron un líquido claro de olor acre.

—¡Nooo!

¿Qué había hecho? En cada uno de aquellos frascos había un pedazo de lengua del rey Hador. Sus trofeos más valiosos. Ahora estaban sobre el mármol de vetas doradas, sin protección alguna, como si no significaran nada para él. Rápidamente, se agachó para recogerlos. Eran suyos, y él siempre protegía lo suyo, sin excepción.

Al pasar las palmas de las manos por el suelo para reunir los pedazos de lengua, el mármol se llenó de ríos rojos. Debía de haberse cortado con los añicos de los frascos. Se encogió de hombros. Para él, la sensación de dolor era tan insignificante como el placer.

—¡Eye! —gritó. ¿Dónde estaba su pitonisa? ¿Acaso no sabía ella que la

necesitaba antes de que él se diera cuenta? En aquel momento, necesitaba frascos nuevos y líquido de conservación—. ¡Eye!

Se oyó movimiento detrás de la puerta de su dormitorio, y la vidente entró apresuradamente con un frasco lleno de líquido.

—Lo siento, lo siento —dijo ella—. He intentado traer más, pero se me han caído. ¿Por qué no ponéis vuestra colección aquí, por el momento? Sí, así. Meted esos trozos horribles. Estáis haciendo un trabajo increíble, Majestad.

Él la fulminó con la mirada.

—Quiero saber dónde está la princesa. ¿Por qué no la has encontrado todavía? ¿Por qué no ha vuelto conmigo? ¿Por qué no puedes decirme si está viva o muerta? ¿Por qué, por qué, por qué?

Eye tapó el frasco.

—¿Creéis que he venido a vuestras habitaciones privadas sin respuestas, Majestad? —refunfuñó ella, como si la hubiera insultado.

Él se emocionó tanto que comenzaron a temblarle las manos.

—Dime.

—Os complacerá saber que, por fin, la princesa ha vuelto a Astaria.

El malhumor de Kaysar desapareció al instante. Sonrió y tomó a Eye por los hombros.

—¿Está curada?

Eye asintió con firmeza.

—Sí. Completamente.

Qué maravilloso. Kaysar sonrió de oreja a oreja mientras se balanceaba ligeramente sobre los talones. Tenía muchas cosas que hacer. Quería estar perfecto para su reunión. Iba a empezar a seducirla aquel mismo día.

—¿Dónde está? —preguntó, mientras empezaba a desnudarse para la ducha.

Eye se quedó boquiabierta y se giró hacia la pared.

—Todavía estoy trabajando en esa parte, Majestad.

—Pues no estás trabajando con la suficiente rapidez, porque ella todavía no está aquí conmigo.

Entró al baño y se duchó rápidamente. Después, se puso una túnica blanca y unos pantalones negros, y comenzó a recopilar armas. Dos espadas cortas y un par de dagas. No tomó el arco y las flechas. Demasiado aparatoso para la ocasión.

Se puso sus anillos favoritos, los que se había hecho con las muelas de sus enemigos. Por último, se ajustó las garras de metal en los dedos.

No le hizo falta mirarse al espejo para saber que estaba impresionante. Las

mujeres adoraban su rostro y su cuerpo. Algunas, incluso, adoraban su maldad.

Salió al dormitorio y vio a Eye sentada en la silla de su escritorio, con el frasco de pedazos de lengua a su lado.

Ella se puso en pie y explotó:

–¡Sé dónde está!

–¿Y bien? –preguntó él, con impaciencia.

Eye se mordió el labio.

–Antes de decíroslo, tengo que explicaros otra cosa, Majestad. La princesa murió en el mundo de los mortales.

¿Cómo?

–Me dijiste que había sobrevivido.

–Y sobrevivió. Pero también ha muerto. Y, sin embargo, vive.

Kaysar trató de comprender lo que le estaba diciendo, pero no lo consiguió, y sintió rabia. Se colocó delante de la adivina y la zarandeó suavemente por los hombros.

–¿Me has metido, Eye?

–Juro que no, Majestad. No me atrevería.

Él aflojó las manos.

–Entonces, explícate. ¿Cómo es posible que Lulundria esté muerta y se haya curado?

–No lo sé, pero es lo que ha ocurrido. Murió, pero ahora, vive. Su corazón late...

De repente, la expresión de Eye se volvió oscura a causa de una visión.

–Debéis apresuraros, Majestad. Los centauros..., su pueblo. Ella morirá pronto, y para siempre.

¿Los centauros iban a asesinar a la princesa y a destruir sus posibilidades de venganza?

Kaysar volvió a sentir rabia, una furia que prendió de fuego su alma. Fue hacia la aldea de los centauros, que estaba escondida en el centro de las Tierras de la Noche. Ante él se extendía una pradera de flores silvestres. Más allá de aquel claro estaba el poblado. Los hombres iban con el torso desnudo y las mujeres llevaban chalecos de cuero. Kaysar se teletransportó por todo el poblado, observando con atención el entorno.

Los soldados se estaban entrenando para la guerra, combatiendo con lanzas y practicando el galope mientras, simultáneamente, esquivaban obstáculos y disparaban flechas. Había espectadores que vitoreaban ante los éxitos y abucheaban los fracasos. Cerca, los trabajadores preparaban sopa en enormes

calderos y atizaban las hogueras.

Al no hallar ni rastro de Lulundria, él empezó a impacientarse. ¿Dónde...? Ah. Allí. Un viento suave le llevó su perfume.

Kaysar se dirigió hacia ella corriendo y teletransportándose. Saltó por encima de las peñas y corrió entre los árboles. Las plantas carnívoras se encogían para no establecer contacto con él. No era de extrañar, puesto que su actitud era de agresión. No dejaba de observar y buscar. Nunca había habido nada tan importante para él.

Oyó carcajadas de hombres y mujeres. El olor de la princesa era cada vez más fuerte, e invadió su respiración. Kaysar se sintió exultante al llegar a un camino bien trillado por cientos de cascos equinos.

Al ver la cabecera de una procesión de centauros, subió a una gruesa rama y, desde lo alto de un árbol, agachado, observó la situación. Veinte guerreros se acercaban por el camino que él había recorrido para llegar al pueblo. Algunos eran oscuros, otros, claros, otros tenían manchas. Todos ellos iban armados, trotando, sin bajar la guardia para detectar la presencia de depredadores.

Al final de la procesión iban los prisioneros. Dos centauros conducían un carro lleno de hadas, ninfas del bosque y mortales. Rostros sucios apretados contra los barrotes de una jaula, ojos de mirada lúgubre que buscaba un salvador.

Muy pronto sabrían la verdad: nadie podía contar con nadie, salvo con uno mismo.

Los centauros querían utilizar a los mortales como sirvientes, a las ninfas como esclavas sexuales y a las hadas como alimento. Un horror culinario que serviría para aumentar los años de vida de los comensales.

Al contrario que las hadas, que vivían milenios, los centauros morían a los cincuenta o sesenta años. El hecho de ingerir un hada podía darles unos diez años más de vida. Cualquier hada, salvo la realeza; la realeza era de otra especie distinta. Si alguien comía un hada real, conseguiría la inmortalidad. ¿Era ese el motivo por el que Eye había advertido que la princesa iba a morir enseguida?

Kaysar emitió un rugido. ¿Acaso los centauros pensaban que podían comerse su medio de venganza?

Oh, cuánto dolor iban a experimentar...

¿Dónde estaba la princesa? Estudió con impaciencia la procesión. En mitad de la manada iban dos guerreros portando un tronco. Cada uno de los extremos descansaba sobre el hombro de uno de los centauros. Y del centro del tronco iba colgada una mujer, atada de pies y manos, balanceándose. Tenía una túnica metida dentro de la boca, con las mangas atadas en su nuca.

«Me la han envuelto para regalo», pensó Kaysar.

Tal vez, si se sintiera abrumada por la gratitud después de que la rescatara, olvidaría la pequeña escaramuza que él había tenido con su marido el día que ella había huido. Se teletransportó hasta la cabecera de la procesión. El líder se encabritó. Después, alzó un puño y dio la orden de que todos se detuvieran. Cuando se dio cuenta de quién era Kaysar, palideció.

—Rey Kaysar —dijo, inclinando la cabeza—. Qué... bendición para nosotros teneros aquí.

Aunque el soldado era bastante más alto que Kaysar, se estremeció de miedo. Y así debía ser. Había un duendecillo de color rosa sentado en su hombro, y observaba a Kaysar con cautela.

—¿En qué podemos servirlos, Majestad? —preguntó el centauro.

Él ya conocía a aquel individuo. Era Race, el insolente hijo de uno de los emperadores centauros, y se creía un enemigo formidable. No lo era. Además, se había apoderado de un Frostline, contraviniendo las órdenes reales. Y, ahora, iba a pagar el precio.

—Me ha llamado la atención que este mes no hayáis pagado el impuesto de los Latidos del Corazón.

Aquel era un dinero que debía pagarse solo porque él permitía que sus corazones latieran.

—Pero, por suerte, me siento benevolente. He decidido que podéis disculparos con un regalo. Agradécelo ahora.

El centauro pestañeó y retrocedió.

—Gra... gracias. Pero... el próximo pago no vence hasta dentro de una semana.

—Eso significa que ya lleváis dos días de retraso. Por ese considerable error, espero que paguéis el doble de la tarifa habitual. Además, por vuestra propia insistencia, me haréis el regalo que yo mismo elija.

—Por supuesto, pero...

—¿Pero? No recuerdo haber abierto ningún debate al respecto. Bueno, bueno, y ¿qué voy a elegir?

Kaysar se puso a deambular entre las filas con las manos agarradas a la espalda. Nadie quería morir, por eso nadie intentó detenerlo. Con paso lento, despreocupadamente, se dirigió hacia la princesa. Race se puso a su lado.

—¿Me permitís que os ayude en vuestra selección? Estaré encantado de mostraros todo lo que poseen mis hombres mientras vos descansáis sentado.

El centauro dio una palmada para ordenar a sus hombres que obedecieran.

—No —respondió Kaysar.

Nadie se atrevió a acercarse.

Por fin, obtuvo su recompensa. Llegó hasta el tronco y vio a Lulundria, la princesa de la Corte de Verano. Sintió un gran placer al comprobar que estaba tan cerca de su objetivo.

Ella estaba forcejeando contra las ataduras, pero, cuando sus miradas se encontraron, se quedó inmóvil. Kaysar trastabilló y, para permanecer erguido, se teletransportó los siguientes pasos.

Al verla de cerca, se dio cuenta de que no era Lulundria. Tenía el pelo rosa, pero también tenía mechones negros. Y su piel... tenía un brillo radiante, como si fuera un faro. Sus rasgos eran muy delicados, tanto, que le recordaban a la muñeca que siempre llevaba su hermana, Drendall. Tanta perfección... Aquello era un tesoro que requería más estudio. Tenía la frente ancha y unas cejas espesas. Los ojos grandes, exquisitos. Largas pestañas negras que rodeaban unos iris del color de un bosque al atardecer.

Kaysar se tiró del cuello de la túnica. Mirar aquellos ojos hacía que sintiera algo desconocido. Cambió algo en él, de repente, y no entendió aquella sensación. No le gustó, pero tampoco quería detenerlo. Frunció el ceño y siguió observando a la mujer. Las mejillas eran rosadas, tenía la nariz chata y los labios carnosos y rojos alrededor de la mordaza. Tenía un hoyuelo diminuto en la barbilla.

Murió y, sin embargo, estaba viva. Kaysar recordó aquellas palabras de Eye. Lulundria había muerto y... ¿se había comido aquella muchacha su corazón y se había convertido en una reina de las hadas? No. No podía ser. Los centauros no se convertían en los miembros de la realeza a los que se comían.

¿Sería otra princesa de la Corte de Verano? No... Tampoco. Él sentía la presencia de Lulundria. ¿Habría usado ella alguna ilusión mágica? Sí, eso era posible. Algunas hadas poseían esa habilidad.

—No os la recomiendo, Majestad —dijo Race, con una risa forzada, y se frotó unas marcas rojas que tenía en el torso—. Muerde.

Mejor todavía.

—Dámela. La quiero. Es mía —dijo él, con una avidez que ya no podía disimular.

Race respondió, en un tono más duro:

—Pedidme cualquier otra cosa. Pero a la chica me la quedo.

¿Acababa el centauro de posar la mano, sin darse cuenta, en la empuñadura de su espada?

Los soldados se pusieron tensos. Aunque no quisieran desafiar al rey de las Tierras de la Noche, obedecerían a su líder. Después de todo, ellos también querían lo que él quería: un par de bocados de la chica, lo que les aseguraría la vida eterna.

Él sintió un chisporroteo de rabia.

–Aunque seas hijo de un emperador, habitas en las Tierras de la Noche. Mis tierras. ¿Has olvidado mi norma?

Race se enfureció, pero respondió, entre dientes:

–No, Majestad.

–Muy bien. Dila. Di en voz alta la norma.

El centauro respiró con fuerza. ¿Estaba intentando controlarse?

–No desenvainarás tu espada cerca de Kaysar si no estás pensando en matarlo –dijo, con los dientes apretados.

–Exacto. Así pues, quita la mano de la espada y dame a la chica, o te mataré a ti y a todos los miembros de tu expedición de caza. Y, después, puede que me concentre en vuestras familias –dijo Kaysar.

Él no amenazaba. Prometía.

–Decide. Ahora.

Capítulo 7

¡El guapo de pelo oscuro de su visión! Estaba allí, era real, y era aterrador. Bello y espantoso a la vez, con un brillo amenazador en la mirada. Era como un ángel fusionado con un demonio, inquietante y atormentado.

En su visión, a ella le había parecido que sus ojos oscuros eran como el whisky helado. En persona, eran de fuego. Antes, tenía una barba incipiente. Ahora, su barba estaba crecida. Era más alto de lo que había pensado; como mínimo, dos metros de guerrero con una musculatura sublime.

Llevaba dos espadas cruzadas en la nuca; las empuñaduras tenían piedras preciosas engastadas. Eran del tipo de armas que ella utilizaba en el videojuego. Llevaba una camisa blanca, larga, y por el escote en forma de uve se le veía una capa de vello negro y algunos tatuajes. Llevaba unos pantalones de cuero negro, rasgados, y unas garras de metal en los extremos de los dedos. Y, en los dedos, media docena de anillos rematados con... ¿dientes?

Si alguien podía vencer al centauro, era aquel hombre. Sobre todo, teniendo en cuenta que las tierras eran suyas. Tenía la ventaja de la posesión. Aquel era el aliado perfecto para un pez fuera del agua.

Sin embargo, ¿qué pensaba hacer con ella después de la batalla? Cada vez que la miraba, se le iluminaban los ojos como a un niño en Navidad, como si estuviera ansioso por arrancarles la cabeza a sus nuevos juguetes.

Navidad... Su casa... ¿Volvería a ver a su familia?

Pobre Pearl Jean. Pobre Sugars. No sabían lo que le había ocurrido ni dónde estaba, ni siquiera si estaba viva. Debían de sentirse muy perdidos.

«¿Por qué te estás lamentando? El juego no ha terminado. ¡Lucha!».

Tenía su máxima prioridad grabada en la mente: volver a casa por cualquier medio. Si tenía que enfrentarse a un ejército y derrotarlo, lo haría. Si tenía que matar, mataría. Tenía práctica apuñalando a la gente, aunque solo hubiera

practicado los movimientos... y, solo, para comprender mejor a su avatar. Pero, en el fondo, en secreto, casi había disfrutado practicando. Y esa parte de sí misma, profunda y secreta, anhelaba matar a sus captores y dejar sus cadáveres pudriéndose en el suelo.

Hacía una hora, se había despertado así, atada y envuelta en olor a caballo y a sudor, colgada de un poste. Sentía una presión constante e insoportable en las articulaciones de los hombros, tobillos y caderas. Su cuerpo protestaba a gritos. Se le habían subido hormigas y otros seres abominables y la habían picado. En aquel momento, tenía los músculos en carne viva. Los centauros la habían atado como si fuera el aperitivo perfecto para hacer una parrillada al aire libre, y tenían pensado darse un festín con ella.

«Espero que tengas un sabor tan dulce como parece, chica. Dentro de poco vas a estar asada y voy a dejar tus huesos pelados».

Recordó aquellas burlas y se puso furiosa. Mientras los centauros la llevaban por aquella tierra de pesadilla, habían ido hablando de las ninfas y de los humanos, que iban a servirles de mascota y de esclavos. Había pasado de la histeria a la rabia y, después, a concentrarse y buscar cualquier escapatoria, como si estuviera en el juego.

¿A cuántos les habían hecho daño los centauros? ¿A cuántos más iban a hacerles daño, si se les permitía vivir?

Oh, sí, deseaba matarlos. Era un deseo que surgía de un lugar muy profundo de su ser. Nunca había tenido el valor suficiente para enfrentarse a aquella faceta de sí misma, pero estaba dispuesta a hacerlo.

No sabía cuál era el motivo, pero se sentía más viva que nunca.

–Me he cansado de esperar –dijo el tipo guapo de la voz increíble.

Se llamaba Kaysar. Era él quien le había dado la orden de regresar y, cada vez que hablaba, ella se estremecía. Le parecía un hombre que podría asesinar sin pensarlo, sin despeinarse, sin arrepentirse de sus actos.

Entonces..., ¿por qué le parecía más atractivo a cada segundo que pasaba?

–Responde –dijo Kaysar–. Antes de que empiece a cantar.

Los centauros comenzaron a protestar. Centauros reales, de carne y hueso. Eso podría dejarla boquiabierto para siempre.

Por otro lado..., ¿para qué la quería Kaysar? ¿Por qué estaba dispuesto a enfrentarse a un ejército por el hecho de reclamar a alguien extraño, a no ser que tuviera unos planes nefastos para ella?

Sintió miedo, pero, antes de dejarse dominar por el pánico, tenía que evaluar la situación. En la visión, la mujer de pelo rosa había saltado delante de aquel

hombre como si quisiera protegerlo del vikingo. Si lo quería tanto como para salvarlo, quizá no fuera un mal tipo. Pero ¿qué había ocurrido con la mujer después de que la atravesaran aquellos dardos de hielo? ¿Habría sobrevivido? ¿La estaba buscando aquel hombre?

Se le aceleró el corazón al pensarlo. ¿Cuál era el vínculo que tenía él con la mujer? Ella ya había sentido un vuelco durante la visión y, en aquel momento, sentía algo como un parentesco con la mujer del pelo rosa.

«Tengo su corazón».

Lo supo con certeza. ¿Y el hombre? ¿Lo sabía también? ¿Podía sentirlo? ¿Había ido allí por el corazón de su... amante?

¿Había adorado a aquella belleza de pelo rosa?

Si podía enfrentarse a veinte centauros y vencer, podría ayudarla. En aquel mundo había amenazas que ella no conocía, y nunca iba a olvidarse de los dos peligros que había corrido en persona: duendes traidores y enredaderas venenosas. Necesitaba un aliado, un compañero de equipo. Alguien que conociera el terreno.

Kaysar se movió y se situó bajo un rayo de sol, y ella se quedó sin respiración. En su cabello azabache había matices de color cobalto, y en su piel oscura brillaban motas de oro fundido. Tenía las orejas puntiagudas, las más bonitas de toda la creación, tachonadas de metal.

—Por tu silencio, entiendo que prefieres que yo tome la decisión por ti, Race —le dijo al centauro, con seguridad y con arrogancia—. ¿Es así?

Había bajado la voz, y su tono despertó en el cuerpo de Cookie células que ella no sabía que poseía. De repente, el placer reemplazó al dolor. Aquella sensación solo duró un momento, y ella anheló más. Un momento..., ¿cómo? ¿Más? Se ruborizó por la mortificación. Excitarse por la voz de un desconocido, en una situación de vida o muerte, no estaba bien.

—Yo... tú...

El centauro, mirándolos alternativamente a Kaysar y a ella, no soltó la empuñadura de su espada.

—¿Me voy a quedar con la chica? —dijo.

Race era el centauro que la había encontrado en el estanque, y ella sintió deleite al percibir su tono de terror. Era el mismo que ella había experimentado.

—Estás inseguro —respondió Kaysar, con suavidad. Su sonrisa era de pura maldad—. Tengo que admitir que deseaba que eligieras este camino.

Tan solo se movió ligeramente, cambiando el peso de un pie al otro, pero, de repente, apareció en su mano un órgano ensangrentado.

Vaya. ¿Había atacado con tanta velocidad que ella no había podido verlo? ¿Se había teletransportado? ¿Qué?

Race se agarró el agujero que tenía en el pecho, y la sangre se derramó por entre sus dedos. Con los ojos desorbitados de dolor, consciente de su propia muerte, se desplomó. Su cuerpo tuvo dos convulsiones, y a su alrededor se formó un charco de sangre.

Lo cual no fue tan repugnante como era de esperar. Ni siquiera fue angustioso.

Se lo merecía.

Los centauros comenzaron a murmurar con horror mientras contemplaban la cara de su líder. El soldado que sujetaba el extremo delantero del tronco se encabritó y, al inclinarse hacia arriba, Cookie se deslizó hacia abajo. El otro soldado no pudo mantener agarrado su extremo y el tronco cayó al suelo.

Cookie se golpeó con fuerza y se quedó sin aliento. Tosió desesperadamente y trató de conseguir oxígeno. ¡Ay! Un centauro le pisó el tobillo y le aplastó los huesos. Ella gritó, a pesar de la mordaza, y tuvo náuseas. El dolor era tan intenso que estuvo a punto de perder el conocimiento. «Despierta, tengo que estar despierta».

No podía convertirse en un blanco tan fácil. Pestañeó, agitó la cabeza y miró a su alrededor en busca de Kaysar...

Los centauros fueron cayendo uno por uno, sangrando. Alguno, sin cabeza. A cada pestañeo, veía una imagen fugaz de Kaysar, que se movía entre los soldados. Estaba cubierto de sangre y tenía una expresión exultante.

Le encantaba aquello.

Cookie sintió terror. Tal vez no necesitara su ayuda, después de todo. Si había interpretado mal la misión y, en alguna ocasión, él decidía asesinarla, ella perdería. Por el momento, estaba mejor atravesando el bosque sola, a pesar de todos los peligros.

Se liberó de las ataduras y la mordaza y se puso en pie. Para su asombro, ya había empezado a curársele el tobillo. En cuestión de minutos, podría estar corriendo.

«Vamos, vamos». ¿Y si Kaysar se fijaba en ella? Miró al campo de batalla y se dio cuenta de que solo quedaban dos centauros con vida. Era hora de largarse.

Avanzó corriendo hacia los árboles, pero Kaysar apareció como una torre delante de ella. Cookie no pudo parar y se chocó con él. Se balanceó hacia atrás, pero no cayó.

«Respira. Respira hondo». No iba a pasar nada. Bueno, era cierto que él

parecía un loco, observándola de pies a cabeza con los ojos muy abiertos, pero... no se había vengado cuando ella se había chocado con su torso. Tal vez no tuviera unas intenciones tan horribles.

Cookie fue retrocediendo, paso a paso, sin dejar de mirarlo por si acaso. Estaba cubierto de sangre y tenía una pose agresiva. No parecía que ningún centauro hubiera conseguido herirlo.

—¿Dónde crees que vas? —le preguntó él, con un rugido.

¿Lejos de allí, para siempre?

Ella se detuvo a una buena distancia y alzó las manos. Fue un gesto de inocencia con el que intentó que se mantuviera apartado.

—Hola —le dijo—. En primer lugar, te estoy muy agradecida por haberme salvado. Aunque no me considero una damisela en apuros, precisamente, estoy muy contenta de no estar a las puertas de la muerte. No lo estoy, ¿verdad?

Pasaron unos segundos eternos. Él no dijo nada.

—Me llamo Cookie Bardot. Bueno, en realidad, mi verdadero nombre es Chantel, pero mis amigos me llaman Cookie. Creo que la primera palabra que dije fue «galleta», y es lo que siempre me apetece comer. Pero estoy parlotando..., lo siento. Me sale así cuando aparezco en un mundo extraño con monstruos mitológicos que me miran con los tenedores preparados, y un tipo con las orejas muy sexis llega y mata a todo el mundo.

Cookie soltó una carcajada falsa y se ruborizó. ¿Acababa de decirle a un asesino psicótico que tenía las orejas sexis?

—De todos modos, en resumen, puedes llamarme lo que quieras.

Él se tocó las orejas mientras negaba con la cabeza y fruncía el ceño.

—¿Chantel? ¿Cookie? No. Tú te llamas Lulundria. Aunque podría llamarte Drendall de vez en cuando.

—Oh, por supuesto, por supuesto. Responderé a Lulundria. O a Lulu. Lo que sea. O a Drendall. Dren también me gusta. Soy muy adaptable.

¿Quiénes eran aquellas mujeres?

Él entrecerró los ojos.

—Eres ella, pero no eres ella.

Era lo mismo que le habían dicho los duendes. Aunque ella ya no iba a ser tan tonta como para volver a confiar en ningún duende, claro. De hecho, si conseguía ponerle las manos encima a la duendecilla de color rosa, iba a aficionarse al asesinato.

—Eh... Lulundria... La otra Lulundria, ¿tenía los ojos verdes y el pelo rosa?

Él asintió.

–Sí.

Lulundria. De nuevo, lo vio con claridad. Aquella mujer era su donante. La mujer a la que había visto en su visión, y a quien reconocía a nivel celular, aunque no se hubieran visto nunca.

¿Se lo decía a aquel hombre, o no? ¿Y si solo la había salvado para averiguar cosas sobre su trasplante? Tal vez, cuando ya no le fuera útil, decidiese deshacerse de ella. O, peor aún..., ¿y si pensaba que ella tenía algo que ver con la muerte de Lulundria?

Por otro lado..., ¿y si aquella información le conseguía un protector que la guiara de vuelta a casa?

En aquel silencio, él se acercó.

Ella permaneció inmóvil. El corazón le latía cada vez más rápido, con más fuerza. Cuando él estuvo a pocos centímetros, ella percibió su olor. ¿Qué era? Dulce pero picante. Embriagador.

Él la rodeó, y ella le permitió que la inspeccionara. En parte, estaba aterrorizada, pero, por otro lado, tenía el deseo de dejarse abrazar por su fuerza.

¿Acaso estaba tan desesperada por conseguir un compañero de equipo, que entraría en la boca del lobo?

Él se detuvo a su espalda, y ella notó su respiración en la nuca. De repente, tuvo un escalofrío delicioso.

–Eres mucho más bella de lo que era Lulundria. Un objeto de deseo al que muy pocos podrían resistirse.

Le dijo aquellas palabras al oído, mientras le rodeaba la cintura con los brazos. Ella notó las garras de metal en el estómago, aunque ni siquiera le rasgaron la ropa.

–Dime, chica, ¿te doy miedo?

–Sí –respondió Cookie.

Entre otras cosas.

Llevaba mucho tiempo sin sentir un cuerpo masculino, y había echado de menos aquel calor. La sensación de cercanía y de seguridad. Por una vez, no se sintió oprimida por la soledad.

–No tienes por qué temer nada de mí, muchacha –le dijo él–. En este momento, no.

¿Y después?

Cookie decidió decir la verdad.

–Siento decirte esto, pero creo que tu Lulundria está... muerta. Lo siento –repitió–. Mi corazón tenía un fallo congénito, y yo me estaba muriendo. Ella ya

no necesitaba el suyo, así que los médicos me hicieron un trasplante. Después de la operación, empecé a cambiar. Cambiaron mi pelo y mis ojos.

Y las enredaderas.

El guerrero se puso tenso. Ella se preparó para oír un grito de negación, o una acusación de falsedad.

Apareció ante ella, y a ella se le escapó un grito. ¿Cómo lo hacía?

—¿Tienes el corazón de Lulundria en el pecho? ¿Ella vive en ti? —le preguntó él. Le puso dos nudillos bajo la barbilla y la obligó a alzar la cabeza. De repente, sonrió de una forma deslumbrante. Era la tentación en carne y hueso—. Esto es maravilloso. Es verdaderamente maravilloso.

Capítulo 8

Kaysar no detectó ninguna mentira en la confesión de aquella belleza. La verdad lo golpeó como si fuera una bala de cañón. Lulundria había vuelto a Astaria. Había vuelto en forma de aquella muñeca hecha realidad, de aquella Drendall viviente, cuyo rostro de rasgos finos lo tenía hipnotizado e inquieto a la vez.

¿Una mujer igual que cualquier otra?

No. Difícilmente.

Él podría quedarse mirándola para siempre, y no sería suficiente. Su piel era pálida y radiante. Su cabeza le llegaba por los hombros. No era demasiado alta, pero era curvilínea. Llevaba una túnica rosa y, en las piernas, una tela negra que se ajustaba a su piel. ¿Sería la moda de los mortales?

Al notar que sucedía lo impensable, frunció el ceño: su cuerpo se había endurecido sin el permiso de su mente. ¿Por qué? La gente reaccionaba ante él. Él no reaccionaba ante la gente.

A pesar de aquello, que no tenía precedentes, la mujer era de ayuda para su causa. En el pecho de aquella antigua mortal latía el corazón de un Frostline, por matrimonio, y eso aseguraba que Lulundria siguiera con vida, y asegurando la continuidad de su conexión con Jareth y Hador.

La princesa no era la primera hada real que había prolongado su vida de aquel modo, pero muy pocos se habían atrevido a recorrer aquel camino. Una mente era una puerta al corazón, la batería de cualquier *glamara*, y todas eran distintas. No había dos intelectos iguales. Cuanto más tuviera aquella Chantel el corazón de Lulundria en el pecho, más se identificarían sus pensamientos y sus personalidades, para bien o para mal.

Aunque la muchacha no lo supiera, se había convertido en un ser inmortal, poderoso. En un hada. Las cinco cortes la reconocerían como un miembro de la

realidad de las Tierras de Verano y de las Tierras de Invierno. Los padres de Lulundria le darían la bienvenida con los brazos abiertos. Jareth también. Sus votos matrimoniales le obligaban a ello.

El príncipe no tenía más remedio que aceptar a aquella desconocida como esposa, y al bebé Aoibheall que pronto llevaría en el vientre, como heredero.

Un bebé al que él nunca iba a conocer.

No estaba muy seguro de lo que sentía al respecto, ahora que tenía la victoria al alcance de la mano. Lo que pertenecía a Kaysar siempre le pertenecía a Kaysar, sin excepciones. No lo compartía con nadie.

Sin embargo..., ¿estaba dispuesto a engendrar un hijo con aquella princesa? ¿A un niño inocente que sería entregado a un príncipe Frostline, y que estaría al alcance de Hador?

Al pensar en aquella incongruencia, sintió furia. Furia y una necesidad casi imperiosa de matar a alguien. Sin embargo, se contuvo. Se pasó las garras por el antebrazo. Aquel ligero roce le recordó sus mapas. A su hermana. A su refugio para cualquier tormenta.

Se calmó. Mañana podría resolver aquel dilema. «En primer lugar, la venganza. Después, todo lo demás».

Aquel día, el destino quería que él orquestara el castigo a los Frostline.

A diferencia de la verdadera Lulundria, aquella mujer no se había pasado toda la vida, desde la infancia, escuchando historias terroríficas sobre el Desquiciado. No tendría motivos para resistirse a él.

Sin duda, seducirla iba a ser muy fácil.

—¿Quién eres tú, con respecto a mí? —le preguntó ella, con inseguridad, frotándose las muñecas despellejadas—. ¿Quién eras tú para Lulundria?

Tenía un acento suave y delicado, como el sirope de arce que su madre servía sobre las tartas de fruta. Una delicia que llevaba varios siglos sin recordar. En aquel momento, se le hizo la boca agua.

Sintió un pinchazo de dolor en el corazón, pero lo ignoró. Se concentró en seducirla. Por el momento, iba a charla con ella y, si percibía una buena reacción, la acariciaría. Pero aquel día no habría más que unas cuantas caricias. Antes de poseer su cuerpo, tenía que ganarse su confianza.

—Soy Kaysar de Aoibheall, de la Corte de la Medianoche, y estoy a tu servicio —dijo. No tenía ningún motivo para revelar su sobrenombre. El hecho de que lo llamaran el Desquiciado podía ser difícil de explicar.

—Kaysar —dijo ella, y él volvió a sentir algo como un pinchazo en el corazón.

Sin embargo, no debía permitir que le afectara.

–En cuanto a la otra pregunta, solo tú sabes quién era yo para Lulundria. Solo tienes que acordarte. ¿Has revivido alguno de sus recuerdos?

Ella se balanceó sobre los talones.

–Solo uno, un pequeño fragmento, pero fue suficiente. Un hombre le lanzó dardos de hielo. La hirió.

Vaya, vaya. Su rabia contenida resultó deliciosa. Además, se había referido a Jareth, su esposo, como a «un hombre». Un desconocido. Consideraba que el príncipe era un asesino implacable.

Kaysar sintió satisfacción.

Fingió que reflexionaba sobre todo aquello, y asintió.

–Tal vez sea mejor que no trates de recordar más. ¿Y si los recuerdos son aún peor?

–No quiero acaparar los recuerdos de otra mujer. Casi no puedo con los míos.

Él podía comprender muy bien eso. Volvió a rodearla para inspeccionarla mejor. Había muchas cosas que disfrutar de ella, así que giró varias veces a su alrededor, aumentando la distancia que los separaba para ver todos los detalles. Ninguna mujer tenía derecho a que su olor fuera más dulce que la enredadera venenosa. Y menos aquella mujer.

Kaysar sintió unas necesidades desconocidas hasta el momento. Besar. Lamer. Tocar. Por placer.

Frunció el ceño y sintió ira. ¿Él, experimentando placer con una Frostline, haciendo cosas que siempre había considerado una tarea?

–Creo que estás dando señales contradictorias –le dijo ella, que no dejaba de mirarlo–. ¿Vas a hacerme cosas espantosas, o no? De veras, no consigo averiguarlo.

Él respondió sin pensar.

–Dime cuál es tu definición de espantosas.

Ella pestañeó. De repente, esbozó una sonrisa.

–Vaya, sí que eres guapo. Voy a ser sincera. Creo que te gusto. Y reconozco que tú también me gustas un poco.

Aquella sonrisa hizo que Kaysar se detuviera en seco, y le cortó la respiración. Exquisita.

Sostuvo su mirada y sonrió también, aunque forzadamente. Había pagado a las mejores concubinas del reino para que le enseñaran a atraer y encantar a los demás, y utilizó aquellas técnicas en aquel momento.

–Estás en lo cierto..., Chantel. Me gustas mucho.

Ella se relajó un poco, y preguntó:

–¿Dónde estamos?

–Esto es Astaria.

«Tu nuevo hogar».

–Astaria –repitió ella, mirando la tierra que los rodeaba–. ¿No es Rhoswyn? ¿Ni Loloria? ¿Ni Enchantia?

–Hay cinco reinos de las hadas, que también son conocidos con el nombre de «cortes». Medianoche o Tierras de la Noche. Verano, Otoño, Primavera e Invierno. También hay un territorio llamado Tierras del Atardecer. Ahora estamos en el Bosque de los Muchos Nombres.

–Hadas –repitió ella–. Lo sabía. Pero... ¿estamos hablando de hadas benevolentes o malvadas?

–Las hadas son hadas –dijo él.

Se acercó a ella y volvió a entrar en su círculo de olor a flores. Su sangre empezó a calentarse lentamente, hirviendo..., borboteando.

–¿Quieres que te cuente cómo nos conocimos Lulundria y yo? –le preguntó, suavemente.

–Sí, por favor.

–Hace seis meses, me encontré en este bosque con Lulundria y con su marido, un príncipe de las Tierras de Invierno. Es el hombre malvado que apareció en tu visión. Con mi ayuda, Lulundria pudo escapar. La he estado buscando desde entonces. He anhelado verla desde entonces. Ahora te anhele a ti.

A ella se le suavizó la expresión. Su cautela desapareció.

Ah, sí. Aquella seducción iba a ser muy fácil.

Ella lo miró atentamente y, para su consternación, volvió a ponerse tensa. Se irguió y retrocedió para aumentar la distancia que había entre ellos.

–Aunque tenga el corazón de Lulundria, no soy ella.

–¿Y de qué me sirves si no eres Lulundria? –le espetó él.

Ella dio otro paso hacia atrás. Bien. Que temiera el temperamento del hombre que iba a decidir su destino. Era una Frostline, así que cada segundo de su vida era un regalo de Kaysar. Que viera la sangre de los enemigos que él había matado en su nombre.

¿En su nombre? No. Aquellas muertes habían sido en beneficio de su amo, para su venganza. No había nada más importante que el dolor y el sufrimiento de su esposo.

–Además –dijo ella, como si esa reacción no le hubiera afectado en

absoluto—, no quiero ser una princesa. Son los personajes más débiles.

Él no supo qué responder. Respiró profundamente. Después, sonrió.

—Eres Lulundria en lo esencial. También estás casada con el príncipe que te mató. Jareth atravesó los órganos vitales de Lulundria con sus dardos de hielo, delante de mí. Yo luché contra él y seguí a la princesa con intención de curarla y protegerla. Pero estaba cegada por el dolor, así que sus enredaderas brotaron y crearon un portal por el que ella desapareció.

—A mí también me trajeron unas enredaderas, me arrastraron hasta aquí —dijo ella. En su interés por averiguar más, se olvidó de su cautela y se acercó—. En cuanto atravesé el arco, las enredaderas se marchitaron.

—Porque eres una creadora de portales. Abres y cierras puertas entre el mundo mortal y el de las hadas.

—Entonces, ¿puedo volver a casa? —preguntó ella, con un enorme alivio—. ¡Puedo volver! —exclamó. Se acercó a él dando botes y se agarró a su túnica—. ¿Cómo se abre una puerta? ¿Tú lo sabes?

Él quería responder, pero se había quedado mudo. Su mente se había sumido en un torbellino de pensamientos que no conseguía discernir. El cuerpo de la muchacha era cálido, suave. Sus pechos estaban apretados contra su torso.

Sintió un placer tan enorme, que se le escapó un gruñido. Su miembro reaccionó de nuevo sin permiso de su mente, y se endureció como el hierro. Tuvo una necesidad casi irresistible de frotarse contra ella.

—No puedes —le dijo, con la voz enronquecida. Con esfuerzo, consiguió no abrazarla. Antes de hacerlo, tenía que controlar aquella extraña reacción, que no apreciaba en absoluto—. La apertura de una puerta siempre deja sin fuerzas al creador. Aunque, seguramente, podrías originar enredaderas, no creo que tengas fuerzas para crear otro portal hasta dentro de unos meses.

Meses. Mmm. Había vivido miles de años, e iba a vivir miles de años más. ¿Cómo iba a obtener en tan poco tiempo una satisfacción duradera a través del vínculo que aquella mujer tenía con Jareth? Además, ¿y si ella no quedaba embarazada antes de recuperar su habilidad?

Aparte de encadenarla, una solución que solo podía ser temporal y que supondría un obstáculo para conseguir su objetivo, no tenía otro medio de retenerla.

—¿Tú también eres creador de portales? —preguntó ella.

—No. Muy pocos lo son.

—Vaya, magnífico —dijo ella, posando la frente en su esternón—. La suspensión obligatoria de una habilidad que no sabía que tenía y que no

pretendía utilizar. Vaya jarro de agua fría.

¿Agua fría? Sí, eso le iría bien a él. Enfriarse. Debería teletransportarse y alejarse de ella para escapar del calor que se estaba generando entre sus cuerpos, y olvidar las cosas horribles, maravillosas, que le estaba haciendo sentir aquella mujer.

Sin embargo, la abrazó con fuerza. Los pinchazos que había sentido antes debían de haberle causado algún daño en el pecho. Grietas. Algo. Porque en él resucitó un instinto olvidado desde hacía mucho tiempo. «La necesito... más. Tengo que protegerla...».

–Bueno. No importa –dijo ella, alzando la cabeza–. Una derrota no significa la derrota total, ¿a que no?

–Obviamente –respondió él, aunque no tenía ni idea de lo que quería decir. Sin poder contenerse, le pasó dos de las garras, con delicadeza, por la mejilla, y le metió un mechón de pelo detrás de la oreja, con mucho cuidado de no rasguñar su piel–. ¿Cuántas, de entre la plétora de habilidades de Lulundria, has podido utilizar?

–No lo sé. ¿Cuántas son una plétora?

–No estoy seguro. Más de una docena, menos que infinitas. Todas las hadas tienen una *glamara*, su habilidad más poderosa –le explicó él–. Pero algunas también pueden recorrer grandes distancias, o proyectar imágenes ilusorias. Y la lista continúa.

–Tú eres de las hadas –dijo Cookie, sin soltar su túnica, mirándolo a los ojos sin vacilar. La mayoría de la gente apartaba la mirada a los pocos segundos, porque no quería ver aquel abismo. Él pensaba que era una pena. Había pagado un precio muy alto por aquellas dos reservas de odio, y disfrutaba enseñándolas. En aquel momento, sin embargo, tal vez estuviera demasiado nervioso–. ¿Qué puedes hacer?

–Tengo muchas habilidades –respondió él, mientras le acariciaba las mejillas–. Vamos, ven conmigo a mi morada. Me ocuparé de que estés protegida, te lo juro.

A ella se le borró la expresión de buen humor.

–Lo siento mucho, Kaysar, pero quiero volver a casa lo antes posible –dijo, y se alejó, sin que él pudiera hacer nada por evitarlo–. Pero me encantaría que me ayudaras a encontrar a otro creador de portales.

¿Ayudarla a regresar al reino de los mortales? No. Ella iba a ir a su palacio. De donde podría marcharse en cuanto quisiera, una vez que hubiera aprendido a teletransportarse. Lo cual podría hacer mucho antes de recargar su *glamara*.

Kaysar se acarició un brazo con las garras y se hizo unos arañazos. Mapa. Hermana. Calma.

–El príncipe malvado te perseguirá. Puede que esté buscándote ahora, Chantel. Y te va a encontrar. Todos los miembros de la realeza tienen videntes que ven el pasado, el presente y el futuro. Pero yo puedo esconderte de él y de su vidente. Permítemelo. Llegué demasiado tarde para proteger a Lulundria, pero no es demasiado tarde para protegerte a ti.

Ella cabeceó con firmeza.

–El miedo no me va a impedir actuar. No hay ninguna garantía de que mi *glamara* se recupere por completo. Necesito un plan B.

–Ya no perteneces a tu antiguo mundo –le dijo él, tratando de convencerla–. Quédate aquí. En mi castillo podrás disfrutar de todas las comodidades.

Ella irguió los hombros y alzó la barbilla.

–No quiero ir a tu castillo. Bueno, espera. ¿Es un castillo de verdad, con torres, mazmorras y todas esas cosas? ¿Cómo son sus defensas...? No, no. No me contestes. No tiene importancia. Tengo que ir a casa. Mi mejor amiga y mi gato estarán muy preocupados por mí. Pearl Jean no puede permitirse el lujo de sufrir tanta angustia y Sugars... tiene sus peculiaridades. Tengo que volver con ellos. Nada podrá impedírmelo.

–No vas a poder encontrar a otro creador de portales –dijo Kaysar. Él mismo se iba a encargar de que así fuera.

–¿Eres vidente? –le preguntó ella, con una dulzura exagerada.

–No –dijo él, molesto por su respuesta. Era perspicaz.

–Entonces, no puedes saber si voy a encontrarlo o no.

Kaysar apretó la mandíbula. Claramente, ella tenía la intención de abandonarlo.

–Sin mi ayuda no lo vas a conseguir –le advirtió.

–Es posible, pero voy a intentarlo. ¿Podrías, al menos, dibujarme un mapa de esta tierra antes de que nos separemos, y mostrarme cuáles son las ciudades más seguras?

Un mapa. Sí. Automáticamente, Kaysar se clavó las garras y utilizó la sangre que brotó de las heridas para dibujar, rápidamente, un esquema del territorio. Cuando terminó, extendió el brazo para que ella pudiera mirarlo.

Chantel observó las heridas. ¿Con horror?

Se ruborizó mientras el silencio lo envolvía todo. Incluso los duendes se habían quedado callados. Ya no susurraban entre los árboles. Él, con un gruñido, bajó el brazo.

—Un momento. No había terminado de memorizarlo —dijo ella. Lo agarró por la muñeca y llevó su brazo a un haz de luz. Los cortes ya se habían cerrado, pero las líneas de sangre permanecían en su piel—. Corrígeme si me equivoco, pero esto es la charca. Esta es la carnicería que hemos dejado abandonada. Eso significa que estamos aquí —dijo Cookie, con la frente arrugada, dando unos golpecitos con el dedo cerca de su muñeca—. Parece que este camino lleva a una ciudad, ¿no?

Entonces, ¿ella podía leer sus mapas de sangre? ¿Cómo era posible? Nadie podía leer sus mapas de sangre.

—¿Kaysar? —preguntó ella, mirándolo.

Entre ellos corrió una brisa cálida que levantó uno de sus mechones rosados. Era demasiado hermosa. Suave. Cálida. Singular. Kaysar se mordió la lengua hasta que notó el sabor metálico de la sangre.

—Aunque tengas un mapa, no vas a encontrar a un creador de portales tú sola. Aunque el bosque te permitiera recorrerlo con vida, sus habitantes no te perdonarían. ¿Te han parecido malos los centauros? Pues espera a conocer a los ogros y los troles.

—Ya los he conocido. No me hicieron nada.

Sí. Lógico. Habían percibido su vínculo con los Frostline, y habían seguido las normas que él había impuesto: ni un solo rasguño para la realeza.

—¿Y te has encontrado con algún trasgo?

Ella se estremeció, como si supiera qué horrores podía esperar de aquellos demonios.

—No, pero no voy a dejar de buscar a un creador de portales.

Qué obstinada.

—Está bien. Te acompaño —dijo él.

Nuevo plan: olvidar la seducción en el castillo. Iba a acompañar a Chantel por el bosque, hasta las Tierras del Atardecer.

El viaje iba a ser agotador para ella, porque él lo iba a hacer así: la obligaría a confiar en sus conocimientos y a depender de su fuerza. Y las noches que tendrían que pasar bajo las estrellas le garantizaban que tuviera que buscar su cuerpo para obtener algo de calor.

En cuanto la tuviera entre sus brazos, ella olvidaría su antiguo hogar. «Y yo conseguiré mi venganza. Todo saldrá bien».

—¿Me vas a ayudar? ¿De verdad? —le preguntó Chantel, desconfiadamente—. ¿A qué precio?

Sí, iban a hablar del precio muy pronto.

–Seguro que se me ocurrirá algo –dijo él–. Por ahora, necesitas calzado. Y provisiones.

–Y armas.

¿Aquella cucharada de fresas con nata quería llevar armas?

Enarcó una ceja, con una expresión desafiante, y él respondió:

–Naturalmente. Voy a recopilar todo lo que necesites.

–¿Y cuánto me va a costar todo eso?

¿Cuánto estaría dispuesta a pagar? Él decidió avanzar en dirección al objetivo que quería conseguir y evaluar su reacción.

–Dime, Chantel, ¿temes que te exija sexo a cambio? ¿O esperas que lo haga?

Capítulo 9

La pregunta de Kaysar se quedó suspendida en el aire. Fue como una caricia seductora para Cookie, que la sintió en la piel acalorada. En sus ojos, del color del whisky, brillaba alguna emoción contenida. ¿La necesidad de matarla? ¿De besarla? ¿Excitación o resentimiento? ¿Más ira de la que una persona podía dominar? ¿Anhelo? ¿Esperanza?

¿Locura?

Durante el breve tiempo que llevaban juntos, él había demostrado todas aquellas emociones en medio de un enredo contradictorio. Algunas veces, sobre todo, cuando se pasaba las garras de metal por el brazo, le recordaba a un niño pequeño... con deseos de quemar el mundo entero.

En esos momentos, sentía un vínculo con él. Era extraño.

Su voz era el equivalente al queroseno, y su mirada, a una cerilla. En unos minutos había conseguido encender en ella miles de deseos y temores. Sus caricias la electrificaban, como si estuviera programada para reaccionar a su contacto. Su olor era como una droga. Y su forma ávida de mirarla, como si nunca hubiera visto una criatura más fascinante, era un refuerzo para su seguridad en sí misma. «Puedo sobrevivir».

Además, disfrutaba hablando con él, a pesar de sus tira y afloja. Él le había proporcionado una información que ella necesitaba desesperadamente y, en algunos momentos, había conseguido que se sintiera segura. Incluso normal.

¿De veras deseaba ayudarla?

—Mira, el sexo no está sobre la mesa —dijo. Para empezar, ella nunca había utilizado su cuerpo para pagar nada, y no iba a empezar ahora. Para continuar, acostarse con alguien a quien necesitabas era una estupidez. Era muy probable que, después, él perdiera el interés. O que se obsesionara. Era un asesino, y ella ya tenía suficientes problemas para controlar su propio lado oscuro. Si añadía

aquello a la combinación, tal vez no pudiera ejercer el control sobre sí misma.

–Eso no va a cambiar nunca –añadió.

–Entonces, ¿debería guiarte por este reino sin recibir nada a cambio? Tengo deberes que atender. Seguro que hay otras damiselas en apuros a las que puedo ayudar. Algunas que sean más receptivas a mis peticiones.

Vaya, aquello sí que le molestó.

¿Y vas a proponerles ese trato a todas? Si de veras quieres ponerte realista con las opciones de pago, estoy dispuesta a negociar. Pero date prisa, Hombre Garra. Solo voy a gastar dos minutos más en esta conversación. Después, me largo.

Él pestañeó.

–¿Acabas de llamarme Hombre Garra?

Sí. ¿Y qué?

–Mis compañeros de equipo tienen sobrenombres, o no son mis compañeros de equipo. Además, necesitamos un uniforme.

Él entrecerró los ojos.

–Lo de «compañeros de equipo» implica que somos iguales. No es así. Yo hago exigencias y tú las cumples. Así es como va a funcionar nuestra relación.

Cookie se irritó.

–No puedes decidir sin más que eres el líder del equipo.

–Mi actitud dura y decidida, además de mi sensata forma de abordar las batallas, inspira confianza en los demás. Cuando tengo una visión, tomo decisiones rápidas y nunca me aparto del camino. Debería ser considerada cocapitana, como mínimo.

Kaysar estaba mejor capacitado para ser la fuerza. Un escudo perfecto. Con él, tendría más oportunidades de encontrar a un creador de portales. Y, también, para convencer a ese creador de portales de que abriera uno para ella, y gratis.

–El tiempo se está terminando, Kaysar –dijo ella, con impaciencia por constituir aquella sociedad y ponerse en camino. O, al menos, por ponerse en camino.

A espaldas de Kaysar, el cielo se oscureció como si, de repente, alguien hubiera presionado un interruptor. Hubo rayos, destellos de luz que iluminaron el rostro y el cuerpo de guerrero de su interlocutor. A ella se le aceleró el corazón. Aquel hombre era increíblemente sexi y, al mismo tiempo, daba miedo.

Se oyeron truenos. Iba a haber tormenta. Aquel cambio de tiempo tan repentino la sobresaltó, aunque no sabía por qué. Aquel tipo de cosas también ocurrían en *El bosque del bien y el mal*. El diseñador del juego debía de haber

vivido allí.

«Sí, mamá. Los videojuegos me han proporcionado una buena educación para el futuro».

La ira de su compañero se disipó con las primeras gotas de agua helada.

–El destino está intentando decirte algo, princesa –dijo él, con una sonrisa tirante–. ¿Atravesar el Bosque de los Muchos Nombres en medio de una tormenta, sin mi protección? No sé, no sé. ¿Es que quieres morir?

–Está lloviendo. No es para tanto –dijo ella, y notó las gotas en la cara... y en el resto de su persona. A los pocos segundos, estaba helada. Empezaron a castañetearle los dientes.

–Con lluvia o sin ella, voy a encontrar un creador de portales y no me voy a acostar contigo. Y no me llames princesa.

El día que la reclutaran para ser Cenicienta o la Bella Durmiente, ese día se jubilaría. ¿Complejo de héroe? No, gracias. Prefería no llevar una carga como esa. Ya desde niña, se había sentido más atraída por personajes como el Sombrero Loco y Maléfica. Esos sí eran personajes que hacían cosas.

–Pero es que eres una princesa –replicó él.

Desapareció al mismo tiempo que caía un rayo, y apareció a un centímetro de ella. La tomó de la nuca y apretó su cuerpo cálido contra sus curvas.

–Eres mi princesa.

Aquella frase, y el contacto, le causaron júbilo a Cookie, y por motivos equivocados.

«Concéntrate».

–¿Te has teletransportado?

–Sí.

–Ah –dijo Cookie. ¿Por qué tenía que ser él tan deliciosamente cálido? ¿Y por qué era tan poco adecuado para ella?

A quien deseaba, en realidad, era a Lulundria. Ah, y a la tal Drendall, fuera quien fuera. ¿Otra princesa? No tenía importancia. En resumen, ella no era Lulundria. Cuando él aceptara la verdad, tal vez le repugnara. Era mejor reprimir todo pensamiento sexual y toda atracción hacia él.

–No soy nada tuyo, Kaysar –dijo–. Pero podría ser tu compañera, si tú quieres trabajar conmigo, en vez de contra mí.

Aquella petición tan razonable le convenció.

–Te agrada saber que mi precio no es el sexo. Eso me lo vas a dar voluntariamente, gratis. No. Lo que te pido es que nunca huyas de mí. Y quiero que sepas que hay una pena muy dura por no cumplir la palabra dada. Los

mentirosos no terminan bien en mi presencia.

Ella tragó saliva. Kaysar había vuelto a ser letal.

¿Necesitaba su ayuda? Sí, era obvio. Y estaba claro que no podía mentir ni engatusarlo para que hiciera algo. En realidad, para ella también era importante la sinceridad. Era una de las líneas que siempre respetaba. ¿Cuántas veces le habían prometido su padre o su madre que iban a llevarla a tal o cual sitio y, al final, habían incumplido su palabra?

Seguramente, ella tenía muchos fallos, pero siempre cumplía su palabra.

–Te prometo que siempre seré sincera contigo –dijo. Seguía lloviendo, y ella se acercó a él–. Por eso no voy a prometerte que nunca huiré de ti. «Nunca» es una palabra demasiado restrictiva. Debería haber excepciones.

–Por desgracia para ti, no tengo necesidad de negociar. Esto es una lluvia de las Tierras de Verano, y va a durar toda la noche. Si no haces lo que te exijo, te vas a congelar.

¡Qué hombre tan irritante! No sabía ceder. Sin embargo, no podía pasar toda la noche bajo la lluvia. Las gotas habían empezado a pinchar como agujas.

–Mira, yo siempre haré lo que diga que vaya a hacer. Así que, o aceptas algunas excepciones, o me marcharé a pesar del peligro. Piénsalo. ¿Y si necesito huir de ti para salvar mi propia vida, sea cual sea el motivo?

Él lo pensó. Después, asintió.

–Has hecho una observación muy acertada. Pero no habrá excepciones.

¡Arg! Era un farol. Sin embargo, ella hablaba muy en serio.

–Está bien. Declino tu ofrecimiento. Gracias por la ayuda. Buenos días, señor.

Se apartó de él y lo rodeó.

Sin embargo, él continuó con ella, como si no hubiera dicho nada.

–Para pagar las provisiones, tienes que darme una hora para que te demuestre por qué exijo que permanezcas siempre a mi lado.

¡Por fin! Una concesión. Pero ¿sería alguna trampa? Por su expresión de alegría y malicia, ella pensó que sí.

–Dentro de unos minutos tendré un par de zapatos para ti –le dijo Kaysar.

Después, se desvaneció sin darle la oportunidad de responder. La dejó allí, bajo la lluvia helada.

Mensaje recibido. Él prefería hablar del asunto de la promesa más tarde. Bien, pero ¿dónde había ido? ¿Tenía que esperar a que volviese, o sería mejor salir corriendo mientras tenía la oportunidad? ¿Un par de botas contra su independencia?

Quizá debería robarle los zapatos y, después, salir corriendo. ¿Podría dejarlo sin una oportunidad como aquella? Él quería a la mujer que pensaba que era ella, y lo había dejado bien claro. Eso le daba cierta ventaja, pero ¿hasta qué punto?

¿Qué otros superpoderes tenía aquel asesino de centauros?

Una pregunta todavía más importante: ¿qué otros superpoderes tenía ella?

A cada segundo que pasaba, tenía más frío. Se dirigió apresuradamente hacia una zona cubierta por las densas copas de los árboles. Por el camino, su ropa absorbió cincuenta kilos de agua. El barro helado le manchó los pies. Estaba temblando incontrolablemente.

Oyó un continuo tintineo metálico y frunció el ceño. ¿Era Kaysar? ¿Estaba haciendo unos zapatos con las espadas? La curiosidad y la tristeza la empujaron a exponerse de nuevo a la tormenta, y corrió hacia el campo de batalla, desde donde llegaba el ruido.

Kaysar estaba allí. Clavó una daga en la cerradura del carro de los prisioneros. Se había quitado la camisa y sus músculos se hinchaban al flexionarse y moverse. Las gotas de lluvia se deslizaban por sus tatuajes. ¡Oh! Las líneas y puntos creaban un complicado mapa que ella podría estar mirando durante días y días.

Mientras él trabajaba, unas mujeres vestidas con harapos lloraban y suplicaban clemencia.

Tal vez no fuera tan mal tipo. Había decidido ayudar a los demás antes de hacerse con los zapatos.

—Callaos —les espetó él—, antes de que añada vuestras lenguas a mi colección.

Vaya. Pues tampoco era un buen tipo. Pero... una buena acción siempre era una buena acción, ¿no?

¿De verdad tenía una colección de lenguas?

A ellas debía de parecerles que era cierto, porque se quedaron calladas al instante.

Las bisagras chirriaron cuando se abrió la puerta. Él volvió a las sombras, permitiendo que las prisioneras bajaran del carro. Hasta que, con unos reflejos muy rápidos, agarró a una de las mujeres por la ropa y tiró de ella para acercársela.

—Dame los zapatos —le ordenó, en un tono férreo.

La llorosa mujer cerró los ojos con fuerza y asintió. Se inclinó para desabrocharse las sandalias.

No. No, no, no.

—¡Alto! —gritó ella, acercándose rápidamente—. No te las quites —le dijo a la

mujer.

¿Robar algo a una persona inocente para salvarse? No. Bueno, por lo menos, no fuera del videojuego.

La mujer se detuvo y miró esperanzadamente a Cookie y a Kaysar.

Él miró a Cookie a los ojos. La lluvia empezó a caer con más fuerza.

–Esta mujer me va a dar los zapatos –dijo–, o se los quitaré yo mismo. ¿Qué prefieres?

La prisionera se quitó las sandalias todo lo rápidamente que pudo. Cookie siguió caminando.

–Prefiero ir descalza, Kaysar. No voy a aceptar esos zapatos.

–Si no los aceptas, voy a... –Kaysar apretó los labios un segundo y continuó–: Vas a aceptarlos. No tienes otra opción.

Bien. Claramente, él pensaba que ella iba a obedecer sus órdenes si insistía lo suficiente. Así pues, tenía que aclararle la situación:

–Si me obligas, te dejaré a la primera oportunidad.

–¿Te atreves a amenazarme con el abandono? –inquirió él, en un tono letal–. ¿A mí?

–Olvídate de las sandalias –refunfuñó ella.

Él tenía que aprender una lección: si alguien se metía con Cookie, iba a perder. Sin embargo, sabía que lo iba a echar de menos. No por su personalidad, sino la conexión que había sentido cuando él la había abrazado. Una sensación que no había tenido durante muchos años, y que había anhelado.

–Me marchó con los demás –dijo ella–. Adiós, Kaysar.

Entonces, con la cabeza alta, ella siguió a las mujeres a las que él había liberado. Quizá su protector tuviera un gesto amable y la llamara para llegar a un acuerdo. O quizá no. Por lo menos, su expresión de asombro había sido satisfactoria. Y su rabia también, a pesar del peligro.

¿De veras quería que él la llamase para que volviera? Tal vez no fuera una persona estable.

Bueno, ¿y qué? Tampoco ella era la persona más racional del mundo, y Kaysar era quien mejor podía protegerla de los peligros. Era su única opción. ¿Cómo iba a recorrer aquel mundo sin su mapa de sangre? ¿Cómo sabría cuál era la diferencia entre un creador de portales y un hada común y corriente sin su ayuda?

Un momento. ¿Acaso alguno de los demás prisioneros liberados podía ser un creador de portales?

–Eh, chicos, un momento –les dijo.

Corrió hacia ellos, alejándose cada vez más de Kaysar, que no la llamó. Por fin, la lluvia amainó un poco.

Nadie la esperó. Desaparecieron detrás de los árboles.

No hubo ninguna llamada. Kaysar y ella iban a separarse. Bueno, no era para tanto. La mayoría de la gente, en algún momento u otro, decidía no seguir con ella. Pearl Jean y Sugars eran los únicos que habían permanecido a su lado. Inconscientemente, ellos no podían marcharse, tal y como le había dicho su psicóloga una vez.

De todos modos, era lo mejor que podía ocurrirle. No iba a formar un equipo con un hombre dominante y autoritario que podía descontrolarse en cualquier momento.

–¡Alto! –gritó Kaysar, con una voz poderosa.

Oh, gracias a Dios. Cookie se quedó inmóvil, aunque se le aceleró el corazón. Todas las mujeres que aún estaban a la vista también se detuvieron, como si estuvieran demasiado asustadas para seguir.

–Volved conmigo –ordenó él–. Todas. Acepto tus condiciones, Chantel. Te conseguiré otro par de zapatos.

¿De veras? Se quedó anonadada. ¿Había ganado aquella guerra que mantenía con él?

–Creo que os he dado una orden a todas –gritó Kaysar, de nuevo, con impaciencia–. ¿Por qué no hay nadie a mi lado? ¿Debo empezar a cazar?

Las mujeres corrieron hacia Kaysar. Vaya. Él hablaba y todo el mundo obedecía, como si el precio de la desobediencia fuera demasiado alto. ¿Lo era? ¿Realmente se rebajaría a hacerles daño a aquellas mujeres si ellas se negaban a obedecer? ¿Aquellas prisioneras no habían hecho nada malo!

Cuando las mujeres pasaron junto a ella, una le susurró:

–Es el rey de las Tierras de la Noche, y gobernante de las Tierras del Atardecer. Haz lo que te diga, o morirás.

Un momento. ¿Era un rey de verdad, con corona y trono? Él había mencionado que tenía un castillo y había dicho que las tierras eran suyas. Y, verdaderamente, tenía una actitud de autoridad y posesión que encajaba en la descripción. Pero ¿por qué no había mencionado su título al presentarse?

Si era rey, tenía más recursos que las demás hadas a su disposición. Tenía más poder. Ningún creador de portales se atrevería a desobedecer si él le ordenaba que la ayudara.

Cookie volvió hacia atrás y, cuando estuvo a su lado, volvió a sentir calor.

Entonces, lo miró a los ojos y vio que él tenía cara de satisfacción. ¿Acababa

de cometer un terrible error?

–Así que eres un rey, ¿eh? –dijo ella. Un momento...–. ¿Tienes reina? –preguntó. Los infieles eran unos mentirosos y resultaban muy malos compañeros de equipo.

Él frunció el ceño con una expresión de desagrado.

–Nunca voy a tener una reina.

–El compromiso no es lo tuyo, ¿eh?

Bien. Iba a hacerlo. Iba a aceptar su compañía.

–Acepto tu petición. Te concedo la excepción –dijo él, de mala gana, ignorando su pregunta–. No huirás de mí..., a menos que sientas que estoy poniendo tu vida en peligro. Yo. Pero de los demás peligros puedo protegerte. Aunque, antes de huir, tendrás que avisarme de que sientes que estoy poniendo tu vida en peligro. Solo podrás huir después de que yo haya confirmado que estás en peligro de verdad. Incluso te daré ventaja.

–¿Y qué quieres a cambio de las provisiones? –preguntó ella.

–No volverás a decirme que no.

Eh...

–Voy a necesitar excepciones. Pero, aparte de eso, acepto tus condiciones.

Él se pasó la lengua por los dientes.

–Debo dejarte aquí para ir a buscar otros zapatos –dijo, con irritación, a pesar de su reciente acuerdo–. Quédate aquí, en este lugar. No te muevas. Las mujeres harán guardia a tu alrededor. Si huyen, morirán. Si resultas herida durante mi ausencia, morirán con dolor.

Y, con esas palabras, desapareció.

Cookie miró a las mujeres aterrorizadas que la rodeaban.

«¿En dónde me he metido?».

Capítulo 10

—Excepciones —refunfuñó Kaysar, cuando se materializó en su habitación—. ¡Qué desfachatez!

Se acercó a su armario y recogió la bolsa que utilizaba para trasladar cabezas, u otros órganos, cuando era necesario. Era de una tela mágica, autolimpiable, irrompible. Ni siquiera sus garras metálicas podían rasgarla.

¿Era consciente Chantel de lo cerca que había estado de perder la cabeza?

—Yo no me doblego ante los dictados de nadie.

Desde que había escapado de los Frostline, él siempre había hecho lo que quería. Sin excepciones. Hasta aquel día, en que una antigua mortal se había atrevido a darle la espalda a un poderoso rey cuya ayuda necesitaba desesperadamente.

Aquella astuta belleza lo había dejado asombrado. Había pensado de verdad en alejarse de él, aunque eso supusiera un enorme riesgo para ella. Además, había puesto en peligro su venganza, de manera que él se había visto obligado a capitular y aceptar sus exigencias si no quería ir a la guerra contra ella. Había tenido que elegir entre lo malo y lo peor.

Claro que él también la había obligado a elegir: «Ayúdame a destruir a tu marido, o sufrirás». Aunque ella no lo supiera.

Inexplicablemente, el instinto de protección volvió a despertársele con una protesta cada vez más sonora. «La princesa no debe sufrir nunca».

¿Tratar a Chantel, una Frostline, con una especial consideración? ¿Protegerla de sus propios planes? ¿Y qué, si ella tenía la cara de la muñeca de sus más valiosos recuerdos? ¿Y qué, si le ofrecía la posibilidad de poder ser, por fin, un salvador?

Con una risa maníaca, dio un puñetazo a la pared. La piedra se desmoronó, la piel se rasgó, los huesos se fracturaron. No era el salvador de nadie.

Aquel tira y afloja continuó. Usarla. Protegerla. Usar, proteger...

En realidad, tal vez pudiera admirarla un poco. Tenía una terquedad que casi podía rivalizar con la suya. Se había enfrentado a un adversario despiadado sin preocuparse de las consecuencias. A pesar del miedo, había buscado su abrazo en dos ocasiones. Pero no con la esperanza de acostarse con él ni con la esperanza de domesticar a aquel rey desquiciado. No, lo había hecho en busca de consuelo. Y eso podía liberarlo de su frialdad para siempre.

Sin embargo, parecía que aquellas contradicciones no importaban. La venganza era lo primero. ¿Chantel le exigía que buscaran un creador de portales? Muy bien, lo tendría. Y ella iba a detestarlo. Él podía ir mucho más allá de conseguir que se sintiera incómoda; podía agobiarla hasta que ella se rompiera.

Estaba ansioso por regresar, así que recorrió apresuradamente la habitación, metiendo en la bolsa todo aquello que pensaba que ella podría necesitar. Mientras lo hacía, pensó en Jareth. ¿Vacilaría el príncipe cuando conociera a aquella belleza tan obstinada, que nunca rehuía un enfrentamiento? ¿O se alegraría?

En la charca, Jareth había demostrado que sentía un gran deseo por Lulundria. ¿Qué sentiría por aquella otra mujer, que parecía creada para el goce carnal?

De repente, tuvo un sentimiento de amargura. ¿Y qué, si el príncipe se acostaba con Chantel en cuanto él acabara con ella, porque se sentía tan aliviado por su vuelta que no le preocupaba su embarazo?

Jareth, dispuesto a disfrutar de aquel cuerpecillo lleno de curvas, noche tras noche... ¡Un escándalo!

«Él no se merece ningún placer», pensó Kaysar, y dio otro puñetazo en la pared. Golpeó una y otra vez, se le rompieron los nudillos y se le despellejó la mano, pero su rabia no se enfrió.

Tal vez se quedara unos años a Chantel.

Al pensarlo, se calmó un poco. Se teletransportó a las catacumbas de su castillo, a la cueva del tesoro. Allí, iluminado por antorchas, había un mar de monedas de oro, piedras preciosas y armas. Un millar de mapas colgados de las paredes de piedra. En el centro de la cámara, había una enorme fuente de mármol coronada por un retrato de la madre, ya muerta, del príncipe Jareth.

Kaysar guardaba allí los tesoros que les había robado a los Frostline. Baúles llenos de ropa que habían utilizado en ocasiones especiales. Joyas familiares de valor incalculable. Espadas forjadas por los mejores herreros. Muebles, pinturas y su objeto favorito: la urna que contenía al príncipe Lark. Algún día iba a

decidir cuál era la mejor manera de profanar sus cenizas.

¿Qué podría necesitar Chantel? Ropa, por supuesto. Metió varios vestidos en la bolsa. No le preocupaba la talla, puesto que las prendas de hadas se adaptaban por arte de magia a quien las llevaba, fuese quien fuese. Aunque, pensándolo bien... Seguramente, ella se sentiría cómoda con ellos, y él quería que se sintiera triste, quería que fuera dependiente.

Descartó aquellos vestidos y eligió otros mucho más ligeros, casi transparentes, casi como si fueran camisones. Sonrió. Hasta que sintió de nuevo un deseo súbito que le endureció el miembro.

Aquellos ataques de pasión por la princesa tenían que cesar. ¿Qué le importaba a él el traje de una mujer? Sobre todo, si eran prendas que iba a quitarle inmediatamente, en cuanto se acostara con ella.

Sin poder evitarlo, dejó escapar un gruñido. Chantel..., desnuda...

¿De qué color serían sus pezones? ¿Tendría rizos rosados o azabache entre las piernas? ¿Cómo brillarían aquellos ojos verdes con motas doradas cuando llegara al clímax?

Con otro gruñido, ciegamente, metió algo más en la bolsa.

¿Qué más, qué más? Esto, esto y aquello. Sí, sí. Esto. Semillas de saúco. Con cuidado, sacó un objeto negro y grande, con forma de ladrillo, de entre los pliegues de un vestido.

Si alguien hería mortalmente a Chantel, él tendría lo necesario para curarla.

¿Qué más? Mientras caminaba por la cueva, chirriaron las suelas de sus botas empapadas. Debería ponerse un calzado seco... Había estado a punto de olvidarlo. ¿Dónde estaban los zapatos?

Fue corriendo al dormitorio de Eye y, al llegar, se detuvo en seco. Su vidente estaba en una bañera con patas, delante de la chimenea encendida, envuelta en una espesa cortina de vapor. Tenía el pelo oscuro recogido en la coronilla y los ojos cerrados. Era la imagen de la completa relajación. Kaysar sintió envidia.

–Dame tus zapatos –le exigió a Eye.

Ella abrió los ojos de golpe y dio un grito. Se puso en pie, y las gotas de agua resbalaron por su piel desnuda. Trató de cubrirse con las manos y, al mismo tiempo, alcanzar una toalla.

Él puso los ojos en blanco.

–No me interesas en ese sentido –dijo. Kaysar no veía gente. Solo veía peones u obstáculos–. ¿Dónde están tus zapatos?

–Ma... majestad –farfulló ella–. ¿Cómo habéis entrado sin...? No importa. Este no es un buen momento. Debéis marcharos, por favor.

Él se rio con frialdad.

–Qué graciosa eres, intentando echarme de un dormitorio en el que yo te permito respirar.

Ella agarró con fuerza el borde de la toalla.

–Tal vez debierais ser más amable conmigo. He tenido una visión sobre vuestra princesa.

Él reaccionó sin darse cuenta. Se teletransportó a su lado. Estaba tan cerca, que las puntas de sus narices se tocaban.

–¿Qué has visto? Dímelo.

Ella respondió.

–Es más que Lulundria. Es la piel que lleva.

–¿Qué significa eso?

–No lo sé. Solo presiento que esto es igual al problema del corazón. Las pieles son ella, pero tampoco son ella, una parte de ella, pero están separadas de ella, sin estar completamente formadas –dijo Eye. Inclino la cabeza y se frotó las sienes–. Chantel todavía está tratando de encontrarse a sí misma. No ha elegido un camino.

–Dices cosas absurdas –respondió ella.

Kaysar se alejó de ella resoplando y se puso a buscar unas zapatillas, o sandalias, o botas. En el armario halló muchos libros. Cientos de volúmenes que Eye tenía apilados en su biblioteca privada.

Tuvo ganas de golpear algo. ¿Por qué no encontraba lo que necesitaba? En el último momento, vio una balda llena de calzado en el balcón, por fuera, y se teletransportó hasta allí.

Con una sonrisa, tomó un par de botas con joyas que una parte de su cerebro reconoció. ¿Dónde las había visto antes?

Cuando estaba a punto de ir a reunirse con la princesa, Eye lo llamó desde el interior de la habitación.

–¡Majestad, esperad! Tenéis que ver lo que yo veo –dijo, y proyectó una imagen en su mente.

Kaysar, como si estuviera ante un cuadro que tomaba vida, vio a Chantel, corriendo por el bosque, con una expresión de terror. Sintió cientos de emociones, y ninguna buena. Se puso muy tenso y preparó las garras.

–¿Cuándo ha ocurrido esto? –preguntó.

–Hace cinco minutos.

¿Estaba en peligro, o había aprovechado la oportunidad para escapar de él?

Kaysar se teletransportó al bosque y notó las heladas gotas de lluvia en la

piel, que le ardía de rabia. No había ni rastro de Chantel. Las prisioneras hadas y mortales a quienes había ordenado permanecer allí lo vieron, y se acercaron entre súplicas de clemencia.

–Callaos y apartaos de mí –les gritó, y obtuvo una inmediata obediencia–. ¿Ha atacado alguien?

A Kaysar le pareció oler... Soltó una maldición. A Jareth.

Y, como si lo hubiera conjurado con el pensamiento, el príncipe se puso en pie a poca distancia de allí. Tenía sangre fresca en la boca. Cabeceó para despejarse la mente y vio a Kaysar. Entonces, él también soltó un juramento.

Kaysar sintió un profundo odio.

–Hola, príncipe.

–Es mía –rugió Jareth, mientras las mujeres explicaron que habían luchado contra el príncipe para impedirle que siguiera a la princesa–. No la vas a tocar.

–Es tuya, sí –convino Kaysar. «Por ahora», pensó, y sonrió con maldad–. Pero ¿quién crees que se va a acostar antes con ella?

Cinco minutos antes

Cookie se enjugó las gotas de agua de la cara.

–Vamos, chicas. ¿Es que no podéis darme un poco de espacio? –suplicó.

En cuanto Kaysar desapareció, el grupo había formado un círculo muy estrecho a su alrededor.

Miraban hacia fuera y estaban alerta ante cualquier posible amenaza. Como si pudieran luchar contra alguien. Parecía que llevaban meses sin comer.

Nadie le respondió. Había un ambiente de aprensión. Podría dar un codazo o dos y obligarlas a retroceder. Sin embargo, las demás se unirían para cerrar el círculo, porque tenían miedo de que Kaysar las matara si a ella le ocurría algo. Ella sospechaba que... sería capaz de hacerlo. Y lo peor era que no sabía exactamente lo que sentía al respecto. Y debería sentir rechazo. Aquellas mujeres no habían hecho nada malo, eran inocentes y no merecían morir.

En cuanto todos estuvieran a salvo, debía deshacerse de Kaysar sin dudar. Eso era lo que debía hacer, lo correcto. Probablemente.

Ella no le temía. Estaba claro que, cuando se quedaba callado, en silencio, y hablaba con siseos, provocaba el terror en los demás. Pero no tenía la sensación de que su ira fuera dirigida hacia ella. Y, en realidad, había más ventajas que desventajas.

–¿Lulu?

Aquella voz, que le resultaba familiar y extraña al mismo tiempo, hizo que se abrazara a sí misma. Fue un gesto de protección instintivo. El vikingo estaba a cierta distancia, mirándola fijamente. Era muy grande, rubio y guapo, y era capaz de matar a una mujer, a veinte pasos de distancia, con sus dardos de hielo.

Se le aceleró el corazón al darse cuenta. La había encontrado, tal y como le había advertido Kaysar. Allí estaba el príncipe malvado al que Lulundria debía de odiar.

«Calma. Tranquila», se dijo. Él se acercó rápidamente, y su guardia estrechó aún más el círculo.

Al hacerlo, incurrió en la ira del vikingo. Ella sintió miedo.

Él alcanzó el círculo exterior y, aunque ellas trataron de luchar, él las apartó de dos en dos, sin ningún problema.

Era muy alto, como Kaysar, y muy musculoso. Debía de pesar el doble que ella. No podía enfrentarse a él; la derrotaría sin necesidad de luchar.

—¿Quieres enfrentarte a mí? —le preguntó—. Está bien, adelante.

Él se detuvo delante de ella, y frunció el ceño.

—No lo entiendo —dijo, y tomó un mechón de pelo rosado entre los dedos—. Eres ella. Pero... ¿cómo puedes ser ella? No eres ella.

Había matado a su propia esposa, así que... ¿qué le haría a ella? Le dio dos puñetazos en la garganta.

Él tosió y se agarró a sus hombros. Oh, no, no, no. Eso no podía ser. Soltó un rugido y le dio un rodillazo en la entrepierna. Con fuerza.

Él se inclinó hacia delante, doblegado por el dolor, y ella, sin dudarlo, le dio una palmada en la nariz. Él rugió de dolor y cayó de rodillas.

Cookie notó que se le habían roto los huesos de la mano, y tuvo una náusea. Sin embargo, no se detuvo. Aquel tipo había matado a su donante, y ahora estaba sufriendo un poco del mismo dolor. Merecía la pena la agonía.

—Vamos, chicas. Corred —les dijo a dos de sus guardianas. Las agarró del vestido y trató de correr.

Las dos mujeres se resistieron. Incluso la agarraron de las muñecas y la obligaron a detenerse..., y tiraron de ella en dirección opuesta. Cookie se aferró al barro.

—Kaysar lo entenderá —dijo. La lluvia la estaba cegando y se quitó el agua de los ojos. Tiró. Se revolvió. No consiguió nada—. No estamos huyendo de él. Estamos huyendo para salvarnos. El vikingo es un asesino de esposas.

El asesino ya se estaba levantando y la miraba con los ojos entrecerrados.

El miedo y la furia le provocaron un calor insoportable en los brazos, y le

brotaron unas enredaderas que dieron un latigazo a las mujeres. Ellas la soltaron con un grito de dolor y cayeron al suelo.

Cookie salió corriendo hacia los árboles, pisando el barro.

–¡Nooo! –gritó el vikingo–. ¡No le hagáis daño!

Oyó una estampida a su espalda. ¿La estaban persiguiendo sus guardias?

Miró hacia atrás rápidamente y... ¡arg! Le cayó un peso encima y la derribó al suelo de bruces. El aire se escapó de sus pulmones a causa del golpe y vio las estrellas cuando todas las mujeres se echaron sobre ella.

–Lulu, por favor –le dijo el vikingo, acercándose.

–No me llamo así –le espetó Cookie, forcejeando.

La lluvia le sirvió de ayuda, porque hizo que su piel fuera resbaladiza y consiguió liberarse. Se puso en pie y salió corriendo una vez más, librándose por los pelos de que el vikingo pudiera agarrarla.

Tenía dos objetivos: llegar a un lugar seguro y encontrar a Kaysar.

Capítulo 11

Aquella debía de ser la historia de su origen. Una misión de héroe en la vida real, o algo por el estilo.

Cookie odiaba las misiones de héroes.

Mientras atravesaba aquel bosque, iba farfullando. La adrenalina convirtió su sangre en combustible, aunque no le servía de mucho, porque tenía los pies llenos de cortes que iban dejando un rastro de sangre para que cualquiera pudiera seguirlo.

¿Cuánto tiempo hacía que había huido del príncipe? ¿Veinticuatro horas? ¿Mil años? Él la había perseguido, por supuesto, pero ella se las había arreglado para evitarlo durante toda la noche, y había conseguido sobrevivir a aquella gélida lluvia. Incluso lo había esquivado toda la mañana. Ahora, por la tarde, el sol se filtraba por las hojas de las copas de los árboles y hacía visibles sus movimientos. ¿Cuánto tiempo más iba a poder continuar?

Estaba sedienta, y echaba de menos la lluvia por la que tanto se había lamentado. Tenía hambre. Se le había secado la ropa, pero estaba llena de barro y se le había quedado rígida. Picaba. Había perdido la cuenta de los troles y los ogros con los que se había cruzado. Todos habían reaccionado del mismo modo, resoplando y piafando, deseando abalanzarse sobre ella, pero dejándola pasar sin incidentes. Y habían hecho lo mismo con el príncipe malvado. Ella se había dado la vuelta un par de veces con la esperanza de presenciar cómo le daban su merecido, pero eso no había ocurrido.

¿Por qué no la había encontrado Kaysar todavía? ¿Acaso las hadas masculinas eran como los hombres humanos? ¿Ya se había aburrido de Lulundria, la mujer a la que, supuestamente, anhelaba? Bueno, pues buen viaje. No lo necesitaba, por mucho que hubiera creído lo contrario. Ella no era una damisela en apuros, tal y como creía él. Tenía grandes habilidades, y lo más

seguro era que las recordara todas en cuanto pudiera llegar a un lugar seguro y descansar.

¿En qué dirección debía ir? A la izquierda, árboles, arbustos y flores. Un caldo de cultivo para los duendes. A la derecha, sombras fantasmagóricas caían sobre las ramas retorcidas y llenas de espinas.

A la izquierda, cualquier cosa podía ser venenosa. A la derecha, aquellas espinas debían de cortar como navajas.

—¿Lulundria? —dijo el vikingo. Se había acercado—. Por favor, cariño. Kaysar se recuperará de sus heridas en cualquier momento.

¿Acaso habían luchado y el vikingo había ganado? Vaya. Eso era una mala suerte para ella. Y para Kaysar. Si el príncipe vikingo era tan fuerte como para derrotar a un asesino de centauros, el guerrero más feroz que ella hubiera conocido, ¿cuánto daño podría hacerle a ella?

Recordó la imagen de los dardos de hielo y se estremeció. A pesar de lo mucho que le dolían los músculos, continuó caminando. Eligió el camino de las espinas.

A medida que avanzaba, las ramas la abofeteaban. Se cortó la planta del pie con una roca afilada, y dio un grito de dolor. Estaba sudando y el sudor hacía que todas las heridas le escocieran, pero no ralentizó el paso.

«Sigue. No te pares».

Tenía la respiración entrecortada. Tuvo que saltar por encima de una fila de hormigas de fuego y, al aterrizar, casi le fallaron las rodillas.

Oyó que crujía una ramita a su espalda. Miró hacia atrás. Él todavía no estaba a la vista. Era un alivio, pero también era solo una cuestión de tiempo. Siguió hacia delante, tratando de avanzar cada vez más rápidamente. De repente, notó un calor intenso en las manos, y la hiedra comenzó a brotar de sus dedos.

Las enredaderas se extendieron por delante de ella, pero no crearon ningún portal. Se cerraron a su alrededor, tejiendo un refugio de hojas que cubrió todo su cuerpo y la inmovilizó.

Tenía el corazón acelerado. ¿Cómo había podido crear aquella prisión sin pensarlo, sin desearlo?

Las hojas que estaban delante de sus ojos se apartaron y le proporcionaron una rendija para mirar al exterior. De repente, se quedó sin aliento. El vikingo apareció a unos cinco metros de ella y empezó a mirar a todas partes, frenético.

—¿Lulu? Por favor, cariño. Sé que estás aquí. El rastro ha desaparecido.

Se puso a apartar ramas y a patear piedras, acercándose a ella...

—Te quiero. Te he echado muchísimo de menos.

Más y más cerca... Cookie se echó a temblar al ver que él dirigía su atención hacia ella. Sin embargo, el vikingo no la vio. Rodeó la enredadera para evitar su contacto y siguió buscando.

¿No la había visto debajo de las ramas?

–Lulu, sé que estás cerca. Cariño, siento muchísimo haberte hecho daño. No volveré a permitir que Kaysar gane. Lo va a pagar caro, te lo juro. ¿Dónde estás? ¿Me has recordado ya? No puedo teletransportarte a un lugar seguro si no te toco.

De repente, ella tuvo una visión. Vio al vikingo, tendido sobre Lulundria, con los rasgos tensos pero llenos de felicidad, adorándola con sus ojos de color azul claro.

Aquella mirada era de amor... Una mirada que ella no había recibido nunca. Una expresión que había anhelado ver durante toda su vida. No la había reconocido hasta aquel momento.

Su madre y su padre solo le habían demostrado su falta de interés. Los novios, su lujuria. Pearl Jean y Sugars sí la querían, pero ellos tenían que superar sus propios traumas y defensas, y ella no había querido presionarlos.

¿Cómo era posible que el príncipe mirara así a Lulundria y después la asesinara? «Es peor de lo que yo había pensado. Tan malo como los centauros». Ojalá ella pudiera mover su cuerpo con un control remoto en aquel momento. Sus restos quedarían esparcidos por varios metros a la redonda.

–Lulu, por favor –susurró el vikingo, con desesperación–. Estás herida. Solo con pensar en que estás sufriendo... Necesitas mi ayuda, y yo necesito ayudarte. Cariño, sé lo que le pasó a tu corazón. Los duendes me lo contaron. Por favor, no te preocupes. Podemos superar esto los dos juntos.

Los duendes... ¡Esos dichosos cotillas!

–Aunque en este momento sea alguien extraño para ti, soy un extraño que quiere protegerte. Lulundria, por favor –dijo el vikingo, girando sobre sí mismo–. Kaysar viene persiguiéndome. Si te descubre...

–Demasiado tarde –dijo una voz que le resultó muy familiar–. Ya te ha descubierto.

Era Kaysar. A ella le temblaron las rodillas. Al final, sí había ido a buscarla.

–¿Cuándo vas a morir? –le preguntó el vikingo, con un gruñido.

Su caballero oscuro apareció en su campo de visión, y Cookie sonrió.

–Vamos, vamos, príncipe Jareth. ¿Qué forma es esa de saludar a un querido enemigo?

Dios santo, aunque estuviera tan sucio, seguía siendo impresionante. Ella lo

devoró con la mirada. Tenía el pelo revuelto y los ojos brillantes. Su actitud era agresiva y tenía los músculos tensos. *El bosque del bien y el mal*. Tenía la ropa sucia y hecha jirones, y las botas, llenas de raspaduras.

–No voy a permitir que te acerques a ella por segunda vez –dijo el vikingo, preparándose para la batalla. El rey y él eran parecidos en estatura y masa muscular: talla Hulk. Demonio contra demonio, asesinos experimentados. Pero solo uno de los dos le cortaba la respiración.

–Querrás decir por tercera vez –respondió Kaysar, con satisfacción–. Mi vidente es mejor que la tuya. Yo conocía su paradero antes que tú.

El rey ya se había curado de las heridas que hubiera podido infligirle el vikingo, y estaba preparado para la batalla.

–Adelante –dijo el vikingo–. Golpéame.

Kaysar enarcó una ceja con incredulidad.

–¿De verdad piensas que puedes ganarme?

–Ya te he ganado –dijo el vikingo.

–¿Tú? Mintiendo otra vez. Una duende me cortó los tendones de Aquiles –dijo Kaysar–. La duendecilla rosa me ganó, pero solo temporalmente. Creo que me quedan restos suyos en la suela de las botas.

A Cookie se le aceleró el pulso. ¿Se había encargado de Pulgarcita? Pues se quitaba el sombrero ante él. Le estaba muy agradecida a Su Majestad.

–Matas, y matas, y matas –le espetó el otro hombre. Sus dagas relucieron bajo los rayos de sol–. ¿Por qué crees que eres mejor que los Frostline, a quien tanto odias? ¿Por qué no podemos acabar con esta guerra que hay entre nosotros de una vez por todas?

–Bueno, bueno. Si no querías que me hiciera adicto a tu tristeza, Jareth, no deberías haber permitido que tuviera tan buen sabor.

El vikingo se abalanzó sobre él. Kaysar guiñó un ojo y desapareció antes de que hubiera contacto.

Cookie estuvo a punto de dar un grito para avisar al rey de que estaba allí. Él... De repente, sintió un calor abrasador desde la nuca a los tobillos. Intentó darse la vuelta, pero había muy poco sitio. Menos que antes. Unos brazos muy fuertes la rodearon desde atrás, y una mano con unas garras afiladas se extendió por su estómago, con los dedos extendidos. Otra mano se apoyó en su garganta, y el metal de las garras descansó sobre su arteria.

A Cookie se le aceleró aún más el corazón. Kaysar sabía desde el principio que estaba allí. Había ido por ella. Ya no estaba sola. Se apoyó en él con un gran alivio.

Él puso el dedo pulgar bajo su barbilla y la obligó a apoyar la cabeza en su hombro. A pesar de que estaban envueltos en sombras, ella no tuvo ningún problema para encontrar su mirada. Sus ojos resplandecían como un faro en la tormenta.

Kaysar inclinó la cabeza y puso los labios en su oreja. Le susurró:

—¿Me has echado de menos, cariño?

Aquella voz baja y enronquecida le llenó la cabeza y empañó sus pensamientos. Con qué facilidad era capaz de echar un encantamiento en su mente. Y en su cuerpo. Se le endurecieron los pezones, y sintió un aleteo en el vientre. Notó un dolor cálido entre las piernas. ¡Sentía deseo!

Y la intensidad de aquel deseo por el rey la asustó aún más que la violencia de Jareth. Tragó saliva. Kaysar había dicho que la deseaba, pero ella también lo deseaba a él, a pesar de que sabía que no debería hacerlo.

Y, cuando alguien deseaba algo, se concentraba en ello. Cuando alguien se concentraba en algo, lo magnificaba. Y, cuando alguien magnificaba algo, ese algo tenía el poder de erosionar su resistencia.

Ella necesitaba toda su resistencia para no cometer un error estúpido. Ya tenía las defensas bajas, y su capacidad para analizar las emociones era nula. Tenía los sentidos intensificados, la nariz saturada con el delicioso aroma de Kaysar, sentía un hormigueo en la piel, estaba desesperada por sentir su contacto.

¿Era el calor de la tarde? No, no. ¿Qué calor de la tarde?

Al darse cuenta de que había perdido de vista a su enemigo, el vikingo, Jareth, dio rienda suelta a su agresividad y utilizó el tronco de un árbol como saco de boxeo. A cada golpe, Cookie pestañeó. ¿Cuántas veces habría utilizado aquellos puños contra Lulundria?

Cuando terminó con su rabieta, había dejado un agujero en el tronco del árbol. Cookie intentó no perder de vista su posición, por si acaso se acercaba de nuevo. Pero su mente tenía otras ideas y se dedicó a captar todas y cada una de las respiraciones de Kaysar. Allí donde sus cuerpos se tocaban, el calor era delicioso.

Jareth se paseó por la zona. Kaysar siguió abrazándola como si tuvieran todo el tiempo del mundo, pasando el dedo pulgar por su pulso, dejando un rastro de fuego en su piel.

Cuando, por fin, Jareth se rindió y se marchó, Kaysar le apartó una hoja de la mejilla.

—Vaya, veo que alguien está disfrutando de sus nuevos poderes, como debe

ser –le dijo, con una risa suave–. Lulundria creaba hiedra. Lo que tú has creado es hiedra venenosa. La diferencia es elocuente, ¿no te parece?

–¿Elocuente? –preguntó ella, y tuvo que reprimir un gemido cuando le frotó las nalgas con su enorme erección.

–Umm, umm. Elocuente, sí –dijo Kaysar–. Una se hizo para la luz, la otra, para la oscuridad.

Sin apartar la mirada de sus ojos, él deslizó la mano hacia arriba, hasta su mandíbula, y le pasó una de las garras por los labios. Fue una caricia muy ligera, pero le causó un gran deleite.

–Te adaptas perfectamente a mí, princesa.

«Concéntrate en lo importante». Supervivencia. Información. Un billete de vuelta a casa.

–¿Qué es la hiedra venenosa?

¿Podía hacerles daño a los demás con ella, como había herido a las dos mujeres durante su huida? ¿Podría hacerles daño a los que quería, como a Pearl Jean y a Sugars? Eso... No. Eso no podía suceder. Prefería morir antes que hacerle daño a su familia.

–La hiedra venenosa es peligrosa para la mayoría de las hadas. Las debilita. Pero sospecho que a ti te fortalece.

–¿Y qué te hace a ti la hiedra venenosa?

–Cosquillas –susurró él, y le dio un mordisco en el lóbulo de la oreja–. Dime, Chantel. ¿Cuál es este poder que tienes sobre mi cuerpo, eh?

¿Ella tenía poder sobre su cuerpo? ¿Ella?

–Ninguno. No lo sé.

Lo que sabía era que, verdaderamente, él tenía poder sobre el suyo. Mientras la abrazaba y le hacía aquellas suaves caricias, a ella se le derretieron los músculos. «Concentración». Claro.

–¿En qué consiste tu enemistad con Jareth?

Kaysar se puso tenso.

–Eso no es asunto tuyo.

Cinco palabras, una orden inflexible. La lucha entre los dos hombres no había empezado con Lulundria. Kaysar había conocido a la princesa el día que Jareth la congeló con sus dardos de hielo. Entonces, ¿por qué había arriesgado el rey la vida para ayudar a la esposa de un enemigo?

–Creo que ahora deberías soltarme –le dijo. Necesitaba un momento para pensar sin que él estuviera tan cerca.

Kaysar se rio.

–¿Te molesta mi proximidad, cariño?

–Sí. Y prefiero que me llames Machete, o Hachazo. Vamos, sé buen chico y suéltame.

Él movió las manos por encima de sus brazos, casi con ternura, sin hacerle un solo corte con las garras.

–Muñequita, yo no soy el que te mantiene cautiva. Eres tú misma.

¿Muñequita? A Cookie se le cortó la respiración.

–¿Cómo puedo librarme de las enredaderas?

–No has aprendido a mantenerte unida a ellas místicamente –dijo él–, así que tienes que cortar tu vínculo con ellas físicamente.

Él le dio unos golpecitos con los dedos en la mano, y ella recordó las enredaderas. Ah, sí. Era cierto. El día anterior, las plantas se habían marchitado cuando ya no las necesitaba más. No había hecho nada especial.

Cuando las soltó, las hojas se marchitaron y la prisión de color esmeralda desapareció. Ella tomó una bocanada de aire fresco y recuperó la capacidad de pensar. Más o menos. Seguía sintiendo deseo...

Él se colocó delante de ella en un abrir y cerrar de ojos, y a Cookie se le escapó un gritito.

–Podías avisar –le dijo, refunfuñando.

Él sacó un par de botas de una bolsa que llevaba al hombro.

–Para ti.

Ella las aceptó sin vacilación.

–Gracias, muchas gracias.

Él sonrió mientras se quitaba la bolsa del hombro y se la ofrecía.

–Tus provisiones están ahí. Por supuesto, tú misma las vas a llevar.

Ella frunció el ceño. El peso de la bolsa era un poco preocupante.

–¿Por qué lo tienes tan claro?

–Mis provisiones no están ahí dentro. ¿Por qué la iba a llevar yo?

–Pues... por caballerosidad, y todo eso.

A él le hizo gracia la respuesta.

–Vaya bobada.

Sí, era una bobada. Otro intento.

–Deberías llevarla para molestar a Jareth –dijo. A Kaysar le encantaba causarle tristeza al vikingo, ¿no?–. Seguramente, a él le molestará muchísimo saber que su enemigo ayuda a la mujer a la que él considera su esposa.

Él le miró la cara atentamente, como si estuviera comprobando cuál era su verdadera intención.

–Tú vas a llevar la bolsa, Chantel, o dejarás las provisiones ahí.

–Yo ya estoy débil y cansada. Llevo huyendo muchas horas porque tú no me has encontrado con la suficiente rapidez. Y me muero de hambre.

Él entrecerró los párpados.

–Tú eres la que te empeñaste en que llegáramos a este acuerdo. Yo soy tu guía, nada más. Aunque tú rompiste tu promesa a los pocos minutos de hacerla, ¿no?

–No, ni hablar. Yo solo ejercí mi derecho. ¿Hubieras preferido que me quedara ahí parada para que Jareth me atrapase?

Él se quedó pensativo.

–He metido ropa limpia, artículos de higiene y las armas que pediste.

¿Armas?

–¿De verdad? –preguntó ella, con entusiasmo. Entonces, se colgó la bolsa en bandolera y asintió—. Está bien, la llevo yo.

Él sonrió.

–Muy bien, princesa.

Le quitó las botas de las manos y se arrodilló ante ella. Tomó con suavidad uno de sus tobillos.

–En primer lugar, vamos a preparar tus pobres pies.

Mientras él le ponía las botas, ella se agarró a sus anchos hombros. Cookie pensó que iba a sentir dolor, pero debían de habersele curado ya los cortes. Eso era de agradecer, aunque hubiera estado dispuesta a soportar cualquier dolor con tal de tener aquellas botas. Eran las más bonitas que había visto en su vida. Tenían zafiros incrustados, diamantes amarillos, obsidianas y perlas, como si fuera una noche estrellada.

–¿Estas botas son mías para siempre?

Sí –dijo él.

En cuanto él le ató los cordones, las botas se calentaron y se le adaptaron a los pies, como si estuvieran hechas a medida para ella.

Se movió con ellas para probarlas, mientras Kaysar se incorporaba. Perfectas.

–Estamos listos –dijo él.

Al ver cómo le brillaban los ojos, cómo le ofrecía la mano, ella sintió un cosquilleo por dentro.

–Vamos –añadió Kaysar—. Nuestro viaje comienza aquí.

Capítulo 12

Kaysar condujo a su protegida por el Bosque de los Muchos Nombres, fingiendo que era un caballero, tal y como ella había pedido. Él no era solícito por naturaleza, pero su humor seguía siendo excelente.

Aquello era una nueva experiencia para alguien que vivía en una furia constante.

Estaba muy contento. Tenía a su princesa de nuevo. El día y la noche que había pasado sin ella habían sido una tortura, había estado constantemente al borde del colapso.

Pero, ahora, allí estaba ella, viva y coleando, jadeando y quejándose en voz baja mientras caminaba con esfuerzo detrás de él. Iba luchando contra el peso de la bolsa, seguramente, porque él había añadido una piedra cada pocos kilómetros, pero ¿quién sabía?

No había olvidado la advertencia de Eye: «Ella es la piel que lleva».

Lo cierto era que no sabía cómo podía afectar eso a sus planes. «No, nada puede perjudicar mis planes». Cada paso que daba le acercaba más y más al sufrimiento eterno de Jareth.

Cuando se hubiera ocupado del príncipe y de su esposa, se concentraría en el rey Hador. Se rumoreaba que el viejo rey también quería tener una nueva esposa.

«Podría tomarla a ella también...».

—¿Hasta dónde vamos a andar hoy? —le preguntó Chantel.

«No sonrías».

—Ya casi hemos llegado.

Ella soltó un resoplido.

—Eso es lo que dijiste hace una hora.

—Y ahora estamos más cerca.

Su desdicha casi no había empezado. Muy pronto se daría cuenta de que

dependía totalmente de él y le pediría ayuda.

–Me duelen los pies –se quejó ella–. Estas botas son las mejores, sí, y me encantan, pero también son lo peor, y las odio.

–¿Preferirías ir descalza?

Kaysar estaba muy alerta. Maniobró entre los árboles, se agachó para evitar ramas retorcidas y telarañas. Estaban en el territorio de la Corte de Otoño, donde los Frostline tenían muchos aliados.

Los troles y los ogros mantenían la distancia. Los duendes también. Comprensible, después de lo que le había hecho Kaysar a la duendecilla rosa. Estaba en mitad de su batalla con Jareth cuando ella había pasado volando a su lado y le había cortado los tendones de Aquiles con sus afiladas alas. Su venganza por haber matado a Race.

Si se hubiera alejado rápidamente, volando, tal vez hubiera sobrevivido, pero había dado la vuelta para terminar con él. Aunque los duendes parecían frágiles, eran muy fuertes. Sin embargo, para él no había sido ningún problema atraparla con el puño y aplastarla, y pisotear sus restos después.

Al recordarlo, se enfurecía. Casi deseó que hubiera alguien escondido por allí, esperando para atacarlos. Por lo menos, así tendría la oportunidad de poner a prueba los poderes de Chantel. ¿Qué más podía hacer? ¿Cuáles eran sus límites? ¿Cómo reaccionaría ella al oír su canción?

–Ve más despacio –dijo ella, y él miró hacia atrás. Estaba sudorosa y brillante, como si le hubieran espolvoreado la piel con diamantes machacados–. El terreno es difícil. Hay piedras afiladas, la corteza de los árboles es muy afilada y... ¿qué es ese olor tan horrible?

A pesar de la angustia que sentía, sonrió.

–Es el olor de la muerte. Nos estamos acercando a otro campo de batalla. Mis enemigos y sus aliados creyeron que podían invadir mis tierras, hace unas semanas. ¿O meses? No sé. Yo atacé primero y dejé sus cadáveres abandonados para que todo el mundo pueda verlos. ¿Quieres echar un vistazo?

–No, gracias –dijo ella.

A él le pareció oír un matiz de curiosidad en su tono de voz, en vez de horror o disgusto.

Sonrió aún más. Aquella mujer tenía algo oscuro. Se había dado cuenta al ver que creaba hiedra venenosa, y no hiedra común. Seguramente, Jareth iba a lamentar aquello. El muy idiota. No sabía apreciar lo mejor.

Tal vez aquella oscuridad fuera lo que le atraía hacia ella. En su existencia, muy pocos habían entendido su deseo de destrozar a los Frostline. Los

ciudadanos de Astaria decían que era malvado, como si él no tuviera derecho a serlo. Pero, claro, muy pocos estaban al tanto del maltrato y el abuso que había sufrido por parte de los Frostline.

Meses de dolor, de degradación. Una pérdida inacabable.

Al recordar el pasado, se clavó las garras de metal en la muñeca y se hizo cortes hasta el codo. La sangre brotó violentamente. Mapa. Hermana. Calma.

Mejor.

—¡Kaysar! Estás herido —gritó Chantel, a su espalda—. Hay un rastro de sangre.

—Ya me estoy curando —dijo él.

Aquella muestra de preocupación lo conmovió. Pero no lo notó mucho. No, ya lo había olvidado.

«¿Vas a mentirme a ti mismo?».

Cortó de cuajo una rama que le bloqueaba el paso, y la hizo avanzar junto a una fila de arbustos azules. Había un claro pequeño, circular, iluminado por el sol y cubierto de flores. Aquella era la entrada a su territorio.

—Eh...

Ella se quedó boquiabierta mirando aquel lugar, y a él se le hinchó el pecho de orgullo. Había pagado muy caro cada centímetro de las Tierras de la Noche, con tristeza, batallas contra monstruos, hambre, falta de consuelo...

Mientras ella observaba el paisaje, la luz del sol iluminaba su piel, resplandeciente de vitalidad. «¿Cuándo podré abrazarla otra vez?», se preguntó él. «¿Cómo reaccionará?».

Estaba deseando averiguarlo. Al recordar el temblor de su cuerpo contra el de él, cómo se le había acelerado el pulso, cómo se habían derretido sus curvas suaves... Palpitaba por ella. Por una Frostline. Era como si ella controlara su cuerpo, y no él.

Frunció el ceño. A su ira se unieron la frustración y el deseo. Su postura no había cambiado. Las mujeres eran solo herramientas que podía utilizar para su causa. Eran útiles hasta que dejaban de serlo, y no merecía la pena hacer ningún esfuerzo por ellas.

¿Acaso la princesa desprendía una feromona vegetal que aumentaba sus sentidos y había desbloqueado una naturaleza desenfrenada de la que él nunca había tenido noticias?

Desde que se conocían, con demasiada frecuencia, él se había sorprendido a sí mismo pensando en cómo serían las relaciones sexuales con ella. En qué se diferenciaría de las relaciones que había mantenido anteriormente con otros

objetivos. En cómo serían sus preferencias: ¿le gustaría con suavidad o con dureza?

Él siempre había adaptado las seducciones al individuo en cuestión, sin pensar en su propio placer. Solo había hecho lo que sabía que le agradaría a la otra persona. Algunos temían la violencia, otros se la habían pedido con súplicas. Unos hacían exigencias, otros eran menos activos. Sin embargo..., ¿qué le gustaba a él? No lo sabía. A él nunca le había importado, porque su cuerpo no asimilaba las sensaciones.

Pero ya no era así. Ya no estaba entumecido.

—En ese árbol —dijo ella, señalando una *okatriva* gigantesca. Era un árbol tricolor, con el tronco negro, las hojas blancas y los frutos rojos—. Se parece mucho al Árbol de los Nuevos Comienzos, de *El bosque del bien y el mal*.

¿El Árbol de los Nuevos Comienzos? ¿*El bosque del bien y el mal*? Claramente, se refería a su mundo anterior, el mundo de los seres mortales. Era su mundo anterior, así que esa información no tenía valor alguno. Ahora, ella tenía un nuevo hogar.

Durante el recorrido, ella había hecho muchas preguntas sobre hitos, venenos, animales..., utilizando nombres que él no había oído nunca. Había hecho preguntas sobre todo, salvo sobre él. El mayor insulto.

Él era su guía, y su seguridad dependía de él. ¿No debería pedirle información personal, al menos un poco? Él sí tenía mucha curiosidad sobre ella. ¿La esperaba un esposo o amante mortal en su antiguo hogar? ¿Cómo le gustaba pasar los días?

—Supongo que los que comen su fruto consiguen un nuevo comienzo —dijo, con irritación, y se encogió de hombros—, porque mueren pocos segundos después.

Hizo una mueca, pero miró con melancolía los frutos.

—¿Es la muerte definitiva, o tiene arreglo?

—Sí.

Así que tenía hambre. Bien. Claramente, había diseñado la estrategia más adecuada. Sus necesidades provocarían su capitulación.

Sin embargo, el instinto con el que había luchado incansablemente le susurró de nuevo: «Alimentar. Satisfacer. Proteger».

Aquella contradicción le provocó rabia. Apretó los dientes al fijarse en que el sol le había puesto el pelo aún más rosado. Sus rasgos eran muy delicados. «Es mi muñeca», pensó él.

Sin embargo, echaba de menos los mechones de color azabache. ¿Eran tan

sedosos como parecía? Estuvo a punto de tocarle el pelo, pero recordó la advertencia de Eye: «Ella es la piel que lleva».

–¿Qué pasa? –preguntó Chantel, tocándose el pelo inconscientemente–. ¿Tengo algún bicho en la cabeza?

Sus iris también habían cambiado. Tenía un círculo dorado alrededor de la pupila, y los iris se habían vuelto tan verdes como esmeraldas. El efecto era deslumbrante. Hipnótico. Y su olor..., su perfume innato había adquirido un matiz picante. Era una droga muy poderosa que podría llevar a los hombres a su final.

–En serio –insistió ella–. ¿Qué pasa?

–Eres...

Kaysar apretó los dientes. No podía hacerle un cumplido si quería aumentar su malestar.

En aquel momento, algo le llamó la atención a su izquierda. Había una serpiente de dos cabezas en la rama de un árbol, estirándose hacia Chantel. Si la picaba, ella no moriría, pero desearía morir, y su vulnerabilidad aumentaría, y eso aumentaría también su dependencia de él.

«No la mates. No».

Kaysar estiró el brazo y le cortó las dos cabezas a la serpiente con las garras metálicas. El animal cayó al suelo.

«Tonto». Había desperdiciado una buena oportunidad.

–¿Qué es eso? –preguntó ella. Al ver el cuerpo de la serpiente, corrió a esconderse detrás de Kaysar y se aferró a su túnica–. ¡Sálvame!

¿Temía tanto a los reptiles que estaba dispuesta a usarlo de escudo? Kaysar se quedó anonadado. La última persona que se había escondido así tras él había sido Viori.

Volvió a sentir un pinchazo en el pecho, y la sensación no fue del todo desagradable. En vez de resistirse, se dio la vuelta y la rodeó con un brazo.

–Nadie te salvará mejor que yo –le dijo.

Aquella promesa salió de lo más profundo de su ser, sin que él pudiera detenerla.

–Oh... Eh... Me he confundido de palabra. No necesito que me salves –dijo, y se alejó de él, con las mejillas muy sonrojadas.

¿Demasiado orgullosa?

Le había crecido mucho el pelo. Tomó dos puñados de mechones y alzó los brazos.

–¡Arg! Odio este mundo.

No podía ser más adorable.

¿Adorable? Kaysar frunció el ceño y se acercó a ella.

—Permíteme —le dijo.

Ella se quedó helada cuando él le recogió el pelo con un puño. Volvió a ruborizarse cuando él sacó una de las dagas con la mano libre, y abrió los ojos como platos, pero no se movió.

Él le cortó la masa rosa, con cuidado de no tirar ni presionar.

—Oh, gracias —gimió ella, cuando la melena corta cayó en su sitio. Giró la cabeza. Algunos mechones más largos le llegaban a la base del cuello, y le enmarcaron la cara. Los más cortos estaban en su nuca.

Aquel estilo aumentó su aspecto delicado y también el anhelo de Kaysar. Carraspeó. No sabía si seguir mirándola para siempre o apartar la mirada. Pero ella no dejó de mirarlo a los ojos, como si estuviera viendo partes de él que no quería que viera nadie más.

Entonces, fue él mismo quien se ruborizó. Cuando consiguió reunir fuerzas para apartar su atención de Chantel, siguió caminando hacia delante.

—¡Vamos! —le gritó.

Ella lo alcanzó, entre jadeos.

—Y yo que pensaba que se me daba mal socializar. Tú debes de ser la persona menos sociable de la historia.

No sabía qué quería decir con eso. Kaysar todavía tenía su pelo en la mano. Era inquietante. ¿No debería soltarlo?

No quería deshacerse de él.

Como aquello le disgustaba, fue soltando dedo a dedo y dejó que la cabellera cayera al suelo. En el último segundo, agarró un mechón negro y se lo metió al bolsillo.

Siguieron caminando. Chantel fue haciendo preguntas sobre la vegetación. No le preguntó nada sobre él.

—¿Quieres que te cuente toda la historia entre los seres mortales y las hadas? —le espetó él, malhumoradamente.

—Ya lo adivino yo —dijo ella, en tono de aburrimiento—. Tu especie vivía en armonía con la mía hasta que la mía empezó a eliminaros. Algunos miembros de las hadas se unieron y, con la magia, crearon un nuevo mundo. Sin tener ya un enemigo común, los reinos de las hadas se dividieron y ahora siempre están en guerra unos con otros.

—Nosotros nunca vivimos entre vosotros —refunfuñó él.

Aunque, en realidad, sus ancestros sí habían visitado el mundo mortal para

ofrecer ayuda, y habían muerto por ello.

–Entonces, ¿cuál es el peligro más grande que hay aquí? Para mí, personalmente, por si no lo tenía claro.

–Algunos dirían que los árboles pegajosos.

–¿Los árboles pegajosos?

–Árboles como ese de ahí delante. Cuando se les hace una herida, sangran. Mira.

Al pasar a su lado, hundió las garras de metal en el tronco del árbol. Empezó a brotar un líquido rojo.

–Cuando comienza a manar la sangre, ya no para. Se forma una charca en la base del árbol, y aquel que entre en contacto con ella se queda pegado para siempre.

–¿Qué? –preguntó ella, y se lanzó hacia él para escapar de la savia roja.

Kaysar se esperaba aquella reacción, y la rodeó con un brazo para atraerla hacia sí. Le gustaba cómo se adaptaba a su cuerpo.

–Te habría creído sin el ejemplo –dijo ella–. ¿Por qué tenías que matar a un árbol inocente?

–Porque tu marido nos está siguiendo, y me encantaría oír sus gritos si cae en la trampa –dijo él. Oh, sí. El príncipe había encontrado su rastro hacía unos cuantos kilómetros.

–¿Cómo? –preguntó ella, gritando.

–Si tienes algún mensaje para él, hay treinta y ocho duendes escondidos por aquí cerca, y se lo llevarán encantados.

–Los duendes son un asco. Ah, y te oí decirle a Jareth que habías matado a la de color rosa. Gracias –le dijo–. Le debía muchas cosas desagradables.

Al ver que ella no se quejaba de su tendencia salvaje, sino que se lo agradecía, Kaysar no sintió un pinchazo en el pecho, sino una llama que lo quemó por dentro.

–¿Me das las gracias?

No sabía qué decir. Nunca le habían dado las gracias por terminar con una vida.

Se le pusieron de punta los pelos de la nuca, y se dio cuenta de que se acercaban a un pueblo donde las hadas podían alojarse y comprar comida. Chantel nunca se habría dado cuenta. Aquellos pueblos estaban en reinos ocultos tras una cortina o un velo.

A unos kilómetros de aquel puesto había una cascada. Era la entrada a las Tierras del Atardecer. Su hogar lejos de su hogar. Un reino desolado con muy

pocos habitantes.

Llevaba unos veinte años sin visitarlo, aunque le encantaba aquel reino al que muy pocos se atrevían a entrar. Le gustaba la soledad que hallaba en aquel territorio. Los ciudadanos siempre se escondían de él, y los monstruos que normalmente los atormentaban le servían para desahogarse de su rabia.

Apresuró el paso, y la princesa tuvo que correr para poder seguirlo.

–Hablando de Jareth –dijo Chantel–. Ese hombre me repugna.

Sorpresa. Ternura. Ambas cosas invadieron a Kaysar, que se deleitó con su calidez. Entonces, surgió una preocupación tan fría como el hielo, que lo echó todo a perder. ¿Sentiría Chantel el mismo disgusto por él cuando supiera lo que le había ocurrido de verdad a Lulundria?

¿Podría ganársela de nuevo, cuando aún tenía que ganársela por primera vez? Tal vez. Pero ella había querido dejarlo, y él iba a tener que pasar muchos días y noches sin ella. No quería pasar más días y noches sin ella.

Más rápido. Aceleró el paso.

–Bueno, ¿cómo se puede distinguir a un creador de portales? –preguntó ella.

¿Por qué no mostraba ni la más mínima curiosidad por él? Eran compañeros de equipo. Ella misma lo había dicho. Debería preocuparse por sus intereses.

–No se les distingue. Uno oye rumores y, al final, se le visita para hacerle una prueba.

–¿Y has oído algún rumor?

–Pues sí.

Hace siglos, había oído muchas especulaciones sobre un hombre que vivía en las Tierras del Atardecer, alguien que abría puertas al mundo de los mortales valiéndose de una *glamara* basada en el fuego. En realidad, lo había matado poco después, pero sí había oído los rumores.

–¿No tienes ninguna pregunta más para mí?

–Bueno, me interesaría aprender más cosas sobre la capacidad de teletransportarse –dijo ella, entre jadeos–. ¿Podrías teletransportarme a mí si voy tomada de tu mano? Jareth mencionó que tenía que tomarme de la mano para poder llevarme consigo. ¿Es algo que puedes hacer, pero que prefieres no hacer por algún motivo?

–Me ofende que hagas esa pregunta, querida –dijo él. ¿Ya estaba sintiendo desconfianza? A Kaysar se le encogió el estómago. La levantó del suelo y empezó a correr a poca velocidad–. Por supuesto que puedo teletransportarte. Puedo hacerlo con cualquiera. Mis poderes son enormes.

–Entonces, ¿por qué no lo has hecho ya? No puedo seguir andando, Kaysar.

A él le gustó oír cómo pronunciaba su nombre.

Aunque quizá le gustara más Hombre Garra.

—¿Deseas pagar por más servicios, princesa? En ese caso, estoy dispuesto a negociar.

Aminoró el paso. ¿Qué iba a pedirle en aquella ocasión?

Antes de que ella consiguiera bajarse y poner los pies en el suelo, él le miró los labios. Mantuvo un brazo a su alrededor para asegurarse de que Chantel permaneciera a su lado.

—Está bien. Prefiero caminar y correr —dijo ella, con fatiga—. Aunque..., bueno, por curiosidad, ¿qué precio cobras por el teletransporte? Ya que hemos eliminado el sexo de las negociaciones.

—Hemos eliminado el sexo como pago en las negociaciones. ¿Qué estás dispuesta a ofrecer?

Ella se echó a reír.

—Nada en absoluto. ¿De verdad piensas que puedes convencerme de que me acueste contigo?

—Ya me has visto la cara, ¿no? —dijo él, sonriendo—. Pues espera a ver mi cuerpo.

—Seguro que me arranco la ropa en cuanto lo vea, ¿a que sí?

—Prenda por prenda —dijo él, y bajó la voz—. Lo voy a conseguir, querida.

Muchas veces, de muchas formas.

—Es cierto que tienes posibilidades conmigo. Estoy diciéndome que debo resistirme, pero... Bueno, es que soporté una relación de un año basada en mucho menos, y tú, claramente, estás buenísimo —dijo ella, mirándolo de reojo.

Él se deleitó con su admiración, hasta que asimiló lo que le había dicho y sintió furia.

¿Había pasado un año entero con la misma persona? Eso era una eternidad.

—¿Lo mataste? ¿Terminó la relación con su muerte?

Ella negó con la cabeza.

—No. Él rompió conmigo y me echó la culpa, y yo le eché la culpa a él. Pero ahora pienso que, quizá, tenía razón. Creo que temía estar con él. Uf... Es muy embarazoso admitirlo. Pero, durante la mayor parte de mi vida, yo pensaba que iba a morir. Algunas noches, no estaba segura de si iba a levantarme al día siguiente. Algunas veces, ni siquiera quería levantarme. Mi cuerpo se había convertido en una cárcel. Creo que Nick no lo entendía. Estaba segura de que él iba a dejarme si se enteraba de cuál era mi estado de salud verdadero.

Kaysar le dijo, en un tono suave:

–Yo sé mucho de cárceles, y del deseo de morir para que el dolor cese, pero una persona siempre necesita vivir. Siempre se pregunta qué es lo próximo que va a suceder. Detestas tu suerte y les echas la culpa a los demás.

–Yo... Sí. Es cierto. Tú lo entiendes –dijo ella, con los ojos muy abiertos. Líquidos. Como la lava.

Aquella mirada... Él quiso corresponder a aquella mirada para toda la eternidad. Necesitaba apartar la vista, y lo hizo. Se tiró del cuello de la túnica y siguió andando, como siempre, hacia delante. La venganza lo estaba esperando. Y nada más.

Capítulo 13

Cookie siguió caminando detrás de Kaysar. Había empezado a quedarse atrás mientras él, con sus pasos increíblemente largos, abría el camino a través de las ramas y la vegetación. No servía de nada rogarle que aminorara el paso. Cambiaba de velocidad según su estado de ánimo. Cuanto más rápidamente se movía, más agitada estaba su mente.

Según la tabla de ejercicios que Pearl Jean había colocado en la pared del baño de casa, Cookie y Kaysar llevaban un nivel seis de caminata por un centro comercial. Claramente, él estaba enfadado por algo.

Lo único positivo de aquel interminable ejercicio de cardio era que cada paso la acercaba más a la granja.

Y, también..., bueno, le gustaba mirar el trasero del rey. Tenía que disfrutar de aquella obra de arte mientras existiera la posibilidad. Además, el trasero no era su único atractivo. Había empezado a pensar que separarse de Kaysar iba a ser un verdadero fastidio. Se conocían desde hacía poquísimo, pero él la atraía como ningún otro, y pensaba que ella a él también. Habían tenido un momento de unión al hablar y explicarse que su bagaje era muy similar.

¿Por qué experiencias difíciles había pasado durante su vida? Daría cualquier cosa por saberlo.

¿Así se había sentido Nick cuando salían juntos? ¿Estaba desesperado por tener respuestas, pero se había sentido incapaz de preguntarle a su compañera en todo momento? ¡Ay! Tal vez le enviara un regalo para pedirle perdón cuando volviera a casa.

Si alguna vez aprendía a crear portales, tal vez pudiera regresar a Astaría a visitar a Kaysar. Alguna vez. Cuando no tuviera nada mejor que hacer. O si quería dormir una siesta.

¿Querría él volver a verla? Por mucho que hubieran tenido aquel momento

de comunión, ella no lo conocía ni sabía cuáles eran sus objetivos. A veces le parecía que él la deseaba, pero, al siguiente, le parecía que la odiaba. Eso también dependía del estado de ánimo de Kaysar.

En aquel momento, estaba molesto por todo.

Tal vez, si le hacía preguntas sobre el reino, consiguiera distraerlo de aquello que le molestaba. Aunque también cabía la posibilidad de que empeorara su enfado. Dependía de cuál de las facetas de su personalidad respondiera: o el acosador enamorado o el rey malhumorado.

Ella se sentía atraída por ambos, y eso era lo más triste de todo.

Fuera cual fuera el estado de ánimo de Kaysar, seguía siendo una persona capaz y fuerte. ¿Un árbol caído en mitad del camino? Ningún problema. Lo apartaba de un golpe. Nada le apartaba de su objetivo, y nada le asustaba. No, era él el que desviaba y asustaba a todo el mundo. Le había cortado el pelo y se había quedado un mechón de recuerdo. Sin embargo, cualquier hada, ogro o trol que se cruzara con él palidecía y salía huyendo a la velocidad de la luz.

Cada vez que ocurría, ella se sentía como una colegiala enamorada.

—¡Ay!

La rama de un árbol le hizo un corte en el hombro. Comenzó a sangrar. Al saltar a un lado, pisó una roca, y se le hincharon los pies dentro de las botas. Después, se cortó con otra rama. Y con otra. ¡Demonios! Odiaba aquel mundo. Se sentía impotente y perdida, y no entendía nada. Además, odiaba el senderismo y, en aquel momento, odiaba a todo el mundo, todos los lugares. Y se lo merecían.

—El peor destino de vacaciones de fantasía del mundo —gruñó—. Ni una estrella.

Él empezó a caminar más rápidamente, y ella tuvo que seguirlo.

Al subir por otra colina, se le cocieron los pulmones. Toda ella se recoció.

—Jamás me voy a apuntar a un gimnasio. No volveré a hacer ejercicio ni un solo día más.

Gimió al saltar por encima de una raíz muy gruesa. Al moverse bruscamente para esquivar un grupo de flores carnívoras que lanzaban bocados al aire, la bolsa le golpeó el costado, y ella se estremeció. ¡Porquería de bolso! Además, ¿qué era lo que llevaba dentro? Cada vez que hacía ademán de abrirlo, Kaysar...

—¿Te gusta ir a ninguna parte? —le preguntaba, y aceleraba el paso.

Eso. Él le impedía abrir la bolsa y continuaba adelante. Era frustrante, pero, seguramente, era lo mejor. Si se le caía alguna de las cosas que había dentro, la perdería para siempre, sin duda. El rey no se detendría para que ella pudiera

recogerla.

Por otro lado, no creía que tuviera fuerzas para seguir mucho más. No había comido nada ni había bebido nada, y eso le estaba pasando factura. Y estaba agotada.

Su enamoramiento disminuía por momentos.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Kaysar, que se giró y movió el dedo índice delante de su cara—. ¿Por qué me miras así? Estamos haciendo lo que tú has pedido. ¿Dónde están tus sonrisas? ¿Y tu agradecimiento?

—¿Te refieres a mi mirada de asesina en serie? Porque estoy a punto de llegar al límite, y no sé si va a haber supervivientes. Para un poco.

—Tu eres la que está desesperada por encontrar a un creador de portales, Chantel —replicó él.

Para asombro de Cookie, él se detuvo y la tomó en brazos. Distribuyó el peso de la bolsa para llevar la carga.

—Eres muy fuerte —dijo Cookie, amoldándose a su cuerpo.

—El más fuerte —respondió él, y ella tuvo la sensación de que su halago había mitigado su irritación.

Su animosidad desapareció. Umm... Él olía tan bien... Aunque se había quejado del calor hacía unos minutos, en aquel momento se deleitó con él. El calor de Kaysar le encantaba.

Abrió la boca para hacerle una pregunta personal. Sabía muy poco sobre él, y tenía mucha curiosidad. Sin embargo, se quedó callada. No quería molestar a su guía ahora que él iba a llevarla en brazos.

Aquella conversación solo podía avanzar en dos sentidos. La primera posibilidad: ella le haría la pregunta y él le contestaría de malas formas por atreverse a hacerla y la dejaría en el suelo. La segunda posibilidad: ella le haría la pregunta y él se negaría a responder y la dejaría en el suelo.

Además, en cuanto preguntara, él sabría qué era lo que ella quería saber: quería conocer su lado más personal. Y eso podía usarlo en contra de ella. No, gracias. Ya dependía de Kaysar más de lo que le hubiera gustado.

«Tengo que volver a casa».

—¿No tienes nada más que preguntarme? —inquirió él, que había vuelto a ponerse de mal humor.

—Bueno, sí —dijo ella, tentativamente. Si él se mostraba receptivo, le haría una pregunta no personal.

A él se le cortó la respiración. ¿De avidez?

—Pregunta, Chantel.

–Si las hadas son inmortales, ¿por qué murió Lulundria de las heridas? Mis poderes vienen de ella, y a mí se me curó un hueso roto en cuestión de minutos.

Él respondió, de mala gana:

–La inmortalidad no significa que vivamos para siempre. Solo significa que nuestros cuerpos, por lo general, se recuperan más rápido de lo que pueden morir. Pero hay heridas que son demasiado graves y se cierran muy despacio.

Se agachó para pasar por debajo de una rama muy baja, sin aminorar el paso. Cuando dejaron atrás la rama, la temperatura bajó. Los ruidos cambiaron. Se oía una corriente de agua, aunque ella no vio ningún arroyo ni ningún río. Incluso el ambiente cambió. El aire tenía electricidad, como si se avecinara una tormenta.

–¿Qué sitio es este? –preguntó.

No había flores, pero los arbustos estaban colocados estratégicamente, creando un camino que llevaba hasta un árbol lleno de frutos azules.

–Aquí no hay nada que necesitemos –respondió Kaysar, con tirantez.

No era una respuesta, pero Cookie se conformó. Miró el árbol. Corteza rosa, hojas moradas. Frutas de color zafiro, del tamaño de un puño. Se le hizo la boca agua, se le aceleró el corazón. En el centro del tronco había un símbolo que ella reconoció.

Casi no pudo contener un grito. Rhoswyn estaba inspirado en Astaria. Ya no tuvo ninguna duda, y sintió un enorme entusiasmo.

–Esto es un pueblo para descansar.

Su compañero soltó una maldición y aceleró la marcha.

–¿Y qué? No necesitamos nada.

Ella se bajó de sus brazos. A pesar de lo mucho que le dolían los pies, retrocedió para examinar la zona. Sí, claramente, era un poblado. La fruta de color zafiro era una llave comestible, pero no se podía tomar ninguna hasta que se hubiera realizado el pago.

Kaysar se acercó a ella.

–¿Has tenido otro de los recuerdos de Lulundria?

Ya le contaría más tarde lo de su trabajo. Un hada que nunca había visto un ordenador tal vez no entendiera bien lo que quería decir. Por el momento, evadió la pregunta.

–Voy a entrar en el pueblo –dijo.

En Rhoswyn, aquellos pueblos permitían a los jugadores recargarse, comer, elegir buenas armas y cambiar de camino, si lo deseaban. Y ella sí lo deseaba.

–Puede que haya un creador de portales ahí dentro.

–¿Y que yo no haya oído rumores sobre él? –preguntó, y soltó una risa

desdeñosa—. Vamos, muy pronto vamos a llegar a la cascada. Es la entrada de las Tierras del Atardecer, donde se rumorea que vive el creador de portales.

—No tenemos tanta prisa, y yo estoy muerta de hambre —dijo ella. Pasó las manos por el tronco del árbol, cuya corteza era tan suave como el terciopelo—. Además, ¿por qué siempre tienes que mandar tú? Somos un equipo, y yo te estoy pagando. Tú te empeñaste en poner un precio, y yo estoy cumpliendo mi parte. Aquí estoy, a tu lado. Es como si fueras mi empleado. Y, en mi empresa, decimos que el cliente siempre tiene la razón.

Él emitió un ruidito de exasperación.

—Debería haber cobrado más.

—Es demasiado tarde. Ya tenemos un acuerdo. Solo nos falta saber si te vas a quedar aquí o vas a entrar conmigo.

—¿Ah, sí? —preguntó él, con petulancia—. ¿Y cómo vas a entrar?

—Se ofrece un pago y te dan una llave —respondió Cookie.

En el juego, uno pagaba con rubíes de sangre, también llamados tarjetas de crédito. Tal vez Kaysar hubiera metido algunas monedas en la bolsa.

—Tengo razón, ¿verdad?

Él la fulminó con la mirada.

Cookie miró la bolsa, y él se dio cuenta. De todos modos, ella se lanzó a agarrarla. Sin embargo, él se teletransportó y la puso fuera de su alcance.

Kaysar reapareció a pocos metros, con la bolsa y con cara de malhumor.

—¿Quieres entrar en el pueblo? Está bien, entraremos —dijo. Metió la mano en la bolsa y sacó un collar de brillantes—. Esto vale mucho más que la llave, pero no nos darán las vueltas. Espero que estés contenta, Cookie.

A ella casi se le salieron los ojos de las órbitas. ¿Había estado llevando joyas todo el camino?

Nunca más iba a quejarse de lo mucho que pesaba la bolsa. Merecía la pena.

—Eso es...

¿Con qué palabras podía hacer justicia a aquella maravilla de piedras preciosas?

—Eso es mío —dijo, intentando agarrarlo. Nunca había tenido nada tan bonito.

«Me lo voy a poner todos los días, lleve las mallas que lleve». Casi iba a decidirse a llevar aquel collar durante su cremación.

Kaysar la miró con curiosidad y levantó el brazo, asegurándose de que las magníficas gemas permanecieran fuera de su alcance.

—Ya que has dicho que estabas dispuesta a pagar este precio...

Golpeó el símbolo del tronco del árbol con el collar. Los brillantes

desaparecieron, y cayó una fruta de color azul al suelo.

–Dime que tengo más collares en la bolsa –le suplicó ella. Oh. ¿Qué le ocurría? Nunca había tenido aquella reacción. Sin embargo, quería aquel collar.

Él siguió mirándola con curiosidad, atentamente, y dijo:

–Tienes una colección de collares en la bolsa.

–¿De veras? En ese caso...

Cookie dio un grito de felicidad y recogió la fruta. En cuanto encontraran un sitio seguro para descansar, iba a examinar cada una de las joyas para averiguar por qué tenía aquella avidez repentina por las piedras preciosas.

–Sabes que tendrás que deshacerte de más joyas para pagar la comida, ¿no? –le preguntó Kaysar, sin dejar de mirarla.

Quizá se conformase con un ligero refrigerio. Como, por ejemplo, aquella fruta que ya había pagado. Se le hizo la boca agua. Le quitó el polvo a la fruta y mordió el centro. Sintió una dulzura que le recordó a la de la piña colada. Cerró los ojos mientras se le iba calmando el dolor de estómago provocado por el hambre. Tuvo el impulso de devorar la fruta de un bocado.

–No –dijo Kaysar, y le confiscó la fruta–. Con un bocado, puedes mantener la cabeza clara. Otro más, y estarás borracha. Y, aunque creo que disfrutaría mucho con una Chantel borracha, no quiero compartir ese evento con nadie más.

Sí, claro. Era muy importante mantener la cabeza clara durante una misión.

–Bueno, y ahora, ¿qué sucede?

Él entrecerró los ojos mientras clavaba los dientes en la fruta y... apareció un mundo nuevo, como si se hubieran teletransportado al Salvaje Oeste en versión de las hadas. ¡Qué asombroso! Se detuvieron al inicio de un camino empedrado con docenas de tiendas a cada lado. Los muros de las casas estaban adornados con coloridas pinturas y en los techos crecían flores.

Los diferentes aromas consiguieron que babeara. Le pareció detectar el olor a pan recién hecho. Especias. ¿Carne? Su estómago le suplicaba que se diera un festín.

Había hadas por todas partes, moviéndose a diferentes velocidades. Algunas entraban en las tiendas, otras salían. Se oían cientos de voces, conversaciones entremezcladas. Los estilos de ropa eran tan diferentes como las características físicas. Las diferentes especies llevaban ropa diferente, desde el estilo guerrero chic hasta la campesina sencilla.

Sintió envidia. Estaba dispuesta a gastarse mucho más dinero a cambio de darse una ducha y conseguir ropa limpia.

Y podía comprar más joyas. Era un deseo que surgía de lo más profundo de

su ser... ¿o era un deseo de Lulundria? ¿Acaso la otra mujer se estaba apoderando de su mente, además de su físico?

Aquella idea le causó un gran rechazo.

En algún momento de la vida, se perdía a aquellos a quienes se amaba. Sabía que podía perder a Pearl Jean y a Sugars. Pero se negaba a perderse a sí misma por el camino.

Kaysar debió de notar su angustia, porque le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia sí.

—Vas a estar a mi lado todo el tiempo que pasemos aquí, ¿entendido?

—Sí, señor.

En aquel momento, con las defensas tan bajas, ella se acurrucó contra su cuerpo grande y duro, y se sintió tan reconfortada que le pareció una locura. Un momento. ¿Por qué se había quedado todo el mundo inmóvil, callado, y los miraban con horror?

—Eh... —dijo ella, con inquietud—. No sé si deberíamos irnos.

Se oyeron murmullos y, después, gritos.

—¿Rey Kaysar?

—¡Nos invade el Desquiciado!

—¡Corred!

¿El Desquiciado?

Se hizo el caos. Las hadas recogieron sus cosas y desaparecieron. Otros salieron corriendo en dirección contraria a ellos.

Bien. Por lo menos, no habían atacado.

—Veo que tienes toda una reputación.

—Tal vez —dijo él—. Harías bien en acordarte de su miedo la próxima vez que se te ocurra ponerme a prueba.

—¿Eso es una amenaza?

Y, si lo era, ¿por qué no tenía ella ningún miedo?

—Solo es una observación.

—¿Estás intentando decirme que me matarías a sangre fría?

Vaya. Una pregunta personal.

No pareció que a él le importara mucho.

—¿A sangre fría? —dijo, con la primera sonrisa que esbozaba desde hacía siglos—. Te aseguro, querida, que mi sangre siempre está hirviendo.

Capítulo 14

Con el pueblo abandonado tanto por tenderos como por compradores, Kaysar consiguió la mejor habitación en la mejor posada, y cualquier plato de las cocinas que Chantel pudiera desear, sin tener que amenazar, mutilar ni asesinar a nadie. Una nueva experiencia.

Su plan de hacer pasar hambre a su compañera para sumirla en una tristeza insoportable hasta que renunciara a buscar al creador de portales había descarrilado. Al menos, temporalmente.

Dejar que pasara hambre le atraía cada vez menos. Ver cómo el agotamiento la dejaba demacrada le molestaba cada vez más. No sabía qué sentir con respecto a Chantel, y no lo entendía. Él siempre sabía lo que tenía que sentir, una tendencia al asesinato, y siempre sabía lo que tenía que hacer, herir a todo el mundo.

Ella era una Frostline, sí, pero no era una Frostline. Nunca había abusado de él, nunca lo había lastimado. Solo lo había irritado de muchas formas diferentes. Lo había desafiado. Lo había enfurecido. Y le había divertido, desconcertado y excitado como ninguna otra. Sin embargo, hasta aquel momento, nunca había incurrido en su ira.

Al contrario que Lulundria, ella no tenía interés en Jareth. El príncipe le causaba disgusto. Una parte de sí mismo creía que ella entendería y aplaudiría sus planes para destruir a los reyes de la Corte de Invierno. Otra parte sentía una gran preocupación por cómo iba a reaccionar Chantel cuando supiera que la había engañado, si alguna vez descubría la verdad.

Tomó un sorbito de su whisky helado. Estaba frente a la chimenea encendida. Había caído la noche y se había levantado un viento muy fuerte. No por la naturaleza, sino por la magia. Aquel pueblo ficticio estaba situado en la frontera de su territorio, pero operaba en nombre de la familia real de Spring. Era

una concesión que les había hecho por su rechazo a firmar la paz con la Corte de Invierno. Los propietarios creaban una temperatura gélida para que los huéspedes pagaran más por mantas más gruesas y un fuego en la chimenea.

Él había elegido una suite con adornos de caoba, mármol dorado y espejos. No importaba dónde estuviera Chantel, en qué punto de aquella habitación, siempre podía mirarla. Se había convertido en su pasatiempo favorito. Le encantaba ver su forma sensual de moverse, sus expresiones, su cuerpo... Nunca se cansaba.

La bolsa estaba a sus pies. No estaba dispuesto a que ella descubriera que había metido piedras. En cuanto las viera, comprendería su propósito. En parte, quería que lo descubriera ya, pero no sabía por qué... ¿Advertir a un oponente de las acciones que se llevaban a cabo contra él? ¿De verdad era tan tonto como para eso?

La desdicha de Chantel iba a comenzar de nuevo al día siguiente, a pesar de lo que él sintiera al respecto.

—Voy a darme una ducha —murmuró ella, y se encerró en el baño, la única zona que estaba fuera de su visión.

Él no dijo nada. Se lo permitió, y agarró con fuerza el vaso de licor. Antes, Chantel se había comido su propio peso en empanadillas y tartaletas de limón. Y antes de eso, le había convencido para que le comprara una túnica nueva con su dinero. No le hacían falta pantalones, puesto que él había metido dos pares en la bolsa. En realidad, también le había llevado una túnica, pero ella quería una que tenía bordadas rosas y hiedra alrededor del cuello, no la sencilla prenda que él le había ofrecido.

La había señalado, había pestañeado hacia él y le había dicho:

—Quiero esa. ¿Me la compras?

¿Cómo podía negarse? La prenda estaba asegurada con un bloqueo invisible. Él sacó una moneda de la bolsa y la insertó en la ranura correspondiente. Además, creía que había empezado a entender el misterioso vaticinio de Eye, y quería hacer una prueba.

«Ella es la piel que lleva».

A Chantel se le habían puesto los ojos dorados después de ponerse las botas con piedras preciosas engastadas, unas botas que él le había robado a la segunda esposa del rey Hador. Era una mujer que estaba obsesionada con las joyas, y que alguna vez lo había visitado cuando estaba prisionero en la torre de los Frostline, con curiosidad por ver al chico al que el rey usaba en las ocasiones especiales. Él le había pedido ayuda, y ella se había reído de él con desprecio. También había

dejado que se pudriera en su cárcel, un error que había pagado muy caro más tarde.

Unos años después de fugarse, la había seguido por un mercado. Sabía que Kaysar necesitaba a su mujer porque le correspondía una asignación muy abultada de las Tierras de Otoño, y aquellos pagos habían cesado después de su muerte. Él le había enviado una mitad del cuerpo a Hador y, la otra, a su familia. Apreciaba aquel recuerdo. Se había quedado con las botas por razones sentimentales.

¿Cambiaría la personalidad de Chantel según las prendas que llevara? Iba a averiguarlo. Al día siguiente, claro. Aquella noche estaba demasiado ocupado sufriendo de deseo por ella. Hacía una hora, durante la ducha, se había masturbado. Algo que no había tenido que hacer nunca en la vida. Sin embargo, su deseo no se aplacó. Después de ponerse una túnica limpia y unos pantalones de cuero, seguía con una tensa erección. Tenía el mechón de pelo de Chantel en el bolsillo, y parecía que se estaba burlando de él. ¿Por qué se lo había quedado?

Tenía la impresión de que, si alguien trataba de arrebatarle un solo cabello, lo mataría. Cuando dejó de oírse correr el agua, Kaysar apuró el vaso. Tenía que tomar decisiones, y rápidamente. ¿Qué iba a hacer con Chantel aquella noche? ¿Besarla? ¿Acariciarla? ¿Cómo reaccionaría ella? ¿Lo aceptaría de buen grado? ¿Lo rechazaría? Tenía que averiguarlo.

No, no. No debería hacer nada con ella. Chantel necesitaba descansar. Así que no iba a apresurar su seducción. Todavía no, por mucho que lo deseara. No lo haría ni aunque ella se lo rogara.

Se humedeció los labios y dio un gruñido al pensarlo.

Entonces, solo le quedaba decidir una cosa. ¿Se tumbaría a su lado en la cama, o la obligaría a dormir en aquella silla?

Aquella pregunta suscitó otras muchas. ¿Cómo se iba a sentir con alguien entre sus brazos, sin ahogarlo o apuñalarlo repetidamente? ¿Bien? ¿Mejor que bien? ¿Fatal? Nunca había pasado la noche entera con una mujer. Después de las relaciones sexuales, solo se quedaba el tiempo suficiente para conseguir lo que se hubiera propuesto: la resolución de un misterio, información, municiones... Detestaba que alguien pegara la piel a la suya. Esas sensaciones le recordaban demasiado al tiempo que había pasado en poder del príncipe Lark y de Hador.

Entonces, había aparecido Chantel y, aunque se habían tocado repetidas veces, nunca había recordado el pasado. La maravilla de las reacciones de Chantel y la conmoción que le habían producido las suyas habían servido para mantener esos pensamientos a raya. Y eso significaba que...

Ella tenía influencia sobre él.

Kaysar apretó los dientes. ¿Qué iba a hacer con ella? ¿Y con Jareth?

El príncipe todavía no los había seguido al interior del poblado. Era él quien iba a quedarse en la butaca, haciendo guardia. Por otro parte, ¿no debería intentar proteger a su Drendall de carne y hueso con su propio cuerpo como escudo?

Al ver a Chantel salir del baño envuelta en una nube de vapor, tuvo que contenerse para no gruñir. Aunque él no se había movido, ella se sobresaltó al mirarlo y se detuvo en seco.

Abrió mucho sus maravillosos ojos, y él se volvió loco.

–Umm... Eh... Hola –dijo ella, saludándolo con la mano.

Kaysar tuvo que reprimir otro rugido mientras la devoraba con la vista. Se le acumuló la sangre en el miembro. Ella se había puesto la túnica, y era lo único que llevaba. Los pechos regordetes tensaban la tela. Tenía unas piernas blancas y delgadas. A él se le cortó la respiración. Apretó los puños al fijarse en sus mejillas húmedas, más rosadas de lo habitual. ¿Ella también estaba excitada? El cabello mojado le caía hasta la mitad de la espalda, puesto que le crecía minuto a minuto. Era perfecto para agarrarlo en un puño. Se le separaron los labios bajo la intensidad de su examen.

No, no iba a besarla.

Aunque parecía que estaba completamente recuperada de su viaje, él notaba el alcance de su agotamiento, y se le encogió el pecho. Aquellos últimos días, Chantel había pasado por muchas cosas. Se había transportado a un reino diferente. Se habían desarrollado sus poderes antinaturales. Había sido objeto de las atenciones de un rey vengativo.

Con movimientos lentos, para no alarmarla, dejó el vaso junto a la bolsa, que estaba a sus pies, y se levantó.

–Acuéstate –le dijo, con aspereza. ¿Qué otra cosa iba a decirle? En su cabeza no aparecían otras palabras.

No, no era cierto. Otras cinco surgieron de repente: «Voy a acostarme con ella».

Cookie se acurrucó bajo las mantas y se acomodó en el colchón. Estaba agotada, y tenía algo de aprensión. Pero estaba demasiado exhausta como para pensar y, mucho más, para protestar por las órdenes de Kaysar. Tampoco podía erigir las defensas contra su atractivo.

Quería tener un poco de Kaysar.

Después de Nick, había pensado que era invulnerable a cualquier sentimiento romántico, pero el enigmático rey estaba consiguiendo que volviera a desear y a maravillarse. ¿Cómo sería una relación con él? ¿O, por lo menos, un buen revolcón?

Una vez que había podido saciar su hambre, después de días, no debería tener ningún problema para conciliar el sueño. Sin embargo, cada vez que empezaba a quedarse dormida, Kaysar aparecía en su mente.

Su oscuro rey estaba delante de la chimenea, respirando con fuerza, como si estuviera debatiéndose entre dos opciones.

—¿Vas a quedarte ahí, mirando cómo duermo? —le preguntó ella, con curiosidad.

—Tal vez.

Había estado muy callado desde que habían llegado al poblado. En aquel momento, el fuego lo iluminaba y definía las líneas de su poderoso cuerpo, y revelaba las arrugas de su frente. Estaba abriendo y cerrando las manos. Algo que ya le había visto hacer más veces.

¿Qué pensamientos abundaban en su cabeza?

—¿Kaysar?

—Voy a dormir contigo. Solo dormir —dijo él. Se levantó y fue apagando las velas que iluminaban la habitación—. Esta noche vas a descansar, y nada más. Así que descansa todo lo que puedas. Es posible que no tengas otra oportunidad.

¿Una advertencia o una promesa? Cookie no supo discernirlo.

Él se detuvo junto a la cama, y ella contuvo la respiración. ¿Iba a desnudarse?

Se oyó el crujido de la ropa. Kaysar se desabrochó el cinturón. Vaya, sí se estaba desnudando, pero ella no podía ver nada. ¿Por qué no había dejado, por lo menos, una de las velas encendidas?

Cuando se tendió a su lado, su olor embriagador le llenó las ventanas de la nariz.

¿Haría algún movimiento, a pesar de lo que había dicho? Y ella ¿lo deseaba? De todos modos...

—No te esperes arrumacos —le advirtió—. Odio los arrumacos, los acurrucamientos, los besuqueos y todas esas cosas.

—Preferiría morirme —dijo él, estremeciéndose.

—Mejor.

—Mejor —repitió él.

Pasaron los minutos, y ninguno de los dos se movió. Fuera soplaba el viento

con violencia, y una de las contraventanas dio un fuerte golpe.

Cookie recordó lo bien que se había sentido entre sus brazos, y se movió hacia él. No para acurrucarse, solo para... tocarlo. Para tener conexión con él. En el último instante lo pensó mejor y se giró para darle la espalda. El deseo, sin embargo, aumentó, y empezó a dar vueltas por la cama.

Ya no pudo soportarlo más, y susurró:

—¿Kaysar?

—¿Sí, Chantel? —preguntó él, con la voz enronquecida.

—Intenta sobrevivir a esto, ¿de acuerdo? —le dijo ella, y lo envolvió con su cuerpo. Él soltó un silbido cuando ella apoyó la mejilla en su corazón. En su corazón, que latía desbocadamente. Él no era inmune a su cercanía. Ella se apretó contra él.

—¿Chantel? —dijo él, con tirantez.

Vaya. ¿Iba a ordenarle que se alejara?

—Haz lo que puedas para soportar esto, ¿de acuerdo?

Con cuidado, él la rodeó con los brazos y la estrechó contra sí.

Oh. Ohhh. Su calor le proporcionó, por fin, una completa relajación. De repente, sus músculos tenían la consistencia de la gelatina. Se olvidó de todas las dificultades de aquel día. Aquello era mucho mejor que dar vueltas por la cama. Desde aquel momento, ya no quería dormir de otro modo.

Durante aquellos últimos días le habían ocurrido tantas cosas, que necesitaba algo en lo que apoyarse.

—Umm... Es increíble estar así contigo —dijo, arrastrando las palabras por el sueño. Y no solo por el cansancio, sino, también, porque estaba embriagada con él.

—Estar así contigo es... —dijo él, pero se quedó callado y empezó a jugar con las puntas de su pelo.

A ella se le cerraban los ojos, pero quería mantenerse despierta para poder escuchar su veredicto. Luchó con todas sus fuerzas contra el letargo. Quería disfrutar de aquello hasta el último instante.

—Necesario —susurró él.

De repente, dormir le pareció imposible. ¿Había sido alguna vez necesaria para otra persona? ¿Era necesaria para un hombre que conocía desde hacía tan pocos días? No, eso no era posible. Él no la necesitaba, y ella no lo necesitaba a él. Ella no necesitaba a nadie.

¿Por qué iba a permitirse a sí misma empezar a necesitar a un hombre? Nada duraba eternamente.

Lo que sí necesitaba era una distracción, así que le hizo la primera pregunta que se le pasó por la cabeza.

—¿Eres un rey terrible? Esa gente echó a correr como si...

La tensión invadió su pequeño paraíso.

—Cuando, por fin, demuestras algo de interés en mí, ¿es eso lo que quieres saber?

¿Por fin? ¿Acaso él quería que le hiciera preguntas personales? Cookie sintió un deleite inesperado. Iba a hacerle un interrogatorio sin paños calientes.

—Has pasado el día conmigo —dijo él, con un gruñido—. ¿Qué tipo de rey piensas que soy?

—Astuto. Difícil, complicado. Demasiado autoritario. Te quejas rápidamente. No tienes miedo de las consecuencias.

Y, a veces, había demostrado algunos rasgos de locura.

Se había cortado el antebrazo en varias ocasiones con las garras, dejando un rastro de sangre. Algunas veces, murmuraba algo sobre un mapa, como si fuera un mantra.

—Soy todas esas cosas y muchas más. Y, por supuesto, no hay un rey mejor que yo en ningún territorio.

Lo dijo con orgullo, y eso fue increíblemente sexi para ella.

Si no estuviera tan agotada, tal vez hubiera hecho algo al respecto. Aunque, en realidad, las aventuras pasajeras no eran lo suyo, y Kaysar y ella solo iban a estar juntos unas semanas.

Ella había crecido jugando *online* con *gamers* mucho mayores que ella y, a menudo, ellos fanfarroneaban sobre sus conquistas. Todos los hombres eran buenos y, las mujeres, unas zorras. Eso, si se dignaban a hablar de alguna mujer. La mayoría eran olvidadas rápidamente como algo de usar y tirar. No, gracias. Ella quería más. Quería ser esencial para alguien, aunque solo fuera un rato. Aunque no permitiese que la otra persona se volviera esencial para ella.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—Miles.

—Ah. Esa edad en la que el adjetivo más adecuado es «decrépito».

—Yo no estoy decrépito. ¿Cuántos años tienes tú?

—Veintiséis años muy maduros.

—Ah, una edad conocida como «infantil» —dijo él, y se echó a reír—. Dime cómo pasas el tiempo en el reino de los mortales.

—Juego a videojuegos —dijo ella. Intentó pensar en una buena explicación, pero se estaba quedando dormida sin poder evitarlo—. No quiero dormirme.

Quiero saber más cosas de ti...

Al final, el agotamiento ganó la batalla. Un pensamiento se abrió paso en su mente antes de que el sueño la venciera: «Es posible que él se esté volviendo un poco necesario».

Cookie durmió profundamente. Cuando se despertó, vio una luz brillante en la habitación y se estiró bajo las mantas. ¿Alguna vez se había sentido tan descansada y cálida?

Oh, ¿qué hora era? Un dolor por aquí, un dolor por allá. Estaba excitada; tenía un delicioso calor entre las piernas. Vaya. Claramente, su cabeza se había quedado dormida la noche anterior, pero su cuerpo no.

Tal vez Kaysar y ella hubieran debido... ¡Kaysar!

Se levantó de golpe, con un sentimiento de pánico. ¿Dónde había ido su guía? Porque no estaba a su lado. Ni debajo de ella.

Se quedó boquiabierta al fijarse en el estado de la habitación. Los muebles estaban destrozados y había agujeros en las paredes, como si fueran de puñetazos. Lo único que había quedado intacto era la cama. ¿Se había producido una batalla que ella no había oído? ¿O lo había hecho todo en un ataque de rabia?

Pearl Jean y Sugars creían que ella tenía algo oscuro en su interior. Al ver el destrozo de aquella habitación, ella podría decir lo mismo del rey Kaysar.

Entonces, ¿por qué no le tenía miedo, ni siquiera en aquel momento?

Lo supo con claridad. Aquel hombre estaba sufriendo. Y ella sintió el impulso de calmar aquel sufrimiento.

¿Ella, que ni siquiera podía calmar su propio dolor? ¿Debería intentarlo? Muy pronto iban a encontrar a un creador de portales, y tendrían que despedirse. Y, si no, ella misma se iría a casa cuando consiguiera recuperar sus fuerzas.

Se levantó y fue al baño. Se lavó los dientes y la cara. A pesar del festín que se había dado la noche anterior, no tuvo necesidad de utilizar el baño; aquello era una novedad maravillosa, y esperaba que permaneciera así para siempre. En realidad, pensándolo bien, no había tenido aquella necesidad desde que había llegado a aquel mundo.

Al tomar los pantalones que Kaysar había dejado fuera de la bolsa para ella, se vio en un espejo. Aquel día, su pelo tenía más matices castaños que rosados. Sus ojos eran grises con motas verdes. ¿Volvería a ser la misma Cookie de siempre alguna vez? ¿Y quería que eso sucediera?

¿O sería para siempre una mezcla de Cookie y Lulundria?

Se puso los pantalones y se miró de nuevo en el espejo. Vaya. ¿Le había cambiado de nuevo el color de los ojos? Ahora eran verdes con motas grises. Pero... ¿por qué? ¿Qué había cambiado? Lo único que había hecho era vestirse.

Entonces..., ¿era por los pantalones de cuero? Se los quitó y se observó en el espejo. Ojos grises. Se puso otra vez los pantalones. Verdes.

Así pues, era una cuestión de la ropa que llevara. Pero... ¿por qué los pantalones y no la túnica? Cuando se había puesto la túnica limpia, no había experimentado cambios. Los pantalones estaban limpios, pero eran usados. ¿Era esa la diferencia?

¿Qué significaba eso? ¿Afectaría a su aspecto que utilizara otras prendas?

Un momento. ¿Y si afectaba a algo más que su aspecto? Cuando se había puesto las botas, había sentido un irresistible deseo de tener joyas.

¿Qué ocurriría si mezclaba la ropa?

Cookie se puso las botas y llamó a Kaysar. Tenían que hablar. Salió rápidamente del baño y se lo encontró sentado a los pies de la cama, vestido con una túnica blanca y unos pantalones de cuero negros. ¿Era su uniforme? A él le sentaba mucho mejor, sin duda. Estaba guapo más allá de cualquier límite. Tenía un par de zapatillas feas, pero de aspecto cómodo, en las manos.

Ella tuvo una punzada de deseo cuando él dejó los zapatos sobre la cama y se levantó ágilmente. Sus músculos se flexionaron. Tenía un brillo en los ojos, tan turbulento como la destrucción que reinaba a su alrededor. Era como si se estuviera preparando para la batalla.

—Si alguien se atreve a amenazarte —dijo, preparando las garras—, muere.

Ella se acercó a él y le explicó lo que acababa de sucederle. Él no demostró sorpresa; tan solo reverencia.

—Lo sabía —dijo, sonriendo—. Eres la piel que llevas.

—No lo entiendo —respondió ella—. Explícamelo, por favor.

Él tomó uno de sus mechones azabache con un par de dedos.

—Dime, ¿sientes algo diferente en este momento?

—No lo sé. ¿Debería sentir algo diferente? ¿Eso es bueno o malo? ¿Es algo de las hadas?

—No, no es nada de las hadas —dijo él—. Es algo de Chantel Cookie Bardot. Creo que experimentas cambios físicos y emocionales cuando te pones ropa que una vez fue de otra persona.

¿Tenía razón? ¿Iba a experimentar más cambios cada vez que se cambiara de ropa?

—No quiero ser ninguna otra persona —dijo ella.

Ya tenía que luchar con Lulundria, así que, meter a más personas en la situación le parecía el camino perfecto hacia el desastre.

Todavía no estaba preparada para pensar en las consecuencias de aquella noticia, así que preguntó por algo igualmente importante.

–¿Qué ocurrió anoche? ¿Por qué está así la habitación?

–Oh, eso. Discutí un poco conmigo mismo. Y gané –dijo Kaysar, encogiéndose de hombros–. ¿Estás segura de que no prefieres disfrutar de los lujos de mi palacio hasta que se recargue tu habilidad para crear portales?

–Segurísima.

Él frunció los labios y se dio la vuelta para recoger el calzado que había dejado en la cama.

–Esto es para ti.

Si alguna vez él decidía explicarle por qué había destrozado los muebles de la habitación, ella lo escucharía. Por el momento, examinó el regalo. Las zapatillas tenían unas gruesas suelas de goma. Las puntas redondeadas. ¿Aquel era el equivalente de las hadas para unas zapatillas de tenis? Eran perfectas para caminar.

–No tienen joyas –dijo ella–. Prefiero las botas.

Él se quedó desconcertado.

–Pero si las botas te hacen daño.

–Y tienen joyas –respondió ella.

La comodidad no valía nada comparada con su belleza.

–Qué criatura más fascinante –dijo él, con una sonrisa de diversión. Dejó las zapatillas en el suelo y le ofreció el brazo–. ¿Quieres que desayunemos y sigamos nuestro camino?

–Muy bien.

Capítulo 15

Kaysar y Chantel iban andando por el Bosque de los Muchos Nombres otra vez. Caminaban en silencio. Ella llevaba la bolsa, apenas capaz de soportar el peso tan solo dos horas después de haberse puesto en marcha. Ya tenía la respiración jadeante. A pesar de que había descansado y había tomado un buen desayuno, su fuerza no había aumentado demasiado.

Él no se sentía culpable por haber metido más piedras en la bolsa.

La noche anterior, cuando tenía su cuerpo suave entre los brazos, había tenido que recordarse a sí mismo cuál era su misión. Se había enfurecido.

«La venganza es lo primero». El bienestar y la comodidad de Chantel nunca habían sido su objetivo. Él había tomado una decisión e iba a cumplir con su misión. Lo había aceptado, incluso mientras destruía la habitación.

–¿Seguro que no quieres pasar estas semanas en mi palacio? –preguntó él, por enésima vez.

–No, no. Entiéndelo. Si no hay creador de portales, no hay lujos.

Él sintió ira. Muy bien. Chantel iba a sufrir las consecuencias de su negativa.

Siguió adelante, como siempre. El sol iluminaba el camino, y se oía el rumor del agua cada vez con más fuerza. No había ni rastro de Jareth. ¿Acaso el pobre príncipe se había metido en un lío?

Las hojas suaves de las plantas lo acariciaron, y se imaginó a sí mismo acariciando la piel sedosa de Chantel. Se le escapó un jadeo de necesidad. Tenía que acariciarla.

Así que aquello era la lujuria. Un deseo continuo y desesperado. Una necesidad insoslayable. Un apetito insaciable y devorador que podía dar al traste con el mejor plan de la historia. Era la batalla más dulce y horrible que había librado jamás.

¿Acaso antes de sentir aquello solo estaba malgastando la vida, solo estaba

despierto a medias?

Se pasó una mano por la cara. Habría podido matar a la princesa la noche anterior, aquella misma mañana. Sin embargo, ella dormía tan plácidamente, tan confiadamente, que no había querido angustiarla. En muy pocos días, su vida había dado un vuelco, pero, sin embargo, ella encontraba consuelo con él.

Y, a él, ella le caía bien. Si tenía un problema, se quejaba, le informaba de ello. Él no tenía que preguntárselo. Eso era muy refrescante. Además, le encantaba que tuviera la habilidad de transformarse en otra persona tan solo poniéndose su ropa.

La envidiaba. Ser cualquier otra persona, aunque solo durase un rato. Sentir lo que ellos sentían. Experimentar sus deseos y, más tarde, poder utilizar esa información.

Maravilloso. Tenía otra erección.

Con solo pensar en Chantel, se excitaba una y otra vez. Sentía necesidades desconocidas para él, y le resultaba muy difícil resistirse a ella. No sabía cómo lo conseguía.

Vio que había una maraña de espinos en el camino y, sin pensarlo, tomó en brazos a Chantel y la apretó contra su pecho. Otra oportunidad perdida para crearle más incomodidad. Con sus brazos alrededor, con su protección, las espinas no iban a rozarla. Pero ya era demasiado tarde para cambiar de posición. Ya se ocuparía más tarde de su sufrimiento.

–Deberías llevarme en brazos siempre –murmuró ella, contra la piel de su cuello.

Siempre. La sujetó con fuerza y se abrió paso por entre los espinos. Cuando salieron al otro lado, por fin, la cascada apareció ante ellos. Él exhaló un suspiro de alivio.

–Aquí está –dijo, y señaló el salto de agua con la barbilla–. Es la puerta que buscábamos. La frontera entre las Tierras de la Noche y las Tierras del Atardecer.

–Vaya –murmuró ella, asombrada, mientras él la depositaba en el suelo–. Es maravilloso.

Ante ellos había una cascada de más de tres metros de altura. El agua era de color rosa y caía en un estanque dividido en dos partes por un camino rocoso. Al caer, el agua se volvía de color azul en uno de los lados y, en el otro, de color morado. Había duendes revoloteando por todas partes, dejando un rastro de polvo dorado en el aire, que tenía un perfume a jazmín y lavanda. El camino rocoso proporcionaba un paso hacia la cascada.

Kaysar observó atentamente la zona, sin bajar la guardia.

–Quédate aquí –le ordenó.

No quería dejarla sola. En cuanto lo hiciera, ella iba a ver las piedras que había metido en la bolsa, y deduciría lo que estaba sucediendo. Entonces, él tendría que enfrentarse a su enfado. En realidad, era una situación evitable. Solo tenía que limpiar la bolsa antes de marcharse.

Para llevar a cabo su venganza, tenía que apartar cualquier obstáculo. Pero... Su instinto le pedía que la protegiera.

Apretó los dientes. Metió la mano en el bolsillo y acarició el mechón de pelo. Respiró profundamente, y le dijo:

–Te concedo una hora para que hagas lo que quieras mientras yo me aseguro de que no hay ningún peligro en el perímetro de la zona.

Después, entrarían en las Tierras del Atardecer, y empezarían las verdaderas dificultades para Chantel.

Sin excusas. Sin más vacilación.

Cookie no dijo nada mientras Kaysar se teletransportaba a otro lugar. ¿Sabía él que había acariciado el mechón de pelo mientras le decía que se marchaba?

¿Acaso estaba empezando a sentir algo por ella? Oh, eso era emocionante...

Hasta que recordó su nuevo dilema. El hecho de que la ropa pudiera alterar su personalidad. Por el momento, veía dos ventajas: la posibilidad de sacarle mucho partido al hecho de disfrazarse de un personaje de ficción, y la posibilidad de convertir las emociones negativas en positivas tan solo cambiándose de ropa.

Aunque también había desventajas: gastar un dinero que no tenía en esos disfraces y tomar decisiones que no serían emocionalmente saludables y de las que podría arrepentirse más tarde.

Se daba cuenta de que a Kaysar le gustaba aquella habilidad suya. ¿Acaso no le gustaba su personalidad sin necesidad de alterarla?

¿No podía aceptarla tal y como era?

Con un suspiro, buscó un sitio agradable para relajarse. Vio una roca plana y seca junto a uno de los estanques. Tuvo la sensación de que reconocía aquel lugar. En el juego también había una cascada con un estanque, y era una puerta a un territorio traicionero, lleno de trampas y tesoros. ¿Sería igual al territorio de aquel mundo?

Dejó la bolsa en el suelo y se dispuso a examinar el contenido. Podía hacerlo, ahora que Kaysar se había marchado.

Temblando de impaciencia, sacó el primer objeto. Era un maravilloso vestido de color esmeralda, pero demasiado transparente para caminar. Tenía un escote de tiras de tela que se entrecruzaban y dejaban a la vista el máximo de piel. La abertura llegaba hasta el ombligo. ¿En qué estaba pensando Kaysar para seleccionar aquel vestido? Bueno, mejor no hacerse esa pregunta. Hombres. Aunque, mirándolo bien, era perfecto para disfrazarse de concubina, y no le había costado ni un céntimo.

Bueno, tal vez aquella habilidad relacionada con la ropa no estuviera tan mal. Tal vez Cookie la Fresca pudiera conseguir aquello que Cookie la Coleccionista de Joyas no había logrado: un beso del rey hada. Lo deseaba con todas sus fuerzas.

¿Qué pensaría Pearl Jean de aquel hombre? ¿Le bufaría y le arañaría Sugars, como había hecho con Nick?

Bueno, y ¿qué importaba? Kaysar y ella pertenecían a dos mundos diferentes, y no tenían futuro.

Sacó otro vestido de la bolsa. Era de color rosa, y tenía aún menos tela. La falda era de un tejido suave y vaporoso, con varias aberturas. ¡Le encantaba!

Después, sacó una túnica y otro par de pantalones de cuero. Ya estaba bien de ropa. ¿Dónde estaba lo más interesante? Le dio la vuelta a la bolsa y dejó caer todo el contenido sobre la roca. Había mapas, cosméticos, una petaca que contenía el alcohol más fuerte de la historia... Al olisquearlo, se le empañaron los ojos. Cuando se recuperó, cerró bien la petaca y se la guardó en el bolsillo trasero. Después, siguió con su investigación. Otro collar de brillantes. Uno de rubíes. Anillos con piedras preciosas del tamaño de nueces. Un brazalete de esmeraldas. «Mío, mío, mío».

¡Ah! Encontró dos dagas con más piedras preciosas en las empuñaduras. Un ladrillo negro hecho de... ¿corteza de árbol? Y... ¿piedras que él había recolectado durante el camino? Trece piedras, para ser exactos. Cada una de ellas debía de pesar medio kilo. Pero... ¿por qué había metido aquellas piedras en la bolsa? ¿Tal vez eran mágicas?

Su sexto sentido, Lulundria, le dijo que no. Aquellas piedras no tenían más función que provocarle cansancio.

Empezó a sospechar. Kaysar había sobrecargado la bolsa para desgastarla. Recordó su reticencia a parar en el poblado para comprar las provisiones que ella necesitaba tan desesperadamente. Incluso había negado que el puesto existiera. Había dicho que no necesitaban nada de lo que pudiera haber allí. Había puesto un precio muy alto al teletransporte, y la había obligado a caminar. Le había

sugerido que no tratara de avivar los recuerdos de Lulundria. Su odio por Jareth... a quien consideraba su marido. Estaba en guerra con aquel hombre.

El desconcierto dio lugar a la ira. ¿Le había provocado Kaysar cansancio y malestar a propósito? ¿Cuántas veces la había dirigido, como si fuera accidentalmente, hacia una zona llena de brezos? Las pocas veces que se habían parado a descansar, siempre había intentado picarla algún bicho. A ella; a él no. Como si el animal fuera dirigido a propósito hacia ella.

Pero ¿por qué le hacía eso? ¿Solo por perjudicar al vikingo? ¿O no deseaba encontrar al creador de puertas y estaba haciéndole perder el tiempo hasta que ella se rindiera y cediera a sus exigencias, y fuera a pasar unas vacaciones a su palacio? Las dos explicaciones podrían encajar con alguna faceta de Kaysar.

Por otro lado..., ¿por qué había permitido él que encontrara las piedras? ¿Se le había olvidado? No, eso no era probable. ¿Pensaba que era demasiado tonta como para deducir sus intenciones, después de haber descansado?

Cookie miró los vestidos que él le iba a proporcionar. No podían protegerla de las ramas afiladas de los árboles ni de los bichos. Ni de la intemperie. ¿Otro método para controlarla?

Claramente, quería destruir su moral.

No podía creer que se le hubiera pasado por la cabeza acostarse con aquel imbécil.

Se quitó las botas con movimientos bruscos.

—¿Fingir que me deseas? ¿Obligarme a llevar piedras? Muy bien —dijo. Se puso en pie y se desnudó—. Pues voy a hacer que me desees. Vas a ponerte más duro que una roca y no tendrás vía de escape —murmuró, entre dientes. Aquel tonto le había dado un arsenal que podía utilizar en su contra. Ropa sexi y cosméticos.

Iba a llevarlo al límite y, después, lo dejaría allí plantado.

Se dio un baño con un jabón delicioso y se aplicó aceites perfumados. Cuando terminó, examinó los dos vestidos. ¿El rosa o el verde? Si aquellos vestidos afectaban a su personalidad, era una cuestión importante. En aquel momento, estaba furiosa, y no quería calmarse. Solo quería hacer que él se sintiera tan incómodo como ella y, después, recoger sus cosas e irse.

No se podía formar un equipo con alguien en quien no se podía confiar.

Además, cada vez encontraba más parecidos entre Astaria y Rhoswyn, y podía recorrer las Tierras del Atardecer sola.

Tal vez no debiera jugar con el afecto de un asesino.

Por favor. Seguía sin tenerle miedo. De hecho, tenía muchas ganas de jugar

con sus afectos. La idea de besar a Kaysar, excitarlo y dejarlo plantado también la excitaba a ella. ¿O era a Lulundria a quien excitaba? ¿Cómo iba a saberlo? Además, ya no tenía importancia.

Miró de nuevo los dos vestidos. El verde. Tenía algo que la atraía...

Cuando se lo puso, no notó ningún cambio en su estado de ánimo ni en su pensamiento. ¿Significaría algo? ¿O nada? Respiró profundamente y se puso unas joyas a juego con el vestido.

—¿Chantel? —dijo Kaysar, desde algún lugar cercano.

Había vuelto.

A ella se le aceleró el corazón al alzar la vista y encontrárselo a pocos metros. Lo miró bien, y tuvo que reprimir un gemido. Estaba lleno de sangre, y resultaba muy sexi. Claro que ella también estaba muy sexi en aquel momento.

Sintió una gran seguridad en sí misma. ¿Gracias al vestido? Bah, no importaba. Esa seguridad se le había metido en los huesos y le había proporcionado una voluntad de hierro.

Sonrió fríamente.

—¿Has tenido un día difícil en la oficina, querido?

Él la observó detenidamente, con los ojos ardiendo y la mandíbula apretada. Cayó una gota de agua desde sus cabellos negros hasta su pezón, un pezón que se endureció bajo la mirada de Kaysar. Él se pasó el dorso de la mano por la boca.

—No he encontrado a Jareth, solo me crucé con una manada de centauros que nos seguían. Naturalmente, los maté.

—Naturalmente. Y estoy segura de que me encantará escuchar la historia... después de que hayamos hablado de cómo me has tratado, y de que te hayas disculpado —dijo ella. Aunque no iba a cambiar de opinión; se marcharía de todos modos.

Él se fijó en los objetos que ella tenía a los pies, sobre todo en las piedras, y se puso rígido.

—Bien —dijo—. Estoy seguro de que tienes preguntas.

Por lo menos, no se había hecho el tonto.

—Pues sí —dijo ella.

Él la miró de nuevo, con una mezcla de satisfacción y afecto.

—Has elegido el vestido de la princesa Tatiana para enfrentarte a mí, en vez de un vestido que era de una concubina real. Qué curioso. Me acuerdo bien de Tatiana, ahora que veo su ropa sobre tu deliciosa piel.

¿Deliciosa? A veces, decía cosas muy dulces. Otras veces iba directamente al

grano.

–Habla.

–Tatiana era la tercera prometida de Jareth, a quien muchos admiraban por su inquebrantable tozudez. Nadie esperaba que yo se la arrebatara al príncipe. Pero lo hice.

¿Y quería arrebatársela a ella también al vikingo? ¿Agotándola?

–Dime por qué me has hecho esto.

–Quiero castigar al príncipe Jareth –dijo él, confirmando sus sospechas. Kaysar alzó la barbilla con orgullo–. Nuestra guerra dura desde hace siglos.

–Entonces, ¿me has maltratado a mí para castigarlo a él?

–Sí –respondió él, sin remordimientos–. Vivo solo para castigarlo.

Castigar. ¿Acaso Jareth, el asesino de esposas, había hecho daño a alguien a quien quería Kaysar?

¿Y, por ese motivo, Kaysar pensaba que sus actos estaban justificados?

Iba a olvidarse de dejarlo excitado y con las ganas. Bajo la ira que sentía, bullía el dolor. Si ella lo castigaba por castigar a otra persona, Kaysar tendría derecho a castigarla a ella. Sería un ciclo sin fin.

Se puso de rodillas y metió sus pertenencias en la bolsa. Se había ganado todo aquello.

–Te debo una advertencia: voy a dejarte.

Al segundo, todo su mundo se volvió del revés. Kaysar la había tendido en el suelo y la había inmovilizado bajo él. Le sujetó las manos por encima de la cabeza y la agarró por la garganta, presionándole la piel con las garras de metal. La ferocidad de su expresión ponía de relieve la vulnerabilidad de la situación de Cookie. Sus ojos del color del whisky brillaron cuando colocó su enorme erección entre los muslos de su prisionera.

–No me vas a dejar.

Su corazón tronó y la sangre se le calentó en las venas. No sentía ni siquiera un atisbo de miedo. Más bien, su seguridad aumentó. Aquel rey tan letal deseaba hundir a Jareth, se deleitaba con una venganza mezquina en la persona de la esposa del príncipe, pero la deseaba de verdad. En eso no había mentido.

El dolor desapareció.

Adoptó una actitud impertérrita.

–¿Qué te ocurre, Kaysar? –ronroneó, adaptando su cuerpo al de él–. ¿Es que tu erección te ha puesto de mal humor?

Él pestañeó, pero se recuperó rápidamente.

–No me vas a dejar –repitió–. Hasta que haya terminado contigo, vamos a

estar juntos.

«¿Terminar conmigo? Ni lo sueñes».

–Intenta detenerme. Aunque no descubra a otro creador de portales, encontraré un modo de volver a casa.

–Si me dejas, te seguiré y te encontraré, Chantel. No habrá nada que me detenga.

Cookie sonrió dulcemente, consiguió liberar una de las manos y le golpeó la nariz con la palma. Le rompió el cartílago, y la sangre brotó al instante.

–Sigue amenazándome –le dijo–, y te haré daño.

Aparte de mover la cabeza al recibir el golpe, él no reaccionó.

–Lulundria es el instrumento imprescindible para que pueda vengarme del príncipe –continuó, sin alterarse–. Por lo tanto, tú eres mi instrumento y vas a ayudarme, Chantel. Voluntariamente. Eso no es negociable.

–Yo no soy nada tuyo –dijo ella–. Podía haber sido tu compañera de equipo y tu amiga, pero tú lo has echado todo a perder.

–Vas a quedarte conmigo, y lo haré mejor. Elegiré un camino distinto para ti. Ya me he apartado de mi plan original.

De las amenazas a las falsas promesas.

–Demasiado tarde. He dicho que hemos terminado, y lo he dicho en serio.

–He cometido un error –dijo él–. Cuando hice mi primer plan, no te conocía. Hace una eternidad de eso.

Ella puso los ojos en blanco.

–¿Una eternidad? ¿Y crees que ahora ya me conoces?

¿Tan solo unos días después?

–Te conozco mejor –dijo él–. Sé que te enfadarías mucho si te hiciera daño o volviera a engañarte.

¿Se estaba dando cuenta de que no conseguiría retenerla si no se ganaba su cooperación? ¿O aquella desesperación tenía su origen en otro asunto?

Como si le hubiera leído el pensamiento, él se frotó contra ella suavemente. Parecía que no podía permanecer inmóvil.

Y, para consternación de Cookie, aquel suave roce hizo que ella se humedeciera y emitiera un gemido de necesidad.

–Tenías una oportunidad conmigo, Kaysar, pero la echaste a perder.

–¿Quieres dejar a tu Hombre Garra? –roce, roce. Él la presionó un poco más, hasta que ella dejó de preocuparse por reprimir los gemidos–. ¿O a dejarle claro cuáles son tus intenciones?

–¿Ninguna de las dos cosas? ¿Las dos?

¡Qué delicioso! Cookie no podía estar quieta. Onduló las caderas para recibir su siguiente roce, y gruñó. Miró sus labios. Deseaba con todas sus fuerzas que la besara.

Tal vez debería quedarse un poco más... ¡No! Él la había maltratado. Ella no debería tratarlo bien.

–Seduciéndome no vas a conseguir que cambie de opinión.

–¿Y si solo quiero seducirte y nada más? Tú consigues que mi cuerpo desee cosas que nunca ha deseado.

–Eso significa que mi plan es un éxito. Tu cuerpo puede sufrir como ha sufrido el mío.

–¿Quieres que mi cuerpo sufra? Pues misión cumplida, muñequita.

Entonces, se inclinó para besarla, pero se detuvo a un centímetro de sus labios.

–¿Te agrada saber que nunca he sufrido así? ¿Que te deseo de un modo que no creía posible? Con tu necesidad, tu confianza y todo lo demás, has destruido mi capacidad de control como ninguna otra. Pero tú también me deseas, ¿verdad, querida? Percibo tu excitación. Es un perfume muy dulce.

Una pregunta peligrosa.

–Tal vez sí. Pero soy lo suficientemente mala como para negarme el placer a mí misma con tal de que tú no puedas disfrutar.

A él se le dilataron las pupilas, como si ella acabara de hacerle una invitación muy sugerente. Parecía que estaba bajo los efectos de un hechizo.

–Placer. Sí. Lo quiero. Dámelo –dijo, con la respiración jadeante–. Después de todo, yo te he contado la verdad. Ahora se supone que tienes que recompensarme por ello.

Él también estuvo a punto de hechizarla a ella. Él y su tono de necesidad y agonía. Aquella había sido su versión de una confesión, de una disculpa.

Pero no era suficiente.

–¿Recompensarte por algo que me debáis? No. Suéltame –le dijo ella, con los ojos entrecerrados.

–Placer –repitió él, como si se le hubiera atascado el cerebro–. Nunca lo he experimentado, y quiero conocerlo contigo –le dijo, y le frotó la punta de la nariz con la suya–. Pero, si me pides que vuelva a soltarte, lo haré.

¿Nunca había experimentado el placer? Imposible. Sin embargo, a Cookie le llamó la atención que se hubiera quedado tan embelesado por un simple beso, que mirara sus labios como si fueran la respuesta al mayor de los misterios. Ningún otro hombre la había mirado así.

Se le aceleró la respiración al pensar en que podía ser la primera mujer en encender la pasión de Kaysar. El desafío era muy apetecible. Y el poder. ¿Podía haber un triunfo más grande? Además, después podía marcharse tal y como había planeado. Porque él tenía razón: ella también lo deseaba, y ese deseo no iba a desaparecer.

¿Por qué iba a renunciar a la oportunidad de satisfacer su curiosidad?

—¿Quieres una muestra de placer? —le preguntó. Se humedeció los labios y dijo, con la voz enronquecida—: Pues ven a buscarla.

Entonces, poco a poco, él se acercó a besarla. Cuando lo hizo, fue con delicadeza, con tanta suavidad, que ella perdió todas sus defensas. Él... Él...

¿Qué le estaba ocurriendo? Solo con rozarle los labios, Kaysar había conseguido disipar toda su ira.

Él no se retiró, sino que permaneció sobre ella y se meció contra su cuerpo. Aquellas caricias la llevaron al límite, y se arqueó para recibir su fricción.

Cookie se apretó contra su miembro, y los dos gritaron al unísono. Pero él no se aceleró ni se meció con más fuerza. La mantuvo a la espera... Le creó una adicción.

Entre jadeos, ella notó que se humedecía, se echó a temblar, sintió dolor. Su excitación era incontenible, infinita. No sabía cuánto tiempo podría soportarlo.

—Doce meses de tortura, pero tú te estás convirtiendo en mi más grande tormento —dijo él, aturdido—. No quiero que pares nunca.

¿Doce meses de tortura? ¿Era aquel el origen de su guerra con Jareth? Era lógico que Kaysar quisiera venganza.

Cookie tuvo un enorme deseo de consolarlo.

—Bésame, Kaysar. Bésame y no pares.

Él la besó. La acarició con la lengua y exigió con dureza que ella lo correspondiera.

Su sabor era delicioso, e hizo que le diera vueltas la cabeza. Se nutrieron el uno del otro, como si estuvieran muertos de hambre. ¿Cómo era posible que unos labios proporcionaran tanta felicidad? Bajo la fina tela del vestido, sus pezones latían por él. Entre sus piernas, aquel dolor sublime aumentó.

Él siguió meciéndose contra ella, y la fricción era cada vez mejor. Divina.

Cookie se soltó de sus manos y le pasó las garras de espinas por el pelo.

Kaysar cerró los ojos mientras disfrutaba de aquel contacto. Lentamente, bajó la mano desde su garganta a su pecho.

—Sí —gimió ella, mientras él la masajeaba. Le pellizcó un pezón con dos dedos, y ella volvió a gemir y se arqueó hacia él—. Más, Kaysar.

Él la acarició con más aspereza. Sus besos se volvieron agresivos. Cuando bajó la cabeza para lamerle la arteria, ella jadeó.

—¿Quieres más? Te lo voy a dar todo —le juró él, con ferocidad.

Aquella voz, aquel tono de autoridad... Ella movió las caderas por instinto y se aferró a su túnica, agarrando la tela con un puño. Entonces, se dio cuenta de lo que había hecho. De pequeña, se agarraba a la ropa de sus padres para intentar llamar su atención. Era un hábito que había conseguido dominar hacía años. Entonces, ¿por qué lo había recuperado con él, que no era más que una distracción pasajera?

Bueno, se preocuparía más tarde de eso. Lo que tenía que hacer era librarse de aquella túnica. Sí. Era un problema para ella. Tiró de la tela y ordenó:

—Fuera.

Kaysar se quedó inmóvil, jadeante, rígido. La miró a los ojos con horror y vergüenza, como si tuviera unos recuerdos terribles.

Alrededor de sus pupilas apareció un brillo dorado. La piel se le tensó y aparecieron arrugas de tensión alrededor de su boca. Un contraste odioso con sus labios rojos e hinchados a causa de los besos.

Verlo así le hacía daño.

—¿Te he hecho daño, querida?

¿Daño? ¿Por qué pensaba eso? Cookie negó con la cabeza.

—No, en absoluto.

¿Acaso la había malinterpretado y había pensado que quería que se apartara de ella? Tal vez su expresión le hubiera transmitido algo como la lástima. Él tenía las mejillas muy rojas y se echó hacia atrás. Se levantó y apretó la mandíbula. La miró con frialdad, y sonrió desdeñosamente.

—Tu marido no se va a poner muy contento cuando le describa esta indiscreción. Creo que le va a interesar, sobre todo, cómo me lo has rogado.

Oh, aquello era una pulla muy cortante. Ella entendía por qué se lo había dicho; estaba reaccionando con ira a lo que había interpretado como una muestra de pena por él. Lo que más le dolía era que Kaysar tenía intención de decírselo a Jareth. En su tono de voz había un matiz de alegría maliciosa que lo había delatado. Y eso hizo que ella especulara acerca de otras cosas...

¿Había intentado salvar a Lulundria de Jareth solo por herir al otro hombre?

—Qué original —le dijo, poniendo los ojos en blanco—. El hombretón que se jacta de una conquista fácil —dijo, y se puso de pie. Comenzó a arreglarse los pliegues de la falda como si no le importara en absoluto—. Espero que hayas disfrutado de esta muestra de placer conmigo, porque va a ser la última.

—No te vas a marchar —replicó él.

No, en aquel momento, no. Si huía, él la perseguiría y la alcanzaría. Pero podía esperar a la mejor oportunidad...

—Te advierto, casanova, que no vamos a estar mucho más tiempo juntos.

Él se pasó una mano por la cara. Se le hundieron los hombros.

—Perdona por cómo te he tratado. Lamento mi arrebato. No te lo merecías. Es que... has hecho que sintiera una gran necesidad de ti, y no me ha gustado, y por eso he reaccionado mal. Para mí, todo esto es muy nuevo, y no sé qué decir. Nunca he deseado tanto a una mujer como a ti.

Aquella sinceridad sobre sus emociones dejó asombrada a Cookie. Ningún otro chico con el que hubiera salido se había disculpado o había reconocido que sentía necesidad por ella. Bueno, Kaysar no era su novio ni nada parecido, pero ¿debería darle otra oportunidad como guía?

¡Ay! No entendía cómo podía hacerle sentir tantas cosas contradictorias. En un momento dado, quería irse lo antes posible y, al minuto siguiente, quería quedarse a su lado.

—Se acabaron los engaños y las amenazas —dijo él—. Me gustaría... Creo que deberíamos ser compañeros de equipo. De verdad.

—¿Cómo? —preguntó ella, sin dar crédito—. Vaya, el asesino sabe hacer bromas.

Él frunció los labios.

—Jareth es perverso. Su familia y él me hicieron cosas horribles cuando era pequeño. Tú puedes ayudarme a hacerles daño a ellos.

Estaba enfadado, esperanzado, vacilante. Bajó la cabeza y alzó la vista hacia ella.

—¿Me vas a ayudar, querida?

«Oh, qué bien se le da». Había cien por cien de posibilidades de que estuviera manipulándola en aquel momento, porque no podía ser que un hombre tan poderoso como Kaysar demostrara tanta vulnerabilidad.

Pero... ¿y si le había dicho la verdad? ¿Y si Jareth y su familia le habían hecho cosas horribles a Kaysar de niño?

¿Podía dejar ella que el asesino de una mujer inocente quedara impune? ¿No estaba en deuda con Lulundria? ¿Qué mejor regalo podía hacerle ella que vengarse de su asesino?

Y Kaysar también podía ayudarla a ella.

Cookie volvió a cambiar de intención.

—Está bien —dijo—. Te concedo una segunda oportunidad, y me uno a ti

voluntariamente. Por bondad, incluso te ayudaré a vengarte de Jareth. Pero será mejor que me trates bien, Hombre Garra, o te dejaré a la primera oportunidad.

Él la tomó por la cintura y la abrazó.

–Te voy a tratar bien. Voy a aprender a hacerlo –le dijo, con una expresión tan grave que ella sintió algo especial.

–Y, por supuesto, no habrá sexo –dijo Cookie. Él había echado a perder la atracción al reírse desdeñosamente de ella–. He retirado esa opción.

Él se negó a aceptarlo con una respuesta dura.

–El sexo es placer, y los dos necesitamos placer. Pero el sexo también es venganza. Lo exijo.

–Pues siento desilusionarte, amiguito, pero vas a tener que cambiar tu estrategia. Jareth va a morir de mala manera.

Por Lulundria.

Kaysar se puso rabioso.

–Nadie puede matar a Jareth, ni siquiera tú. ¿Entendido?

Vaya. Cuánta malicia irradiaba.

–Si quieres torturarlo mientras buscamos al creador de portales, me parece bien, vamos a torturarlo en vez de matarlo. Yo puedo ayudarte. Pero no me digas que no tengo más que ofrecer que mi cuerpo. En mi mundo, soy *gamer*, juego a un videojuego que está inspirado en tu mundo. Si el reino que hay más allá de la cascada es el que pienso que es, sé que hay muchas trampas y venenos. Me voy a cerciorar de que Jareth suplique la muerte.

Había formas de conseguirlo...

Con sus palabras, llegó una nueva aportación de confianza. Con la confianza llegó la claridad y la aceptación. También tenía un arma maravillosa a su disposición: la capacidad de cambiar de personalidad. No era una carga, sino una herramienta que iba a utilizar.

Sonrió a Kaysar, que la estaba observando con recelo. Por fin, ella sabía lo que estaba haciendo. Se trataba de un deporte de equipo, su especialidad. Jareth no tenía ni la más mínima oportunidad.

El juego había empezado.

Capítulo 16

Con la mente en zona de guerra, Kaysar se desnudó y se lanzó al estanque. Ni siquiera el agua fría pudo calmar sus emociones frenéticas. Hacía un momento, se sentía consumido por la necesidad mientras besaba a Chantel, deleitándose con sus labios, con todos sus pensamientos centrados en ella y solo en ella. ¿Su pasado? ¿Su venganza? Olvidados. Se había olvidado de todo salvo de la deslumbrante mujer que tenía entre los brazos.

Qué dulce era su sabor. Más dulce, incluso, de lo que prometía su olor. Fue una revelación acariciar la suavidad de su piel sedosa. Sus pechos le habían llenado las manos, sus duros pezones le habían raspado las palmas mientras la acariciaba. Él había perdido el control.

Su beso le había llenado de vida. Su cuerpo ya no era suyo, sino de ella. Suyo. Lo que ella deseaba, él anhelaba dárselo. Se sentía obligado a dar, como si se lo hubiera ordenado a sí mismo.

En aquellos momentos, había pensado que le encantaban las sensaciones embriagadoras que estaba experimentando. Ahora, sin embargo, tenía dudas. ¿Descuidar su venganza, aunque fuera por un momento? ¿Cómo iba a atreverse?

No podía volver a perder la cabeza por la princesa, pero ¿mantenerse a distancia de ella, cuando su cuerpo curvilíneo casi lloraba por él? Imposible. Su miembro palpitaba insoportablemente por ella. Hundirse en ella era uno de sus primeros objetivos. Solo tenía que convencerla de que volviera a poner la carta del sexo sobre la mesa.

¿Lo conseguiría?

Tenía que conseguirlo.

Sí, iba a conseguirlo.

Miró a Chantel por enésima vez, sin poder contenerse. Ella se acercó a la orilla con el vestido rosa. Él se había empeñado en que se cambiara al ver que el

vestido verde se había manchado de sangre.

Su belleza le cortaba la respiración. Después de ponerse el vestido rosa, Chantel se había suavizado, se había vuelto tímida y juguetona, y eso había sido un golpe mucho más fuerte para sus defensas.

Los vestidos, que había seleccionado para castigarla a ella, solo habían servido de castigo para él.

Ella lo miró, y él volvió al momento presente. Su visión lo golpeó como un puño.

En aquel momento, Chantel estaba comiendo pan, queso y fruta que él había confiscado a los centauros. Eran un contingente de mercenarios a los que Jareth había pagado para que acabaran con él.

Kaysar le había dado la comida a Chantel antes de tomar un baño. Se sentía aliviado de que la parte difícil de su relación hubiera terminado. Le gustaba la idea de que trabajaran juntos para conseguir su objetivo.

Sin embargo, ¿qué iba a hacer con el creador de portales? Él tenía que proporcionarle algún medio de volver a su casa, se lo debía. Eso era lo que haría un socio honrado. Pero no quería que Chantel se fuera de Astaria, así que tenía que convencerla de que se quedara con él antes de presentarle a un creador de portales. ¿Cómo iba a conseguirlo? ¿Qué otra cosa necesitaba ella de él?

No dio con ninguna respuesta. Salió de la charca y se sacudió el pelo, salpicándolo todo de agua. Después, se puso la túnica limpia y los pantalones de cuero que le había regalado Chantel.

—Dijiste que todo lo que hay en la bolsa es mío, y que no llevaba nada tuyo —le dijo ella, cuando él volvió con la comida—. Pero, en vez de dejar que vayas por ahí desnudo o con la ropa sucia, te regalo unos pantalones y una camisa —le dijo, con una dulce sonrisa, la misma sonrisa con la que le había pegado un puñetazo en la cara—. A cambio de un precio, claro.

Él se había resistido. Estaba muy ofendido y, también, muy excitado. Ella sonrió aún más. Era una tentación que nadie, por muy fuerte que fuera, podría resistir.

—¿Crees que voy a exigir sexo, o esperas que lo exija?

¡Cuánta esperanza tenía! Al final, ella solo había pedido información sobre la semilla de saúco. Al plantarla, de ella crecían árboles encantados. Si se ingerían sus semillas, curaba cualquier herida y les proporcionaba una fuerza exponencial a las hadas, aunque por un corto periodo de tiempo. Ella había abierto los ojos como platos al oír su explicación y había murmurado:

—Exactamente igual que la semilla de saúco en el juego. Si me como la

semilla de saúco, ¿recuperaré las fuerzas lo suficiente como para crear un portal?

—No —dijo él—. Crear las enredaderas y abrir un portal son cosas que necesitan diferentes fuentes de poder. La *glamara* solo crea las enredaderas como puente desde el que manifestarse. La semilla de saúco puede fortalecer cualquiera de tus habilidades, pero no tu *glamara*.

—¿Tienes hambre? —le preguntó ella, en aquel momento, devolviéndolo a la realidad. Le señaló el pícnic que había preparado—. Te he dejado la mitad.

—No, gracias. Deberíamos irnos ya.

Iban a entrar en las Tierras del Atardecer, tal y como había planeado. Pondría la oreja en el suelo y buscaría a un creador de portales con vida que, seguramente, no iba a encontrar. Chantel se quedaría conforme con sus esfuerzos. Por lo menos, durante un tiempo. Y él podría usar aquel tiempo para conocerla mejor. Para ganarse su afecto.

—Muy bien —dijo ella, y comenzó a recoger sus cosas.

En cuanto terminó, él le ofreció una mano, y ella, con una deliciosa sonrisa, le tendió los dedos.

—Qué detalle por tu parte. Oh, mira. Qué amables somos el uno con el otro. Es como si, de repente, nos hubiéramos convertido en otras personas.

Qué suavidad. Qué calidez. Él, reprimiendo sus deseos más íntimos, tiró de ella para ayudarla a que se pusiera en pie. Sintió una gran culpabilidad cuando le puso la bolsa en el hombro y ella se encorvó un poco bajo el peso.

Pero tenía que ser indiferente. Desde aquel momento, iban a avanzar, no a retroceder.

Kaysar entrelazó sus dedos con los de ella y se maravilló de sus diferencias, de lo pequeña que era la estructura ósea de Chantel en comparación con la suya, de su palidez en contraste con su oscuridad. Ella tenía las uñas rosas, ahora que había retraído sus pequeñas garras negras de espino, y destacaban sobre el metal de sus garras afiladas de metal.

El sentimiento de culpabilidad siguió ganando terreno, y Kaysar frunció el ceño.

Mientras iba con Chantel por el camino que dividía en dos la charca, saltando de piedra en piedra, ella hacía unos ruiditos encantadores. Y él estaba tan excitado que tenía la sensación de que se le iba a escapar el miembro de los pantalones.

—Me sorprende que Jareth no nos haya encontrado todavía —comentó Chantel.

—Yo creo que tu marido...

–No es mi marido, gracias. Estoy soltera y así voy a seguir.

–Eres una Frostline. Él es un Frostline –replicó Kaysar.

¿Cambiaría de opinión si recordaba el amor que Lulundria sentía por Jareth? Aquella idea le heló la sangre a Kaysar. No le gustaba imaginarse a Chantel besando o acariciando al príncipe. Nunca.

–Un momento –dijo ella, y se soltó de su mano–. ¿Tú tienes alguna relación con alguien? ¿Tienes novia? ¿Amante? ¿Un harén?

¿Acaso pensar en eso le causaba celos?

Él sonrió y se teletransportó a su espalda. Adaptó su cuerpo al de ella, tal y como le había ordenado el instinto.

Mientras pasaba las manos por sus caderas y la apretaba contra sí, ella contuvo la respiración. Él la estrechó contra su cuerpo y ella no trató de escapar, sino que se derritió. Él acercó la mejilla y acarició la suya con gratitud y afecto. Era imparable.

–No tengo novia ni mantengo un establo de amantes, como hace Jareth –le dijo él, con la voz ronca, y se deleitó al notar que a ella se le ponía la carne de gallina en los brazos.

Nunca se ataría permanentemente a otra persona. ¿Ser responsable del bienestar de otro? ¿Darle a los Frostline otra cosa más que pudieran robarle?

Sin embargo, tampoco debería permitir que nadie, y menos lo Frostline, le impidieran tener algo que quería. La incongruencia le molestaría al día siguiente, cuando se hubiera asegurado de que tenía a Chantel.

–Para las hadas –le dijo–, estás casada con Jareth, por eso quiere apartarte de mí.

«¡Nadie me la va a quitar!», pensó, con rabia.

Chantel exhaló una bocanada de aire y él se dio cuenta de que la estaba apretando con demasiada fuerza, o de que ella estaba disfrutando del abrazo. La intriga le hizo olvidar la ira. Le mordisqueó el lóbulo de la oreja y obtuvo la recompensa de un pequeño maullido. ¿Qué haría si él le inclinara la cabeza hacia atrás y le succionara el pulso acelerado, si deslizaba las manos hacia abajo, si le lamía la piel? Si comenzara a acariciarle los pechos, si le arrancaba la piel...

–Bueno –dijo ella, carraspeando–. Ya puedes soltarme.

Kaysar trató de no gritar que no quería hacerlo. Ella no era como otra más, y él no podía tratarla como si lo fuera.

Un momento... Oyó algo a lo lejos. Inclino la cabeza para escuchar con toda su atención. Estaba a unos cinco minutos de camino. Soltó una maldición. Los Frostline siempre lo echaban todo a perder.

–Estamos a punto de tener compañía, cariño –le dijo. La tomó de la mano y tiró de ella–. Vamos.

–¿Es Jareth?

–Sin duda.

Él avanzó, y ella lo siguió. Al otro lado de la charca, pisó por las piedras resbaladizas con facilidad. Había una neblina fría que le recordó la primera vez que había entrado allí. Era un niño; solo tenía quince años. Acababa de pasar un año buscando a su hermana y otro año aprendiendo cómo eran las diferentes cortes reales y preparándose para conquistar las salvajes Tierras de la Noche, que la mayoría de las hadas evitaban, con la esperanza de encontrar allí a Viori. Estaba enfermo porque se había rozado con una hiedra venenosa, y se desplomó cerca del agua.

Al ver su reflejo, al ver los ojos de Viori ocultos dentro de los suyos, se había cantado a sí mismo para recuperar la salud, exactamente como se había cantado para recuperarse en la torre. Como le había cantado a Viori todas las noches. La melodía se había convertido rápidamente en un grito de dolor y tristeza, y se había puesto a sollozar. Allí mismo, en aquella orilla, aunque mucho después había decidido abandonar la búsqueda de su hermana. No podía seguir sin rumbo. Tenía que concentrarse en lo único que podía darle a su preciosa Viori: la venganza.

–Cuando atravesemos el estanque –le dijo a Chantel–, ya no podré teletransportarme. Nadie puede hacerlo en las Tierras del Atardecer. El mineral que hay en el suelo desactiva esa habilidad. Por muy lejos que viajemos, después tendremos que deshacer a pie el camino andado.

Chantel asintió.

–Es lo mismo que ocurre en *El bosque del bien y el mal*.

Sonrió con una emoción que contradecía a la timidez que le había imbuido el vestido rosa. Tal vez la ropa influyera en ella, pero no la controlaba.

–No te preocupes. No voy a ser un lastre, sino un activo. Ya lo verás.

¿Un activo para él?, se preguntó Kaysar. Por supuesto que sí. Ya había demostrado que podía ser de gran ayuda.

«Se acerca el peligro. Casi os ha alcanzado».

Kaysar oyó los pasos del príncipe, incluso con el estruendo de la cascada. Jareth había acelerado la marcha. Él pensó en cuál iba a ser su próximo movimiento mientras miraba hacia atrás. Su único objetivo en aquel momento era conseguir que Chantel estuviera a salvo.

El príncipe atravesó una pared de vegetación y se teletransportó, aterrizando

delante de ellos, con la espada en el aire. Kaysar se colocó delante de Chantel, con una daga bien agarrada en cada una de las manos. Elevó y cruzó las armas, creando una cruz metálica.

Su mirada se cruzó con la de Jareth justo cuando la punta de la espada del príncipe le hacía un corte recto y superficial desde la nariz hasta la barbilla, antes de encontrarse con las dagas. Él sintió un escozor y notó el sabor de la sangre en la boca.

Chantel jadeó y se agarró a su túnica, y Kaysar sintió que la rabia que sentía hacia el príncipe aumentaba. ¿Se atrevía a asustar a su princesa?

De un puñetazo, le dislocó a Jareth la mandíbula y, de una patada, lo tiró al estanque con un gran chapoteo. Jareth se teletransportó al otro lado del estanque, goteando agua, y se colocó la mandíbula forzando los huesos.

A su espalda aparecieron los duendes, a través de los árboles, y se posaron en las ramas para disfrutar de la pelea.

Kaysar y Jareth se miraron. Aquella intrusión del príncipe estaba molestándole mucho. Él todavía no se había asegurado el afecto de Chantel, y le fastidiaba la interferencia del príncipe. No quería que Jareth la mirara, que hablara con ella, que le recordara un pasado que ella no había vivido. Que sintiera lujuria por ella pocos minutos después de que él la hubiera besado, y poco tiempo antes de que volviera a besarla.

Se pasó la lengua por detrás de los dientes. Jareth no había sido capaz de mantener las manos apartadas de Lulundria, así que lo más probable era que se controlase mucho menos con Chantel. Con Chantel, la mujer que a él le había proporcionado un indescriptible placer, cuando nunca había conocido la pasión. Si a él le afectaba tanto, ¿cuánto más afectaría al príncipe y a los de su calaña?

Kaysar sintió angustia. La situación estaba en su contra. De un modo u otro, Chantel iba a enterarse de la verdad sobre la muerte de Lulundria, y ¿cómo reaccionaría? No había querido perdonarle por otras cosas, pero sí había accedido a ayudarlo de todos modos. Le daba la sensación de que ella no ofrecía aquel tipo de clemencia con facilidad, ni a menudo, y tenía miedo. ¿Le perdonaría alguna vez el papel que había jugado en su muerte?

¿Conseguiría la verdad que el príncipe y la princesa volvieran a estar juntos?

Tendría que correr aquel riesgo. La incertidumbre al respecto era una carga que no podía llevar. Necesitaba que Chantel supiera lo que él había hecho, que lo entendiera y que, de todos modos, se quedara con él. Lo necesitaba tanto como el aire.

—¿Has venido a despedirte de tu esposa, Jareth? —le preguntó.

—No soy su esposa —dijo Chantel, a su espalda—. Pero si alguna vez tengo ganas de sufrir un apuñalamiento con dardos de hielo, iré a ver al príncipe.

Al principio, ella había negado que fuera Lulundria. Ahora, sin embargo, consideraba que las heridas de la princesa eran las suyas. ¿Acaso estaban fundiéndose en una las dos mujeres? Kaysar sintió un sudor frío en la frente.

—Estás malinterpretando lo que recuerdas, princesa —le dijo Jareth, y fulminó a Kaysar con la mirada de sus ojos azules y glaciales. Después, añadió, mirando a Chantel—: Yo nunca te haría daño a propósito.

—Ve a decirle mentiras a otros —dijo ella.

—Es cierto. Yo nunca te haría daño a propósito —repitió Jareth—, pero el rey sí. Él fue quien provocó el sufrimiento de Lulundria, empujándola hacia la trayectoria de mis dardos de hielo.

Él podía haber acallado al príncipe. Incluso podría negar su afirmación. Sin embargo, permaneció en silencio. Quería acabar con aquello.

Si Chantel lo dejaba, él... no sabía qué iba a hacer. Por primera vez desde hacía muchos años, no sabía cuál podía ser su siguiente paso.

Jareth apuntó con la punta de la espada hacia el príncipe.

—El rey está loco. Lo sabes, ¿no? —le preguntó a Chantel, gritando—. Consulta mapas que no existen. Y su canción... —dijo, estremeciéndose—. Cuando la escuches, te dará la sensación de que te va a estallar la cabeza. Y rezarás para que suceda. Mata sin piedad y ataca las Tierras de Invierno por capricho. Su maldad no conoce límites —añadió, y miró a Kaysar—. Vamos, niégalo. Miente.

—No niego nada —dijo Kaysar—. Empujé a Lulundria hacia tus dardos de hielo. Y no me importó que resultara herida. De hecho, necesitaba su dolor. Quería curarla inmediatamente después para convertirme en su héroe. Ella habría caído directamente en mi lecho. Pero huyó de mí.

—¿Que hiciste qué? —le preguntó Chantel, clavándole las uñas en la espalda.

Kaysar sintió una punzada de vergüenza, y eso le fastidió. No había hecho nada que no le hubieran hecho a él.

—Si lo piensas bien, esto es una extensión del crimen por el que ya casi me has perdonado. Por lo tanto...

Ella siguió furiosa, a pesar de aquella lógica.

—Es obvio que nuestra sociedad queda disuelta. Y, esta vez, definitivamente.

Él respiró profundamente. Era cierto; le había causado un grave perjuicio, y lo había reconocido. Le debía algo más que una disculpa. Tenía que aplacarla de algún modo. Sí, sí. ¿Qué daño podía hacerle eso?

Pero ¿qué podía ofrecerle? La última mujer a la que había intentado ganarse

era Viori...

–Yo... me comportaré mejor de ahora en adelante. Por lo menos, lo intentaré. Y te daré más joyas. Un mar de joyas.

–No, gracias. Olvídame. Tú atacas a gente inocente, y eso significa que no eres mejor que quien te hizo daño a ti.

¿Era cierto eso, o estaba equivocada? ¡No lo sabía!

–¿Y si, de ahora en adelante, limito mis objetivos?

–Lo siento, pero es demasiado tarde.

Kaysar tuvo diferentes impulsos. Enfrentarse a ella. Aplastarla contra la pared de roca. Acariciarle el pelo. Acariciarla por completo. Besarla hasta que se olvidara de lo que él había hecho. Rogar que le concediera otra oportunidad. Solo una más.

«¿Quién soy?». Kaysar de Aoibheall no rogaba nada a nadie. Nunca. Sin embargo, había prometido que iba a ser mejor por ella, y él siempre cumplía su palabra.

–Ven conmigo, Chantel –dijo el príncipe, tendiéndole la mano–. Deja que te saque de este lugar horrible.

Kaysar fulminó al príncipe con la mirada y le dijo a Chantel:

–¿Te preguntas por qué lo persigo, querida? Permíteme que te lo explique.

Jareth consiguió mantener la mirada firme, aunque se estremeció, porque sabía lo que llegaba a continuación.

–Jareth, el querido esposo de Lulundria, presenció con una sonrisa el momento en que su padre me cortó la lengua. Yo solo tenía doce años, era demasiado pequeño para curarme de una herida tan grave.

Chantel dio un jadeo de espanto.

–Si me creció una lengua nueva, fue solamente por mi *glamara*.

Él no podía verle la cara, y ella no retrajo las garras, pero su expresión debió de suavizarse, porque Jareth gritó:

–¿Ahora vacilas?

–Puede ser. No lo sé –respondió ella, y Kaysar sintió un alivio enorme–. No me sucedió a mí, pero quiero castigarte por tu reacción.

Kaysar se tambaleó a causa de alguna emoción desconocida que se apoderó de él. Aquella mujer...

Jareth volvió a intentarlo.

–Te ha convencido de que tu propio esposo era un monstruo que quiso matarte.

–Bueno, bueno. Sabes que la historia es mucho más amplia, Jareth –dijo

Kaysar. Chantel merecía conocer toda la verdad—. Tú viste a tu padre y a tu tío encerrarme en una torre después de que me cortaran la lengua. ¿Sabes que me separaron de mi hermana de cinco años, y ella se quedó sola, sin nadie que la protegiera? Me tuvieron encadenado a una pared de piedra mientras tú disfrutabas de tu libertad. Tu tío me hacía visitas todos los días. Tu padre prefería reservarse las ocasiones especiales.

Jareth cerró los ojos. Volvió a abrirlos. Por un momento, pareció que iba a vomitar.

—¿Te hicieron eso? —preguntó Chantel—. Lo siento muchísimo, Kaysar. Siento lo que te ocurrió, pero... También estoy furiosa contigo. Quiero gritar y despotricar en tu contra. Y quiero abrazarte también.

¿Existía una criatura más fascinante que ella?

—Necesito un momento para saber qué reacción quiero tener —dijo ella—. Creo que lo que le hiciste a la familia real está justificado. Pero lo que nos hiciste a Lulundria y a mí es horrible. Debería abofetearte. Pero entiendo que la familia real te destrozó el corazón, y que ahora necesitas que sangre sobre ellos. Quiero abrazarte y... ¿sabes una cosa? No me voy a resistir más. Espero que estés listo.

Entonces, lo rodeó con los brazos con fuerza, a su espalda. El olor de Chantel se apoderó de su mente y lo desconcertó.

—Siento lo que te pasó —repitió ella, con suavidad.

Aquel abrazo estuvo a punto de conseguir que se desmoronara. Y sus muestras de comprensión terminaron el trabajo.

—¿Vas a quedarte conmigo? ¿Vas a perdonarme por mis crímenes?

—Por algunos sí. Por la mayoría. Quiero decir, más o menos. Estoy al cincuenta por ciento ahí, entre el cuarenta y nueve y el cincuenta y uno. El porcentaje varía dependiendo de los motivos —dijo ella, y suspiró—. Pero lo de quedarme contigo... no lo sé. No confío en ti. ¿Cómo iba a confiar?

—No volveré a utilizarte —le juró él, apresuradamente.

Cuánto necesitaba su perdón. No se había dado cuenta hasta aquel momento. Y el hecho de que ella le hubiera ofrecido ese perdón para la mitad de sus crímenes contra ella...

Se le quitó un peso muy grande de los hombros. La aprensión y la ansiedad que había estado sintiendo desde que la había conocido empezaron a disiparse. La confianza era algo que podía ganarse.

—Me consideras una Frostline —le recordó Chantel—. ¿Cómo te las vas a arreglar para no volver a usarme?

Jareth estaba oyendo la conversación, pero a él no le importó. El resultado de

aquella charla era lo más vital para él.

–Tú no eres una Frostline, Chantel. Solo estás segura conmigo. Y las personas inocentes también. Nunca será mi objetivo hacerte daño a ti ni a otros como tú. Te lo juro. Dame una oportunidad, y te demostraré que merezco la pena. Trabajaremos juntos tal y como habíamos acordado. El padre de Jareth, el rey Hador Frostline, debe ser castigado.

Se preguntó si... era posible. ¿Sería Chantel su mujer? ¿La mujer de la que le había hablado Eye?

Recordó que le había dicho a su pitonisa que él no tenía compañera y no la quería, que solo buscaba la venganza.

Sin embargo, al imaginarse a Chantel en su cama, desnuda para él, estuvo a punto de soltar un gruñido de necesidad.

–Lu... Chantel –dijo Jareth, en un tono de agonía–. Quiero a mi mujer. Y el amor que ella siente por mí arde en su corazón. Recordarás nuestra relación y tú también me querrás. Por favor –le rogó–. En cuanto te alejes del rey, volverás a ser normal.

¿Normal?

–Cierra la boca –le dijo Kaysar, y le lanzó una daga, con tanta rapidez, que fue imposible percibir sus movimientos. La hoja del arma se clavó en el hombro de su contrincante y lo silenció. Chantel no iba a recordar el tiempo que había pasado con aquel tipo. Él lo prohibiría–. Es perfecta tal y como es.

–Gracias, Kaysar –dijo Chantel–. A mí también me gusta cómo soy.

El príncipe dio un grito y se arrancó la daga del hombro.

«¿Me da las gracias por defenderla?», se preguntó Kaysar.

Notó una opresión en el pecho.

–Esto lo vas a pagar caro –rugió Jareth.

–¿De verdad? –preguntó Kaysar. La *glamara* le calentó la garganta y gritó–. ¡Ogros! Venid.

Los insectos se quedaron en silencio y la brisa cesó. Comenzaron a sentir unas vibraciones que se transformaron rápidamente en un temblor fuerte y constante, porque todos los ogros que estaban cerca del claro se acercaron. Uno de los árboles cayó al suelo derribado por la llegada de uno de aquellos brutos.

–No vais a matar al príncipe Jareth –les dijo Kaysar–, pero podéis hacerle todo lo que queráis, aparte de eso, si intenta entrar por la catarata.

Sonrió a su enemigo, que estaba furioso, y le ofreció el brazo a Chantel, que lo miraba boquiabierta.

–Permíteme que te enseñe las Tierras del Atardecer, querida. Hay un oasis

maravilloso que quiero explorar contigo. Las rosas doradas están deslumbrantes este siglo.

Ella aceptó sin vacilar.

—¿Rosas doradas, dices?

Él la acompañó a través del agua, sintiéndose cada vez más seguro. Todo iba a salir bien. Él iba a conseguir que así fuera.

Capítulo 17

Cookie y Kaysar atravesaron juntos la catarata y salieron al otro lado del agua. El pequeño baño no sirvió para enfriar su feroz pensamiento.

En cuestión de cinco minutos había conocido a Kaysar. El maltrato que había sufrido era mil veces peor de lo que ella imaginaba, y le dolía el corazón por él. Y, ahora, él estaba buscando venganza por todo lo que había perdido. Estaba en su derecho. Sin embargo, les había hecho daño a personas inocentes para conseguirlo. ¿Podría dejar de hacerlo de verdad? Había formas de castigar a la gente que lo merecía sin hacerles daño a los que no. A ella ya se le había ocurrido una idea...

¿Estaba preparada para ofrecerle su confianza a Kaysar? No. Sin embargo, lo entendía mejor, y ya no tenía la necesidad de apartarse rápidamente de su lado. Antes de volver a casa iba a ayudarle a vengarse, tal y como le había prometido. Hador Frostline iba a encontrarse con una sorpresa desagradable. Pero... ¿y Jareth? Con respecto al príncipe, no estaba segura. ¿Era un monstruo, tal y como creía Kaysar, o era una persona decente?

«Volverás a ser normal». Como si ella no estuviera a la altura.

¿Tal vez fuera medio monstruo, medio persona normal?

No importaba. En aquel momento, parecía que a Kaysar le caía muy bien, que le gustaba, incluso. Cabía la posibilidad de que ocurriera algo entre ellos en algún momento. O, quizá, no. No estaba pensando en el sexo, pero tampoco lo descartaba. Siempre y cuando supiera controlar sus expectativas, que pudiera disfrutar de él sin compromisos, tal vez pudieran hacer otras cosas.

Ella quería hacer esas otras cosas.

El beso que él le había dado había sido impresionante. La intensidad. Se estremeció al recordar la intensidad, y su cuerpo vibró de apetito por el de Kaysar. El deseo hizo que le hirviera la sangre en las venas.

Kaysar se detuvo a pocos metros de la catarata, y ella se enjugó el agua de los ojos. Oh, vaya. Aunque había pasado miles de horas en todos los niveles de *El bosque del bien y el mal*, y el territorio nuevo entraba dentro de lo conocido para ella, aquel cambio tan radical fue una impresión.

Habían pasado de un paraíso exuberante y luminoso, lleno de colores fuertes, a un páramo lleno de humo que surgía del terreno abrasado. En el cielo había una nube oscura que lo cubría todo. Allí no había árboles ni flores. A lo lejos, en el horizonte, se veían montañas, y una fortaleza enclavada en la más grande de todas ellas.

Kaysar y ella estaban al borde de una roca flotante. El único camino a las tierras llanas era un abismo abierto hacia la nada.

Entre los dos terrenos había una prenda de ropa ensangrentada.

—En mi juego, los avatares cruzan el abismo por un puente de nubes, pero aquí no veo ningún puente —dijo, y se quedó asombrada ante su propia calma—. Y, bueno, de todos modos, mejor, porque... ¿has visto que hay aproximadamente un millón de soldados montados en centauros, esperando en las tierras llanas, apuntándonos con flechas?

Cada una de sus palabras contenía más histeria que la anterior. Seguía confiando en sus propias habilidades, aunque se había puesto el vestido rosa, pero no podía fingir que era indestructible.

—Sí, ya me he dado cuenta —dijo Kaysar, sonriendo letalmente a los soldados.

—No tengo intención de haceros daño, rey Kaysar, siempre y cuando cooperéis —dijo el líder de los soldados, con una voz ronca y un ligero acento—. Y no penséis que vais a poder cantar vuestra canción para enloquecernos, como habéis hecho con tantos otros. Aquí no hay nadie que pueda oír. Me he cerciorado.

¿Qué canción? ¿Tan mala era aquella canción de Kaysar? Jareth también había demostrado su miedo por ella.

—Como podéis ver —continuó el líder—, os estábamos esperando.

Un momento... ¿Había insinuado aquel hombre que sus hombres y él se habían ensordecido a propósito para evitar una canción?

El ejército había formado un semicírculo en el borde del cañón, de manera que habían bloqueado todas las vías de escape si Kaysar y ella decidían cruzar al otro lado.

—Si no os marcháis de aquí, moriréis —dijo él, con seguridad. Con petulancia.

¿Acababan de llegar a aquel territorio y ya había terminado el juego?

Kaysar no podía teletransportarse. No había aparecido ningún puente como

por arte de magia. O se retiraban o se lanzaban por el abismo sin paracaídas.

La mayoría de los soldados portaba una antorcha, y las luces iluminaban las flechas y las lanzas apuntadas hacia ellos.

—No te preocupes, querida —le dijo Kaysar, y le besó los nudillos—. Estas tierras son mías. Y nadie me prohíbe disponer de lo que es mío.

¿Qué más cosas consideraba Kaysar que eran suyas? No, vaya una pregunta más tonta. ¿Cómo pensaba derrotar a tantos soldados?

Cookie notó un enorme calor en las manos, que se extendió hasta sus hombros. Las enredaderas estaban preparándose para brotar. Se quedó asombrada por la rapidez de su reacción, pero el impulso de defender a su nuevo compañero de equipo era innegable.

—Qué amable por vuestra parte hacerme un regalo para darme la bienvenida. Y uno de mis regalos favoritos, además: enemigos a los que aniquilar.

A Kaysar le brillaron los ojos de deleite, y eso reforzó la confianza de Cookie. Tal vez el rey vengativo supiera algunos trucos.

El hombre que estaba en el centro de la formación, tal vez el más grande de todos, cargó con su centauro hacia delante. Todos los demás llevaban armaduras brillantes y el efecto era el de un ejército de terracota viviente, pero él llevaba una túnica negra y pantalones de cuero negros. No iba protegido con ningún casco. Y tenía unos rasgos increíbles. Ojos negros y piel blanca. Nariz recta y labios carnosos. Pelo de azabache.

Claramente, las hadas criaban bien a sus hombres.

El guerrero mantuvo la vista fija en una mujer que estaba delante del ejército, custodiada por dos soldados que portaban antorchas. Aparentemente, transmitió las palabras de Kaysar haciendo señales con las manos.

Cookie sintió un viento frío en la nuca y se dio la vuelta. Jareth se acercaba, ensangrentado, por su espalda, apuntando a Kaysar con la daga.

¿Quería atacar a su compañero a traición?

No iba a permitirlo. Siguiendo un reflejo, se abalanzó hacia el príncipe con los brazos extendidos, y sus enredaderas brotaron de repente y le rodearon la muñeca al príncipe. Él se convulsionó.

Mientras Jareth caía, una lanza pasó silbando a su lado, a pocos centímetros de sus dedos, le atravesó en el hombro del príncipe y lo clavó en la pared de piedra. Jareth no llegó a tocar el suelo.

Todo ocurrió tan rápidamente que Cookie no tuvo tiempo para desengancharse del príncipe. La enredadera tiró de ella hacia la pared, hasta que Kaysar la agarró con fuerza por la cintura y la estrechó contra su cuerpo.

–Suéltala –le dijo, y le apretó la mano, obligándola a que liberara las enredaderas. Las plantas se marchitaron y la conexión con Jareth desapareció.

Ella se dio la vuelta y se agarró a su camisa.

–Gracias, Kaysar.

–Tú eres la que me ha salvado primero –respondió él, y le acarició la mejilla–. No has dudado en arriesgar tu propia vida.

–Ya te dije que sería un buen miembro del equipo. Lo dije en serio.

Él la miró con admiración.

–Eres magnífica.

Jareth empezó a soltar imprecaciones y a tratar de liberarse.

El líder del ejército gritó, con impaciencia:

–Soy el rey Micah de los Retientes, soberano de las Tierras del Atardecer y de la Corte Olvidada, y vais a obedecer mis órdenes.

–¿Qué has dicho? –preguntó Kaysar, en voz baja, con una expresión feroz–. ¿Acabas de decir que tú eres rey? ¿El rey de mis tierras y de una corte inexistente?

Bien. Ahora, ya sabía cómo iban a sobrevivir Kaysar y ella a la batalla. Él iba a matar a todo el mundo en un ataque de rabia.

El rey Micah miró a su intérprete.

–Hace más de doscientos años que no pasáis por estas tierras, rey Kaysar. Ya no os pertenecen. Todo lo que veis es mío.

Kaysar empezó a irradiar vibraciones de hostilidad.

–No importa cuántos años haya estado ausente. Lo mío sigue siendo mío, siempre. Yo gané estas tierras. Me pertenecen.

–Y yo las tomé –dijo el aspirante a rey, mientras sus arqueros tensaban las cuerdas de los arcos.

Aquel enfrentamiento había alcanzado un nivel crítico. A menos que...

Cookie posó la palma de la mano sobre el corazón desbocado de Kaysar.

–Introdúceme en el juego. Dame la semilla de saúco, a ver qué puedo hacer. Seguro que podría crear enredaderas suficientes para poder atravesar el cañón y bloquear los ataques. Será muy fácil llegar a un lugar seguro cuando no tengamos cientos de armas apuntándonos.

–Me he cansado de esperar –dijo Micah.

Kaysar lo ignoró. Con una sonrisa de indulgencia, tomó a Cookie por la barbilla e hizo que alzara la cara.

–¿Quieres luchar a mi lado?

–Sí.

–Muy bien. Vamos a hacerlo a tu manera. En este momento no puedo negarte nada.

Y, entre las protestas de Jareth, su oscuro rey la besó en los labios...

Capítulo 18

¿Besándose en la boca con Kaysar, delante de sus enemigos? De repente, Cookie tuvo dudas. ¿Y si él solo lo había hecho por Jareth?

Eso debería importarle, ¿no? Sin embargo, no pudo contener un gemido ronco a causa del contacto con aquel hombre.

El rey aprovechó su sorpresa para deslizar la lengua en su boca, y su mente quedó paralizada por unas sensaciones asombrosas. Él sabía a vino del desierto, embriagador y adictivo, y ella no tenía defensas en contra de eso.

Para su desilusión, el beso terminó rápidamente. Él le acarició la punta de la nariz con la suya y le dijo, con la voz enronquecida:

–Eres la mujer más gloriosa de toda la existencia, y debo tenerte.

Vaya, cuando aquel tipo decidía que quería algo, llegaba hasta el final para conseguirlo. Su tono feroz atenuó las dudas que sentía, y lo miró, sintiéndose demasiado vulnerable.

Sintió algo extraño en la lengua y frunció el ceño.

De repente, un sabor exótico explotó en su boca. Umm. Delicioso.

–Espero que disfrutes de la subida, querida mía –le dijo él–. Yo voy a disfrutar mucho.

¿Subida? Un momento. Lo que tenía en la lengua... ¿Acaso él había aprovechado el beso para pasarle un poco de semilla de saúco? Pero ¿cuándo la había sacado de su bolso?

Bah, no tenía importancia. Cookie tragó, con la esperanza de que el saúco le hiciera efecto rápidamente. En el juego, los resultados eran instantáneos. Pero...

Esperó.

Y esperó.

–¿Piensas que voy a dudar a la hora de matarte? –preguntó Micah–. Te aseguro que haré lo que sea necesario.

–Dámela –dijo Jareth. En cuanto consiguió liberarse de la pared, se lanzó a por Cookie e intentó agarrarla. ¿Acaso pensaba que ella no iba a envenenarlo otra vez con la enredadera?–. Vas a venir conmigo, esposa. Lo hemos intentado a tu manera. Ahora vamos a hacerlo a la mía.

Ya no era el marido amoroso que quería proteger a su mujer. Aquel hombre exigía una obediencia ciega.

Ella se apartó de su camino con unos reflejos felinos y elegantes que, normalmente, no poseía. Vaya, vaya. Tal vez la semilla de saúco hubiera funcionado, después de todo.

–¿Piensas que puedes tocarla? –preguntó Kaysar y, con una velocidad pasmosa, se acercó al príncipe y le desgarró el brazo con las garras–. ¿Te atreves a tocar lo que es mío?

Consideraba a Cookie algo suyo. ¿Qué pensaría ella al respecto, después de todo lo que había sucedido?

La mano del príncipe cayó al vacío, cercenada de la muñeca. Aquella visión tan truculenta fue extrañamente satisfactoria para ella.

Jareth se agarró el muñón contra el pecho y tosió. Parecía que nunca había experimentado tanto dolor.

–El día que te mate será un día de júbilo para mí, Kaysar.

Cookie tuvo el impulso de defender a su compañero. Acabaría con Jareth.

–La mujer puede quedarse. El rey y el príncipe tienen treinta segundos para irse a continuar con su pelea a otra parte –dijo Micah, con ira.

Otra amenaza para su compañero. Cookie se enfureció. Valoraba a sus compañeros de equipo, fueran quienes fueran. En el momento del juego, cualquier enemistad que pudiera haber entre ellos quedaba suspendida.

En un segundo, comenzó a notar de nuevo el calor en los brazos. La sangre le hervía en las manos. Tenía ardiendo las puntas de los dedos.

Parecía que la semilla de saúco sí había hecho efecto.

Cuando las enredaderas le salieron por los poros de la piel y las puntas vibraron mientras esperaban con avidez sus órdenes. Ella sentía su deseo de obedecer, de conquistar.

De repente, cesó el caos que había reinado en su mente desde hacía tanto tiempo. Sus pensamientos adquirieron orden y, por primera vez, supo quién era, supo lo que era. Supo lo que quería y cómo conseguirlo.

No había nada que pudiera detenerla.

–Se te ha acabado el tiempo. Atacamos cuando cuente hasta tres –dijo Micah, y elevó un brazo. Los soldados se movieron irradiando agresividad y

malicia—. Uno.

—Oh, Kaysar, esto es increíble —dijo ella. Nunca se había sentido tan viva—. Mi primera batalla verdadera. Nos han amenazado, y ahora puedo matarlos a todos yo sola.

—Lulundria —gimió Jareth—. No lo hagas.

—Ahora estoy ante tu yo real, ¿verdad, cariño? —le preguntó Kaysar, embelesado.

—Dos —continuó Micah.

—¿Vas a llevar la cuenta de todas mis víctimas? —le preguntó ella a Kaysar, aplaudiendo. Estaba impaciente por empezar. Aquellos soldados eran enemigos, y los enemigos debían pagar un precio alto. Al contrario que Kaysar, ni aquel ejército ni su rey iban a tener una segunda ni una tercera oportunidad.

—Quiero asegurarme de que les doy bien las cuentas a Pearl Jean y a Sugars cuando les narre la historia de mi victoria.

Él sonrió.

—Hay trescientos siete hombres delante de nosotros. Algo me dice que vas a encargarte de todos.

Incluso más maravilloso.

—¿Qué le has hecho? —le gritó Jareth a Kaysar.

—Tres —dijo Micah.

Los soldados dispararon una andanada de flechas que atravesó el cielo entre silbidos, y Cookie levantó los brazos como si hubiera estado entrenándose toda la vida. Las enredaderas brotaron de sus dedos y se ramificaron en segundos, formando un enorme muro verde. Las flechas se clavaron en los tallos y ella sintió los pinchazos, pero le gustó aquella sensación.

—No hay una criatura más perfecta —dijo Kaysar, y le acarició el borde de la oreja con una de las garras metálicas.

Ella se sintió orgullosa de sí misma.

Cuando liberó las enredaderas, los tallos se marchitaron y se dispersaron, pero su olor dulce permaneció en el aire. Las flechas cayeron en picado al suelo, inútiles, y los soldados dieron un paso atrás.

—Hiedra venenosa —se oyó entre sus filas.

—Ahora me toca atacar a mí —dijo Cookie, y le dedicó a Micah una dulce sonrisa antes de hacer brotar cientos de enredaderas.

Aquel momento alteró para siempre la existencia de Kaysar. Y él no lo lamentó. Siempre se había considerado incapaz de sentir ninguna pasión, y había alardeado de aquella incapacidad. Sin embargo, Chantel había conseguido sacar

a la superficie sus deseos más profundos. Allí estaba, observándola, paralizado, desesperado por arrodillarse y adorar a aquella princesa inquietante y hermosa que había puesto su mundo del revés.

Con aquel sexi vestido rosa y las joyas, haciendo uso de su don y su veneno, Chantel encarnaba los sueños que él nunca había sabido que tenía. Era sabia, perspicaz, intensa. Era una muñeca para él, era su arma más dulce. Era el botín de guerra que se merecía por sobrevivir a un año de agonía y a varias vidas llenas de tristeza. Su compañera.

Sí, era su compañera. Él lo sabía, porque todas sus preguntas habían hallado respuesta. Y aquel conocimiento lo iluminaba, lo llenaba de orgullo. El destino había elegido a aquella guerrera para él, solo para él. Eye lo había vaticinado. Fuera cual fuera el apellido de Chantel, ella le pertenecía.

Y desafiaba a cualquiera para que lo contradijera.

Cada vez brotaban más enredaderas de las delicadas manos de la princesa. Los tallos espinosos maduraron rápidamente y engendraron otros, bifurcándose en todas direcciones, desenrollándose y deslizándose.

«¿Creías que gobernabas en mis tierras, Micah? Pues vuelve a pensártelo». Así que él había estado ausente de las Tierras del Atardecer más tiempo del que pensaba. ¿Y qué?

Los soldados de aquel falso rey sintieron pánico al ver que las enredaderas descendían sobre ellos, y un grupo disparó otra andanada de flechas. Chantel volvió a detener la descarga en el aire y las enredaderas siguieron creciendo.

Reinaba el caos, los centauros se encabritaban y derribaban a sus jinetes. Los hombres fueron retrocediendo, pero se movían lentamente a causa de sus armaduras. En pocos segundos, Chantel construyó un puente ancho y fuerte que comunicó el acantilado con las llanuras. Las enredaderas crecieron y se enroscaron alrededor de la primera fila de soldados. Las armaduras crujieron y la sangre comenzó a salir por las juntas del metal. Ella se echó a reír, y el sonido de su risa fue algo delicioso para Kaysar.

—¿Lo ves, Kaysar? —preguntó ella—. He hecho sopa de hada.

La brisa movió su pelo. Tenía los iris del color del mercurio, muy brillantes. Le resplandecía la piel. Era más radiante que el sol, y sus movimientos eran gráciles y elegantes. Tenía las mejillas sonrosadas, y de sus enredaderas brotaron flores rosas.

Un jarrón de venganza y congoja.

No tenía defensas contra ella. El deseo lo estaba consumiendo, lo estaba abrasando. La deseaba más que a ninguna otra cosa.

«Le daré sus joyas. Todas las joyas». Quería dárselo todo. Y quería tenerlo todo de ella: su lealtad, su devoción, su presencia. Chantel iba a quedarse para siempre a su lado.

¿Regalarle a Jareth un hijo suyo? No. Kaysar pensó en un plan nuevo: Chantel y él no iban a tener hijos. Como los ciudadanos de Astaria la considerarían una Frostline para toda la eternidad, el apellido moriría cuando él se cansara de atormentar a Hador y a Jareth.

Un final aceptable.

Chantel, por supuesto, lo apoyaría.

—¿Sabes si Micah ha muerto ya, querida? —le preguntó, con curiosidad. Pronto terminaría la batalla, puesto que la mayoría del ejército había sido eliminado con una facilidad pasmosa.

—No estoy segura. Lo he perdido de vista hace unas cincuenta muertes.

Los hombres corrían y gritaban. Algunos de los guerreros se quedaron para luchar contra los tallos venenosos, apuñalándolos y cortándolos, pero el veneno inmovilizó a muchos de ellos. Las flechas volaron al azar y se clavaron en diferentes partes de las enredaderas. Kaysar frunció el ceño al ver que Chantel hacía una mueca. ¿Sentía cada una de las heridas? El dolor se reflejó en sus ojos a la siguiente descarga, y se le resbaló una gota de sudor por la sien. Los hombros se le encorvaron ligeramente.

Así pues, sí, Chantel sufría, y eso era inaceptable.

Kaysar sabía lo que tenía que hacer, pero vaciló. Había utilizado su canción durante siglos para causar locura y muerte. Nunca, desde la pérdida de Viori, había intentado curar a nadie que no fuera a sí mismo. Se clavó las garras en las palmas de las manos. Las emociones importaban, el tono tenía un efecto. Si le causaba a Chantel un momento de agonía o si agravaba sus heridas...

Volvió la mirada hacia su interior, con franqueza. ¿Qué emociones sentía en aquel momento? La misma furia de siempre. ¿Odio? ¿Malicia? ¿Amargura? Sí, todo eso estaba presente. Sin embargo, por debajo de todo aquello, también sentía... ¿afecto? Mucho afecto. Más de lo que debería sentir para poder estar cómodo, pero... ¿podría utilizarlo?

Más flechas se hundieron en las enredaderas de Chantel, y ella gimió. Su fuerza disminuyó ligeramente. Kaysar dejó de reflexionar, porque vio con claridad la respuesta. Sí, tenía que utilizar su poder.

Se colocó tras ella y la agarró por la cintura. Concentrarse en el afecto no fue tan difícil como pensaba. Mientras se calentaba su garganta, él acercó la boca a la oreja de Chantel. El calor aumentó, y él entonó la primera de las notas de su

canción. A Chantel se le entrecerraron los ojos mientras él le cantaba. Se apoyó en él y se balanceó suavemente. Empezó a cantar:

–La muerte ha venido por ti. Y por ti. Y por ti. Umm, umm. Puedes correr, pero no podrás esconderte. Mis enredaderas te persiguen.

¿Ella le ponía la letra a su melodía? Kaysar sintió una satisfacción desconocida para él. ¿Acaso no había nada que aquella mujer no pudiera hacer? Cuanto más alto cantaba, más rápidamente se reproducían las enredaderas, y de ellas surgían más espinas que cortaban las armaduras como si fueran de mantequilla.

Tener una compañera podía ser algo... agradable.

–Para –dijo Jareth.

Con el rostro crispado por el dolor, Jareth se encogió en el suelo, como si fuera un feto. Trató de taparse los oídos, pero la sangre le corría entre los dedos.

–Tienes que parar –dijo el príncipe.

¿Jareth reaccionaba de aquella manera, a pesar del tono afectuoso de su canción? Mejor. Kaysar no cesó de cantar hasta que todos los soldados entendieron el mensaje: si alguien atacaba a Chantel y a sus enredaderas, moriría peor que sus camaradas.

–Vamos a cruzar el puente, cariño –le dijo a Chantel.

Mientras el número de soldados disminuía, se iba formando un plan en su mente: cruzar al otro lado, llegar a la fortaleza de la montaña, recuperar su corona. Después, resolver el resto de los problemas.

–Jareth, tú nos acompañarás, por supuesto –le dijo.

El príncipe era terco y, de todos modos, iba a perseguirlos. Kaysar no quería dividir su atención entre dos enemigos, y no quería que Micah matara a Jareth, porque le privaría de su venganza.

El príncipe se puso en pie y miró con odio a Kaysar.

–Ella va a recordar que era mi Lulundria. No va a continuar con esta abominación.

Kaysar apretó los puños. ¿Abominación? No. No había una mujer más perfecta. Pero... ¿y si ella sentía lo mismo que Jareth al día siguiente, cuando hubieran desaparecido los efectos de la semilla de saúco? ¿Y si se despertaba y se arrepentía de la matanza de aquel ejército? ¿Lo culparía a él por su comportamiento?

Él era quien le había dado la semilla y la había animado para que matara. ¿Y si recordaba el pasado de Lulundria, tal y como decía Jareth? ¿Y si volvía a enamorarse del príncipe? ¿Qué iba a hacer él entonces? Se había hecho más

veces aquella pregunta, y estaba muy preocupado. Desenvainó una daga y le espetó a Jareth:

–Si sigues ahí, príncipe, te cortaré los pies y te llevaré sobre el hombro.

Después, posó la mano en la espalda de Chantel, en su cintura, y la empujó con suavidad hacia el puente. A pesar de su odio, Jareth los siguió.

Micah debía de haber conseguido escapar, porque no vieron su cadáver entre los muertos. Tampoco había ni rastro de su intérprete centauro.

Un soldado saltó de repente por encima de una de las enredaderas y atacó a la princesa. Kaysar se puso delante de ella para protegerla y, con un júbilo sádico, atravesó la coraza metálica del asaltante. El metal chirrió contra el metal, y el hombre perdió el equilibrio. Kaysar hundió la daga a través de un hueco de la armadura y lo mató.

Otros dos soldados se acercaron por el otro lado, apuntando a Chantel con las espadas. A pesar de sus heridas, Jareth reaccionó y los mató.

Llegaron más soldados a medida que el trío avanzaba. Era toda una novedad luchar junto a un Frostline. Las heridas de Jareth no disminuían sus habilidades, unas habilidades que nunca había mostrado con Kaysar. Los reflejos del príncipe eran más rápidos y fluidos que de costumbre. ¿Acaso dudaba cuando se veía envuelto en una escaramuza con él? Sería un insulto imperdonable que alguien no le hubiera permitido dar lo máximo de sí mismo durante un enfrentamiento.

Acuchilló a otro soldado. Durante su avance, giró, se agachó e hizo todos los movimientos necesarios para proteger a Chantel. Mientras derribaba a enemigo tras enemigo, adoptó un ritmo. La calma llegó cuando se dio cuenta de una maravillosa verdad: Chantel estaba siendo testigo de su capacidad para protegerla, de su ferocidad, y, cuando los efectos de la semilla de saúco se disiparan, tal vez lo deseara más que nunca. ¿Para qué iba a temer el afecto que Lulundria hubiera podido sentir por el príncipe?

Golpe. Cuchillada. Agachada. Kaysar no dejaba de mirar a Chantel. No podía resistir ni negar la atracción que sentía por ella. Era una belleza segura de su poder. Su belleza. Movía seductoramente las caderas, daba pasos seguros, mantenía una postura firme con los brazos extendidos. Incluso cuando sus tallos alcanzaban la madurez, permanecían unidos a sus manos por una conexión más mística que física. Alrededor de sus dedos flotaba un humo dorado.

–Los supervivientes están huyendo –dijo ella, con un mohín–. Siento sus movimientos a través de las enredaderas.

–Eso es maravilloso, cariño –dijo él–. Así tendremos objetivos para más tarde.

–Bien. Eso es un lado muy positivo de la situación –respondió ella, más animada. Siempre habrá otro malo al que aplastar.

–Y desgarrar.

Jareth escupió sangre a Kaysar.

–¿Te regocijas por la muerte de inocentes?

–¿Inocentes? Atacaron a tu exmujer con intención de matarla, Jareth. Lo tienen más que merecido.

De repente, un sonido apagado captó su atención. Kaysar se detuvo y pestañeó.

Chantel estaba de pie, ante el príncipe, y lo capturó enroscando las enredaderas alrededor de sus muñecas y tobillos. Lo elevó por el aire y estiró sus miembros con dureza. El príncipe forcejeó, pero no pudo liberarse.

–Te salvamos la vida ¿y te atreves a quejarte? –le preguntó ella, con calma.

Tenía los ojos muy ardientes y la luz que emanaba de sus dedos era más brillante que nunca.

Kaysar trató de teletransportarse, pero recordó que en las Tierras del Atardecer no poseía aquella habilidad, así que dio unas zancadas y se acercó a ella.

–Tú no tienes derecho a matarlo, Chantel –le dijo.

Era su compañera, sí, pero sus prioridades no habían cambiado. La venganza era lo primero y Chantel lo segundo. Ella debía saberlo y aceptarlo.

–Suéltalo.

–No –dijo ella, sin alejar la mirada de Jareth–. No quiero.

–Suéltalo –repitió él, con autoridad–. No voy a repetirlo.

Sin embargo, ¿qué iba a hacerle si ella no obedecía? Su instinto le pedía que la protegiera, y lo hacía cada vez con más fuerza.

–Por favor –le dijo–. Hazlo por mí.

Ella soltó un bufido, dio un paso atrás y soltó a Jareth. Kaysar exhaló un suspiro de alivio.

–Pero solo por ti, y solo porque te pones muy sexi cuando te enfadas –le dijo ella.

¿Su ira le parecía sexi?

Jareth cayó al suelo y se lastimó el brazo ya mutilado. Su grito de agonía fue un sonido muy dulce para Kaysar.

–¿Acaso crees que... yo... no fui una víctima... como tú? –le preguntó el príncipe, entre jadeos–. Te aseguro que sí.

¿Jareth una víctima? No.

—Quizá no deberías haberte reído cuando tu tío decapitó a una sirvienta y golpeó su cabeza como si fuera una pelota, Jareth.

Sin embargo, mientras decía aquellas palabras, Kaysar sintió una consternación que lo dejó helado. ¿Y si el príncipe decía la verdad?

No. ¡No!

Los Frostline mentían. Eran embusteros por naturaleza, y estaban dispuestos a hacer cualquier cosa para encubrir sus crímenes.

—No digas una palabra más, o te cortaré la lengua para mi colección.

El dolor despojó al príncipe de toda contención.

—Siento el maltrato que te infligió mi familia. Detesto lo que te pasó. Pero ¿qué crees que me pasó a mí cuando no quise participar?

A Kaysar se le llenó el pecho de rabia.

—Entonces, ¿intercambiaste tu sufrimiento por el mío? ¿Hoy te atreves a buscar mi clemencia?

Clemencia, algo que él no poseía.

—¿Kaysar? —dijo Chantel, con una voz débil.

Él se acercó rápidamente.

—¿Qué ocurre?

—Me siento mal —dijo ella. Se había quedado muy pálida, y pestañeaba rápidamente, como si estuviera mareada—. Me siento muy... cansada.

Ah. Estaba acabando el efecto de la semilla de saúco.

—Shh, shh..., no pasa nada, cariño. Libera las enredaderas y descansa sobre mí. Yo te cuidaré. No permitiré que te ocurra nada.

Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Me lo prometes?

—Eres mía, y yo cuido siempre lo que es mío. ¿No te acuerdas?

—Ah, sí. Es agradable sentirse aceptada.

Ella permitió que la abrazara, y las enredaderas se marchitaron rápidamente. Se había quedado dormida.

Él la estrechó contra su pecho. Aquello era... Sentía que estaba bien.

Jareth aún no había intentado levantarse. Dijo, entre jadeos de dolor:

—Ella no es tuya.

—No lo era —dijo Kaysar, con una sonrisa de satisfacción—. Pero ahora sí lo es.

—Eres un monstruo y vas a destrozarla. Lo sabes, ¿no? Pero no te importa. Ya se ha convertido en un veneno por tu culpa.

¿Destrozarla? No, pensaba regalarle todo su mundo. Kaysar se echó a reír,

pero no con buen humor.

–Solo soy aquello en lo que me convirtió tu familia, Jareth. Tú también sabes eso, ¿no?

Retomó el viaje hacia las montañas. No quería seguir conversando. Por una vez, tenía algo más importante que hacer que atormentar a un Frostline.

Capítulo 19

–Es hora de levantarse, querida. Has dormido suficiente y tenemos que hablar de muchas cosas.

Aquella voz sexi despertó a Cookie de un sueño profundo y sublime.

–Solo diez minutos más –murmuró–. Quince, si tienes buen corazón.

Él suspiró.

–Está bien. Parece que no puedo negarte nada. Duerme.

Ella volvió a dormirse. Un tiempo después, un rayo de luz atravesó la oscuridad que envolvía su mente y trató de abrir los ojos, pero parecía que tenía los párpados pegados con pegamento. Rodó y se tendió de costado para estar más cómoda.

–Llevas tres días durmiendo, Chantel. Es una eternidad –dijo otra vez aquella voz sexi. El colchón se hundió a su lado–. Tengo muchas cosas que decirte. Ha habido cambios.

¿Había dormido durante tres días?

–Tienes que despertarte, Chantel. Micah ha destruido mi terreno de juego. Los trasgos han desaparecido y su ausencia ha animado a mucha gente a venir a vivir aquí voluntariamente. Ha hecho que las Tierras del Atardecer sean habitables. ¡Es indignante! Aunque, bueno, supongo que hay algunas cosas positivas. Puedo teletransportarme dentro y fuera del palacio. Y Jareth es mi prisionero, por supuesto.

Hubo una pausa que la dejó en suspenso. ¿Qué más le iba a decir?

–¿Me odias ahora? –le preguntó él–. ¿Te odias a ti misma?

«Lo conozco. Quién...».

De repente, se hizo la luz en su mente. Lo recordó todo.

–Kaysar –susurró.

Recordó su traición. Recordó su trágico pasado y recordó a los Frostline, que

lo habían hecho prisionero. Recordó la dulzura de sus labios. La semilla de saúco. Recordó cómo había utilizado sus enredaderas y..., vaya. Tuvo un escalofrío. Había matado. Había matado mucho. Y, ahora, Kaysar tenía miedo de que ella lo culpara, de que lo odiara por haberla animado a hacerlo.

Sin embargo..., ¿cómo iba a culparlo a él? La señorita Curiosidad por el Asesinato había disfrutado de los gritos. De las muertes. No se odiaba a sí misma. Aquel que pusiera en peligro a sus compañeros, o a ella, se merecía un final malo. Pero...

Una parte de sí misma, sin embargo, sí sentía temor por aquello en lo que se estaba convirtiendo, porque no había vuelta atrás. Eso sí lo sabía.

Notó un metal frío deslizándose por su mejilla y sintió escalofríos.

—No querrás tentarme para distraerme, ¿verdad, querida? Porque eso es lo que estás haciendo.

Una voz sexi, unas palabras sexis. Sintió lujuria. Anhelaba acariciar a su rey oscuro, que él la acariciara, pero no podía abrir los ojos. Le pesaban demasiado los párpados.

Aunque luchó, no lo consiguió. La niebla volvió a apoderarse de su mente y apagó las luces. Rápidamente, volvió a dormirse.

Tiempo después, se le abrieron los ojos de golpe. Parpadeó para enfocar su entorno. ¿Cuánto tiempo había pasado?

—¡Kaysar!

Se levantó y miró a su alrededor con el corazón acelerado. Estaba en una espaciosa habitación que parecía sacada de un cuento de hadas, con paredes de mármol, finas cortinas de color blanco sobre un enorme ventanal con vidrieras de colores y muebles de oro.

Al otro lado de la estancia había una chimenea que estaba encendida. Las llamas eran azules, como si allí ardieran ladrillos de zafiros. Tanta riqueza la dejó asombrada. Al recordar lo que le había dicho Kaysar, pensó que tal vez estuvieran en el castillo de Micah, quizá en la fortaleza excavada en la ladera de la montaña.

«Antes era de Kaysar. Ahora es mío». No, suyo no. De Kaysar. Ella tenía una granja llena de enseres que había encontrado, con Pearl Jean, en tiendas de segunda mano. Y de juguetes de Sugars. Quería recuperar aquella casa, el epicentro de sus sueños de infancia. Sentía una enorme nostalgia de su hogar. En realidad, echaba de menos a Pearl Jean y a Sugars.

¿Qué pensarían ellos de la nueva Cookie?

Para no pensar en aquella respuesta, llamó a Kaysar.

No obtuvo respuesta y salió del calor de la cama. Notó el aire en la piel desnuda. Vaya, parecía que alguien la había desnudado, la había bañado y la había dejado con su envoltorio natural. ¿Le había dejado ese alguien una nota para decirle dónde estaba y qué tenía que hacer cuando se despertara? No.

Con un suspiro, se puso a rebuscar cualquier prenda de ropa por la habitación. No, no cualquier prenda. Ahora debía ser cuidadosa con lo que se ponía, porque podía afectar a su estado de ánimo.

La habilidad que al principio había considerado una maldición y, después, un arma, era en aquel momento un inconveniente.

Sobre la cómoda, descubrió un frasco vacío. Con perplejidad, fingió que arrojaba el contenido invisible, algo que su avatar había tenido que hacer algunas veces. Era una acción tonta programada en el juego, que obligaba al jugador a comprobar si había una recompensa en aquel frasco o no. Debía concentrarse. ¿Y si Kaysar volvía y la encontraba desnuda? Se detuvo a medio camino del armario. Sí. ¿Y si sucediera? Él la deseaba y ella lo deseaba a él. ¿Era eso suficiente para volver a poner el sexo sobre la mesa?

Repasó de nuevo los crímenes de Kaysar. Él había afirmado que se enorgullecía de su sinceridad, mientras la engañaba deliberadamente. Además, la había castigado por algo que ella no había hecho, llenándole la bolsa de piedras para causarle agotamiento. Además, la había besado como si ella fuera el oxígeno que necesitaba para vivir, y había parado demasiado pronto. Aquella última no era una ofensa tan terrible, pero, de todos modos, era una ofensa.

¿Lo había perdonado por todo? ¿Quizá? ¿Y si él volvía a utilizarla como sustituta de Jareth?

Jareth, que tal vez no fuera tan malvado como ella había creído. Le había parecido sincero al hablar de lo que había tenido que padecer. ¿Sería cierto que él también había sufrido maltrato?

Al recordar que ella misma lo había maltratado, tuvo un sentimiento de culpabilidad. Tal vez debiera pedirle perdón.

Y ¿cuál sería la reacción de Kaysar si lo hiciera?

Como siempre, sus pensamientos volvieron a centrarse en su despiadado compañero. En cierto modo, Kaysar le recordaba a sus preciosas botas con joyas engastadas. Eran preciosas a la vista, pero muy incómodas, solo para las ocasiones especiales. Y ¿qué era más especial que un viaje a unas tierras mágicas?

Antes ya se había preguntado si debería disfrutar de él mientras tenía la

oportunidad, y volvió a plantearse la pregunta: ¿debía aprovechar la oportunidad de explorar aquel extraño calor que ardía entre ellos? Ya habían fijado una fecha de expiración, así que ella no iba a hacer la tontería de enamorarse de Kaysar. Estaría siempre preparada para la ruptura.

Sin embargo..., ¿iba a poder volver alguna vez al mundo de los mortales? Había dejado de tomar sus medicamentos y se había curado sobrenaturalmente. Le crecían enredaderas de la piel. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que la capturaran para estudiarla? Y no era ninguna muestra de paranoia, sino algo lógico.

Y, aun así, la pregunta más importante era otra: ¿qué ocurriría cuando asesinara a un ser mortal que le hiciera algo malo a ella o alguno de sus seres queridos? ¿Qué pasaría entonces?

Cookie sintió un peso en los hombros. ¿Por qué se angustiaba por aquellas cosas? ¿Acaso no había deseado una vida diferente? Pues ahí la tenía, a su disposición. Podía hacerla mejor o peor, dependiendo de sus actos.

¿Y si Pearl Jean y Sugars fueran a vivir allí con ella?

Se le llenaron los ojos de lágrimas y se las enjugó con los puños. Tenía una horrible nostalgia.

Si aprendiera a crear un torrente de enredaderas sin la semilla de saúco, podría proteger a los suyos de cualquier amenaza. Un momento..., ¿era capaz de crear las enredaderas sin la ayuda de la semilla de saúco?

Se miró las manos y les ordenó que brotaran. «Enredaderas. Venid».

Comenzaron a aparecer pequeños brotes verdes en su piel, y Cookie sonrió. Era más rápido y fácil que antes. Bien.

Y, si Kaysar la ayudaba a proteger a Pearl Jean y a Sugars, mejor aún. Él tenía medios para hacerlo, desde luego, y también estaba dispuesto a hacerlo.

Pero... ¿cuánto duraría su buena voluntad? Él la deseaba, sí, por el momento. ¿Qué sucedería cuando apareciera otro juguete que le llamara la atención y decidiera liberarse?

La gente siempre huía.

Magnífico. Se le había estropeado el estado de ánimo sin necesidad de ponerse un traje. Y, a propósito de trajes, tenía que vestirse cuanto antes.

Entró al armario y vio tres vestidos colgados en perchas. El primero era una mezcla de reina malvada y cat woman. Negro, sexi y muy ajustado. Básicamente, era un body negro de manga larga con una cola.

El segundo era de pastorcilla, con volantes rosas y lazos morados.

El tercero había sido diseñado pensando en una maestra. Tenía la cintura

ceñida y la falda amplia, larga hasta los tobillos. Era de un color gris que no podía favorecer a nadie y, seguramente, el cuello rígido debía de picar muchísimo.

Era el traje más maravilloso que hubiera visto nunca.

–¡Mío! –exclamó, y lo descolgó rápidamente.

Cruzó los dedos para que Kaysar le hubiera dejado unas bragas de cintura alta para completar el atuendo. Era el accesorio perfecto para un personaje como aquel.

Vaya... No había ropa interior a la vista. Aunque... ir sin ropa interior con aquel vestido tan recatado le parecía muy provocativo, y sonrió.

Encontró su bolsa en el baño. Colgó el vestido en un perchero y abrió la bolsa. Allí encontró sus joyas y sus cosméticos. Todo, salvo su semilla de saúco, que iba a recuperar. La había llevado por todo el bosque, así que se la había ganado.

Un momento. No recordaba aquel brazalete de amatistas. Ni aquel broche de perlas. Ni la tiara de cristales con forma de rosas. Seguro que aquellas joyas valían el doble que su granja, y se quedó maravillada. Parecía que no había perdido el amor por las joyas, aunque no llevara las botas. Eso significaba que aquel rasgo era suyo, y no infundido por una vestimenta.

Tal vez la ropa fortaleciera diferentes aspectos de su personalidad. Kaysar se lo había dicho.

¿Kaysar, que acababa de darle todas aquellas joyas, y gratis?

Tenía que hablar con él.

Entró en la cabina de la ducha y buscó los grifos, pero no había ninguno. Miró hacia arriba; no había ducha.

–Vaya, ayuda para una chica que quiere ducharse mientras está despierta.

Y, con eso, el agua empezó a caer del techo sobre su cabeza. Estaba helada, y a Cookie se le escapó un grito.

–Demasiado fría. Necesito calor.

Al instante, el agua se calentó hasta que le escaldó la piel. Su temperatura preferida.

Cookie se frotó de pies a cabeza y salió de la cabina.

–Basta –dijo, y el agua dejó de caer.

Buscó una toalla, pero no era necesaria, porque la alfombrilla del baño irradiaba un calor que la secó de pies a cabeza. Cualquiera podría acostumbrarse a aquello.

Cuando se acercó al lavabo, aparecieron unas palabras escritas en el vaho del

espejo. Era una nota de Kaysar. *Bébeme. Te gustará.* Había una flecha apuntando a un frasco lleno de un líquido con olor a menta.

Cookie bebió y, en cuanto el líquido tocó sus encías y su lengua, le limpió hasta el último centímetro de piel. Le produjo una sensación chispeante que se extendió por el resto de su cuerpo, infiltrándose en su estómago, en el pecho y en las venas, de un modo muy placentero.

Una vez que el vapor se secó del espejo, la nota de Kaysar desapareció, y ella pudo ver su reflejo. Tenía el pelo muy oscuro, negro. El ojo izquierdo era muy verde, y el derecho, de color plateado.

Pero... estaba desnuda. ¿Acaso su aspecto también cambiaba con su estado de ánimo, del mismo modo que con la ropa? ¿Y con sus actos? ¿Era cosa de la semilla de saúco, o tenía otro motivo? ¿La reconocerían Sugars y Pearl Jean? Estaba muy diferente, tenía un olor diferente. Se comportaba de una forma distinta. Incluso su ADN había cambiado.

Trató de olvidarse de su consternación. Se hizo un moño apretado, sin dejar fuera un solo mechón de pelo. No había ningún otro estilo que pudiera complementar mejor aquel increíble vestido. Cuando se lo puso, se quedó asombrada, porque el traje se ciñó perfectamente a sus curvas.

Sintió un irresistible deseo de cuadrar los hombros y estirar la espalda. Y lo hizo. Se sintió como si hubiera cambiado un avatar tendente a las preocupaciones por un general. O por la directora de un colegio.

Madame Cookie.

Su consternación desapareció y se le aclaró el pensamiento. Se sintió muy aguda. Estuvo a punto de sonreír, pero, en vez de eso, emitió un sonido de desaprobación. ¿Qué joyas debía ponerse? Se decidió por el broche de perlas y se lo prendió al vestido, sobre el corazón.

Con el aplomo de una matrona severa, se dirigió hacia la puerta. Que se abrió de par en par ante ella.

Kaysar entró en el dormitorio y, al verlo, ella se quedó embelesada. Iba vestido de negro y llevaba el pelo revuelto. Tenía una barba incipiente que le oscurecía las mandíbulas.

Aquel día solo llevaba las garras de metal en una mano. Se había puesto unas botas de combate y portaba un surtido de armas.

El vestido le hizo un favor a Cookie, porque consiguió mantener una expresión estoica. Si iba a acostarse con aquel hombre, cosa que podía suceder, debía mantener la calma al respecto.

–Estás despierta, tal y como ha predicho Eye –dijo él, mirándola con el deseo

reflejado en los ojos—. Y has elegido el vestido de la disciplina.

Ella no se movió ni dio muestras de nerviosismo. Se dejó observar sin revelar nada.

—Si tienes curiosidad por saber si he examinado tu cuerpo desnudo mientras te bañaba, tengo que decirte que sí. Todo el tiempo. Y no me arrepiento.

—Como si tuvieras la fuerza necesaria para poder resistirte a esto —replicó ella, y señaló sus propias curvas con un gesto de la mano, segura de que ofrecía una imagen elegante y sofisticada. Perfecta, seguramente. La maestra tenía un ego muy sano. Era bueno saberlo—. ¿Qué pasó después de que me desmayara?

—Jareth luchó contra los soldados que aún se mantenían en pie mientras yo te llevaba. Llegamos esa noche a la fortaleza. Cuando me di cuenta de que podía teletransportarme, los guardias no tuvieron ninguna oportunidad. Me quedé con los sirvientes y fui a buscar a Eye. Ella...

—¿Ella? —preguntó Cookie. Vaya, parecía que la maestra también tenía una vena celosa—. ¿Quién es Eye? ¿Y cuándo puedo matarla?

—Es una pitonisa que ve el pasado, el presente y el futuro —dijo él, con un gesto de desdén—. No vale la pena mencionarlo.

Se acercó a ella con cautela y con inseguridad.

—¿Te arrepientes de lo que pasó con el ejército de Micah?

—Ni lo más mínimo. ¿Por qué? ¿Debería lamentarlo?

—No. No deberías —respondió Kaysar.

Alzó una mano y chasqueó los dedos.

—¿Tienes hambre, querida? Permítame que sacie tu apetito.

Una procesión de sirvientes entró en el dormitorio. Ni uno solo de ellos se atrevió a mirarla. ¿Tenían miedo de Kaysar o de ella? ¿O solo estaban cumpliendo órdenes?

Dos hombres llevaban una mesita redonda, y seis mujeres los seguían con comida y bebida. El aroma era delicioso, y a Cookie se le hizo la boca agua. Mientras los sirvientes preparaban una romántica comida cerca de la chimenea, Kaysar la miró con intensidad. A ella se le endurecieron los pezones bajo el vestido, pero no reveló nada.

Los sirvientes se retiraron y, al cerrarse la puerta, Kaysar y Cookie se quedaron completamente a solas.

—Tenemos muchas cosas de las que hablar —le dijo él. Su semblante había cambiado. Su expresión reservada se había vuelto feroz.

Sonrió enseñando los dientes.

Capítulo 20

Kaysar había sido muy desgraciado aquellos días largos y tortuosos sin Chantel. La había echado de menos como si le faltara un órgano vital. Había anhelado su compañía, sus quejas y sus elogios. Había tantas cosas que deseaba hacer con ella... Y hacerle a ella. Cosas que necesitaba hacer.

En cuanto había visto aquel vestido oscuro y almidonado, se había temido lo peor: que Jareth estuviera en lo cierto y ella se arrepintiera de su comportamiento anterior. Que quisiera castigarlo por ello. Pero debería haber confiado en sí mismo. Él era quien mejor la conocía, y nunca se equivocaba. Salvo cuando se equivocaba, claro.

Ella había elegido el traje de la doncella severa para ayudarse a sí misma a resistirse a él. Pero iba a fracasar. No había nadie más decidido, y él ya había percibido el olor de su excitación.

Le señaló la mesa.

—¿Nos sentamos?

Mientras ella dormía, a él le había ocurrido algo.

En su interior hervían unos deseos que iban más allá de lo físico, y que solo ella podía satisfacer. Pero, si no se lo decía, Chantel no podría saber qué requería de ella. Y lo mismo le sucedía a él. No podía saber qué necesitaba ella a menos que ella se lo explicara. Y él anhelaba saberlo.

Chantel asintió ligeramente.

—Vamos.

Por ella, Kaysar estaba dispuesto a fingir que era un caballero. Sacó su silla y se la ofreció.

—Por favor, siéntate.

Para hablar con la mujer a la que uno esperaba llevar a su cama para toda la vida, no podía dar órdenes. O, por lo menos, eso creía, después de haber visto el

comportamiento de otros hombres. Si uno no demostraba respeto por algo, lo perdía. Y, si se aceptaba esa pérdida, eso significaba que nunca había merecido tenerlo.

Chantel se sentó en silencio, tan elegante como un cisne. Él empujó la silla suavemente y tomó asiento frente a ella. Quería que aquel asunto se resolviera lo antes posible.

Desdobló su servilleta y dijo:

–No he disimulado el deseo que siento por ti.

Ella enarcó una ceja, tan oscura como su pelo. Aquella oscuridad resaltaba su piel pálida y sus mejillas sonrosadas, y su delicadeza.

–¿Directamente al grano? Una estrategia audaz. Muy bien, estoy dispuesta a jugar –respondió Chantel, moviendo imperiosamente los dedos–. Por favor, continúa.

En realidad, su estrategia era mucho más sencilla: ser sincero, sin preocuparse de las consecuencias. Y regalos de valor incalculable. Estaba dispuesto a recurrir al soborno para conseguir a aquella mujer.

–Mi determinación es tenerte a mi lado y en mi cama. Para siempre. Estoy dispuesto a dar los pasos necesarios para conseguir tu completa rendición.

–Mi completa rendición. Y para siempre, nada más y nada menos –dijo ella, sin revelar nada–. ¿Deseas negociar unas relaciones sexuales, después de todo?

–Sí. Pero también tu futuro –respondió él.

No quería que hubiera malentendidos entre ellos. Esperó su respuesta...

Ella seleccionó la mejor baya del cuenco de la mesa y la mordió. Un zumo rojo le humedeció los labios.

Kaysar tuvo que contenerse y no lamerle los labios carnosos. Se agarró a los brazos de la silla.

–Vas a comprobar que estoy muy interesado en conseguirte.

–En conseguirme, ¿eh? Como si fuera una posesión.

–Un tesoro –dijo él.

–Pero tú no cuidas de tus posesiones ni de tus tesoros, Kaysar. Dices que estas tierras son tuyas, pero las has tenido abandonadas durante doscientos años.

–No –respondió Kaysar, alarmado–. No las he abandonado. Perdí la noción del tiempo. Pero eso es algo que no haré contigo –añadió–. Las Tierras del Atardecer son muy bonitas, pero no ofrecen... –dijo, y bajó la mirada hacia el pecho de Chantel–. Una conversación tan estimulante.

–Y... ¿qué hay de mi vínculo con Jareth?

¿Suspiraba por el príncipe Frostline? Kaysar tomó un sorbo de vino para

humedecerse la boca, que se le había quedado seca. El cristal se quebró entre sus dedos, y el vino tinto cayó al suelo.

—¿Has tenido más recuerdos de Lulundria? —le preguntó, como si no hubiera pasado nada.

—Te agradecerá saber que no. Aunque me pregunto si deseas mantenerme en la ignorancia porque temes que descubra otra mentira —respondió ella, y le ofreció una servilleta.

Él la tomó y se secó la mano. Después, se sirvió otra copa de vino, por si la necesitaba.

—He reconocido todos mis crímenes —dijo—. Pero no me gusta pensar que mi Chantel siente afecto por el príncipe de Lulundria.

Ella pestañeó. Fue el único gesto que hizo, pero él tuvo la sensación de que aquella admisión suya le había complacido.

—Supongo que entenderás que sigo desconfiando de tus motivos, ¿no?

Él abrió y cerró la boca dos veces antes de dar con la respuesta.

—Esa desconfianza es algo que yo puedo resolver con el tiempo. No hay ninguna razón por la que tengamos que apresurar el hecho de irnos a la cama. Yo estoy encantado de esperar hasta que te haya demostrado todo lo necesario.

—¿Que estás encantado de esperar? Vaya, ya veo lo ansioso que estás por conquistarme.

—Estoy encantado de esperar porque tú necesitas que lo esté. Esperaré todo lo que tú necesites, porque, al final, todo merecerá la pena.

De nuevo, Kaysar tuvo la impresión de que a ella le agradaban sus palabras.

Chantel se metió otra de las bayas rojas en la boca y se quedó pensativa.

Él decidió llevar la conversación hacia sus sobornos.

—Seguro que te vas a alegrar al saber que he capturado a un aprendiz de creador de portales. Te está esperando en la sala del trono. Aunque no puede abrir un portal hacia el mundo de los mortales, sí puede enseñarte a hacerlo a ti. Sabe trucos.

La miró atentamente, expectante, esperanzado... y se quedó decepcionado al ver que a ella no se le suavizaba la expresión.

—Deseas conquistarme para siempre, pero ¿también quieres enseñarme el camino para dejarte? Ayúdame a entenderlo.

A pesar de que su tono de voz era monótono, se le crisparon los dedos ligeramente.

Una señal, sí, pero ¿de qué?

¿Se daba cuenta de cómo le temblaban las manos mientras ponía los

panecillos más tiernos y el budín más delicioso en su plato?

–Tienes que aprender a abrir portales si quieres reunirse con tus seres queridos. Pearl Jean y Sugars, ¿no? Supongo que querrás traerlos a Astaria. Estoy deseando conocerlos. Por supuesto, vivirán con nosotros, y estarán bajo mi protección. ¿Crees que el felino real preferirá tirar jarrones de incalculable valor de las consolas o arañar antigüedades únicas? Estoy dispuesto a adquirir ambas cosas en menos de una hora –dijo, y cabeceó con resignación–. Qué pregunta más tonta. Querrá hacer las dos cosas.

Ella volvió a parpadear, y a él se le aceleró el corazón. Otra señal de que su plan estaba funcionando mejor de lo que él había previsto, o de que estaba fracasando estrepitosamente. Su próximo regalo iba a agradarla.

–He decidido darte esta fortaleza con todo lo que hay en su interior. En cuanto aceptes, te convertirás en la reina de las Tierras del Atardecer.

Kaysar dio un sorbo de su copa de vino, y continuó:

–Creo que aprobarás tanto la tesorería como las defensas de la fortaleza. Las murallas y las torres son magníficas. Los matabanes, aún más.

–¿Matabanes? ¿De los que se usan para verter aceite hirviendo sobre los enemigos? Los utilizo en mi castillo de Rhoswynian.

Sus ojos, de diferente color, brillaron como las brasas, y él contuvo la respiración. La emoción debía de bullir bajo aquella apariencia de doncella severa. O no... El brillo desapareció rápidamente y ella adquirió una expresión glacial.

–Seré una reina, sí, pero también seré una humilde princesa a tus ojos, porque estaré eternamente unida a Jareth Frostline. Tal vez, incluso, eso sea parte de mi atractivo, ¿eh?

Kaysar maldijo en silencio. Había tenido el premio al alcance de la mano, pero la lógica se lo había arrebatado. Claramente, su plan estaba fallando. Pero ya no podía cambiar de estrategia. Había prometido que sería sincero con ella, fueran cuales fueran las circunstancias. Si vacilaba en ese sentido, sería tan malo como un Frostline.

–Cuando nos conocimos, mi plan fue dejarte embarazada para que un hijo mío gobernara en el trono de los Frostline.

–¿Y ahora? –preguntó ella, con la voz ligeramente enronquecida. ¿Por la indignación?

–He decidido que no vas a quedarte embarazada –dijo él. Se tocó el hombro y le dijo–: He añadido un tatuaje. Es un método anticonceptivo místico.

–¿Tú lo has decidido? –preguntó ella, entrecerrando los ojos–. Lo has

decidido tú, en mi lugar.

–Mi venganza lo exige –respondió él. Acababan de llegar a una línea de división muy peligrosa. ¿Cómo podía hacerle entender su visión?–. Eres muy valiosa para mí, Chantel, y no tengo por qué disimularlo. Deseo darte el mundo.

–El mundo. Pero hijos no.

–Pero ¿tú quieres tener hijos?

–Ahora no. Pero quizá algún día. Por lo menos, me gustaría tener esa opción. Kaysar se agarró al borde de la mesa. Podía perderla.

–Yo me encargaré de que estés tan satisfecha que nunca los echarás de menos. Me dedicaré a tu deleite el resto de mis días.

–¿Y si mi deleite se interpone en el camino de tu venganza?

Kaysar no iba a negar la verdad.

–La venganza es mi dueña, y ella siempre será lo primero.

Al principio, Chantel no reveló nada.

–Antes de que entraras en la habitación, estaba sopesando las ventajas de acostarme contigo durante unas semanas antes de volver a casa. Ahora, me pides obediencia eterna. Yo no estoy dispuesta a someterme a ti y no voy a depender de ti. En el momento en que lo haga... ¡Bum! Tú decidirás que has terminado conmigo, y la buena de Cookie será la que tenga que recoger los pedazos otra vez.

Cuanto más hablaba, más dolor proyectaba. A él se le aceleró el corazón. Estaba tan obsesionado con su vida pasada, que no se había parado a pensar en cómo había sido la de Chantel. ¿Qué era lo que le había llenado la mirada de angustia?

–Yo siempre te necesitaré –dijo él, con seguridad–. Tú no eres vidente. No puedes ver el futuro.

–En esto, sí puedo. Claro que sí.

Él sintió la verdad en lo más profundo de sí mismo. Mirando atrás, se dio cuenta de que había sentido la importancia que ella iba a tener para él desde el primer momento que se habían visto.

–Yo he perdido todo lo que era importante para mí. A mis padres. A mi hermana. Mi inocencia. Durante casi toda mi vida, mi única fuente de placer ha sido la venganza. Antes de ti, ni siquiera el sexo me parecía algo importante. Pero tú me has afectado de alguna forma. Me haces sentir cosas que no conocía, incluso cuando no estás a mi lado... Tu mente y tu cuerpo son esenciales para mí.

En los ojos de Chantel se reflejaron sus emociones, dando vueltas como si

fueran una rueda, retrasando su reacción. Como si ella no supiera cómo sentirse. Al final, las ruedas se detuvieron, y él aprovechó aquel momento de ventaja. La confusión le había abierto una puerta, y solo necesitaba entrar por ella.

–Todo mi afecto es tuyo, Chantel. Me ocuparé de todas tus necesidades y mataré a todos tus dragones.

Ella entrecerró los ojos. Se puso en pie y se agarró al borde de la mesa.

–Yo no necesito que mates a mis dragones, Kaysar –le dijo, con una sonrisa fría. De repente, las enredaderas brotaron de las puntas de sus dedos y se enroscaron en su cuello levantándolo de la silla–. Soy perfectamente capaz de matar a cualquiera.

Él sintió una terrible excitación. La deseaba y la necesitaba.

–Por si no fuera evidente –dijo ella, con severidad, sin ningún tipo de duda–: Voy a quedarme con el aprendiz y con el palacio, pero no acepto tu oferta.

¿Tal vez debería modificar su estrategia? Un pequeño cambio, nada más.

–Permíteme quedarme y defender tu palacio de los ataques que se avecinan –le dijo él, lentamente, agarrándose con suavidad a los tallos de las enredaderas.

La presión cedió. Ella recogió las enredaderas y volvió a su silla. Tomó la copa de vino y se reclinó.

–Continúa. Te escucho.

Él se ajustó la erección sin disimulo, sin tratar de esconderse, y dijo:

–Micah y su ejército quieren recuperar este palacio. Van a volver. Como reina, tú eres la responsable de la defensa de las personas que lo habitan y de sus entradas y salidas. Para ganar, necesitas un ejército de soldados leales, o un rey que sea capaz de matar a miles en pocos segundos.

Como no tenía escrúpulos, añadió:

–Piensa en Pearl Jean y en Sugars. Protegerlos será una de mis prioridades. Ellos también serán de mi familia, y los defenderé con mi vida, si es necesario. Ningún otro rey, ningún otro compañero de equipo ni amante te ofrecerá lo mismo, te lo aseguro.

Pasó un momento sin que ella reaccionara, y aquellos segundos fueron una agonía para él. Entonces, ella hizo girar el vino en su copa, y él se preguntó qué significaba aquel movimiento. ¿Qué le diría Chantel?

Por fin, ella respondió:

–Micah y sus soldados no pueden oír tu voz. ¿Cómo vas a vencerlos?

–No, querida. Antes no podían. Ahora ya ha pasado el efecto de la droga que usaron.

–¿Y si la toman otra vez?

—Puedo cantarte a ti.

¿Sentía algo por él? Debía de ser así. Cuando lo había besado en la cascada, se había quedado embelesada, perdida. Su cuerpo se había aferrado al de él, como si estuviera desesperada por conseguir más.

Pero ¿y si había cambiado de opinión?

Kaysar se movió en el asiento, agitado, absorto en sus pensamientos. Tenía que sentir algo por él. Tenía que sentir algo por él.

—Déjalo ya —le espetó Chantel—. No quiero que se me estropee la comida con un derramamiento de sangre innecesario.

Kaysar se dio cuenta de que se había clavado las garras en el brazo y se había cortado. La sangre brotaba de las heridas.

—Discúlpame —dijo él—. Estoy... inquieto por tu negativa a aceptar mi oferta. ¿Me tienes en suspense para castigarme? En ese caso, acepto el castigo. Pero tienes que explicarme qué he hecho mal. No puedo saber lo que piensas si...

—No te estoy castigando —dijo ella, en un tono más suave—. Necesito un momento para procesarlo todo. Tu última oferta me intriga y me desconcierta. Te quedarás en mi palacio y serás el guardaespaldas de mi familia. Eso lo entiendo. Pero ¿qué consigo yo a cambio de permitirte?

Astuta seductora. Tan segura de su control. Cuánto le gustaba. Su pánico se convirtió en calma. Sí sentía algo por él. De lo contrario, ya le habría atravesado la cabeza con una de sus enredaderas.

—Conseguirás un amante leal que te proporcionará placer como desees, te ayudará a asesinar a todos los enemigos que quieras y pondrá su corazón a tus pies, si se lo pides.

—Crees que los orgasmos me mantendrán a tu lado. Que haré todo lo que ordenes si me mantienes borracha de placer.

—Me apuesto una vida de felicidad —le dijo él, y sonrió de un modo depredador—. Las cosas que voy a hacerle a tu cuerpo...

A Chantel se le endurecieron los pezones bajo el vestido. Él mismo lo vio. Cuando ella se movió en el asiento para mitigar sus dolores, él estuvo a punto de soltar un gruñido de triunfo.

Ella se tiró del cuello del vestido y preguntó, con suavidad:

—¿Qué tipo de cosas?

Él la miró a los ojos.

—No hay nada que no vaya a hacerte. Si tienes algún deseo, yo lo satisfaré. Yo me encargaré de todo. No habrá ningún otro para ti.

Ella volvió a adoptar una expresión glacial y, en un tono monótono, le dijo:

–No habrá ninguna otra para ti. Por ningún motivo, ni siquiera por venganza.

–De acuerdo –dijo él, rápidamente.

Chantel estaba sopesando su oferta por una cuestión de celos. Al pensar en que él pudiera estar con otra, casi le había salido espuma de la boca. La reina de las Tierras del Atardecer era deliciosamente posesiva y se negaba a compartir a su hombre con ningún otro ser.

Ella apuró su copa de vino manteniendo una postura erguida, sin inclinar la cabeza, y cerró los ojos. Respiró profundamente y exhaló un suspiro.

Él se estremeció. Quería aprovechar aquel momento de ventaja, pero no lo hizo.

–No tienes por qué darme ahora la respuesta.

Ella abrió los ojos de repente, y él frunció el ceño. Parecía que se había quedado... decepcionada. ¿Acaso tenía la esperanza de que él se acostara con ella aquel día..., en aquel momento?

Tal vez debiera intentarlo, después de todo.

–Respóndeme una sola pregunta, querida, y dejaremos este tema de conversación para otro día.

Ella asintió con tirantez.

–Muy bien. Pregunta.

–¿Estás húmeda?

Capítulo 21

Cookie se sentía desnuda, aunque estuviera completamente vestida. Kaysar la había destruido con sus desgarradoras confesiones y sus promesas. La deseaba con pasión; le había dicho que quería estar con ella para siempre.

El problema eran las prioridades del rey. Ella siempre había sido la segunda, tercera y cuarta opción para todo el mundo. Todos los cumpleaños olvidados, las promesas rotas y las cenas perdidas la habían dejado hundida. Firmar voluntariamente un contrato para mantener una relación desde la posición de perdedora era una estupidez total. El hecho de estar por debajo de su ansia de venganza la irritaba.

Hacía poco tiempo que se conocían, pero había una química increíble entre ellos. Cabía la posibilidad de que las prioridades de Kaysar cambiaran con el tiempo, pero, tal vez, eso no sucediera. Probablemente, no sucedería, porque no había nadie más terco que él. Y, sin embargo, a pesar de todas las razones que tenía para retirarse, permaneció allí sentada, debatiéndose. El problema tenía una solución obvia: conseguir ser más importante que la venganza para él. Ganarse su corazón, subir al primer puesto.

Antes de que comenzara la negociación, lo consideraba candidato para una aventura pasajera. Sin embargo, sus barreras habían quedado reducidas a escombros, y había visto la verdad: Kaysar era un codiciado botín de guerra. Con un beso, se había convertido en su droga y en su camello.

Ella anhelaba otra dosis de aquella droga tan buena: la conexión. Quedarse dormida entre sus brazos. Despertarse a su lado cada mañana. Hablar de sus planes de batalla. Administrar justicia en sus tierras. Redecorar aquel castillo y convertirlo, juntos, en un verdadero hogar. En su hogar. ¡Sí!

¿Conseguiría ganar al Desquiciado? ¿Quería intentarlo? Su noviazgo, por llamarlo de algún modo, no iba a ser fácil. ¿Dos miembros de la realeza, a cada

cual más terco, con algo que demostrar? Claramente, iban a pelearse. Habría escaramuzas cargadas de tensión sexual al máximo. Y sí, ella ya se consideraba un miembro de la realeza de las hadas.

–Te he hecho una pregunta, Chantel.

Kaysar se apoyó en el respaldo de su asiento con una relajación total, aunque en sus ojos se reflejaba algo totalmente distinto, una fantasía épica de guerra y seducción. Era un señor de la guerra dispuesto a destruir cualquier obstáculo que encontrara en su camino.

A ella se le escapó un gemido, y se movió en el asiento. Al mirarlo a los ojos, se calmó. Kaysar tenía razón. No había ningún motivo por el que tuvieran que tomar aquella decisión en aquel preciso instante. Él no le estaba pidiendo que aceptara el compromiso, solo una oportunidad para mantener relaciones sexuales con ella. ¿Por qué no le había dicho ya que sí?

Se puso en pie y se acercó a él.

–Me has hecho una pregunta, Kaysar, y quiero mostrarte mi respuesta.

–Sí –dijo él, con las pupilas dilatadas–. Sí. Muéstramela. Quiero verla.

Con un movimiento del brazo, envió todos los platos al suelo. La comida quedó esparcida por todas partes.

–Quiero ver tu respuesta ahora mismo.

Aquella urgencia fue como el queroseno para Cookie. Su dolor se convirtió en llamas. Temblando, se agarró el bajo de la falda del vestido, se sentó en la mesa y puso los pies sobre los brazos del asiento de Kaysar. El encaje se estiró sobre sus muslos.

Él bajó la mirada desde su pecho a sus pies y, de camino, posó los ojos en un punto entre sus rodillas.

–Muéstrame la respuesta.

Ella, envalentonada, separó las piernas, hasta que la luz iluminó el interior de la falda. Notó el aire fresco en la carne ardiente. Gruñó al oír el gemido de Kaysar.

De sus manos brotaron unas delicadas enredaderas cuando le acarició las orejas puntiagudas.

–¿Estoy húmeda, Kaysar?

Él le agarró los tobillos y la miró.

–Estás empapada. Rosa y bella –dijo él, con la voz enronquecida–. Eres perfecta. Y yo estoy deshecho.

Entonces, con los ojos relucientes, soltó sus tobillos y se remangó. A cada movimiento, sus músculos se contraían, y los tendones se ponían tirantes.

—Pronto, Chantel, tú también vas a estar deshecha.

Aquella promesa carnal terminó de destruir sus defensas. Cookie jadeó ante la enorme erección que tensaba los pantalones de cuero de Kaysar, y la esencia de su hiedra venenosa perfumó el aire. Él le pasó la punta de una de las garras metálicas por la rodilla, pero no cortó su piel. Aquel control tan absoluto la dejó asombrada.

—¿Sabes lo que te voy a hacer, querida? —preguntó él.

—Sí, querido —respondió ella, y lo agarró con una de las ramas para obligarlo a ponerse en pie al mismo tiempo que ella—. Lo que quieras.

Él suspiró.

Se inclinó sobre ella, colocando el cuerpo entre sus piernas. Tenía los ojos llenos de hambre, ardientes, y se acercó a sus labios hasta que solo los separó un soplo de aire. La lujuria se apoderó de todos los pensamientos de Cookie.

—Así es —dijo él—. Voy a hacer todo lo que quiera, y tú vas a gritar de satisfacción.

Sí.

—Una y otra vez...

Entonces, Kaysar la besó y Cookie aceptó de buena gana las acometidas de su lengua, correspondiendo de igual modo, gimoteando sin poder evitarlo. Lo besó, lo lamió y lo mordió tal y como él le estaba haciendo a ella.

Sus enredaderas se marchitaron y lo abrazó, porque necesitaba tenerlo más cerca. Tomó uno de sus pechos y se lo apretó, y le pellizcó el pezón a través del vestido. Ella sintió un placer exquisito.

—Cada vez estoy más húmeda —dijo, jadeando.

Él la besó con más fuerza, y ella, con desesperación, movió las caderas para frotarse contra su miembro. Por fin, encontró la fricción que buscaba, y movió las caderas de nuevo... ¡Nooo! Él se apartó.

—Kaysar...

Entonces, él tiró de ella hacia sí y le separó aún más las piernas, de modo que su miembro se apretó contra el centro del cuerpo de Cookie. Cuero contra carne, y ella jadeó pidiendo más porque, realmente, necesitaba frotarse contra él.

—¿Me deseas, Chantel? —le preguntó—. Vamos, dilo. Di que me deseas.

—Sí, Kaysar. Estoy hambrienta de ti.

—Oír mi nombre en tus labios de rubíes... Quiero ver tu preciosa cara mientras te acaricio profundamente. ¿Te gustaría eso, querida?

—Me encantaría. Hazlo..., hazlo, hazlo.

Mientras le hacía aquella petición, onduló las caderas todo lo que podía.

Él la agarró por la nuca y la besó con firmeza mientras deslizaba la mano sin la garra metálica por su muslo, bajo su falda, sin dejar de mirarla.

Al notar su roce ligero en el cuerpo, Cookie tuvo una cascada de escalofríos y sintió dolor. Se le endurecieron los pezones. Su clítoris comenzó a latir. Se abandonó al placer y se estrechó contra su mano, en busca de más sensaciones.

Él la acarició lentamente, acercándose cada vez más a su punto más sensible, pero sin establecer contacto, dejando un rastro de fuego allá donde tocaba. Ella gimió y jadeó.

—Tu canción es una orden para mi cuerpo —dijo él, tenso de deseo—. Espero que ya estés lista para mí, querida.

—Sí, estoy lista...

Él hundió en ella sus dedos. Los movió hacia dentro y hacia fuera, estirando su carne. Cuanto más se acercaba al clímax, más ahogados eran los gritos de Cookie.

—Qué ajustada —dijo él, y aminoró el ritmo. Le acarició las paredes internas del cuerpo cada vez que deslizaba los dedos hacia fuera y hacia dentro, observando atentamente sus reacciones—. Vaya, cómo tratas de perseguir mis caricias. Te encanta lo que te hago sentir.

—Sí —susurró ella, cuando él volvió a hundir los dedos en su cuerpo, y comenzó a murmurar de una forma incoherente a causa del placer. Kaysar estaba obsesionado con ella y tenía una actitud muy intensa, casi demasiado como para que ella pudiera soportarlo. Sin embargo, ¿parar? Prefería morir—. ¿Qué me estás haciendo, Kaysar?

—¿Estás desesperada por que te acaricie el clítoris?

Ella empezó a hervir.

—Hazlo. Quieres hacerlo. Y dijiste que ibas a hacer todo lo que quisieras...

—Y yo siempre cumplo mis promesas.

Entonces, presionó su cuerpo con la yema del dedo gordo, y a ella se le arqueó la espalda al tiempo que gritaba. Saltaron chispas. Cada vez se estaba acercando más al éxtasis. Casi, casi...

—Más —le ordenó. Estaba muy cerca.

Él siguió presionando con el dedo en su punto más sensible. Más cerca...

—Una vez, te dije que te lo daría todo —dijo él, con un jadeo, mientras se inclinaba sobre ella y le frotaba la punta de la nariz con la suya—. ¿Te acuerdas?

—¿Quieres charlar? —le preguntó Cookie. Ella no podía pensar.

—Sí, Chantel. Te he hecho una pregunta —dijo él, y sacó los dedos de su cuerpo, dejándola vacía y dolorida.

–Sí, me acuerdo, me acuerdo. ¡Sigue!

Él la teletransportó a la cama y se tendió sobre ella. Umm... Eso era lo que había echado de menos. Su peso y su calor.

Cookie movió las caderas y se frotó contra él a placer.

–Bueno, tus dedos pueden descansar. Esto también está muy bien.

Kaysar gruñó y le subió los brazos por encima de la cabeza, haciendo que se agarrara al cabecero de la cama. En cuanto ella obedeció, él se echó hacia atrás para estudiar su nueva pose.

–Acaríciame –le pidió ella, humedeciéndose los labios.

Él sintió una enorme satisfacción.

–Sí, claro que voy a acariciarte. Tus clímax van a ser una prioridad para mí.

«Pero no la única ni la más importante».

Aquel pensamiento mitigó ligeramente su pasión. Sin embargo, él se quitó la camiseta y, al ver su pecho escultural y lleno de mapas tatuados, Cookie olvidó todo lo demás.

–Nunca deberías ponerte camiseta –le dijo.

–Pensaré en tu consejo.

–Ver tus músculos me excita aún más. ¿Vas a seguir la política de ir sin camiseta ahora?

Él sonrió, casi con timidez.

–Sí.

–¿Qué quieren decir todos esos tatuajes?

Él se pasó la mano por encima de los mapas.

–Nunca perdido –dijo. Después, se señaló el bíceps, donde había una serpiente mordiendo su propia cola–. Guerra eterna.

Entonces, bajó los ojos hacia su cuerpo.

–Aunque, en este momento, estoy más interesado en el placer eterno.

A ella se le escapó un gemido, y él sonrió.

–Y me parece que tú compartes mi interés.

–Oh, claro que sí –dijo Cookie, moviendo las caderas con más energía–. Si me das lo que quieres darme, Kaysar, yo te daré lo que necesitas.

Lo que necesitaban los dos.

A él se le escapó un sonido ahogado. Se inclinó hacia ella y la besó.

Capítulo 22

Kaysar besó a Chantel con toda el alma, hasta que ella no pudo respirar sin él. Hasta que él no quiso respirar sin ella. Su primera y última amante.

La había deseado y la había conseguido. Por el momento. ¿Sería capaz de conservarla?

Tendría que encontrar la manera.

¿A cuántas reinas, princesas y campesinas había seducido a lo largo de los siglos? Eran incontables. Provenían de reinos distintos y querían cosas distintas, pero él nunca había tenido problemas para que olvidaran a sus maridos y amantes, ni para permanecer impertérrito.

Sin embargo, su relación con Chantel no era temporal, y todo lo que hiciera o dijera tenía importancia, porque ella tenía importancia. Se arrepentía de los errores que había cometido con ella, y no quería añadir ninguno más a la lista. Ganársela para toda la eternidad era un requisito. Ahora, él exigía la devoción que Lulundria le había demostrado a Jareth, y no descansaría hasta lograr su objetivo.

Aunque le dolía levantar la cabeza para interrumpir el beso, lo hizo. Al fin y al cabo, besar era solo el comienzo. Ella lo miró con los ojos luminosos, y su pecho bajo y subió rápidamente con su respiración mientras él le deshacía el moño para soltarle el pelo. Largos mechones del color del ébano cayeron sobre la almohada, como una cascada espléndida. Kaysar se puso en cuclillas para admirar aquel festín de delicias femeninas. Supo que la imagen se le quedaría grabada en la mente para siempre.

Chantel tenía desabrochados los tres botones superiores del corpiño y la tela se abría para exponer un escote por el que muchos matarían. La falda del vestido estaba arrugada en su cintura, y sus piernas pálidas quedaban a la vista, separadas por las de él, exponiendo un sexo brillante rodeado por una pequeña

mata de rizos negros. Un nuevo reino que tenía que conquistar. El reino más exquisito de todos.

–Me necesitas –le dijo él, por si ella no se había dado cuenta todavía.

–Puede que sí, pero tú tampoco puedes pasar sin mí, ¿a que no? –respondió Cookie, y onduló de nuevo las caderas–. ¿Todavía conservas mi mechón de pelo?

Entonces, ¿ella sabía que se lo había quedado?

–Lo tengo a buen recaudo –respondió él.

Un aroma delicioso emanó de ella, como si fuera la señal de un pico de placer. La pasión se apoderó de él. Así que a Chantel le gustaba que estuviera obsesionado con ella. Hacía uno momento, él tenía los dedos dentro de su cuerpo, y todavía le brillaban por su excitación. Mirándola a los ojos, se lamió uno de los dedos y, después, el otro, y su miembro se movió de repente a causa de aquel sabor increíble.

–Es más dulce que la hiedra venenosa, y mucho más potente.

A ella se le separaron los labios.

–¿Quieres más de mí?

–Lo quiero todo de ti –dijo él–. Enséñame más de tu delicioso cuerpo.

Se inclinó hacia delante flexionando los músculos y le desabrochó tres botones más del corpiño. A la vista quedaron unos bonitos pezones rosados.

«Mi cueva del tesoro personal». Kaysar se quedó sin palabras, perdió la capacidad de pensar.

–¿Soy todo lo que has soñado? –le preguntó ella.

–Eres más de lo que nunca creí que sería posible –respondió él, sin vacilar. Siguió de rodillas, manteniéndola abierta bajo su mirada, y se acarició la erección a través del pantalón–. Mira el efecto que tienes en mí.

Ella gimoteó sin poder evitarlo, y a él se le escapó un gruñido.

Con aquel vestido tan recatado, pero completamente abierto, y los ojos llenos de placer, tenía un aspecto muy atrevido.

–Voy a ganarte, querido –le dijo ella. Soltó el cabecero y se pellizcó los pezones–. Voy a conseguir que seas mío. Quieres que te gane, ¿verdad?

Él se sintió eufórico al oír que ella lo llamaba «querido».

¿Ganarlo? Ya lo había hecho. Sin embargo, dijo, con la voz quebrada:

–Sí, hazlo.

Unas ramas de hiedra se extendieron por sus brazos, por su pecho y alrededor de sus piernas. Las mismas ramas se extendieron hacia Kaysar y atraparon sus muñecas con fuerza.

Ella enarcó las cejas como si estuviera retándolo a que intentara escapar.

Pero él no quería hacerlo. Antes solo existía algo que le causara fascinación, y era su guerra con los Frostline. Sin embargo, con Chantel estaba descubriendo otras muchas cosas: escuchar expresiones de cariño, intentar comprender su misteriosa mente. Ver cómo se enrojecía su piel blanca. Jugar con aquellos pechos carnosos y con sus pezones, que eran como bayas. Llenar su cuerpo, que parecía hecho para adaptarse a él.

Verla en aquel momento...

Ella sonrió. Era bien consciente del poder que tenía sobre él.

—¿Te he robado el pensamiento? —le preguntó.

Él se quedó helado. Lulundria le había hecho la misma pregunta a Jareth.

«Sigue adelante», se dijo. Pero era demasiado tarde. El miedo se había apoderado de él.

—Has dominado tu habilidad, incluso sin la semilla de saúco.

Si ella recordaba la vida de Lulundria, tal y como esperaba Jareth, tal vez cambiara de opinión en cuanto a lo de quedarse con él.

¿Y qué iba a hacer él entonces? Ya no podía perderla.

—Sí, la he dominado. Ha sido demasiado fácil —respondió, con orgullo, seductoramente. Cuando las hiedras se retiraron, ella volvió a ondular las caderas—. Podemos hablar de ellos, o podemos seguir con tu seducción. ¿Qué prefieres?

«¡Voy a conseguirla!». Él era el rey Kaysar, el Desquiciado. Más feroz que cualquier enemigo. Más poderoso que cualquier ejército. Más peligroso y astuto que nadie. Conseguiría a su compañera, aunque ella recuperara sus recuerdos.

La determinación acabó con el miedo.

—Sí, hablaremos de ello —dijo—. Más tarde.

Con el corazón acelerado, él la recolocó y se inclinó para acariciarle el muslo con la nariz, justo por debajo de la rodilla. Fue recorriendo su piel con la lengua de camino a su sexo, y ella lo animó con ruegos y exigencias.

—Por favor, Kaysar. Hazlo.

Y él lo hizo. Pasó la lengua por su clítoris con delicadeza y notó un sabor dulce. Estuvo a punto de darse un festín, pero se controló y fue jugueteando alrededor de su punto más sensible, deteniéndose antes de tocarlo.

Quería hacer que perdiera la cabeza de necesidad.

—¡Kaysar! Hace demasiado tiempo que no... jugaba —dijo ella, temblando, atormentada—. Necesito tener un orgasmo. Por favor.

—¿Cuánto tiempo?

–Kaysar...

Él lamió su clítoris y hundió dos dedos en su cuerpo. Volvió a notar su estrechez. Aunque ella se movió contra él, Kaysar experimentó una punzada de aprensión. Recordó el día que había espiado a Jareth y a Lulundria en el estanque. La princesa había bromeado diciendo que su príncipe era demasiado grande como para caber en su cuerpo.

Empezó a correr el sudor por su frente. ¿Podría aquel canal tan diminuto acoger su invasión sin dolor? Si estropeaba aquella experiencia para los dos... Si ella lo recordaba alguna vez y pensaba en el dolor...

¡No!

–¿Cuánto tiempo? –insistió con preocupación. Metió los dedos con delicadeza. Lentamente. Lamió su clítoris.

Ella gritó y se arqueó. Se pellizcó los pezones.

Él se quedó sin aliento debido a la satisfacción. Solo él tenía aquel efecto en ella.

–¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo?

–No sé, no puedo pensar. ¿Un año? –balbuceó ella–. Más fuerte, cariño. Más rápido. Haz que me corra.

Su siguiente intrusión movió la cama. Un año. Una eternidad. Iba a prepararla, le costara lo que le costara. Aunque tuviera que sufrir aún más dolor.

–No voy a parar hasta que tengas un enorme orgasmo.

O una docena...

Con la garganta ardiendo, canturreó contra su carne resbaladiza. Lamió. Jugó con los dedos.

–Kaysar –dijo ella–. Cariño, cariño. Sí. Ahí. No pares. Has dicho que no ibas a parar.

–No voy a parar nunca. Quiero esta miel para siempre.

Cuando ella se arqueó hacia arriba, casi a punto de quebrarse, él metió los dedos tan profundamente como pudo y lamió su clítoris al mismo tiempo. Ella dio un grito, porque el orgasmo fue rápido, pero brutal.

Sin piedad. Antes de que ella tuviera la oportunidad de bajar de su nube, él succionó su clítoris con más fuerza y se ganó otro gemido. Era música para sus oídos.

Kaysar entró en un frenesí y lamió con más fuerza. Succionó. Siguió jugando con los dedos. Dentro y fuera, hasta que ella se retorció de nuevo contra él.

Abrió los dedos en su cuerpo, preparándola para que pudiera acogerlo, y... ¿ella empezó a acariciarlo? Alzó la vista. Parecía que estaba embriagada de

deseo, y estaba deslizando sus garras de espinas por su pelo.

El resto del mundo desapareció. Solo permaneció la pasión de Chantel, y la suya. La de los dos.

Aquella belleza incomparable le pertenecía.

Sacó los dedos y subió hasta ella, y apretó el miembro contra su sexo. Al notar el contacto, se le escapó un silbido. Se balanceó.

—¿Qué me estás haciendo, cariño? —preguntó ella, y movió la cabeza por la almohada. Sus mechones de pelo negro se enredaron.

—Te estoy despojando del control sobre ti misma, te estoy haciendo insaciable. Es obvio. Y es lo justo ya que tú me lo estás haciendo a mí también.

Al siguiente movimiento contra su sexo, le mordisqueó el labio inferior. Ella agarró puñados de sábana y gritó.

Sus sonidos... Kaysar notó el sudor en la frente, y sus músculos se pusieron rígidos.

—Chantel —dijo, con la voz ronca. Estaba desesperado por ella.

Con los ojos ardientes, ella se incorporó y se apoyó en los codos. Sus pechos se abrieron paso entre el vestido, y sus pezones le rogaron que los succionara.

—Ahora me toca a mí seducirte a ti.

Eso era lo que él necesitaba.

Trazó la línea de su mandíbula con adoración.

—Creo que ya lo has conseguido, cuando me has mirado con esos ojos enormes.

Ella sonrió maliciosamente, y las enredaderas aparecieron al instante. Lo agarraron y lo tendieron boca arriba a los pies de la cama. Ella se lanzó hacia él y posó las palmas de las manos en sus sienes. Su cara quedó enmarcada por la melena negra.

Kaysar notó que algo se agrietaba dentro de él, algo más profundo que antes, como si las veces anteriores solo se hubiera resquebrajado la superficie.

Tomó sus pechos y pasó los dedos por sus pezones distendidos. Necesitaba poner las manos sobre ella.

—¿Qué tiene planeado mi reina para mí?

—Sexo no. Aún no. Pero quiero sentarme sobre ti.

Cuando vio que ella se pasaba la lengua por los labios y retrocedía en busca de la bragueta de su pantalón, todos los pensamientos se borraron de su cabeza. Chantel liberó su erección, y la presión disminuyó de modo que fue a la vez un alivio y un castigo.

Entonces, ella tomó su miembro con la mano y lo acarició, y lo llevó al

límite.

–¿Quieres que monte sobre ti, Kaysar?

–Más que ninguna otra cosa.

–Me alegro. Va a ser maravilloso, cariño –dijo ella, y fue bajando el cuerpo con lentitud–. Eres muy grande.

Apretó el sexo desnudo contra su miembro, y a él se le escapó un gemido ronco.

–Vamos a hacer lo que yo llamo golpecitos y frotamientos.

A él se le escapó otro gemido cuando ella se movió contra él, frotándose, envolviendo su miembro con la humedad de su cuerpo. Se deslizó hacia arriba y hacia abajo, y él fue perdiendo más y más el control.

–Sentirte contra mí, cariño...

Ella siguió moviéndose, cada vez con más fuerza, pero no era suficiente. Él necesitaba más. La sujetó por la nuca y alzó las caderas. Aquel contacto, más firme, fue demasiado pero, a la vez, no fue suficiente. La presión, la presión. Era tan buena, y tan necesaria... Maravillosa y terrible. Agonía y éxtasis.

–Chantel..., preciosa...

No le importaba que la fortaleza se desmoronara por la ladera de la montaña. No le importaba que los invadieran los Frostline, o Micah. Aquel placer, cada vez más intenso, estaba sometiendo todos los demás sentimientos...

No podía...

No estaba...

Ella se inclinó hacia abajo y lamió su boca sin dejar de moverse con más fuerza. Kaysar clavó los talones en el colchón y se impulsó hacia arriba, y se frotaron. La cama tembló. Él levantó las caderas de nuevo. Ella movió las suyas. Una y otra vez.

Kaysar tenía el corazón acelerado y la respiración cada vez más superficial. Seguía siendo demasiado, pero no suficiente. Muy pronto, algo iba a romperse dentro de él, y no estaba preparado para enfrentarse a ello. Sin embargo, siguió frotándose contra ella, desesperado.

Con un gruñido, la colocó boca arriba sobre la cama y se tendió sobre ella.

Chantel separó las piernas.

–Kaysar, estoy muy cerca otra vez...

–Pues vamos a acercarnos más, ¿de acuerdo?

Siguió meciéndose contra ella, con más rapidez, hasta que empezó a acometer como si fuera una máquina, mientras le pellizcaba los pezones.

–Así, así, así –cantó ella–. ¡Sí!

A él que se le llenaba el pecho de satisfacción al ver que la maravilla se extendía por los rasgos exquisitos de Chantel y su cuerpo llegaba al orgasmo por tercera vez. Él lo había hecho. Había convertido a su poderosa reina en una criatura de sensaciones, gobernada solo por las exigencias de su cuerpo.

–Quiero sentir tu orgasmo –le dijo, y metió dos dedos en su cuerpo.

Cuando sus paredes internas se contrajeron alrededor de los dedos de Kaysar, ella le agarró la muñeca para cerciorarse de que continuaba allí. Y, cuando ella se desplomó sobre el colchón, él apartó la mano y se tomó el miembro con la mano mojada.

Sintió éxtasis y dolor. Las dos cosas lo dominaron. Por primera vez, durante toda su existencia, se sentía vivo. Sin embargo, mientras se acariciaba a sí mismo, su propio clímax permanecía bloqueado. ¿Por qué? Siguió acariciándose, cada vez más deprisa y más fuerte, pero no lo consiguió.

La frustración hizo que el placer perdiera su brillo, que la dicha se le escapara entre los dedos, y rugió.

Chantel estaba con él, todavía en su orgasmo, y alzó la cabeza para lamerle los pezones.

–No va a parar. Es una maravilla. Tú eres maravilloso, Kaysar, por favor..., córrete por mí. Dijiste que me lo darías todo.

Mientras él se acariciaba, el extremo de su miembro rozó el clítoris de Chantel. Ella echó la cabeza hacia atrás y gritó.

Entonces, Kaysar sintió una euforia que se extendió por su cuerpo. El cataclismo que había estado esperando. La culminación de algo que había estado esperando mil años. Kaysar echó la cabeza hacia atrás y gritó al llegar al clímax sobre el vestido de su mujer.

Capítulo 23

Cookie siguió debajo de Kaysar mientras él volvía de las alturas. La sensación de vulnerabilidad era tan fuerte como un grillete. Generalmente, ella se iba inmediatamente después de una sesión de sexo para evitar la charla posterior. Sin embargo, en aquel momento lo único que quería era acurrucarse contra él y hablar con Kaysar de cualquier cosa. Su actitud severa había quedado hecha trizas.

¿Y él? ¿Sentiría lo mismo? Debía de sentir algo importante por ella. Profundo. Eso era lo que le parecía, a juzgar por sus reacciones y por su forma de mirarla... No tenía nada que ver con la venganza. Había conexión entre ellos. Una conexión que ella nunca había experimentado con otra persona. Y ya no sabía si podría vivir sin ella.

Kaysar quería que se quedara con él, y lo haría. Sin embargo, nunca se conformaría con el segundo puesto. Iba a luchar por él.

Kaysar tenía los ojos cerrados. Ella le apartó un mechón de pelo de la frente. Era un rey roto, muy bello. Notó una opresión en el pecho. No podía negar que lo deseaba como a ningún otro. Él la excitaba, la satisfacía de una manera que solo había creído posible en sueños.

Le gustaba, y le encantaba cómo funcionaba su mente astuta. Tenía un sentido del humor irónico que encajaba perfectamente con el suyo.

Él había soportado abusos y maltrato de niño, y de adulto solo había conocido el odio. Nadie había luchado por él, y eso también era una tragedia. Se merecía tener una compañera, una defensora. Alguien que matara a sus dragones.

¿Acaso no había estado anhelando siempre las aventuras? Pero ¿cuánto era demasiado? ¿Y si los dos asesinos fallaban? En realidad, había muchas posibilidades de que fracasaran. ¿Podría sobrevivir Astaria al final de su

relación?

Aquel era el único momento en que podría prevenir una ruptura. Con un poco de trabajo y mucha amnesia selectiva, podían recuperar su trato de negocios. Probablemente.

Pero ella lo deseaba. Con todas sus fuerzas.

Iba a luchar hasta el final, y de la única manera que sabía luchar: paso a paso, día a día.

Aquel era el mejor día para empezar: Cookie Bardot, preparada para su misión.

Evaluó a su oponente. Era la venganza, que había vivido con Kaysar durante miles de años y había sido su única fuente de alegría.

¿Qué podía ofrecerle ella exactamente? Tenía que ser algo que no pudiera conseguir en ningún otro lugar. Sexo con la fuerza de un cataclismo. Y consuelo, quizá.

Así pues, su estrategia estaba clara: debía utilizar su sexualidad al máximo.

Kaysar abrió los ojos y... sonrió con una expresión de satisfacción sublime.

—Oh, vaya... —dijo, mientras se apartaba hacia un lado y señalaba su ropa—. Te he estropeado el vestido.

Cookie notó un cosquilleo en el estómago. El sexo le ponía de buen humor. Y le hacía absolutamente irresistible. Era bueno saberlo.

—¿Me lo quito? —preguntó ella, en el mismo tono juguetón que él había utilizado.

—Por supuesto. Ordenaré que lo limpien.

Entonces, él pasó las garras por el centro del vestido, desde el escote hasta el bajo de la falda. Los botones salieron volando en diferentes direcciones y la tela cayó desde las curvas de Cookie al colchón. Él apartó el vestido con un movimiento de la muñeca.

—Y que lo arreglen.

Lo había cortado con total precisión. La punta de sus garras ni siquiera le había rozado la piel.

—Gracias —dijo ella, y movió los hombros, disfrutando de la libertad al haberse librado del vestido almidonado. Había acabado el tiempo del desdén y la frialdad—. Pero quiero que ordenes que limpien, arreglen y sustituyan el vestido. Espero algo incluso más severo. Estoy impaciente por descubrir a cuántas de mis personalidades eres capaz de seducir.

¿A todas?

Él se quedó inmóvil.

—¿Vas a permitir que me quede en tu castillo? ¿Tengo tu perdón, entonces?

—Por ahora, puedes quedarte —respondió ella, suspirando—. Podemos negociar día a día, como sea necesario.

—Eso es de mi agrado —dijo él, y volvió a sonreír.

Y ella, sin poder evitarlo, sonrió también.

La venganza no tenía ninguna posibilidad.

—Dentro de una hora, en tu armario encontrarás la mejor ropa de todos los mundos que existen —dijo él. Tomó su mano y le lamió los nudillos—. De lo contrario, los comerciantes, los sirvientes y los guardias morirán con dolor. Estoy seguro de que vas a necesitar un traje para cada ocasión.

Parecía que a él le encantaba que su ropa exacerbara los diferentes rasgos de su personalidad; seguramente, otros hombres habrían salido corriendo de miedo. Cookie empezó a valorar más su nueva habilidad. Kaysar y ella podían divertirse mucho juntos, y la diversión era algo que los dos necesitaban de verdad.

—Acércate a mí —dijo él.

La tomó y se la colocó sobre el torso. Ella apoyó la mejilla sobre su pectoral tatuado, encima de su corazón. Disfrutó del calor, de la seguridad, de la conexión. Era reconfortante.

Y los olores... Todo emanaba la potente fragancia de Kaysar.

Él le pasó los dedos por el pelo.

—¿Por qué nunca te acurrucabas con nadie, antes de estar conmigo?

Entonces, ¿quería que compartieran sus miedos e inseguridades? Bien. Nunca habían hecho nada que no fuera extraño, así que podían continuar.

—No quería acostumbrarme a algo que no iba a poder conservar. Cuando la gente me conocía de verdad, se marchaba. Los únicos que se han quedado conmigo han sido Pearl Jean y Sugars.

—Yo no te voy a dejar —dijo él, en un tono sincero—. El destino te hizo un favor con todos los demás, querida. Quien pretenda dejarte es un idiota, y tú eres demasiado valiosa como para estar con idiotas. Además, si cualquier otro tipo se hubiera acurrucado contigo, yo lo habría matado por atreverse a tomar lo que es mío.

Ella se emocionó al oír aquello.

—Eres muy amable por decírmelo.

—Sí, soy famoso por mi amabilidad —bromeó él, y sonrió. Después, volvió a ponerse serio—. Entonces, ¿ya me has presentado a la verdadera Chantel Cookie Bardot?

—Creo que sí. Es que... nunca me había sentido tan rara y tan yo misma a la

vez.

–Tal vez estés aprendiendo a aceptar tu propia verdad.

Sí, él estaba en lo cierto.

–Para tu información, me cae muy bien el verdadero Kaysar –dijo Cookie.

Le daba la impresión de que era la única persona que lo había conocido. Era un oso de peluche con tendencias asesinas, con un gran corazón y con una enorme erección.

–Me alegro. No sé si podría ser de otro modo.

–Pues, entonces, yo también me alegro –dijo Cookie, y notó que él le apretaba la cabeza con los dedos. ¿Se habría dado cuenta, o había sido un acto reflejo?

–¿Quién es Drendall? –preguntó, de repente.

Él dejó de mover la mano sobre su pelo. Fue solo un momento.

–Mi hermana tenía una muñeca. Era muy bonita. Era el juguete favorito de Viori. Lo llevaba a todas partes –explicó, y su mirada se perdió en algún punto de la habitación–. Viori era una niña muy feliz, siempre estaba sonriendo. Bueno, salvo a aquellos que insultaban a su maravillosa Drendall. No recuerdo dónde ni cómo llegó a sus manos aquella muñeca, solo me acuerdo de que la llevaba agarrada día y noche. Tú te pareces a Drendall.

¿De veras?

–¿Por eso te gusté al principio? ¿Porque me parezco a una muñeca?

–No, me fijé en ti por eso. Pero sentí interés en ti porque... eres tú.

Bien. Eso estaba mejor. Cookie intentó no pensar en el nudo que se le había formado en la garganta.

–¿Cuál es tu recuerdo favorito de tu hermana?

–Cuando le cantaba nanas. Ella siempre se quedaba dormida con una sonrisa. Olvidaba sus problemas.

Cookie le dio un beso en el corazón, ofreciéndole afecto y consuelo, y le acarició la garganta con los nudillos.

–Tu voz es lo más asombroso que yo haya oído nunca.

–Mi *glamara* se basa en ella. Puedo obligar a los demás a cumplir mis órdenes, o cantarles hasta causarles la locura.

Aquella era una habilidad muy útil, pero también terrorífica.

–No me gustaría que me obligaras a hacer nada.

–No te preocupes, querida. Nunca lo haré. Te doy mi palabra. Yo quiero que me des tu afecto libremente –dijo él, y le dio un beso en la frente. Fue un gesto muy dulce–. Tú respondes a mi canción de un modo distinto a los demás.

Ella percibió que a él le encantaba que así fuera, y... bueno, quizá a ella, también.

—Voy a contarte un secreto. Tus canciones me excitan. Si no hubiera estado tan ocupada matando a todos esos soldados, me habría lanzado sobre ti en el campo de batalla.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

Él soltó un gruñido, y tuvo una erección.

—Permitidme que os revele, Su Alteza Real, lo que tengo planeado para vos esta mañana, antes de que me distraiga —le dijo, y comenzó a jugar de nuevo con ella.

¡Oh! Aquel era su primer día como reina oficial del castillo. Saltó sobre él y dio un grito.

—¡Sí, sí! Te lo permito. Dímelo.

Él se echó a reír.

—He organizado la visita de tus súbditos a palacio. Ellos le traerán regalos a su adorada reina y le rogarán que les permita servirla en todo lo necesario. Cuando te aburras de su adoración constante, empezarás tus clases con el creador de portales.

Sí, y mil veces sí.

—¿Qué más, qué más? —preguntó ella.

—Nuestra pitonisa, Eye, tiene órdenes de no hacer nada, salvo esperar tu llamada. Cuando estés preparada, ella se adentrará en el mundo de los mortales y te mostrará a Pearl Jean y a Sugars.

¿Cómo?

—¿Lo dices en serio?

—Sí, muy en serio.

—Oh, Kaysar —dijo Cookie, y lo abrazó con fuerza—. Gracias por organizarme el día más especial de mi vida.

Él la abrazó también.

—¿Y tú? ¿Vas a hacer algo por mí?

—Sí. Cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa?

—Dentro del sentido común —añadió ella, con una sonrisa.

Por un momento, pareció que algo atormentaba a Kaysar. Al segundo, dijo:

—Si alguna vez recuerdas una parte de la vida de Lulundria, si sientes alguna de sus emociones, dímelo. No esperes para contármelo. Deja lo que estés

haciendo y ve a buscarme, interrúmpeme en cualquier caso. Dame la oportunidad de explicarte las razones por las que Lulundria se equivocaba al sentir lo que sentía.

–De acuerdo. Pero, Kaysar, de veras, no creo que recuerde nada más. Si ella está aquí –dijo Cookie, dándose un golpecito en la sien y, después, en el corazón–, no tiene fuerzas suficientes para mostrarme nada más. Seguramente, yo soy demasiado poderosa, o algo por el estilo.

Para ser sincera, creía que las dos visiones que había tenido habían sido los últimos esfuerzos que había podido hacer Lulundria para avisarla en contra de Kaysar.

La princesa, que había muerto odiándolo, le había hecho un enorme regalo. Y ella sabía que era terrible haberse emparejado con su asesino, pero no iba a dar marcha atrás en sus decisiones ni iba a permitir que Lulundria o Jareth Frostline le hicieran cambiar de opinión.

–¿Seguro? –preguntó Kaysar–. Has aprendido a utilizar sus poderes con tanta facilidad como respiras, casi como si ella misma te hubiera enseñado.

–Tal vez sea algo memorizado. O, tal vez, fuera gracias a la semilla de saúco.

Cookie no había querido hablar de ello porque no tenía idea de qué podía suceder.

Alguien llamó a la puerta y ella se sobresaltó. Kaysar se puso en pie y preparó las garras.

Su actitud agresiva despertó el mismo instinto en ella. Se agachó en la cama, se cubrió de enredaderas y se preparó para golpear.

–Quienquiera que haya llamado a la puerta –gritó él, mientras se abrochaba el pantalón– va a morir si no me convence su motivo para interrumpir.

–La sala de baile está preparada, Majestad –respondió una mujer, en un tono extrañamente alegre, teniendo en cuenta que su vida estaba en juego.

El enfado de Kaysar desapareció al instante. Se puso muy contento.

–Tus súbditos te esperan, querida.

–Un momento –dijo Cookie. De repente, se sentía muy insegura. ¿Qué iba a ponerse? ¿Cómo debía peinarse? Había que saber cosas como aquellas antes de asumir un puesto de liderazgo. La primera impresión era algo muy importante.

¿Y si Micah atacaba aquel primer día? Ella todavía no tenía dominadas por completo todas sus habilidades. Micah conocía aquellas habilidades, así que tampoco podía contar con el elemento sorpresa. Él era residente natural de aquel reino, y era posible que supiera qué podía debilitarla o detenerla. Si la vencía delante de su gente...

No, no. Necesitaba entrenarse mucho antes de asumir el control del reino.

–Lo siento, pero no estoy lista, Kaysar. No voy a ir al salón de baile, y tú no puedes obligarme. No intentes hacerme cambiar de opinión –dijo.

Su propia cobardía le resultaba humillante. Él era tan fuerte, y ella estaba siendo tan débil... Si decidía dejarla por aquello...

No podría hacer nada al respecto.

Al instante, él se teletransportó a su lado y se sentó en el colchón. La tomó por la barbilla y, en un tono suave, le dijo:

–Querida, la reunión solo era una sugerencia. Si alguna vez planeo algo que sea desagradable para ti, solo tienes que decírmelo y lo cancelaré. Puedo darte lo que tú quieras, pero solo si sé lo que es.

De acuerdo. Kaysar tenía toda la razón. Ella se calmó.

–Gracias. Creo que prefiero la sesión de entrenamiento con el aprendiz esta mañana.

–Por supuesto –dijo él, y le besó la frente. Se puso en pie, y dijo–: ¡Eye! Dile a la gente que se marche inmediatamente. Que comprendan que han ofendido a la reina con su impertinencia, y que serán castigados si vuelve a suceder.

Cookie se pellizcó el puente de la nariz. Kaysar era malévolo.

–He dejado un regalo para ti en el armario –dijo él–. Vístete y ven a reunirme conmigo al salón del trono. Tu entrenamiento comenzará en cuanto estés preparada.

Perfecto.

–¿Dónde está...?

Él sonrió y desapareció.

–¿El salón del trono?

Cuando terminó la pregunta, estaba sola en la habitación.

Rápidamente, fue al vestidor y lo abrió de par en par. Aunque no había nada distinto, vio algo metálico y brillante sobre la cómoda. ¿Un arma?

Con el ceño fruncido, tomó el objeto. Era una delgada línea de eslabones con unas garras metálicas al final.

Kaysar le había dejado allí su arma de la mano derecha, y él se había quedado con la de la izquierda. En una de las garras había una nota clavada. Tomó el papel y leyó el mensaje: *Nuestro uniforme de equipo.*

Se apretó las garras contra el pecho y sonrió. Después, miró los vestidos entre los que podía elegir. ¿Quién quería ser aquel día? ¿La reina malvada o la pastorcilla inocente?

Capítulo 24

Kaysar se apoyó en el brazo del trono de Chantel, un enorme asiento hecho de oro macizo y completamente labrado con flores. Él mismo había contratado a un orfebre para que hiciera aquel trabajo mientras ella dormía para librarse de los efectos de la semilla de saúco. ¿Le gustaría a su Bella Durmiente?

Estaba impaciente por conocer su reacción. Si le gustaba el trono la mitad de lo que le gustaban las joyas, tal vez él tuviera el enorme privilegio de poder escuchar otra de sus carcajadas.

Tal vez, incluso, ella quisiera volver a la cama. Kaysar la necesitaba. Su cuerpo la anhelaba a ella y solo a ella. Ninguna otra criatura viviente tenía tantos efectos sobre él. La cadencia de su voz le hacía hervir. Chantel jugueteaba con él y lo atormentaba y lo dejaba desesperado por conseguir más de ella, y más de la vida. ¿Quién más podría llenar sus días con tanta expectación?

Con su sonrisa, ella podía iluminar toda una habitación. Con ella, el tiempo tenía significado otra vez. Un minuto lejos de ella era una eternidad, pero mil años a su lado no eran suficientes.

Chantel tenía un enorme sentido de la lealtad y valoraba a sus compañeros de equipo. Era valiente y estaba segura de sí misma. Solo mostraba vulnerabilidad con él. Decía la verdad, aunque se sintiera amenazada.

Si él le hacía daño alguna vez, ella tenía el poder de atravesarlo con una de sus enredaderas. ¿Acaso sabía ella lo sexi que era eso para él?

Y ¿dónde estaba? Hacía una hora, la había dejado en su habitación. Una eternidad. Estaba esperando su llegada con una mezcla de impaciencia y excitación. Sospechaba que... la echaba de menos.

Recordó algo. La venganza, primero, y después, Chantel. Así era como tenían que ser las cosas. Podía dar y recibir placer, pero no podía permitir que ella se convirtiera en su razón para vivir.

No podía cambiar una cosa por la otra. Viori era venganza, y él no era capaz de dejarlo pasar. Sin embargo, tampoco estaba dispuesto a dar un paso atrás con respecto a Chantel..., aunque eso fuera lo más inteligente.

Tenía miedo a lo desconocido, pero no iba a terminar su relación con Chantel por ese motivo. Ya le había hecho un lugar en su vida, le había hecho un hueco que podía ocupar, por muy desconocida e inesperada que fuera su forma de reaccionar ante ella.

Solo tenía que ser cuidadoso. Dedicarle cierta cantidad de tiempo, de energía y de pensamientos cada día, pero nada más, y nunca antes de pensar en otro modo de hacerles daño a los Frostline. Eso sí sería factible.

Se preguntó qué vestido habría elegido Chantel para aquel día. ¿La reina oscura o la pastorcilla? ¿Se pondría sus garras?

Él nunca le había hecho regalos a ninguna amante ni amiga. Pero, a su familia y a aquellos a quienes quería y respetaba, les había regalado canciones.

Se le encogió el pecho al recordar a su madre, cuando cerraba los ojos y canturreaba con él, como había hecho Chantel. Su padre, un granjero curtido, muchas veces se había enjugado una lágrima a escondidas al oírlos. Y, cada vez que le cantaba una nana a Viori, ella le decía que lo quería.

Si Chantel y él decidían tener un hijo...

Se puso rígido y se agarró a los brazos del trono. No, no habría ningún niño que pudiera seguir con el legado de los Frostline. Nunca. No tenía que pensar más en aquel asunto.

Empezó a dar golpecitos con el pie en el suelo, cada vez más rápido, para distraerse. Miró a su alrededor. Había ordenado que llenaran la estancia con cosas que esperaba que le gustaran. ¿Qué pensaría Chantel del resultado? Asientos de terciopelo de colores, consolas sobre las que descansaban jarrones de flores, tapices y cuadros del tesoro real...

Él había aprendido en el campo de batalla la importancia que tenía el entorno. La opulencia provocaba reverencia y maravilla.

¿Por qué no había llegado ella todavía? Kaysar agitó el hielo de su tercer vaso de limonada. Era un deleite que había descubierto hacía poco tiempo. Había probado antes aquel zumo, por supuesto, pero le había resultado tan insípido como todo lo demás. Sin embargo, durante aquellos últimos días, sus papilas gustativas habían cobrado vida.

¿Le permitiría Chantel verter el zumo sobre su cuerpo y lamer las gotas?

Tuvo que moverse para ajustar su erección.

—¿Te has acostado con mi esposa? —le espetó Jareth, de repente.

En cuanto se había asegurado de que Chantel estaba a salvo, él había encadenado al príncipe al borde del estrado real con una cadena mística que impedía a Jareth teletransportarse. Tenía previsto torturarlo en cuanto surgiera la oportunidad. Todavía no había encontrado el momento adecuado.

—Lo que yo haga con mi amante no es asunto tuyo.

Con su tono de voz, le estaba avisando al príncipe de que se acercaba a un límite peligroso. No iba a alardear de lo que hacía con Chantel. Preferiría cortarse la lengua. Su pasión le pertenecía a él, solamente a él, y no iba a compartirla con nadie.

Además, no le gustaba que Chantel tuviera ningún tipo de vínculo con Jareth, ni siquiera por asociación. Por desgracia, la única manera de cortar aquel vínculo sería matar al príncipe, y él todavía no estaba dispuesto a dejar de atormentar a Jareth. Por otro lado, quería que Chantel fuera libre ya...

El príncipe se puso en pie. No parecía que le preocupara el collar de diamantes que lo mantenía atado a la cadena. Mostró los dientes y apretó los puños.

—A tu manera, ella te importa. Me doy cuenta. Entonces, ¿por qué no estás más alarmado por los horrores a los que vas a someter a la chica? ¿Por qué no te importa el oscuro futuro que le has arreglado? Contigo, se convertirá en un ser cada vez más malvado. Lo sabes, ¿no? La estás destrozando.

Kaysar le dio un sorbito a su limonada.

—Tú deseas darle lo que tú quieres. Yo le doy lo que quiere ella. A ver si aprendes la diferencia y, así, podrás conservar a tu segunda esposa.

Después de pensarlo mucho, había decidido permitir que Jareth instruyera a Chantel en el arte de crear portales a otros mundos, que le enseñara todo lo que había aprendido con Lulundria.

A Kaysar le preocupaba que Jareth aprovechara la oportunidad para hacer que Chantel lo recordara. Casi tenía la esperanza de que el príncipe lo intentara. Una parte de él necesitaba que ella lo recordara todo lo antes posible, para saber qué obstáculos necesitaba salvar. Así, podría quitarse aquella carga de los hombros. Podría actuar para arreglar las cosas.

Si ella volvía a enamorarse del marido de Lulundria...

Al pensarlo, se estremeció. No. No iba a suceder. Chantel era fuerte, y conservaría el dominio de sus emociones para siempre.

Jareth se lanzó hacia Kaysar, pero la longitud de la cadena no le permitió llegar al trono. Se le había regenerado la mano, y señaló a Kaysar con un dedo.

—Sigue ahí sentado, sin preocuparte de la vida de nadie, salvo de la tuya, con

el empeño de castigar a alguien que piensas que te ha causado un mal. Pero ¿y tus propios crímenes? ¿Es que tú no mereces castigo?

—Claro que sí —dijo Kaysar, y su honestidad dejó sorprendido al príncipe.

Él sabía que había cometido atrocidades y que, algún día, alguien se las haría pagar muy caras. Chantel ya había empezado... Miró hacia la puerta.

—Pero yo ya recibí la mayor parte de mi castigo con antelación, ¿no te parece?

El príncipe se estremeció y fue a sentarse, con abatimiento, a los escalones del estrado.

—Siguiendo tu lógica, yo también recibí mi castigo con antelación. Sufrí el mismo maltrato.

—O estás mintiendo, como hacen todos los Frostline —le dijo Kaysar, con ira—. Ya está bien, Jareth. Solo estás aquí para enseñar a mi mujer a crear portales. Eso puedes hacerlo dando ejemplos, y no te hace falta la lengua. De hecho, ya he elegido un frasco para ella.

Por fin, las puertas se abrieron. A él se le aceleró el corazón y, al ver a Chantel, se le quedó la mente en blanco. El vaso de limonada se le cayó de la mano y se hizo añicos contra el suelo.

Dios santo... Sintió un orgullo inmenso. Ella había ocupado el vano de la entrada con las manos en las caderas. Se había puesto el traje negro, un body que se le ajustaba perfectamente al cuerpo curvilíneo y que tenía un escote muy bajo en forma de uve. A cada lado de la uve había bordadas flores de seda. De la cintura partía una cola de volantes cuyo bajo descansaba a sus pies. Llevaba unas botas de cuero que le llegaban hasta la rodilla.

Se había peinado con tirabuzones y moños, y llevaba rubíes en las orejas, la garganta, las muñecas y los dedos. Las piedras, del color de la sangre, eran el complemento perfecto para su piel pálida. Y, en su mano derecha, brillaba la garra.

Kaysar exhaló un suspiro.

Había merecido la pena esperar.

Aquella mujer, que le había regalado el clímax más poderoso de su vida, había decidido también ser su reina perfecta. Él no iba a recuperarse nunca de aquel momento.

Al verlo, ella sonrió lentamente. Su sonrisa fue tan deslumbrante que él supo que nunca podría comparar aquella visión con ninguna otra.

—Hola, señores. ¿Les importaría que me uniera a la fiesta?

—Puedes hacer lo que desees, querida —respondió Kaysar, con ganas de

sonreír. Ella le hacía eso. Hacía que se sintiera más ligero.

Pero... ¿qué hacía él por ella? Pensó en lo que le había dicho Jareth. Que la estaba destruyendo.

Se frotó el pecho porque, de repente, había sentido una quemazón. No consiguió volver a respirar bien hasta que se dio cuenta de que Chantel estaba mirando su torso cubierto de mapas y se pasaba la lengua por los incisivos, como si imaginara que saboreaba cada centímetro de su piel. La sangre volvió a llenarle la entrepierna.

—Debería haber venido antes, pero alguien se olvidó de dejarme un mapa —dijo Chantel, y le lanzó un beso, dejándole claro que ya lo había perdonado.

Él tuvo que contenerse para no ir a darle un beso de verdad.

—Hola..., Cookie. Me han dicho que es como prefieres que te llamen —dijo Jareth—. Estoy deseando empezar tu entrenamiento.

Ella abrió unos ojos como platos.

—¿Tú eres mi profesor?

—Sí —dijo Kaysar, y se teletransportó a su lado—. Y se va a comportar muy bien. No hará públicas sus estúpidas opiniones —añadió. Tomó su mano y le besó los nudillos—. ¿Recuerdas nuestro trato?

Si ella tenía algún recuerdo, debía decírselo.

—Sí —dijo Chantel. Sin apartar la vista de él, se dirigió al príncipe—. Por favor, Jareth, aparta la vista y tápate los oídos por lo que viene a continuación.

Se acercó a Kaysar y apoyó la garra de metal en su corazón. Entonces, en un susurro, le preguntó:

—¿Te acuerdas de cómo he conseguido que te corrieras sobre mi vestido?

—Sí —gimió él, abrazándola—. ¿Voy a poder repetirlo con este vestido?

—Solo si estoy increíblemente excitada después de la clase —dijo ella, con una sonrisa de picardía. Algo que él querría ver durante el resto de sus días.

—Vas a sentir tanto deseo que te va a doler —dijo Kaysar. Se iba a asegurar de ello.

—¿Sabes una cosa? —preguntó ella, poniéndose de puntillas para hablarle al oído—. Ya estoy increíblemente excitada. No puedo dejar de pensar en lo que nos hemos hecho el uno al otro...

¿Tal vez, su primera clase de creación de portales a otros mundos pudiera esperar?

—Te gustó que te lamiera, ¿verdad? —le preguntó, con la voz enronquecida—. ¿Quieres que vuelva a hacerlo?

Estaba dispuesto a echar a todo el mundo de la habitación y empezar en

aquel momento.

–Lo que de verdad me gustaría es lamerte a ti –dijo ella–. Pensaba que me iba a sentir un poco asesina con este vestido, que sería perfecto para las clases, pero imagínate mi sorpresa al descubrir que no soy una reina malvada, en absoluto –explicó. Se ruborizó y se mordió el labio–. Lo cierto es que estás viendo a una seductora malvada, cariño, que está desesperada por lamerte entero. ¿Quieres que lo haga?

–¡Sí! –gritó él. No era su intención responder a gritos, pero se moriría si ella no tomaba su miembro entre aquellos labios de color rubí.

–Entonces, posiblemente, lo haré después.

Él tragó saliva.

–No juegues con tu hombre, Chantel.

–Cariño, lo único que hago es jugar –dijo ella, y lo soltó. Le brillaban los ojos–. Soy malvada, ya te lo he dicho.

Él la abrazó.

–Por tomarme el pelo deberás sufrir las consecuencias.

–Eso espero –dijo ella, sin perder la sonrisa–. Si te portas bien ahora, después podrás correrte en mi lengua.

Aquella mujer le hacía sentir demasiadas cosas.

–La clase de hoy queda oficialmente cancelada –gritó Kaysar, y abrazó con más fuerza a Chantel.

–Jareth –dijo ella, apartándose de él–. Ya puedes mirar. La clase empieza oficialmente en este momento.

–Ya estoy aquí, ya estoy aquí –dijo Eye, que entraba en la sala con un carrito lleno de comida–. Traigo las tartaletas que ha pedido, Majestad.

Kaysar trató de conservar la calma mientras todo el mundo conspiraba contra él.

–Chantel, te presento a Eye, nuestra pitonisa. Eye, Chantel, la Bella Durmiente. Mi... mía.

–¿Es ella quien me va a mostrar a Pearl Jean y a Sugars? –preguntó Chantel–. ¿Y me has llamado Bella Durmiente?

–Mis compañeros de equipo tienen sobrenombres –dijo él, encogiéndose de hombros.

–No puedo hacerlo, lo siento –dijo Eye–. Kaysar no esperó lo suficiente como para escuchar mi respuesta. Soy incapaz de ver el mundo de los mortales.

Kaysar se frotó el centro del pecho nuevamente. Primero, Chantel se negaba a saludar a sus súbditos. Ahora, su pitonisa lo contradecía.

Chantel se acercó y apoyó la cabeza en su hombro, y lo acarició en el lugar que él se había frotado. Aquel gesto tan sencillo lo calmó. Después, ella miró a la pitonisa.

–¿Eye es el diminutivo de algún nombre?

–Me llamo Ambrosine –respondió la muchacha–. Ambrosine Adriene.

–¿Y no tienes un alias?

–Amber –dijo Eye, y se encogió de hombros–. Así es como prefieres llamarme tú, de todos modos.

–¿Y cómo lo sabes? Ah, claro –dijo Chantel, y se echó a reír–. Es lógico que una vidente vea esas cosas. No debería sorprenderme.

¿Hasta qué punto había visto la pitonisa el futuro? Él siempre se había contenido y no había pedido demasiadas respuestas ni visiones, porque... no estaba seguro de por qué. No tenía miedo, pero, tal vez, sí sintiera un poco de incertidumbre en cuanto a la relación. ¿De veras quería que el futuro interfiriera con el presente?

–Yo soy Cookie –dijo ella, y miró a Kaysar pensativamente–. Mientras recorría el castillo, iba pensando en posibles títulos para mí misma. Chantel la Bella Durmiente es estupendo, pero no quiero que la gente de Astaria me llame Chantel. Solo tú. ¿Qué sobrenombre podría tener?

–Esos títulos se reciben, no se eligen –dijo Jareth, que decidió participar en la conversación. Su tono era de amargura–. Lulundria era conocida como la Bondadosa. Era un título por el que luchar...

Kaysar se teletransportó y agarró del cuello al príncipe.

–A lo mejor deberías retirar tu comentario hacia mi compañera, Jareth –le dijo–. No debería recordarte que Cookie la Inquebrantable es perfecta tal y como es.

Mientras trataba de respirar, Jareth enrojeció de ira.

–No es necesario que hieras a mi profesor –dijo Chantel, tomando a Kaysar de la muñeca para que apartara la mano–. Lo entiendo. Echa de menos a su esposa, y busca una sustituta. No podemos culparlo por ello.

Kaysar soltó al príncipe, que tomó una bocanada de aire. Chantel había hablado con bondad de un Frostline que la había ofendido.

Eye dio un paso atrás con el carrito de la comida.

¿Estaba experimentando Chantel las emociones de la princesa Lulundria sin darse cuenta? Kaysar no se esperaba algo así.

Tomó de la mano a su amante y la teletransportó al trono, porque no quería que nadie oyera sus palabras.

–Vas a empezar las clases, pero no vas a volver a tratar al príncipe con amabilidad –le dijo, con los dientes apretados–. ¿De acuerdo?

–No, en absoluto. Lo trataré como crea que es debido –respondió ella. Le lanzó otro beso y se alejó hacia él. Miró hacia atrás y le dijo–: La seductora malvada no es dominada. Ella domina.

Kaysar quiso besarla.

Miró a Jareth. El príncipe sonrió con desprecio.

–Vamos a terminar con esto –gruñó Kaysar.

Capítulo 25

Bajo la mirada vigilante de Kaysar, Cookie se entrenó con Jareth durante horas. Su rey los observaba desde el trono de oro, en silencio. No apartó ni un momento los ojos de ella. Cada vez irradiaba más tensión.

El primer obstáculo en su campaña para ganárselo al deseo de venganza era el miedo que él sentía por el hecho de que ella recuperara los recuerdos de Lulundria. Su operación para ocupar el primer puesto de sus intereses había tenido un comienzo difícil.

El miedo a perder algo alejaba a las personas de lo que deseaban. Ella lo sabía por experiencia. Si él no conseguía controlar su preocupación, se abriría un vacío entre ellos, y ella perdería la guerra incluso antes de empezar. Tenía que actuar lo antes posible. Así que necesitaba recordar la vida de Lulundria y demostrarle a Kaysar que no tenía motivos de preocupación. Pero ¿cómo?

No le había mentado. Después de aquellas dos visiones de los últimos minutos de Lulundria en Astaria, cuando Jareth le había lanzado los dardos de hielo y Kaysar había colocado a la princesa en la línea de fuego, no había vuelto a recordar nada por parte de la princesa.

—Concéntrate —le espetó Jareth.

Trató de agarrarla, pero se detuvo antes de tocarla. Quizá tuviera miedo de que Kaysar volviera a cortarle la mano. Era un tipo listo.

—Te he dicho cómo puedes crear y liberar las enredaderas sin que se marchiten. Pero tú no lo has asimilado. Es una decepción.

Ella fulminó con la mirada a su despiadado profesor.

—El problema no es la estudiante —le dijo—. Tú esperas que yo haga todo lo que hacía Lulundria, cuando yo no crecí sabiendo lo que ella sabía.

—¡Manzana!

Eye, o más bien Amber, estaba sentada en el estrado real, cerca del trono.

Cuando Kaysar estaba a punto de estallar, ella gritaba su versión de una advertencia.

—¿Os gustaría tomar una tartaleta de manzana, Majestad?

Jareth se pasó una mano por el pelo rubio.

—Las enredaderas conservarán su vitalidad, aunque estén a una gran distancia de ti, si tú mantienes tu vínculo místico con ellas. Piensa en que cada una de las enredaderas que creas son un miembro de tu familia. No tenéis por qué estar juntos para sentirlos unidos.

Bueno, ella nunca se había sentido unida a su familia. A Pearl Jean y a Sugars, sí. ¿Y a Kaysar?

Tragó saliva. ¿Ya lo consideraba de su familia?

—Vamos a intentar otra cosa. Con la práctica, puedes lanzar enredaderas como yo lanzo los dardos de hielo. Mírame.

Se giró hacia la pared opuesta y movió una mano. Los dardos de hielo salieron disparados de sus manos.

—El poder fluye desde aquí —dijo, tocándose el pecho— hacia las yemas de mis dedos.

—Sí, pero ¿cómo obligas al poder a que vaya desde el punto A al punto B?

—¿Obligarlo? —preguntó Jareth. Bajó la cabeza y murmuró—: ¿Es que nunca escuchas?

—¡Canela! —gritó Amber—. He seleccionado este delicioso pastel de canela para vos, Majestad.

—Nunca debes obligarlo —dijo Jared, lanzándole una mirada fulminante a Cookie—. El poder tiene que fluir. Fluir. Flu... ir.

Idiota condescendiente. Ella estaba cada vez más furiosa.

—¿Y cómo fluye el poder desde el punto A hasta el punto B?

—Porque tú dejas de resistirte. Como te he dicho ya varias veces.

—¡Fresas con chocolate! —gritó, aún más alto, la pitonisa—. Las fresas están muy dulces a estas alturas de la temporada. ¿Queréis que os prepare un cuenco?

Cookie empezó a comprender la cruda realidad. Lulundria no le había regalado un corazón. La había cargado con un exmarido beligerante. Aquel tipo no tenía paciencia y era muy irritable. Ciertamente, tenía motivos para sentir antipatía por ella, porque ella lo había rechazado, pero ¿no podían llegar a una tregua?

—Vamos a mirarlo desde otro ángulo —dijo Jareth—. Un corazón espiritual es una batería para tus habilidades, del mismo modo que un corazón natural es una batería para tu cuerpo. Es tu núcleo. Tu estado primigenio. Si descubres qué es lo

que te impulsa, accederás a tu poder.

Ella empezó a caminar de un lado a otro mientras pensaba en el primer día que había creado las enredaderas. Era una mañana soleada y estaba en su jardín; había tenido la sensación de que alguien la estaba espiando. Había sentido pánico y había echado a correr. Antes de eso, les había dicho a Pearl Jean y a Sugars que entraran en casa para que estuvieran seguros.

¿Era tan sencilla la respuesta? ¿Su primer impulso, su instinto, era proteger a aquellos a quienes quería?

Sin embargo, durante sus primeras horas en Astaria, había creado enredaderas para sí misma, no para sus seres queridos.

Entonces..., ¿su primer instinto era protegerse a sí misma?

Volvió a la realidad; quería averiguarlo. En ese momento, se dio cuenta de que el rey y el príncipe la estaba observando atentamente. Sin embargo, solo una de las miradas le calentó la piel y le recordó a su cuerpo el calor y la conexión que la esperaban...

—Kaysar —dijo, en tono de deseo.

Quería acabar con la clase. Jareth y ella podía retomarla al día siguiente. En aquel momento, su prioridad era llevarse a Kaysar a la cama.

Por fin, él habló:

—¿Sí, querida? ¿Necesitas algo de mí?

Ella abrió la boca para invitarlo a una sesión de orgasmos, pero Eye intervino:

—Majestad —dijo con urgencia la vidente. Miró más allá de Kaysar, más allá del salón del trono, con el ceño fruncido de concentración—. El rey Hador... ha invadido las Tierras del Atardecer.

—¡Cómo es posible! —siseó Kaysar, mientras se erguía bruscamente—. Debe pagarlo, y yo tengo que irme.

No volvió a mirarla. Desapareció.

A ella empezaron a arderle las mejillas. Amber la miró, estremeciéndose.

—Lo siento —dijo la muchacha—, pero no va a volver hasta dentro de unos días.

—Tenía que ser mi padre el que lo empeorara todo —dijo Jareth.

Así que Kaysar se había lanzado a la batalla por la venganza, a la que consideraba su verdadera esposa. Dejando atrás a su amante sin molestarse en despedirse de ella. Y, además, esperando que ella lo entendiera. Ella, con la que había compartido tanta lujuria pocos momentos antes. Olvidada, como una promesa rota. Se le abrieron las viejas heridas, y las costras empezaron a supurar

dolor.

Él acababa de dejarla allí y ¿cómo sería la vida con él a partir de aquel momento? La seductora malvada había fracasado, como Cookie, la estudiante.

A medida que pasaban los días, fue estableciendo una rutina. Se despertaba, se ponía un vestido y se entrenaba con Jareth, y recorría el castillo para aprender su distribución y sus defensas. Comía y dormía sola.

Kaysar no volvió. No se teletransportó ni una sola vez para asegurarse de que estuviera bien ni de que Micah no hubiera atacado la fortaleza. Y ella se despertaba todas las mañanas preguntándose si aquel sería el día en el que iba a volver a ver a Kaysar. La esperanza, sin embargo, iba desgastándose hasta que llegaba la noche sin noticias de él. Sus nervios no iban a poder aguantar mucho más. La pesadilla de su infancia se había apoderado de su vida de adulta, y era muy doloroso.

Las dificultades del ahora eran las fortalezas del mañana, ¿verdad? Se echó a reír sin ganas. Lo mejor era tener siempre un plan de huida.

Con la ayuda de Jareth, y con algunos sueños muy útiles, había aprendido a crear enredaderas diferentes, tanto venenosas como medicinales. Incluso podía producir árboles frutales. Si alguna vez tuviera que huir, podría alimentarse y refugiarse por sí misma, no necesitaría ayuda de nadie.

Apretó los puños. Por culpa de su ausencia, Kaysar no sabía que su habilidad para crear portales había empezado a recargarse. Ella lo sentía. En cuestión de pocas semanas, podría ir junto a Pearl Jean y Sugars. Sintió una nostalgia casi insoportable al imaginarse frotando la cara contra el manto de la pantera de la casa, y abrazando a Pearl Jean con todas sus fuerzas.

Se enjugó los ojos y se concentró en los trajes que había en su armario. Aquella era una promesa que Kaysar sí había cumplido. Sus armarios estaban llenos de trajes con diferentes personalidades, con diferentes propósitos: seducir, mandar, reprender, castigar, provocar, someter... Salvo uno de ellos.

Era un vestido ceñido, de color marfil, con algunos bordes suaves y otros afilados. Tenía un aspecto severo pero, a la vez, encantador. ¿Era un vestido de novia? Pero él ya tenía esposa, ¿no? ¡Arg! ¿Qué le daba la venganza que no pudiera darle ella? Lo echaba tanto de menos..., y no debería, porque él hacía que se sintiera muy mal. Malquerida, sola, triste.

Se le llenaron los ojos de lágrimas otra vez. ¿Cuántas veces había mirado la puerta de casa, esperando que su padre fuera a buscarla? ¿Cuántas veces había mirado el teléfono, deseando que sonara, para que alguien la felicitara por su cumpleaños? Y no podía olvidar aquella discusión que había oído entre sus

padres, que se peleaban por quién tenía que quedarse con ella durante el fin de semana, como si fuera una carga que había que soportar.

¿Eso era lo que pensaba Kaysar de ella?

Además, ¿qué estaba haciendo? Eran compañeros de equipo, socios. Se suponía que, si había que atormentar a Hador Frostline, debían hacerlo juntos. En cuanto a Jareth Frostline... resultaba que no era tan mal tipo. Aunque la impaciencia se apoderaba de él muy a menudo, nunca la había lastimado ni insultado. Al menos, no con pullas verdaderas. Había dejado de juzgarla por ser diferente a Lulundria.

Cada día que pasaba, la situación de Jareth era más molesta para ella. Estaba encadenado por un crimen que no había cometido y olvidado por el hombre que era responsable de su falta de libertad. En cuanto se presentara la oportunidad, iba a abordar aquel tema con Kaysar: quería que liberara a Jareth. Lo haría con suavidad. Además, la reacción de Kaysar podía revelar mucho sobre el puesto que ella ocupaba entre sus prioridades.

Oyó unos susurros a su espalda. Eran los sirvientes, chismorreando otra vez. Le habían tomado una antipatía inmediata. ¿Quizá porque ella había masacrado a sus guardias? Sí, seguramente. Estaba demasiado cansada como para lidiar con su malicia, así que se dio la vuelta y les espetó:

–Adelante, seguid hablando a mis espaldas. Nunca sabréis cuándo voy a decidir apuñalar las vuestras.

Ellos palidecieron y se escabulleron. Se quedó sola, sintiéndose culpable y avergonzada, encima de todo lo demás. No habían hecho nada que mereciera una muestra de ira tan grande por parte de una mujer desconocida que exigía que la sirvieran. Tenía que hacer mejor las cosas.

Suspiró. Iba a cultivar una planta para cada uno, a modo de disculpa. Las Tierras del Atardecer llevaban mucho tiempo siendo yermas y, con un poco de color, podía conseguir que el terreno cambiara de aspecto.

Siguió su recorrido arrastrando los pies. Otra vuelta para conocer la última ala de habitaciones y... ¿Dónde estaba? Dio una vuelta para orientarse. Hacía pocos segundos estaba en un pasillo soleado y decorado con retratos enmarcados en oro, con consolas lujosas y asientos de terciopelo. Al tomar una esquina, ¡bum! Se había adentrado en una catacumba oscura y húmeda, alumbrada con unas pocas antorchas, con paredes de piedra.

Percibió un olor muy dulce. Con el corazón acelerado, preparó sus enredaderas y avanzó. A cada paso, su cayado golpeaba el suelo. Era el complemento perfecto para el vestido de pastorcilla que había elegido aquel día.

¿Por qué le había llamado la atención aquella prenda? ¿Cómo iba a encontrar una oveja si la que estaba perdida era ella?

Giró en otra esquina y ¡vaya! Se encontró con un arco precioso, hecho de fragmentos de metal, con un brillo azulado. ¿Era una puerta? Amber estaba ante el arco, con un vestido blanco y vaporoso, mirando al interior con una actitud tranquila y contemplativa.

Al notar su presencia, la pitonisa se volvió con una mano sobre el estómago. Al ver que era ella, se relajó.

—¿Cómo me has encontrado?

—No lo sé.

¿Era por el vestido? Quizá por eso había elegido el traje de pastora. Se había dado cuenta de que Amber desaparecía durante ciertos momentos del día.

—¿Qué es este sitio?

—Creo que es una especie de cueva del tesoro. La puerta no se cierra nunca. La descubrí el día después de que Hador llegara a las Tierras del Atardecer.

Cookie se contuvo para no pedirle que le pusiera al tanto de las andanzas de su amante. No quería caer tan bajo. Prefería guardarse aquellas preguntas humillantes para sí misma.

—¿Y qué hay al otro lado?

—Creo que conduce al reino de los mortales.

De nuevo, la nostalgia fue casi insoportable para ella. Las dos permanecieron en silencio, mirando al resplandor azul. Cookie estuvo pensando en hacer una locura... y cruzar el umbral. Era el momento perfecto para emprender una misión de descubrimiento. Pero ¿y si la puerta era una trampa para usurpadores? Si pasaba, podía terminar en una mazmorra, o algo por el estilo.

—Háblame de tus visiones —le dijo Cookie a Amber—. ¿Te equivocas alguna vez?

—No —dijo Amber—. Veo los sucesos como si fueran mis propios recuerdos. A veces, son cosas que ya han sucedido. Otras veces, veo lo que está sucediendo en el mismo momento. Y, otras veces, veo cosas que van a ocurrir. Podría obligarme a mí misma a buscar momentos específicos. Sería agotador, pero factible.

—¿Has visto algo de mi futuro?

A Amber se le hundieron los hombros.

—Sí. Y no necesito ser pitonisa para saber que anhelas tener respuestas.

Aquel día, sus emociones estaban desbocadas. Sentía mucha aprensión. No sabía si su destino sería funesto.

Tal vez sí, tal vez no. Pero no quería saberlo.

Y, sin embargo, dijo:

–Sí. ¿Voy a estrellarme y arder con Kaysar?

–Deja que te muestre lo que está haciendo ahora. Después, tú misma puedes darme la respuesta a tu pregunta –dijo Amber.

En la mente de Cookie apareció una imagen. Solo fue un segundo, pero a ella no le costó memorizar hasta el último detalle. Vio a Kaysar, merodeando por un terreno quemado, rodeado por volutas de humo y envuelto en sombras. Se acercó a un soldado que patrullaba y lo mató de un zarpazo.

–Estoy confundida –dijo Cookie–. ¿Se supone que esto es un punto de inflexión para mí?

Aquella visión solo había conseguido que deseara más a Kaysar. Él había terminado con un soldado enemigo. No era un hombre inocente.

De repente, el suelo comenzó a temblar violentamente, y Amber cayó sobre ella.

–¿Qué ocurre? –gritó, al notar que el temblor se intensificaba.

Una piedra enorme se desprendió del techo y cayó directamente hacia la vidente. Cookie creó un techo de enredaderas para proteger a la muchacha lo suficiente como para que pudiera apartarse. Cuando las enredaderas se marchitaron, el polvo del aire se les metió en la nariz y en la garganta, y las dos tosieron y tosieron. Amber permaneció en el suelo.

–Tengo una visión confusa, pero creo que un ejército de trastos ha conseguido entrar en el castillo. Quieren nuestra sangre.

¿Trastos fantasma, como los de su juego? Aquel presentimiento hizo que se apresurara a ayudar a la pitonisa a ponerse en pie.

–Vamos. Tenemos que patear unos cuantos traseros.

–¿Cómo? ¡No! Vamos a quedarnos aquí. Tenemos una vía de escape, si nos encuentran.

–¿Escapar? No, creo que no lo entiendes. Si nos quedamos aquí, no podemos luchar contra las criaturas y defender mi castillo –dijo. Se dio la vuelta para salir corriendo, pero Amber la agarró de la muñeca.

–Tú eres la que no lo entiendes. Nunca has luchado contra los trastos, y yo no veo el camino a la victoria.

A Cookie se le revolvió el estómago.

–¿Ves una derrota?

–Quizá –dijo la pitonisa.

La palabra quizá no era concluyente, desde luego. Para Cookie era suficiente.

–Algunas veces es imposible ver el final hasta que no se llega a la mitad –

dijo. Era un truco que había aprendido saqueando fortalezas digitales—. Voy a llegar a esa mitad.

Nadie iba a atacar lo suyo y, menos todavía, los trasgos.

—Espera —dijo Amber—. Ahora puedo verlo... Otros dirigen a los trasgos.

En la mente de Cookie apareció otra imagen efímera. Era Micah, cubierto de sangre. A su lado había un hombre de menor estatura, mayor, con el pelo plateado, fornido. Parecía una versión de Jareth, pero en viejo.

Así pues, era un Frostline. Seguramente, el Frostline al que Kaysar estaba intentando dar caza.

El rey de la Corte de Invierno al que ella también quería matar.

¿Habían escapado aquellos dos hombres a la furia de Kaysar? ¿O había ocurrido algo peor?

Sintió el fuego de la ira quemándole la piel, y echó a correr hacia la salida.

Capítulo 26

Kaysar atravesó el campamento de Micah y Hador, entre las sombras, sin ser visto, mientras los guardias hacían sus rondas nocturnas. Estaba furioso. ¿Cuándo se había convertido la venganza en una tarea tan tediosa?

No podía dejar de pensar en Chantel, y estaba desesperado por verla. No podía dejar de pensar en sus últimos momentos juntos, y se estremecía.

Hacía mucho tiempo, su padre le daba un beso a su madre siempre que partía a la Corte de Verano para comprar provisiones en el mercado. Aunque aquellos viajes solo duraban dos semanas, sus padres se abrazaban como si fueran a separarse para siempre. Su madre, durante aquellos días, se tocaba la boca, buscando consuelo en el recuerdo de aquel beso.

Él había perdido una oportunidad increíble. Podía haberse despedido de su mujer con un beso. ¿Lo echaría ella de menos, aunque solo fuera un poco? Se metió la mano al bolsillo y acarició el mechón de pelo de Chantel. Llevaba días alejado de ella, y su anhelo de volver estaba erosionando su calma lentamente. Tenía el presentimiento de que ella iba a escapársele, y no podía permitirlo.

Supo que iba a haber problemas, y aceleró el paso. Hacía cinco minutos, había visto a Hador y a Micah entrando en una tienda del centro del campamento. Era una tienda que estaba rodeada por muchos guardias. El recinto tenía pocos puntos débiles. No se habían producido teletransportes, porque esa capacidad había quedado limitada al área que rodeaba el castillo, debido a algún tipo de roca especial que había usado Micah.

Sin embargo, él no creía que aquellos dos siguieran en la tienda. Ninguna de las doce siluetas encajaba con la estatura de sus objetivos. ¿Cómo habían salido de allí los dos reyes? A menos que Hador hubiera utilizado el mismo método que Kaysar había usado una vez contra él: un túnel.

Pero... no habían tenido tiempo de excavar, salvo los doscientos años que él

había permanecido alejado de aquel reino. Kaysar soltó una maldición y echó a correr. ¿Micah había construido túneles por todo el reino?

Embistió y apuñaló a todo aquel que se cruzó en su camino. Entró en la tienda y, rápidamente, comprobó que había doce guardias y ningún personaje real. Acabó rápidamente con sus enemigos y encontró el túnel.

Lo habían engañado. Lo habían conseguido porque él estaba distraído pensando en Chantel. ¿Se habían acercado aquellos enemigos a ella? La había dejado desprotegida y, al darse cuenta, sintió una punzada de pánico. Si los reyes llegaban a ella antes que él..., si le hacían daño... No, a ella no. A cualquiera menos a ella.

Si surgía algún problema, Eye la avisaría. Pero... ¿y si no podía hacerlo?

Oyó pasos. Los guardias del exterior de la tienda se acercaban corriendo.

Tenía dos opciones: entrar en aquel túnel y recorrerlo, fuera cual fuera el punto final, o volver al castillo, al que seguramente se habían dirigido los dos reyes.

Decidió volver al castillo y atravesó velozmente el campamento, llevándose por delante a los que se cruzaban en su camino. Cuando limpió todas las tiendas, un viento frío opuso resistencia a su impulso. Él siguió avanzando a pesar de todo, con una determinación feroz.

Se odiaba a sí mismo por haber dejado a Chantel. Podía haber esperado semanas o meses para continuar con su guerra. Sin embargo, había decidido demostrar que tenía la fuerza necesaria para permanecer alejado de su pareja cuando sus enemigos se acercaran.

Idiota. Voló por las llanuras. Saltó por encima de hogueras espontáneas que brotaban del suelo y escupían brasas. Le picaban los ojos a causa del humo, y los pulmones le dolían. Solo esperaba que no hubiera ocurrido nada en el castillo. Esperaba que ella no hubiera sufrido ni un rasguño.

Nunca había deseado tener una mujer, pero, ahora, ya no podía imaginarse la vida sin Chantel.

Dejó escapar un grito. Tenía que llegar a su lado. Todo iba a salir bien.

En cuanto Kaysar se aproximó a la montaña, recuperó la capacidad de teletransportarse. Apareció en el interior del castillo, y sintió una carga eléctrica única, pero que le resultaba muy familiar. Inmediatamente, sintió terror.

Todo estaba lleno de trasgos; había cientos. ¿Dónde?

¿Dónde estaba Chantel?

Sus pensamientos se agudizaron. Preparó las garras y la daga. Fue teletransportándose a todas las salas del castillo, pero no la encontró. Tampoco

vio a ningún trasgo. No podía verlos a menos que adoptaran la forma carnal. Y lo harían, porque era su única forma de alimentarse.

Entre los trasgos no había miembros de la realeza que poseyeran el poder de Kaysar. Él tenía una superioridad mística que actuaba como escudo físico. Sin embargo, a pesar de su dominio, su *glamara* tenía muy poco efecto sobre aquellas criaturas. Para obligarles a obedecer necesitaba tiempo y trabajo.

Notó algo frío contra la mejilla, y percibió un olor pútrido. Allí. Se giró y dio una cuchillada con las garras. Cortó el cuello de un trasgo, que apareció de repente ante él, y terminó el trabajo con la daga. El cuerpo cayó al suelo de golpe, derramando sangre viscosa sobre una elegante alfombra.

Los trasgos estaban unidos mentalmente, como si todos formaran parte de una colmena. Si uno de ellos te veía, todos te veían. «Vamos, venid y atrapadme».

Mientras esperaba, observó a su víctima con una expresión de repugnancia. Era una bolsa de huesos y podredumbre. Tenía la piel gris, llena de llagas purulentas, los colmillos del tamaño de un sable, muy afilados, y unas garras más largas que las suyas. A diferencia de los demás, aquel tenía un parche de moho extraño que le crecía desde un lado de la cabeza. Eran cuatro líneas interconectadas que formaban una uve doble, o una eme.

Kaysar percibió otra ráfaga de hedor. Se giró y comenzó a dar cuchilladas de nuevo. El hedor frío lo envolvió a medida que los espíritus iban rodeándolo. Normalmente, cuando luchaba, experimentaba una especie de euforia llena de malicia. Era como un desahogo de sus luchas y obsesiones. En aquella ocasión, por el contrario, solo quería que la batalla terminara.

Mientras los cuerpos iban cayendo, recibió innumerables salpicaduras de sangre gélida y negra. Sin dejar de avanzar, siguió buscando a Chantel. Al doblar una esquina, el número de trasgos aumentó. El pasillo estaba gélido. Kaysar emitió un rugido y siguió atacando, acuchillando sin pausa.

Entonces, a su lado pasó una enredadera verde, vibrante, silbando, y atrapó a uno de los seres.

Kaysar hizo una pequeña pausa, abrumado por el alivio que sentía. ¡Chantel estaba viva! Y lo estaba ayudando, a pesar de su repentino abandono. Porque era su compañera, su amiga.

Vio muchas enredaderas que atrapaban a trasgos y les cortaban la cabeza, haciendo que sus cuerpos aparecieran a la vista instantáneamente. Entre charcos de sangre negra y espesa, Kaysar se puso nuevamente en movimiento y siguió matando. Los tallos de color esmeralda se propagaron y atacaron a los trasgos,

pero nunca se volvieron contra él.

Por fin, apareció Chantel, y él se tambaleó bajo el peso de su propio alivio. Sin dejar de pelear, la miró fijamente, y su imagen se le grabó en el cerebro. Su pelo ya no era negro, sino rosado y rizado. Se había hecho dos coletas. Llevaba un vestido rosa y blanco, lleno de lazos y encaje y salpicado de sangre, que se le ceñía al torso, pero mucho más amplio al llegar a la cintura. La falda le alcanzaba hasta debajo del trasero. Llevaba también unas mallas blancas rasgadas y unas botas de combate negras.

Sin embargo, Chantel no se había puesto la garra de metal. ¿Ya no eran un equipo?

Sin dejar de lanzar sus lianas, ella lo miró con resentimiento. Él siguió avanzando, matando a cualquier trasgo que pensara en acercarse a ella. Se movió para protegerla de un ataque, y ella se abalanzó sobre una de las criaturas para protegerlo a él. Uno de los trasgos consiguió arañarle el cuello con las zarpas, y ella gritó de dolor.

Kaysar, cegado por la furia, le dio un puñetazo en la garganta al atacante, le hizo un agujero y sacó por él su espina dorsal.

—Amber me dijo que no veía el camino a la victoria —le dijo Chantel, entre jadeos.

El manejo de sus enredaderas se hizo más lento a causa del veneno del trasgo, que la debilitaba. El efecto del veneno no duraría mucho. Ella se curaría... en cualquier momento.

—Me parece que... puede que tenga razón.

La herida se le cerró, por fin, pero sus pasos seguían siendo lentos. Sin la semilla de saúco, la fatiga ya estaba apareciendo. Kaysar redobló sus esfuerzos.

—No vamos a perder —dijo él. La *glamara* empezó a calentar su garganta—. Tú vas a sobrevivir.

Percibió un hedor más fuerte que provenía de su izquierda, pero solo fue una distracción. Un trasgo se arrojó sobre Chantel y la derribó, con intención de comérsela en el suelo. Kaysar agarró a la criatura por la nuca, pero el pus hizo que se le resbalara entre las manos.

Entonces, surgió una enredadera por delante de la cara de Chantel, y el demonio mordió su tallo. Alivio. A él lo atacó un trasgo por la espalda; le mordió el hombro y lo lanzó al otro lado del pasillo. Kaysar sintió un dolor punzante.

Se zafó de su enemigo y empezó a luchar para abrirse camino hacia su reina. Los trasgos se arremolinaban a su alrededor, y él fue apartándolos a todos,

mutilándolos. Chantel luchaba contra los demás, pero las criaturas eran mucho más grandes y pesadas, y mordían con saña sus enredaderas.

Los trasgos la agarraron de los brazos y le rompieron las muñecas para impedir que siguiera produciendo enredaderas. Las manos se le quedaron colgando, inutilizadas, y ella echó la cabeza hacia atrás y gritó de dolor. Un grito que, rápidamente, se convirtió en un gemido.

Kaysar sintió una rabia pura.

Luchó como nunca. Los demonios le daban mordiscos y arañazos, pero no le importó. Luchó sin cesar.

Sin embargo, a pesar de su destreza y su ferocidad, no consiguió avanzar. Se preguntó si estaba ya vencido...

De repente, se abrió un pasillo ante él. Todos los trasgos retrocedieron y apretaron la espalda contra la pared, de modo que Kaysar tuviera una vista clara de Chantel. Ella estaba en el suelo, sujetándose las manos rotas contra el pecho y tratando de liberarse de un trasgo sonriente que se erguía sobre ella. El demonio miraba fijamente a Kaysar.

Kaysar sintió terror, horror. Quería negar lo que estaba viendo.

El trasgo dijo:

–El rey Hador y el rey Micah nos pagaron bien para que os matáramos. Pero yo lo habría hecho gratis.

Los demás vitorearon a su líder y lo animaron para que rematara a la Bella Durmiente.

–Entérate –le dijo Kaysar al trasgo– de que su dolor asegura el tuyo.

–No, Kaysar. Su dolor asegura el tuyo.

El trasgo miró a Chantel. Sacó una enorme lengua y le lamió la mejilla.

–Resístete si quieres. Me gustará.

Ella trató de apartar la cara. Kaysar se volvió loco de furia. Iba a aniquilar todas las Tierras del Atardecer. Se echó hacia atrás para cargar contra el trasgo, pero se dio cuenta de que Chantel... no estaba llorando. Estaba sonriendo. Transmitía rabia, no miedo.

–Grita si quieres –dijo, con un ronroneo. Un segundo después, una afilada enredadera verde brotó de la cabeza del trasgo y la hizo explotar–. Me gustará.

«Mi reina».

Los demás trasgos se abalanzaron sobre ella. Kaysar se teletransportó hacia el grupo y pudo detener a muchos, pero no a todos.

–¡Chantel!

Una espada salió de la nada, y abrió un camino, cortando, en medio de los

demonios, y acabó con aquella amenaza inmediata que se cernía sobre su reina. Eye manejaba la empuñadura.

Le debía una recompensa.

El resto de los trasgos empezaron a aparecer y desaparecer, como si no supieran qué hacer tras la muerte de su líder. Kaysar se puso en acción. Se acercó rápidamente a Chantel y la ayudó a ponerse en pie. Sus huesos estaban comenzando a soldarse. Se teletransportó aquí y allá, matando, matando, matando. Cada una de las muertes le proporcionaba una chispa de gratificación. Protegía a su mujer, tal y como le exigía el instinto.

Las enredaderas volvieron a llenar el pasillo, y acabaron con un grupo de demonios.

–Disculpadme por el retraso –dijo Eye, sin dejar de mover la espada, al tiempo que dos cuerpos decapitados caían al suelo–. He tenido que derruir un laberinto de túneles en el que Hador y Micah habían apostado a un ejército de troles. Les faltaban pocos segundos para acceder por una trampilla.

–No me importa. ¿Cómo puedo poner a Chantel a salvo? ¿Y por qué no has predicho el ataque?

–Tú, que pesas menos de cincuenta kilos, ¿has conseguido derruir un laberinto de túneles? –gritó Chantel, mientras estrujaba a uno de los trasgos con sus enredaderas, hasta que lo hizo reventar–. ¿Por qué soy la única que se ha quedado asombrada con su historia?

–Por orden mía, Eye tiene guardado un arsenal de armas prohibidas y artefactos –dijo él, y decapitó a un enemigo de un solo golpe–. Para usarlos cuando sea necesario.

Chantel se quedó en silencio, y lanzó dos de sus enredaderas para detener a dos trasgos que se abalanzaban sobre él. Parecía que tenía mil cosas que decir, pero ninguna era a favor de Kaysar.

Él tuvo una punzada de dolor en el pecho. Mató al siguiente trasgo que se interpuso en su camino.

–Si no quieres dirigirme la palabra, querida, ¿cómo vas a decirme lo mucho que me he equivocado?

Ella alzó la cabeza con desdén.

Él se dirigió a Eye.

–¿Y bien? Estoy esperando que me expliques por qué no nos has advertido de este ataque.

–Desde vuestra marcha, mi mente ha estado ocupada con miles de imágenes inanes, y no podía desentrañarlas todas –respondió la pitonisa–. Pero la batalla

está ganada, Majestad, porque el número de trasgos está disminuyendo, por fin.

—¿Y Jareth? ¿Ha escapado?

—Está vivo, sano y salvo —dijo Eye. Con un gruñido, acabó con un grupo de cuatro—. Su padre hizo un trato con Micah que, a su vez, hizo un trato con los trasgos, que accedieron a respetar la vida del príncipe durante el asalto.

—Amber, eres mi pitonisa, y te ordeno que exijas una buena suma de dinero antes de responder las preguntas de cualquier persona sobre cualquier cosa —dijo Chantel, mientras blandía sus enredaderas con una precisión letal—. Solo yo, tu reina, puede conseguir vaticinios gratis. Esto empieza hoy, en este mismo momento. A propósito, estoy hablando con Amber, y solo con Amber. No le dirijo la palabra a otras personas que pueda haber en este pasillo porque sus delitos son demasiado numerosos.

Él se puso tenso mientras mataba a su siguiente víctima. Haberse marchado sin despedirse era lo más estúpido que había hecho en su vida.

Tenía que arreglarlo. Estaba dispuesto a aceptar el castigo que Chantel quisiera imponerle.

—Vamos a hablar —le dijo. Podía soportar cualquier cosa, salvo su silencio—. Después.

La espera iba a ser insoportable.

Eye dio un espadazo, y dijo:

—Si me permitís un consejo, Majestad...

—No, no te lo permito —dijo él, con tirantez.

Los trasgos fueron cayendo uno tras otro, pero no lo suficientemente rápido para el gusto de Kaysar.

Ya no estaba atrapado en el frenesí de la batalla, así que podía controlar mejor sus emociones y su tono. ¿Por qué no lo intentaba cantando? Dejó que su garganta se calentara y emitió la primera nota de su canción. A Chantel se le entrecerraron los párpados.

Eye arrugó la frente, se tapó los oídos con las manos y se desplomó.

Miles de enredaderas llenaron el pasillo a la vez, atravesando a los trasgos que aún quedaban en pie. Los demonios se retorcieron y cayeron al suelo. Las lianas se retiraron, y Kaysar quedó en silencio.

Chantel se frotó las manos. Ayudó a Eye a levantarse.

—Y no podías ver mi camino a la victoria. Me alegro de no haber dudado de mí misma.

Él sintió una descarga de lujuria y tuvo una erección. Su pastorcilla Chantel estaba agotada, pero tenía los ojos brillantes. Le había encantado la batalla. Pero

él ya no le gustaba.

–Chantel, Bella Durmiente... Yo... Tú...

Se enjugó unas gotas de sangre de los ojos. ¿Qué podía decir para arreglar la situación?

–Bueno –dijo ella, mirándolo–. Ahora, permíteme que tenga la cortesía que tú no tuviste conmigo. Adiós, Kaysar. Por favor, sal de mi castillo –añadió. Echó a caminar, mientras decía–: Que alguien limpie todo esto.

Capítulo 27

Cookie se encerró en su suite. Tenía un nivel de adrenalina muy alto debido a la victoria, y un nivel de paciencia muy bajo. Sería mejor que a Kaysar no se le ocurriera intentar meterse allí. Era suyo, y solo suyo.

Estaba temblando a causa de la batalla, y agotada emocionalmente. Decidió tomar una ducha.

Su primera batalla, la defensa de su primer castillo, y había ganado. No había sido fácil, pero las mejores victorias eran las de las batallas más difíciles.

Estaba entusiasmada. Eufórica.

Y hundida.

Ver a Kaysar por primera vez desde hacía varios días había supuesto para ella una impresión terrible y maravillosa a la vez. Eso había destruido su concentración. Cuando él le había gritado al líder de los trasgos, estaba tan... roto. Durante la batalla, nadie era más feroz ni protector que él. Una y otra vez se había expuesto al peligro y a las heridas con tal de defenderla. Y, al final, la había mirado con un anhelo tan increíble, que sus barreras se habían desmoronado.

En ese momento, ella había visto dos cosas con total claridad. En primer lugar, todavía estaba luchando por ser la primera para él. En segundo lugar, al final iba a perdonarlo por abandonarla. Si se rendía después de cada obstáculo, nunca iba a llegar a la meta. En su caso con Kaysar, la batalla por el oro casi no había empezado.

Así pues, a pesar de su actual pelea, iba a seguir adelante con él. Después de gritarle, claro. Después de calmarse.

Terminó de secarse y se aplicó una crema deliciosa. Después, se puso una túnica suave, adornada con rosas bordadas a mano, y entró en el dormitorio, preparada para encontrarse con su novio y hablar. Se detuvo en seco y lo vio allí,

en el centro de la estancia.

Estaba sin camisa, con el ceño fruncido y una expresión de furia. Él también se había duchado. Tenía los hombros erguidos, la barbilla alzada y las manos agarradas detrás de la espalda. Llevaba unos pantalones negros e iba descalzo. La discusión iba a empezar en tres..., dos..., uno...

–Lo siento –dijo él–. No debería haberme marchado sin darte un beso de despedida. Sin decirte adiós.

Vaya, era una reacción muy diferente a la que habría tenido cualquiera de sus novios anteriores. Cookie se quedó asombrada por aquel arrebató y, también, por la pena que él estaba demostrando.

–No, no tenías que haberlo hecho –dijo ella, en voz baja.

Y eso que tenía la intención de gritarle. Suspiró. Toda la vida de Kaysar había girado en torno a la guerra. ¿De veras quería ella lo mismo para su relación? Él se merecía tener, al menos, un espacio seguro. Además, Roma no se construyó en un día.

–Me has hecho daño –le dijo, en voz baja.

Él se estremeció. Tenía una expresión de angustia.

–No quiero hacerte daño nunca. Solo quiero hacerte sonreír y reír. Por favor, dime que me perdonas.

Ella no se lo dijo.

–Me has puesto en peligro, Kaysar.

Él se estremeció aún más.

–Ese es mi peor crimen, y no me lo perdonaré nunca.

Él adelantó ambas manos y le tendió una maravillosa diadema de cristales.

–Esto es para ti. Tu primera corona de reina de las Tierras del Atardecer. Una pequeña muestra de mi afecto.

¿Un soborno?

–Esto no cambia las cosas –dijo ella, aunque se adelantó para agarrar su premio. Acarició y admiró la corona, y la dejó sobre la mesilla de noche–. Muy bien. En realidad, tampoco le hace daño a tu causa. Considérate perdonado en un setenta por ciento. Y, para tu información, espero que tú te perdones a ti mismo cuando yo te perdone, ¿de acuerdo? Esto es innegociable.

Él se relajó un poco.

–¿Y cómo puedo ser perdonado al cien por cien?

Ella sonrió con tristeza.

–La próxima vez, haz mejor las cosas. Me dices que me deseas y, al minuto siguiente, me dejas plantada. Me has abandonado, exactamente igual que

abandonaste estas tierras. Tú eras mi sueño, hasta que te convertiste en mi pesadilla.

Él abrió y cerró los puños.

–Lo haré mejor, te lo prometo. Tú eres mi tesoro máspreciado, y no volveré a abandonarte.

Él hizo la promesa con tanta fuerza que ella se quedó sin respiración.

–De acuerdo. Estás al noventa y cinco por ciento.

¿Su tesoro máspreciado? ¿Cómo iba a negarle algo a aquel hombre?

–¿No te cansas nunca de estar constantemente en guerra? ¿No anhelas liberarte de ese vínculo dañino con Hador?

–No, nunca.

Aquella vehemencia... volvió a hacer daño a Cookie. Su relación estaba pendiente de un hilo, y debía ser sincera con él.

–Yo nunca voy a estar satisfecha con el segundo lugar. No está en mi naturaleza. Cuando juego, siempre voy por el oro. Y eso es lo que quiero contigo. Quiero darte lo mejor de mí, pero espero que tú también me des lo mejor de ti. No voy a aceptar la repetición de mi infancia. No quiero tener que esperar siempre a que me llegue el turno de ser importante.

–Eres importante –dijo él, y dio un paso hacia ella–. Me importas más que nadie en el mundo.

–Está bien. Te daré la oportunidad de que me demuestres cuáles son tus sentimientos, y yo también te demostraré a ti lo que siento –respondió ella.

Jugueteó con el lazo de su bata. Kaysar la observó con intensidad, y eso acrecentó su deseo por él. A ella se le endurecieron los pezones y, al darse cuenta, él tomó aire bruscamente. Incluso eso sirvió para excitarla aún más.

–¿Te gustaría eso?

–Eso me encantaría.

Su intensidad la atrajo más y más...

–¿Pensabas en mí mientras matabas a tus enemigos? –le preguntó ella, mientras moldeaba su cuerpo contra el de él.

–Pensaba en ti constantemente.

Kaysar la tomó por la cintura y metió una rodilla entre sus piernas. Ella hirvió de deseo.

–La luna salía y se ponía y yo pensaba en tus ojos. Las flores rosas me recordaban a tu pelo. El olor de la hiedra venenosa me volvía loco.

A ella se le aceleró el pulso. Le acarició la mandíbula con las uñas. Cuando se acercó a su oreja, hizo que le brotaran las pequeñas garras de espinas, y le

pinchó delicadamente la piel. Entrecerró los ojos.

–No vas a volver a dejarme así.

–No –dijo él, con los ojos llenos de lujuria.

Aquella promesa ferviente agradó a Cookie, y el siguiente roce se convirtió en una suave caricia.

–Creo que acabas de llegar al noventa y ocho por ciento.

Él respiró profundamente, y le pasó una mano temblorosa por la nuca. Después, apoyó su frente en la de ella.

–Me daba placer a mí mismo pensando en ti. ¿Tú has hecho lo mismo?

–Sí –respondió ella, sonriendo–. Pensaba casi todas las veces en ti.

–Desvergonzada –le dijo él, y le mordisqueó el labio inferior–. Quiero estar dentro de ti. Dime que estás preparada.

Sus problemas no se habían resuelto del todo, pero ella no podía negar la realidad.

–Sí, Kaysar. Quiero tomarte en lo más profundo de mí.

–Sí. Voy a derramarme dentro de ti, y te va a encantar.

Entonces, la llevó hasta la pared más cercana y se apretó contra ella.

–¿Quieres correrte encima de mí? –le preguntó, presionándole el centro del cuerpo con el muslo, cada vez más fuerte y rápidamente.

–Kaysar –gimió Cookie, y tuvo que agarrarse a sus hombros para mantener el equilibrio–. Sí, quiero hacerlo.

Él dio un gruñido y la besó.

Sus lenguas se encontraron con dureza. La ferocidad de Kaysar alimentó la suya. En pocos segundos, ella estaba ardiendo.

Lo besó y lo arañó, y le rasgó los pantalones. Necesitaba desnudarlo.

Antes de que pudiera hacerlo, él la arrojó sobre el colchón. Mientras ella rebotaba, él terminó de desnudarse, sin dejar de mirarla. Era una poderosa torre de deseo y fuerza. Cada uno de sus movimientos era una seducción violenta y suave.

Se acercó y se tendió sobre ella, desnudo.

–Eres mía –le dijo–. La única para mí.

Ella sintió el calor por todo el cuerpo, concentrándose en su vientre, y gruñó.

–Sí.

–Y yo soy tuyo –dijo Kaysar.

–Sí, Kaysar, lo eres. Bésame.

En vez de besarla, le acarició la punta de la nariz con la suya.

–¿Quieres saber cómo mataría al líder de los trasgos si todavía estuviera

vivo?

Ella se estremeció.

–Sí –le dijo, con otro gemido de excitación–. Se atrevió a hacerle daño a tu mujer. ¿Cómo le devolverías la ofensa?

–Tenía algo especialmente sádico en mente –respondió él, con una sonrisa llena de maldad, mientras le abría la bata–. Después de abrirlo en canal y vaciarle las entrañas, habría hecho un abrigo con su cuerpo. Una capa de la victoria.

–Eso es muy... excitante –dijo ella, entre jadeos, mientras él dejaba sus pechos al descubierto. Los pezones estaban tan contraídos que le causaban dolor–. ¿Has disfrutado viendo cómo lo atravesaba con la enredadera?

–Estuve a punto de correrme al verlo –dijo él, mientras le masajeaba el pecho carnoso y se lamía los labios–. ¿Sientes deseo por mí, Chantel?

–Estoy hambrienta por ti, Kaysar. Y voy a comerme hasta el último pedazo de ti.

Kaysar pestañeó al verse, de repente, tendido boca arriba en el colchón. Chantel estaba sobre él, a horcajadas, frotándose con su cuerpo. ¿Los había teletransportado a una postura distinta?

Sabía que esa habilidad debería molestarle, pero, en aquel momento, no podía entender por qué.

–Tus poderes aumentan.

–Sí. Día a día –dijo ella.

Se puso de rodillas entre sus piernas y se quitó la bata por los hombros. La tela se deslizó por su piel y cayó sobre la cama. Sus pechos quedaron totalmente a la vista, con los pezones rosados y arrugados.

–Esto lo aprendí en la clase de ayer. Tengo que concentrarme y desear de verdad el cambio de situación, pero puedo hacerlo.

Y él se había perdido la emoción de aquel nuevo descubrimiento. Estuvo a punto de aullar.

–¿Quieres que te cuente las otras cosas que he aprendido? –preguntó ella con un ronroneo– ¿o sigo?

Kaysar no podía hablar, así que movió la mano imperiosamente. ¿Qué era lo que iba a hacerle?

Entonces, ella se inclinó. Su boca quedó a pocos centímetros de su miembro, y él estuvo a punto de aullar otra vez.

–Oh, Dios... –dijo ella, apartándose de su miembro–. Esto era lo que tenía

pensado hacerte antes de que te fueras.

Él murmuró una maldición.

–No te burles de mí, querida. Dime que vas a ser buena y vas a beberte hasta la última gota.

–Quiero decírtelo..., pero no sé si debería.

Volvió a inclinar la cabeza... Casi...

Él contuvo la respiración. ¿Iba a...?

Cookie pasó la lengua por su miembro, y él emitió un rugido ronco. El placer que sintió fue inconcebible.

Ella entrecerró los párpados.

–Lamerte..., recompensarte así después de tenerme abandonada durante días... –musitó ella, y dio un soplido en la carne que acababa de lamer–. Bueno, bueno... Esta amante no juega así.

Él se echó a temblar de desesperación.

–Solo otra vez. Una sola. He aprendido muy rápido la lección –dijo.

–¿Solo una vez más? Bueno, supongo que eso no tiene nada de malo. Es cierto que has aprendido muy rápido la lección. Me has convencido.

Sin dejar de mirarlo, pasó la lengua desde la base al extremo de su miembro.

Él perdió el control y se agarró con tanta fuerza al cabecero de la cama que lo dobló.

–Un poco más –suplicó–. Una vez más. Tres veces en total no es una recompensa. Algunos lo llamarían castigo, más bien. Sí, deberías castigarme más –dijo, entre jadeos–. No menos de veinte veces. Eso sería insoportable.

–Puede que tengas razón. Veinte pasadas de mi lengua me parecen un castigo adecuado por tu crimen.

Entonces, ¿iba a experimentar aquello por completo?

Ella sonrió y devoró toda su longitud.

En aquella ocasión, él sí dio un aullido. No había nada mejor que aquello. Se le cayeron gotas de sudor por la frente al notar aquel calor y aquella necesidad, y el placer.

–Sí, querida. Sí. Así.

Con cuidado, movió las caderas contra su boca ávida. Con cuidado.

Volvió a moverlas, con menos cuidado.

No podía pensar. Nunca había deseado aquello con otra, pero esto... lo adoraba. Chantel succionó y lamió su carne, y él empezó a perder la cordura. Nunca había conocido un tormento más dulce.

–Sí, querida. Es delicioso. Tu boca es mi... cielo.

Ella le estaba haciendo cosas con la lengua y los dientes, llevándolo cada vez más cerca del clímax.

—No pares, por favor. No pares.

¿Estaba suplicando? No le importaba. La dicha lo estaba esperando. Movi6 la mano hasta su cabeza y la agarr6 del pelo suavemente. Poco a poco, sus jadeos se convirtieron en exhalaciones, el calor se concentr6 en el final de su espina dorsal y la presi6n aument6.

Trat6 de retrasar el clímax para disfrutar m6s de aquello. Su cuerpo se convirti6 en un cable que conducía la electricidad al menor roce. Cant6 el nombre de Chantel. Lo gimi6.

Se olvid6 de todo lo que no fuera Chantel. Por primera vez, no tenía problemas. La guerra no significaba nada para él, ni la venganza. La satisfacci6n se había apoderado de él y pronto iba a desbordarse.

—¡SÍ! —rugió.

Su gozo se derram6 por la garganta de Chantel. En aquel momento, perdi6 la noci6n de la realidad, y solo quiso poner el mundo a los pies de aquella mujer.

Ella canturre6 el poder de su conquista. Despu6s de succionar por última vez, lo solt6 y le lanz6 una mirada abrasadora.

—Vaya, creo que alguien se lo ha pasado muy bien con su castigo.

Él ya estaba erecto otra vez. La tom6 de la nuca y la tendió boca arriba.

—Mi primera experiencia con este placer me ha obsesionado para toda la eternidad. Quiero sentir tu boca en mi cuerpo todos los días.

—¿Tu primera experiencia? ¿Ninguna otra mujer...?

Él hizo un gesto negativo, y ella sonri6 seductoramente.

—Me alegro de haber sido la primera.

—Y la única.

Ella entrecerr6 los párpados.

—¿Me tienes donde quieres tenerme, Kaysar?

—Te tengo en el lugar en el que tienes que estar, querida. Conmigo —dijo él. Despu6s, se puso de rodillas y desliz6 un dedo en su cuerpo. Al notar su humedad, se le escap6 un gruñido. Estaba ardiendo—. Me has estropeado para todas las dem6s.

—Es cierto. ¿Eres mío y solo mío? —pregunt6 ella, separando las piernas y arqueándose. Él desliz6 otro dedo y comenz6 a acariciarla lentamente, preparando su cuerpo para invadirlo.

—Todo tuyo.

Entonces, inclin6 la cabeza y lami6 su clítoris, y ella gimi6.

—No todo. Todavía no. Es demasiado pronto.

«Nunca tendré suficiente de su dulzura». Cuando introdujo la lengua en su cuerpo, imitando los movimientos del sexo, ella gimió más alto.

—Kaysar —gritó—. Es delicioso, es delicioso, pero necesito algo más grande. Dámelo, por favor.

«No puedo resistirme a ella». Kaysar colocó el extremo del miembro en la abertura de su cuerpo y empujó con suavidad para distender sus paredes estrechas y resbaladizas.

—No quiero hacerte daño.

Ella gruñó.

—Me hace daño estar sin ti.

Él se hundió aún más.

—No había sentido nunca algo así.

—Dame más —dijo ella, moviendo el cuerpo. Era su dueña.

Él avanzó otro centímetro, con la frente cubierta de sudor. Su respiración era cada vez más superficial. A medio camino, se quedó inmóvil y le acarició el clítoris.

—Dime que me necesitas.

—Sí, sí.

—Que me desees por completo.

—Sí, sí. Me prometiste que me lo darías todo —dijo ella. Se aferró a su espalda y movió las caderas. Aquello volvió loco a Kaysar—. He esperado mucho, Kaysar. No me obligues a esperar más.

—No, no habrá más espera.

Kaysar, con un gemido, se hundió en ella hasta el final.

Sus gritos se fundieron cuando ella lo envolvió con tensión y calor, con la suavidad de los pétalos de una rosa.

Él consiguió permanecer quieto.

—¿Te duele?

—No. Es perfecto. Hazlo otra vez. No puedes hacerme daño. Me va a gustar.

Kaysar obedeció. Salió de su cuerpo y volvió a hundirse en él. Entonces, se puso frenético. Empezó a acometer su cuerpo una y otra vez, con tanta fuerza, que la cama se movía.

Ella gemía y se retorció, perdida en el placer. Con cada embestida, la visión y los sonidos hacían que él volara más alto. El placer empezó a acumularse.

Aquella mañana, iba a tener algo más que su boca. Iba a tener aquello. La iba a tener a ella, todos los días, en todos los sentidos, para el resto de la eternidad.

—Así, así —le susurró Chantel al oído, y capturó el lóbulo de su oreja con los dientes—. Es tan gozoso, cariño.

—Solo yo hago que te sientas así —dijo él, con orgullo—. Pero voy a conseguir que te sientas aún mejor.

Se puso de rodillas y le separó aún más las piernas, y embistió con todas sus fuerzas. Ella gritó de placer y llegó al orgasmo, y sus contracciones obligaron a Kaysar a seguirla hacia el clímax.

Su cuerpo se rompió, y el placer se desbordó e invadió todo su cuerpo.

Cuando terminó la última vibración del éxtasis, él se desplomó sobre ella. Estaba respirando como si hubiera luchado contra un ejército de miles de hombres. Se sintió triunfal y, por debajo de aquella emoción, sintió una satisfacción calmada. Porque, con Chantel, no tenía que tender un puente de odio entre su pasado y su futuro. Con ella, solo tenía que concentrarse en el placer del momento presente.

—Ha sido increíble —dijo ella, arrastrando las palabras—. Creo que ahora me voy a quedar dormida.

Él se tendió en la cama y la colocó sobre su cuerpo. Aquella era su postura favorita para dormir, como si ella fuera su escudo y como si él fuera su ancla en el mundo.

Sintió seguridad. Podía conseguir que aquella relación funcionara y, a la vez, disfrutar de su venganza. Por el momento, solo tenía que cuidar de ambas cosas.

Y todo iría bien.

Capítulo 28

Aunque Cookie y Kaysar llevaban pocas horas en la cama, el tiempo había cambiado drásticamente. En el horizonte se estaba formando una tormenta.

Ella estaba en el balcón de la suite, oteando su reino. Bajo sus pies, al otro lado del castillo, había un mercado muy bullicioso, lleno de hadas y de otras criaturas mitológicas que compraban y vendían pan, comida, espadas o unicornios.

¿Cuánto llevaba allí? ¿Una semana? ¿Diez años? Desde el cambio de gobierno, era la primera vez que los habitantes de las Tierras del Atardecer salían de sus escondites para seguir viviendo. El progreso era lento, pero agradable.

La puesta de sol coloreaba las nubes a medida que iban reuniéndose. Hubo rayos en la lejanía, y se oyó el retumbar de los truenos. En el mercado, la gente empezó a correr para evitar las primeras ráfagas de lluvia. El viento empezó a soplar. Era un aire húmedo y perfumado de humo y sándalo.

La gente se refugió bajo los toldos de los puestos, y un grupo se fijó en ella. En el silencio que reinó entre dos truenos, oyó que decían:

–Lulundria.

–La princesa de la Corte de Verano.

–La esposa del príncipe Jareth.

Ella les lanzó un beso y saludó con una sonrisa, con la esperanza de ganarse su favor. Ellos no sonrieron, pero sí le devolvieron el saludo. Por lo menos, ella estaba muy bien arreglada. Llevaba un vestido de hiedra venenosa, con flores rosas entre las hojas. Su pelo rosa bailaba mecido por el viento.

Al ver que su público perdía el interés en ella, tamborileó con las garras de espinas en la barandilla de hierro. Kaysar estaba en la cama, profundamente dormido. No creía que hubiera descansado durante más de veinte segundos seguidos durante su caza. Ni antes de que ella llegara a Astaría.

Al recordar los actos que le habían llevado a aquel coma de felicidad, ella se excitó. El sexo con él era demasiado bueno, asombrosamente bueno. El mejor. Sus caricias eran reverentes pero exigentes a la vez. Perfectas. Ante ellas, no tenía control ni defensas. Él la desnudaba en todos los sentidos, y ella se deleitaba, daba rienda suelta a su deseo. Estaba eufórica con él. Estaba... preocupada.

Se estaba enamorando rápidamente.

Y tenía miedo de perder la batalla contra la otra amante de Kaysar: la venganza.

Solo con pensar en aquella palabra, tenía ganas de destruir algo. ¿Cómo era posible ganar a un concepto?

Kaysar se materializó a su espalda y apretó su pecho desnudo contra su espalda. La abrazó y le acarició la mejilla.

—No me ha gustado despertarme y ver que no estabas entre mis brazos.

Ella le devolvió la caricia y se apoyó en su fuerza. En aquel momento, comenzó a llover con fuerza, y la tierra roja se volvió negra en pocos segundos.

—¿Qué es lo que te angustia, querida? Dímelo, y lo arreglaré.

«Deséame más que la venganza».

—Algunas veces, no quiero que haya arreglos, Hombre Garra. Solo quiero hablar, o desahogarme, o compartir —dijo ella, con una pequeña sonrisa—. Y tú, ¿qué deseas en este momento? ¿Quieres hablar, desahogarte o compartir? Podrías hablarme de tu caza.

Él frunció el ceño.

—Una aventura decepcionante. Solo conseguí matar a cien de sus soldados, más o menos —dijo, y apoyó la barbilla en uno de sus hombros—. Ahora te toca a ti. Dime qué es lo que te angustia.

Ella decidió intentarlo.

—Antes has dicho que yo era la única para ti. ¿Cómo lo sabes con seguridad?

Él exhaló un suspiro de alivio.

—Lo sé porque lo sé.

—Pero ¿cómo? —insistió ella—. Es posible que no te hayas dado cuenta, ya que estás tan obnubilado conmigo y todo eso, pero yo puedo llegar a ser muy molesta. ¿Y si alguna vez te canso demasiado? Me lo dirás, ¿no?

Él se rio suavemente.

—¿Crees que mi deseo se va a terminar alguna vez, querida? Cada vez que pienso en ti, siento una punzada en el pecho. Y una paz enorme —añadió, tocándose el esternón.

—¿Y qué tipo de futuro te imaginas para nosotros dos? Nos conocemos desde hace muy poco. ¿Y si no encajo en tu proyecto a largo plazo?

—Nuestras vidas van a encajar porque nosotros lo vamos a hacer así —dijo él—. Veo un futuro brillante para nosotros, Chantel. Yo siempre te diré lo que necesito, y tú harás lo mismo. Algunas veces, iré a golpear solo a los Frostline, y otras veces, tú vendrás conmigo. Pasaremos muchísimas horas en la cama, por supuesto. Yo no sabía que existían estos placeres, y hay muchas más cosas que deseo aprender contigo.

—Sí, es un futuro brillante —dijo ella.

Era cierto. Podían hacerlo. Estaban conociéndose el uno al otro, pero también estaban haciendo sitio en sus vidas. Si él conservaba la motivación para que las cosas funcionaran con ella, ella tendría algo con lo que trabajar.

De acuerdo. Había llegado el momento de abordar lo más difícil.

—Ayúdame a entender mejor tu venganza —le pidió.

Él la tomó de la cintura, la giró y la sentó en la baranda. Metió las caderas entre sus piernas y entrelazó las manos a su espalda. Sus brazos fuertes la mantenían a salvo, pero ella se aferró a su cuerpo de todos modos.

Kaysar estaba desnudo, y su cuerpo glorioso era una visión irresistible. Con el pelo despeinado tenía una cara casi infantil. Aquel sueño profundo le había hecho rejuvenecer doscientos cincuenta años. Como poco.

En el hombro izquierdo tenía el tatuaje anticonceptivo que él mismo se había hecho. Tres puntos negros del tamaño de una moneda. Eran como un recordatorio de la dureza de su carácter. Él no quería que ella quedara embarazada, aunque, algún día, ella quisiera tener un hijo, y solo para satisfacer una deuda que podría solucionar con una espada en cualquier momento.

—¿Qué es lo que quieres saber? —le preguntó Kaysar, con cautela.

La tormenta había cargado el ambiente. Un rayo iluminó la cara y los ojos de Kaysar, del color del whisky. Si aquellos ojos eran el espejo de su alma, estaba claro que Kaysar el Desquiciado necesitaba que lo salvaran. Se estaba ahogando en unas lágrimas que no quería compartir.

—Has dejado vivir a los Frostline para poder torturarlos. ¿Y si el rey Hador hace daño a otras personas inocentes mientras tanto?

Él apretó la mandíbula.

—Lo castro regularmente, y utilizo una cuchilla que hace que sus heridas sean más difíciles de sanar. Algunas veces le saco los ojos y le corto las manos. Estoy deseando enseñarte mi colección.

—Y yo estoy deseando verla —dijo ella, y se mordió el labio inferior mientras

le acariciaba el pelo—. Si te pidiera que liberaras a Jareth, ¿qué me dirías?

Él se echó hacia atrás, pero ella lo sujetó con fuerza. Al final, él volvió a estrecharse contra ella, y ella se derritió sobre él.

—Solo es una pregunta, Kaysar. No te estoy pidiendo que lo hagas.

—Te diría que no —respondió él, en un tono de pánico.

Sí, eso ya se lo había imaginado.

Jareth era un niño igual que tú cuando perdiste a tu hermana. ¿Y si el rey y su hermano abusaron de él como abusaban de ti?

—No. Los Frostline mienten. En público son amables y, en privado, unos monstruos. Yo miraba por la ventana de mi celda y sentía ira cada vez que algún sirviente o invitado los miraba con admiración y adoración.

—Pero nunca viste a Jareth en privado. No sabes si se desmoronaba cada vez que se encerraba en su cuarto.

—¡No!

Kaysar negó violentamente con la cabeza y trató de alejarse otra vez.

—No lo entiendes.

—De acuerdo, de acuerdo. No tenemos que hablar de Jareth.

Ella le acarició el pecho hasta que se calmó y, después, dirigió la conversación hacia el presente.

—¿Qué vas a hacer con Hador y Micah? ¿Vas a marcharte del castillo otra vez?

—No, sin ti no. Y, en cuanto a lo que voy a hacer..., no lo sé. Tengo que pensarlo. Tengo que rehacer mis planes —le dijo él, entre caricias—. Me has dicho que necesitas ser la primera para mí. ¿Y si no puedo darte eso? No puedo perderte, Chantel, pero tampoco puedo perderla a ella.

—¿A ella?

—La venganza es Viori, y Viori es la venganza.

Dijo aquellas palabras automáticamente, como si fueran un cántico interno. Creía que le había fallado a su hermana y quería expiar aquella culpa. Y lo único que podía ofrecer era el dolor de aquellos que los habían separado.

Seguramente, ella podría arrebatárselo a la venganza. Pero... ¿podría arrebatárselo a su hermana? Él la odiaría por ello. Kaysar no sabía lo que era el perdón.

—No voy a pedirte que olvides a tu hermana —le prometió—. Ni ahora ni nunca. Tenemos tiempo para solucionar esto, cariño.

Él exhaló un suspiro tembloroso y se relajó.

Ella le dio un beso en los labios.

—¿Me cantas una canción?

Pasaron algunos instantes en silencio. Ella pensaba que él no iba a acceder, pero Kaysar empezó a peinarla con los dedos y dio la primera nota de una melodía que ella sintió en todas las células. Y, una vez más, se derritió contra él.

Kaysar le cantó mientras la estrechaba contra su pecho y se la llevaba a la cama.

—¿Qué te parece esto, Kaysar?

Chantel estaba delante de la estatua erótica de una pareja abandonada al placer.

—¿Mejor al lado de la puerta, o en el estrado?

Kaysar estaba cerca de ella. El día anterior, Chantel había encontrado un baúl lleno de ropa de los mortales y de artilugios. Al ver los artilugios, había gritado:

—¡Me lo pido!

Aquella mañana había lavado la ropa y se había puesto una camiseta de tirantes, unos pantalones de yoga y un albornoz de color verde muy feo. Tenía rulos puestos por toda la cabeza.

—Hoy me voy a tomar el día libre de mis obligaciones reales y voy a hacer una limpieza de primavera —anunció, con los ojos verdes muy brillantes—. A la gente le va a encantar el resultado.

—Una estatua erótica resulta espectacular en cualquier sitio, querida —le dijo él.

—Oh, Dios mío. Tienes razón.

Ella le dedicó una sonrisa resplandeciente y volvió a la decoración.

Él había ordenado a los sirvientes que la obedecieran sin vacilar. Tenían que colocar objetos que habían hallado en la cueva del tesoro. Mapas enmarcados. Estatuas de mármol. Cuadros. Muebles y jarrones.

Había pedido un carpintero, y Kaysar le había proporcionado al mejor. Alguien que hiciese rascadores y torres de madera para el felino real. El carpintero también tuvo que construir rampas para la scooter de Pearl Jean. Fuera lo que fuera eso.

Habían pasado tres días desde la invasión. Kaysar y su reina hacían el amor a todas horas y dormían acurrucados uno contra el otro. Después de haber disfrutado de su vínculo, Kaysar no podría conformarse con menos para el resto de la eternidad. Disfrutaba de cada minuto que pasaba con ella. Nunca había disfrutado tanto.

Jareth estaba en su sitio de costumbre, al borde del estrado real. El príncipe

miraba fijamente a Chantel.

Eso no podía ser.

Antes, Kaysar había hecho algo increíble. Había sido amable con el príncipe. Sin embargo, su muestra de amabilidad era beneficiosa también para él. Jarethapestaba, y él había permitido que los sirvientes lo bañaran. En aquel momento, se acercó a él.

—Mira a mi señora, creando su nido —le dijo a Jareth—. Creando un hogar para nosotros.

—Eres idiota —le espetó el príncipe.

—El gran príncipe Frostline tiene una mala opinión de mí. ¿Cómo me voy a recuperar?

Jareth sonrió con petulancia.

—Disfruta de ella mientras puedas. No es necesario que recupere los recuerdos de Lulundria para que te deje. Tú mismo la alejarás de ti. Yo vi su cara cuando tú te teletransportaste hacia mi padre. Tú no la viste porque no estabas aquí. Esa es su batalla. Tus días con ella están contados.

Kaysar sintió una rabia abrasadora. ¿Cómo se atrevía Jareth a utilizar sus miedos en su contra?

—Ni se te ocurra hablar de ella —le dijo.

Agarró a Jareth de los tobillos y tiró con fuerza para derribarlo. El príncipe se golpeó con tanta fuerza que el sonido reverberó por la sala.

Jareth se quedó tendido en el suelo, sonriéndole al techo.

—Ha merecido la pena.

—Kaysar —dijo Chantel, mirando una segunda estatua—. Sé bueno y ve a jugar fuera con tus juguetes.

¿Quitarle el collar a Jareth? ¿Darle la oportunidad de que escapara? ¿Cómo podía sugerirle algo así? Sin embargo, ella no le había ocultado su deseo de que liberara al príncipe. Se había ablandado con Jareth.

Kaysar apretó los puños. Aquella mujer y su enemigo estaban trabajando juntos para volverlo loco. Él...

¿Qué era aquello? Unos ojos que le resultaban muy familiares lo estaban mirando desde uno de los baúles.

Los sirvientes habían dejado un baúl de cuero desgastado a los pies de Chantel, y la tapa se había caído con el impacto.

A Kaysar se le paró el corazón. Se acercó rápidamente y tomó una muñeca. No podía ser la muñeca. Sin embargo, lo era. Él conocía a la perfección las grietas y las manchas de su cara de porcelana. La había visto miles de veces en

sus recuerdos.

Era la muñeca de Viori. Drendall. Kaysar abrazó a la pequeña. Su hermana había estado allí.

Capítulo 29

Los siguientes seis días duraron seis mil años, o seis segundos. O el tiempo pasaba demasiado rápido, o tan lentamente que casi se detenía. Y todo porque Kaysar había encontrado la muñeca de su hermana, Drendall.

Ya ni siquiera era la segunda en la lista de los intereses de Kaysar. La muñeca la había desplazado al tercer puesto.

Por lo menos, él no se había marchado del castillo. Se dedicaba a perseguir a Amber y a pedirle constantemente que le hablara de sus visiones. ¿Dónde estaba Micah en aquel momento? ¿Por qué Eye no veía a Viori? ¿Dónde había estado Viori todos aquellos siglos? Por su incompetencia, ¿prefería Eye morir rápidamente o despacio?

En aquellos momentos, Amber no tenía visiones, y no sabía por qué.

Por desgracia, las habilidades de Cookie también habían quedado en suspenso. Desde el hallazgo de la muñeca, sus poderes de creación de portales habían dejado de recargarse y, por el contrario, estaban debilitándose. Su sueño de ir a recoger a Pearl Jean y a Sugars se le estaba escapando de las manos.

Su vida volvía a estar llena de obstáculos. Y por una muñeca. Odiaba aquella situación. Kaysar hacía que sintiera cosas que no había sentido nunca. Se estaba enamorado de él, y estaba intentando dejar de enamorarse. ¡Y él la estaba ayudando! Pero no importaba. Si se separaban, ella se iba a hundir.

Algunas veces, se imaginaba casándose con aquel hombre. Había creído que podría hacerle olvidar su venganza y, algún día, formar una familia con él. Podrían ser muy felices juntos. Kaysar a su lado, reinando en las Tierras del Atardecer. Ella podría, incluso, ayudarle a reinar en las Tierras de la Noche. Sin embargo, en el fondo, él sería desgraciado todo el tiempo. El odio lo estaba devorando.

Kaysar le había pedido una oportunidad para arreglar sus problemas. ¿Por

qué no podía concederle a ella la oportunidad de arreglar los de él?

Sabía que era especial para Kaysar. Pensaba que él iba a hacer pronto lo imposible y... perdonar a Jareth por su participación en su pasado. Los dos hombres habían llegado a un acuerdo algo precario. Seguían atacándose el uno al otro, pero no con tanta virulencia como antes. No iban a hacerse amigos, pero casi habían terminado de ser enemigos.

El problema era Hador.

El rey Hador era la persona a la que Kaysar había vinculado con la desaparición de Viori, y de quien quería vengarse. Si Hador seguía con vida, siempre sería una amenaza para la felicidad de Kaysar. Y para la suya. Y para la de Pearl Jean y Sugars. Por no mencionar que ella tenía una deuda con Lulundria: la de vivir la vida lo mejor posible.

Cuando Hador muriera, el odio de Kaysar moriría con él. Por fin, su oscuro rey podría curarse.

«¿Cómo voy a ayudarlo a querer curarse?». Kaysar no se daba cuenta, o no aceptaba, que matar a Hador era cerrar la herida de la desaparición de Viori.

Cookie corrió hacia la habitación del portal secreto, que había visitado todos los días desde su descubrimiento. No había tardado mucho en encontrar otra habitación secreta, que la había llevado a descubrir otra y otra y otra. En todas ellas había un objeto místico, algo que esperaba encontrar cuando habían entrado por primera vez en las Tierras del Atardecer.

Un manantial de agua caliente lleno de monedas. Un espejo de cuerpo entero. Un ataúd de cristal. Un catalejo. Todo aquello la desconcertaba. ¿Qué podían hacer?

También encontró un árbol encantado, plantado en una maceta. Sabía que era mágico porque sus ramas derramaban semilla de saúco. ¿Lo había hecho Kaysar con su corteza? ¿Para ella?

Sonrió un instante, pero luego suspiró. ¿Qué iba a hacer con aquel hombre?

Los sirvientes sonrieron, la saludaron y se inclinaron ante ella. Alguien dijo «nuestra enloquecida reina» con afecto.

Cookie frunció los labios. El día anterior se había quejado ante Kaysar de que los sirvientes sentían antipatía por ella. Y él debía de haber... hablado con ellos para que su comportamiento mejorara.

Seguramente, no era necesario que volviera a enviar plantas para pedir disculpas.

Cada vez que tenía un desencuentro con alguien, ofrecía un arbusto, una flor o un árbol. Los frutales eran los que provocaban mejores reacciones, reverencia

y maravilla. Hacia los árboles, solo hacia los árboles. Pero, al fin y al cabo, era un progreso.

Cookie atravesó el velo invisible que separaba los tesoros del resto del castillo. Creía que Kaysar se iba a poner muy contento cuando le hizo un tour por allí, pero estaba demasiado distraído. Le daba una palmadita en la coronilla, la besaba y continuaba su camino.

Cuando ella atravesó el portal y recorrió el pasillo serpenteante, que estaba lleno de opciones místicas. Al pasar, la falda de su vestido de baile rozaba las paredes de ambos lados. Aquel día había elegido un vestido de Glinda, la bruja buena. Era de color rosa claro y tenía rosas bordadas en el corpiño, acompañadas por hojas de bordes afilados. Cualquiera que tratara de atraparla se llevaría una desagradable sorpresa.

Había estado a punto de elegir un traje del Hada de Azúcar. Un diseño magnífico y un intento de atraer a Kaysar a su lado, con la voluntad de concederle todos sus deseos. De ganarse su atención y sus caricias. De reafirmar su conexión.

Sin embargo, al tratar de tomar el vestido blanco, su misterioso significado había detenido su mano, y ella había sacado del armario el vestido de la eterna optimista. Con la esperanza de...

«No hay ningún sitio como el hogar».

Al final, entró en la habitación del telescopio. ¡Su favorita! Desde allí, podía ver cualquier lugar de las Tierras del Atardecer, del Bosque de los Muchos Nombres, e incluso podía ver las fronteras de las cinco cortes. Una vez le había parecido ver a Kaysar en el palacio de la Corte de Medianoche. Las Tierras de la Noche. Aunque había buscado y buscado, no había conseguido localizar a Micah y a Hador allí, en las Tierras del Atardecer.

Tal vez tuviera suerte aquel día.

Que continuara la búsqueda. Se colocó ante el telescopio y buscó en las zonas boscosas de las montañas, donde las raíces de los árboles parecían serpientes que se deslizaban por el suelo. Quería encontrar a Micah o al rey Hador.

Las plantas habían empezado a florecer, y había colores rosados, azules, amarillos, rojos, morados... Los pétalos brillaban bajo la luz del sol. Más allá del bosque había un pantano que se adentraba en un jardín de mariposas que, a su vez, se adentraba en un claro que parecía un desierto.

—¡Cookie! ¿Sabes una cosa? Lo he conseguido. Me he dado cuenta de que estaba viendo un montón de imágenes inconexas, sin importancia, y eso me

impedía ver cualquier otra cosa.

¡Un invasor! Cookie se giró, gritando, y lanzó un puñado de espinas. No se dio cuenta de quién era la recién llegada hasta que fue demasiado tarde. Por suerte, Amber se agachó y, después, continuó su camino sin hacer pausa. Y sin morir.

–Vaya, lo siento –dijo Cookie, con el corazón acelerado–. Cuéntamelo. ¿Cómo ha sucedido? ¿Y cómo has conseguido deshacerte de tu sombra? –le preguntó, refiriéndose a Kaysar.

–Lo de Kaysar ha sido fácil. Tuve una visión que, seguramente, lo va a tener ocupado durante horas. Micah y Hador están trabajando con una vidente, una de las más poderosas que he conocido. Me está enviando *collages* mentales para ocultar el lugar en el que se esconden los reyes.

–Y, ahora que lo sabes, ¿puedes bloquearla?

–Sí, casi por completo.

–Eso es genial.

Lo era. Sin embargo, el hecho de que Amber recuperara sus habilidades sería como varias dosis de esteroides para la preocupación de Kaysar.

A Cookie se le hundieron los hombros cuando se giró de nuevo hacia el telescopio.

–Encontraré a nuestros enemigos, no te preocupes. Nadie puede esconderse durante mucho tiempo de mí.

Apuntó el telescopio en distintas direcciones. Vio un arbusto esponjoso, parecido a una bola de algodón de azúcar, que se lanzó hacia un roedor. La sangre salpicó las hojas. En un estanque, un pez saltó sobre la superficie del agua y fue capturado por un pájaro nocturno. Otro pez salió del agua y comenzó a caminar con un millón de patas por la orilla.

Cookie soltó un bufido de irritación y dirigió el telescopio hacia la frontera de la Corte de Invierno, el hogar del rey Hador y el príncipe Jareth. Allí siempre había un mar de nieve y hielo interrumpido solamente por una enorme pared de roca junto a la que había un ejército acampado.

El ejército de Kaysar. O parte de él. ¿Cuánto tiempo llevaban allí aquellos hombres? Había muchas tiendas y muchas hogueras. El humo ascendía por el aire helado. Algunos soldados se estaban entrenando. Otros estaban fabricando armas, o llevando a cabo diferentes tareas. La mayoría trabajaba para romper el muro.

A Kaysar le gustaba ser una preocupación constante para Hador. Y, sinceramente, ella no podía culparlo. Sin embargo, desde que había encontrado

la muñeca, su obsesión se había multiplicado por diez. Eso le estaba haciendo mucho daño a él, y a ella la estaba matando.

Se paseaba de un lado a otro, murmurando constantemente. Cuando perdía el control, se cortaba los brazos para hacer mapas. Dibujaba muchos mapas. Algunas veces, se quedaba mirando aquellos dibujos hechos de sangre, como si estuviera pensando en un camino para llegar hasta Viori, estuviera donde estuviera. Si realmente seguía viva.

—Puedes encontrar a individuos concretos con ese telescopio —le dijo Amber—, si tienes su sangre.

¿En serio?

—¿Hace falta una cantidad específica?

—Con una sola gota colocada aquí —dijo la pitonisa, tocando con un dedo el misterioso cilindro que había debajo de la mirilla—. Nadie puede esconderse en ningún lugar. No hay poder lo suficientemente fuerte como para ocultarlos.

No era de extrañar que aquel telescopio hubiera llamado su atención tan poderosamente. Era fantástico.

—Como no puedo robar sangre hasta que encuentre a la persona en cuestión, no sé de qué sirve eso... Bueno, ¿has visto a Hador y a Micah? ¿O a cientos de soldados furiosos, tal vez?

—He visto un suceso del futuro. Es uno de los motivos por los que te estaba buscando —dijo Amber, y vaciló un momento—. Creo que hay una cosa que tienes que ver.

—No, gracias. Si sé lo que va a ocurrir, puede que mi comportamiento cambie. Tal vez tomara decisiones equivocadas basándome en una suposición.

—Kaysar no estaría de acuerdo con eso —respondió Amber, y apartó el telescopio con la palma de la mano—. Pero no quiero mostrarte lo que va a suceder, sino algo del pasado.

—Eso tampoco. No quiero meterme en sus asuntos, y menos sin su permiso.

Sí quería. La tentación era enorme. Daría lo que fuera por ver una parte de la vida de Kaysar, pero no debía hacerlo, porque su relación ya era lo bastante tensa como para añadir una bomba a punto de explotar.

—¿Deseas que Pearl Jean y Sugars vivan aquí?

—Sabes que sí —dijo Cookie.

—¿Y quieres tener un futuro con Kaysar? ¿Quieres conquistarlo?

Ella frunció el ceño.

—Claro. Pero él no desea que lo conquisten.

¿Cuándo iba a luchar él por ella? Todo era tan desigual... O le mostraba la

faceta de príncipe azul, atento y seductor, o la del asesino más frío del mundo. No había punto intermedio.

–Soy una persona increíble. Protejo a quienes están a mi cargo, soy estupenda en la cama, y estoy segura de que tengo más rasgos para llevar a cabo una conquista.

–¿Quieres conquistarlo? –repitió Amber.

Cookie se irritó. Quería cambiar de tema. Tomó a Amber de la mano y la llevó al jardín que había plantado junto a su dormitorio. El aire era cálido y polvoriento se convirtió en un instante en un aire seco y humeante. Los sirvientes estaban escardando malas hierbas del jardín. Cookie se sintió orgullosa. Había creado muchísimas variedades de plantas para su jardín. Los arbustos creían de la tierra y prosperaban. La revitalización del suelo le proporcionaba una sensación de plenitud desconocida.

Al verla, los sirvientes sonrieron.

–No están siendo amables contigo porque Kaysar se lo pidiera, aunque sí lo hizo –le dijo Amber, al tiempo que la instaba a continuar su camino.

Anduvieron por un camino de tierra, rodeadas por arbustos florecidos. Estaban conectados a ella sin estarlo, tal y como había predicho Jareth.

–Sabes que tú eres la responsable del renacimiento de las plantas. Te lo agradecen –dijo Amber.

–Ah, vaya –dijo Cookie.

Después, carraspeó. Ya no era capaz de contenerse. Tenía que preguntar.

–¿Qué voy a hacer con Kaysar, Amber? Las cosas no funcionan. Antes de responder, deja tus predicciones y vive en este momento, ¿de acuerdo? Sí, te estoy pidiendo que te conviertas en alguien tan tonto como el resto de nosotros.

–Muy bien. Allá va una cosa que incluso un tonto debería saber: para conseguir lo que quieres, tendrás que luchar y caerte, levantarte y volver a luchar, y aceptar la ayuda cuando te la ofrezcan.

–De acuerdo. Está bien. Muéstrame el pasado de Kaysar. Pero, si protesta por ello, tú te vas a llevar toda la culpa –le dijo Cookie a la pitonisa.

Amber puso los ojos en blanco.

–Como si tú pudieras hacer algo que a él le parezca mal.

–De todos modos, ¿por qué necesitas enseñarme esto?

–¿No te lo he dicho? El rey Hador y el rey Micah vienen hacia el castillo. Van a llegar esta noche con un millar de troles. Eso es lo que tiene ocupado a Kaysar en este momento.

–¿Cómo? –preguntó Cookie, y agarró a la pitonisa por los hombros,

zarandeándola—. ¿Y por qué no has empezado por ahí? Cuéntamelo todo.

—Te voy a contar lo más importante del futuro para que podamos volver al pasado. Los dos reyes van a venir a pedir audiencia. Le ofrecerán a Kaysar una tregua, pero él la rechazará.

—Vaya, qué sorpresa.

—Esto será un momento crucial de vuestra relación, y quiero que estés preparada.

¿Un momento crucial? ¿Por qué?

—¿Estás reuniendo valor para decirme que... voy a perder?

La pitonisa la miró con lástima.

—Eso depende de ti. Y no quiero presionarte, pero tus actos hacia Hador y Micah de este día tendrán consecuencias para toda la eternidad.

Ya, nada de presión.

—Te juro que tienes cinco segundos para explicarme qué...

Cookie se quedó callada y echó la cabeza hacia atrás. De repente, gritó.

—Sí —dijo Amber, con una sonrisa—. Seguramente, debería haberte avisado. Aceptar una o dos imágenes es fácil. Recibir un recuerdo completo, no tanto.

—Eres la peor de todos nosotros, ¿verdad? —le preguntó ella, entre jadeos.

La pitonisa sonrió aún más, con los ojos brillantes.

—Probablemente.

Cookie no pudo responder. Tenía la mente llena con la imagen de un niño que llevaba de la mano a una niña pequeña por un bosque. Eran los niños más preciosos que hubiera visto en su vida, con el cabello negro y ondulado, los ojos de color marrón claro y unas pestañas muy largas. No tuvo que preguntarse quiénes eran: Kaysar y Viori. Al comprenderlo todo, Cookie se puso las manos sobre el estómago, porque había sentido una punzada de dolor.

Los dos hermanos estaban muy delgados y sucios. Vestían harapos y llevaban las botas atadas con una cuerda. Kaysar portaba una mochila tan pesada que iba encorvado.

—Este —dijo Amber— es el día en que Kaysar perdió a su hermana. Míralo. Mira cómo lo capturaron. Y mira cómo escapó.

A Cookie se le encogió el corazón. Aquello iba a desgarrarla por dentro, ¿verdad?

Capítulo 30

Micah y Hador, allí. Pronto. Pero no lo suficientemente pronto.

Kaysar estaba sentado al borde del trono de Chantel, vibrando de impaciencia, con Drendall en el regazo. Un grupo de granjeros había acudido al castillo a pedirle ayuda contra un monstruo de un pantano, y a ofrecerle sobornos. Él escuchó a medias. Su mente estaba demasiado ocupada.

¿Había conocido Micah a Viori? ¿Había tenido trato con su hermana aquel usurpador? ¿Alguno de sus súbditos? ¿O, simplemente, alguien se había encontrado su muñeca?

Pero... ¿por qué iban a guardarla con el tesoro?

La falta de respuestas lo dejó angustiado.

Estaba fallándole de nuevo a Viori, e iba a perder a Chantel. Su mujer no dejaba de mirar por las ventanas distraídamente. Cuando él le preguntaba qué estaba pensando, ella sonreía con tristeza y cambiaba de tema. Vivían en el mismo castillo, rodeados de plantas gloriosas que brotaban a la vuelta de cada puerta y cada ventana, pero él la echaba de menos como si estuvieran separados por un océano. Ahora, ella mantenía una parte de sí misma separada de él. Él sentía la distancia.

No habían vuelto a hacer el amor.

Chantel le había dicho que no iba a pedirle que la eligiera a ella por delante de su hermana, y había cumplido su palabra. Y, sin embargo, eso lo decepcionaba. Ella no se había puesto más las garras, su uniforme de equipo. Sonreía a menudo, pero sus ojos no brillaban con el mismo afecto que antes. Aunque él la había abrazado todas las noches, ya no se susurraban secretos el uno al otro. Ella lo había besado una vez, hacía una eternidad, pero su sentimiento de culpabilidad no le había permitido disfrutar del beso, y ella no había vuelto a intentarlo.

La tensión estaba empezando a pasarle factura, y ya no tenía paciencia con nadie, salvo con ella, e incluso eso le costaba esfuerzo.

En realidad, él nunca había sido un individuo tranquilo, y temía que hubiera un estallido. Eso la alejaría más rápidamente. Sin embargo..., ¿cómo podía disfrutar de su mujer, cuando su hermana había tenido un destino desconocido? ¿Lo necesitaba Viori? No lo sabía. ¿Había conseguido construirse una vida? Tal vez, una existencia llena de arrepentimiento y de horror. ¿Era feliz? ¿Había muerto?

Kaysar se tiró del pelo con desesperación. La incertidumbre aumentaba las posibilidades de aquel estallido emocional. Ya había usado las gotas de satisfacción y alegría que había conseguido en las pocas ocasiones que había hecho el amor con Chantel, y anhelaba más. Lo anhelaba con todas sus fuerzas.

¿Por qué no podía aceptar ella la vida que le ofrecía? ¿Por qué tenía que querer más? Se lo había dado todo: regalos, armas, joyas. Un mapa enmarcado de las Tierras del Atardecer, su reino.

Pero ella quería, precisamente, lo que él no podía darle.

O tal vez sí pudiera. Una parte de sí mismo le pedía a gritos que abandonara su venganza. Que olvidara para siempre a los Frostline.

Pero... ¿cómo podía hacerlo? ¿Cómo, cómo, cómo?

«¿Sabes que siempre te voy a proteger, ¿verdad?».

Romper la promesa que le había hecho a la niña dueña de su corazón...

Mentirle a la persona que se merecía toda la verdad...

Hasta que no supiera lo que le había ocurrido a Viori, no podría descansar. No estaba dispuesto a hacerlo.

—Por si no lo sabías, el último golpe que me has dado es verdaderamente diabólico —dijo Jareth, desde su puesto en el estrado, y se metió una croqueta en la boca. Las croquetas no figuraban en el menú que él había aprobado para el príncipe. Obviamente, alguien iba a morir aquel día. O al día siguiente, cuando se hubiera ocupado de la inminente visita—. ¿Dejar que presencie tu autodestrucción? Estoy sufriendo inmensamente.

—Cuando quiera conocer tu opinión —respondió Kaysar—, te la arrancaré de la garganta. ¿Dónde está Chantel? ¿Sigue redecorando habitaciones?

Observó la decoración de la sala del trono. Le encantaban las estaturas eróticas que había colocado junto a las paredes y los jarrones con ramos de flores de colores suaves. Sus gustos eclécticos le encantaban.

—¿Majestad? —dijo uno de los granjeros—. ¿Le parece satisfactorio este obsequio?

Aquella pregunta, formulada con temor y esperanza, lo sacó de su ensimismamiento. Se dio cuenta de que había estado acariciando el mechón de pelo de Chantel, que había colocado en su antebrazo.

Miró al grupo de súbditos, que le habían llevado dos cofres llenos de especias.

—Tal vez deberíais decirme vosotros si este obsequio es satisfactorio. Sois quienes lo habéis seleccionado, después de todo. Así que... ¿elegiríais un regalo que no fuera satisfactorio para vuestra reina, cuando deseáis que os ayude?

—Yo... —el granjero miró a sus compañeros en busca de apoyo, pero ellos miraron al suelo—. Majestad...

—El regalo es más que satisfactorio —anunció Jareth—. Seguro que es lo mejor de vuestros campos.

—Sí, sí. Lo mejor —dijo el hombre.

Kaysar se pasó la lengua por un incisivo. Jareth seguía interrumpiéndolo y molestando.

—¿De veras lo crees? —le preguntó al príncipe, pero no esperó su respuesta—. Recibirás tú el castigo o la recompensa, lo que yo decida que corresponde en este caso.

—De acuerdo —dijo Jareth, asintiendo.

Los granjeros se estremecieron de alivio, antes de marcharse del salón del trono tan rápidamente como les permitían sus pies.

Kaysar trató de relajarse.

—Qué magnánimo eres —le dijo al príncipe—. Una vez, ni siquiera te dignaste a hablarle a la sirvienta a la que deseabas, pero, ahora, pones en riesgo tu vida por unos desconocidos.

El príncipe se estremeció.

—¿Quieres hablar de eso aquí? Muy bien. Yo era un prisionero, igual que tú. ¿Crees que solo abusaron de ti? ¿Crees que yo no había intentado escapar, sin conseguirlo? ¿No te das cuenta de que yo estaba haciendo lo que esperaban de mí, mientras trabajaba para fortalecerme y poder huir? Aquel día, en el campo, yo quería salvar a la muchacha de un destino mucho peor que la muerte. Sabía que mi familia iba a matarla, dijera lo que dijera yo. Elegí un camino más clemente para ella, pero...

Jareth apretó los labios y bajó la cabeza, como si estuviera avergonzado.

—Bien. No sabía que tus intenciones eran tan puras —dijo Kaysar, con desdén. Tal vez el príncipe dijera la verdad o tal vez estuviera mintiendo. De cualquier forma, ya estaba hecho, y él se merecía sufrir—. Si desprecias tanto a Hador, no

sé por qué te asocias con él ante tus súbditos. Os reís juntos.

–Yo nunca me río con él. Ya no.

Kaysar entrecerró los ojos.

–Entonces, ¿debo perdonarte por ser un cobarde?

Jareth volvió a estremecerse. Alzó la cabeza y lo miró.

–A lo mejor deberías perdonarte a ti por el mismo pecado.

¿Él, un cobarde? ¿Cómo se atrevía el príncipe?

–Voy a cortarte la lengua antes de que acabe el día.

Jareth se quedó impertérrito.

–Si he aprendido algo durante esta cautividad, es la verdad de tu naturaleza.

El temible Desquiciado teme perder de nuevo aquello que más ama. Tú llevas un collar invisible que te mantiene amarrado a una prisión. Esa prisión, en la que el tiempo no tiene significado y nada cambia nunca, te la has construido tú mismo. Entonces, llega una bella princesa y te ofrece la llave, pero tú finges que no puedes verla. Te tratas a ti mismo peor de lo que nunca me hayas tratado a mí. Creo que te gusta tu sufrimiento. Y yo sé que te lo mereces.

«Voy a destriparlo ahí mismo».

Kaysar se aferró a los brazos del trono para contenerse.

–Te he dicho que no hables nunca de ella.

–No te preocupes. Admito que es tuya. Eso está claro. Tu locura complementa la suya a la perfección, y os deseo lo mejor a los dos. No tengo ganas de quitártela. Preferiría... ayudarte. Compensarte por lo que no pude hacer de niño.

¿Ayudarlo? Kaysar sintió furia.

–No necesito nada de ti. No puedes compensarme.

Las puertas del salón se abrieron de golpe, y Eye entró apresuradamente.

–Lamento interrumpir, Majestad, pero Hador y Micah han llegado, y vienen pisándome los talones.

Por fin. Kaysar alzó la barbilla y se cuadró de hombros. Olvidó al príncipe.

En cuanto había recibido el aviso de Eye, había ordenado a sus guardias que se retiraran. Nada podía entorpecer aquella reunión.

La pitonisa se detuvo a un lado del trono, con una fina capa de sudor en la piel oscura.

–Habría venido antes, pero Cookie quería cambiarse de ropa –le dijo, en voz baja, y se estremeció–. Mis más sinceras disculpas por su última elección, Majestad.

¿Qué faceta de su magnífica personalidad habría decidido destacar para la

inminente batalla?

Por segunda vez, las puertas se abrieron, en aquella ocasión, para dejar paso a Hador Frostline y Micah, que entraron en el salón con la cabeza alta. No se habían puesto armaduras para la reunión, sino túnicas y pantalones, como si no temieran las garras de Kaysar. Iban seguidos por ocho guardias: cuatro hadas y cuatro troles. Eran muy pocos, y eso hizo que se irritara. ¿Acaso la gente ya no le tenía miedo y estaba empezando a sentirse cómoda ante él?

¡Solo Chantel tenía ese derecho!

Al ver la fea mirada de Hador, Kaysar sintió odio y tuvo un impulso irresistible de matarlo. Los recuerdos se arremolinaron en su mente. Manos que lo sobaban y lo agarraban. Jadeos. Una respiración caliente sobre la carne.

«Hazle daño. Hazle sufrir». Sí. Iba a cubrirse la piel con la sangre de su enemigo e iba a bailar al son de sus gritos de dolor.

–Qué maravillosa sorpresa, que no es tal sorpresa –dijo, con una sonrisa benevolente, y miró a Eye–. ¿Debo mandar a mi pitonisa a que busque algo para comer y beber ahora, o después de que hayáis gritado de dolor un poco?

–No vamos a quedarnos mucho –respondió Micah. O podía leer los labios a tan poca distancia, o había vuelto a tomar la droga para quedarse sordo. Su mirada recayó sobre la muñeca, y pestañeó.

¿Una señal de reconocimiento, o de confusión? Kaysar tuvo que disimular su ansiedad.

Hador señaló a Jareth.

–No me voy a marchar sin mi hijo.

El príncipe había permanecido sentado, y parecía que estaba furioso por la llegada de su padre.

–Estoy donde debo estar. A no ser que quieras cambiar de puesto, no voy a ir a ninguna parte.

El rey entrecerró los ojos, pero no dijo nada más.

–Dejad las Tierras del Atardecer por vuestra propia voluntad, rey Kaysar –le ordenó Micah, con una voz que retumbó por todo el salón–. No quiero destruir mi reino y tener que reconstruirlo desde cero otra vez. Pero puedo hacerlo, y lo haré si es necesario. No voy a permitir que gobernéis a gente inocente y trabajadora.

¿Cómo podía explicarlo de tal modo que lo entendiera?

–Si me atacas a mí, o a los míos, el reino será destruido. Yo me aseguraré de que así sea.

Micah palideció.

—Ya han terminado las muestras de cortesía de rigor. ¿Reconoces a la pequeña Drendall, Micah? —le preguntó. Puso la muñeca en el brazo del trono.

Micah enarcó las cejas.

—¿Debería?

¿Una señal de verdadera perplejidad? Kaysar tuvo ganas de mesarse el cabello. Sabía que la posibilidad de conseguir información era muy remota, pero había tenido grandes esperanzas de lo contrario.

—La muñeca perteneció a mi hermana hace mucho tiempo. De un modo u otro, voy a conseguir conocer la verdad sobre el tiempo que pasó en las Tierras del Atardecer. Si alguien le hizo daño, deseará morir, porque le parecerá un final dulce. Y los que mientan sobre su relación con ella, nunca lo encontrarán.

—¿Hacerle daño a una niña? —preguntó Micah, con desdén—. No. Nunca. Las leyes de mi reino son sencillas.

Kaysar... lo creyó. Sin embargo, aquella conversación infructuosa lo despojó de otra capa más de cortesía.

—Me confunde tu elección de socio.

—La guerra debe acabar —gritó Hador—. Estoy cansado de luchar contra ti, Kaysar, pero ayudaré a Micah a conseguir tu derrota, si es necesario.

—¿Te has cansado de luchar? —dijo Kaysar, susurrando—. Muy bien, pues vamos a darle al violador de niños lo que desea.

Micah retrocedió con espanto.

—¿Cómo?

El rey apartó la mirada.

—Tú eres mucho más destructivo de lo que yo he sido nunca.

—Bueno... —dijo Kaysar, con un sonsonete, y provocó gemidos de dolor—. No puedes crear un monstruo y quejarte después cuando te muerde.

Hador se pasó una mano por la cara.

—Siento mucho lo que ocurrió entre nosotros, Kaysar. Muchísimo. Debes saberlo.

«No vayas hacia él. No le arranques el corazón».

Hador solo se merecía sufrir eternamente.

—Ah. Hemos llegado a las excusas por tu comportamiento. Es mi parte menos favorita de la historia, pero, por favor, continúa. Es lo que siempre precede a tu sufrimiento en mis manos.

Al rey se le cayó una lágrima.

—Te aseguro que he pagado mil veces más de lo que debía por mis crímenes.

—Habla. Lléname los oídos con tu sufrimiento.

Hador apretó los dientes. No respondió. Tan solo respiró profundamente.

Porque era un mentiroso, y no había pagado lo suficiente.

–He cambiado –dijo el rey–. He aprendido lo que vale la vida.

–Tú no has aprendido el valor de nada.

Las puertas se abrieron, y Kaysar se quedó inmóvil al ver que Chantel, con una expresión de severidad, entraban en el salón. Llevaba un moño y tenía el pelo negro, sin un solo mechón rosa. Y se había puesto un voluminoso vestido negro.

Él se puso en pie con el pulso acelerado. «Qué poder, qué pasión y qué belleza», pensó. Era una reina hada sin igual. Una hoja afilada, pero cubierta de terciopelo. Una mujer sin comparación, y su fantasía sexual hecha realidad.

¿Por qué no había saboreado aquello las noches pasadas?

Ella tenía una mirada que le pareció un poco llena de locura, y él estuvo a punto de ponerse de rodillas ante ella para adorarla.

Chantel subió al estrado y se detuvo junto al trono. Lo miró a los ojos y dijo, en tono firme:

–Por favor, discúlpame.

La petición era coherente con sus actos, pero no el peso de su tono de voz. Era como si estuviera pidiendo perdón por muchas cosas a la vez.

Él se apartó, señaló el trono e inclinó la cabeza hacia abajo.

–Majestad.

Ella se sentó con una autoridad llena de calma. Estaba magnífica, con la espalda recta como un poste.

–¿Empezamos?

De repente, las enredaderas surgieron del suelo, haciendo saltar las baldosas de mármol, y atraparon a los dos hombres y a sus guardias con la fuerza de un cepo. Las espinas de la hiedra venenosa inyectaron el veneno directamente en sus venas, y eso les impidió teletransportarse o moverse. Gotas de color rojo empezaron a caer sobre las hojas verdes.

–Micah –dijo ella–. Empezaré contigo.

El hombre, paralizado, preguntó:

–¿Qué derecho tienes a hacer esto?

–Las Tierras del Atardecer son mías –respondió ella–. Puedo hacer lo que tú no hiciste nunca. Revitalizar las tierras. A lo mejor has oído risas por el camino hasta aquí. ¿Te has fijado en el jardín? Es el primero de muchos.

Micah frunció el ceño, pero no dijo nada.

Chantel dio un puñetazo en el brazo del trono.

–Una vez dicho esto, comienza la sesión del Tribunal del Primer Distrito de las Tierras del Atardecer. Preside la jueza Cookie. ¿Cómo se declara Micah, el antiguo rey?

Cookie estaba llena de rabia. Lo que le habían hecho Hador y su hermano a Kaysar cuando era pequeño le asqueaba. Pronto se encargaría del rey de la Corte de Invierno.

Después de conocer las visiones del pasado de Kaysar, lo entendía mucho mejor. Él estaba de pie, a su lado, como una torre de fuerza. Y, sin embargo, la necesitaba. Aquel día, él iba a ver resuelto su caso. Al día siguiente, ella resolvería el suyo.

¿Había afectado al futuro el hecho de que ella viera el pasado, tal y como temía? Oh, Sí. Aquel día iba a cambiar todo.

Cookie frunció el ceño y, en el silencio, todos se miraron en busca de una respuesta. Ella movió la mano de forma imperiosa.

–¿Cómo se declara Micah, el antiguo rey? –repitió.

–¿Cómo me declaro por qué? –preguntó él–. No me declaro nada.

–Estás acusado del crimen de atacar a los reyes de las Tierras del Atardecer a su llegada al reino. Te lo advierto, también soy la testigo del crimen, y te va a resultar difícil convencerme de nada.

Micah gritó:

–¡Vosotros no sois los reyes de...!

–Entonces, ¿te declaras culpable? –preguntó ella. Paseó la mirada por la habitación y asintió–. Todo el mundo lo ha oído, ¿no? Culpable.

–Atacamos a un rey enloquecido que apareció de repente en las Tierras del Atardecer para arrasar nuestros campos y destruir a nuestros animales –le espetó Micah–. Y ya no nos vamos a esconder más.

–Vaya. Veo que no aprendimos la lección más importante: no ataques al rey malvado, porque su novia podría ser peor. ¿Estás dispuesto a pelear por estas tierras, Micah?

–Sí –respondió él, muy en serio–. La pelea no ha hecho más que comenzar, princesa.

–Majestad –lo corrigió ella.

Él frunció el ceño y entrecerró los ojos.

–Todavía tengo recursos que puedo utilizar.

–Me alegro, porque yo también. No voy a retroceder ni a rendirme. Siempre voy a proteger lo mío. No –dijo ella, cuando él trató de hablar de nuevo–.

Déjame terminar. Por la presente, quedas absuelto de tu crimen.

Él se quedó asombrado, y ella explicó:

–Me pareces una persona honorable. Luchaste por tus tierras con toda tu capacidad, pero perdiste. Dos veces. No puedes darle a mi pueblo lo que quiere y merece, así que no voy a devolver a mis súbditos a tu gobierno. Acepta tu destitución y agradece tu absolución. Algún día, incluso, podemos ser aliados. Pero, si intentas atacarme de nuevo, comenzará la verdadera guerra.

Gracias a su conexión con las enredaderas, teletransportó a Micah a los pantanos sin ningún problema. Que se encargara él del monstruo del pantano del que habían oído hablar.

Y con el primer caso resuelto... había llegado el momento de resolver el segundo y último. La elección de Kaysar, fuera la que fuera, iba a decidir el futuro de su relación. Estrujó a Hador con las enredaderas, tan fuertemente, que él rey se congestionó.

–En este caso no es necesario celebrar ningún juicio. El acusado es culpable –dijo, y miró a Kaysar–. Tú decides la condena, querido. Lo matamos aquí, juntos, o lo dejo marchar para que puedas continuar con tu venganza mañana.

¿Entendía lo que le estaba preguntando? La respuesta tendría consecuencias. Quedarse con ella, o sin ella. Se les habían acabado las opciones. Si él necesitaba prolongar la conexión con su hermana, que lo hiciera. Era su vida, y él debía elegir. Ella apartaría los escombros del camino y le ofrecería un futuro. Sin embargo, no podía seguir ocupando el segundo o tercer lugar. Se creía digna de algo más.

Mantuvo una expresión impertérrita, porque no quería influir en su respuesta.

Kaysar estaba sudando. Miró a Hador y, después, volvió a mirarla a ella, con ansiedad. Después, exhaló un suspiro de cansancio, y ella supo que no estaba dispuesto a renunciar a su venganza. Ni por ella ni por sí mismo.

Cookie sintió una enorme decepción y un gran dolor, pero no reveló ninguna de las dos cosas. Sonrió suavemente, y le dijo:

–Está bien. No hay ninguna respuesta incorrecta, Hombre Garra. Lo que quieras, lo tendrás. Es mi regalo para ti.

–Venganza –dijo él, con una expresión salvaje–. Mañana.

Ella siguió sonriendo, a pesar del dolor, y arrojó a Hador a los pantanos con Micah.

Kaysar había tomado su decisión, y ahora los dos tendría que vivir con ello.

–¿Qué has hecho con él? –le preguntó Kaysar.

–No te preocupes, está vivo.

Le costó esfuerzo, pero Cookie contuvo su sufrimiento. Olvidó al resto de los presentes y se puso en pie. Se apoyó en el hombre al que amaba y posó la mano sobre su corazón. A él se le cortó la respiración, y la abrazó con delicadeza, con cautela, como si temiera su reacción.

Una última noche. Llena de deseo, Cookie dijo, con la voz enronquecida:
–Llévame a la cama, Kaysar.

Capítulo 31

Kaysar teletransportó a Chantel a su dormitorio. Se materializaron a los pies de la cama, pero él no la besó. Todavía no.

El instinto le decía que había algún problema, pero ella lo estaba mirando con tanto deseo, a la luz de las velas, que se convenció a sí mismo de que estaba equivocado. En su futuro solo había placer. Sus sueños iban a hacerse realidad. Tenía a su pareja y seguiría teniendo su venganza, puesto que una cosa ya no excluía a la otra. Podría lastimar a Hador Frostline de día y disfrutar de Chantel por las noches. ¿Qué otro hombre de Astaria tenía una vida mejor?

Su alegría no conocía límites... salvo por ese eco molesto y persistente de inquietud. Y también por una sensación inexplicable de decepción y desesperación.

Sin embargo, aquel no era el momento de analizar pensamientos y emociones. Había echado demasiado de menos a Chantel como para dejarse llevar por el miedo. Le metió un mechón de pelo detrás de la oreja, con ternura, y le dijo:

–Has estado magnífica, defendiendo a tu hombre, defendiendo tus tierras.

–Lo sé –respondió ella.

Con un movimiento sensual que él siempre iba a recordar en sus fantasías, ella se quitó el vestido. La tela negra se amontonó a sus pies, y Chantel permaneció orgullosamente erguida ante él, con un encaje azul sobre el pecho y entre las piernas. Le mostraba su piel pálida y sedosa, un poco sonrosada por la excitación, y marcada con un mapa de color rojo.

Él la miró con asombro. Con humildad. Con reverencia. Y, cuando alzó la vista hasta sus ojos, vio que ella tenía los iris encendidos, como si en ellos ardiese una hoguera.

–¿Lo has dibujado tú? –le preguntó, con la voz enronquecida.

–He utilizado un tinte que me han preparado los sirvientes con pétalos de rosa. Por eso he llegado tarde al salón del trono. Este es un mapa del castillo. En él están la puerta mística y las diferentes cuevas del tesoro. Quería que fuera perfecto para ti, fuera cual fuera tu decisión. ¿Te gusta?

Él la miró fijamente.

–Nunca voy a separarme de ti. Ay del que intente apartarte de mí.

El brillo de sus ojos se apagó un poco, y él notó una punzada de angustia en el pecho. Pero ella le preguntó:

–¿Quieres que me desnude, Kaysar?

Él olvidó todo lo demás.

–Necesito que te desnudes, querida.

Entonces, ella se soltó el pelo. La melena negra le cayó por la espalda y él se tambaleó bajo el peso de las emociones.

–Déjame decirte lo que necesito yo –suspiró ella, con los párpados entrecerrados–. Tus besos. Que me acaricies toda la piel. Que ames mi cuerpo de mil maneras diferentes y me ayudes a olvidar las horas que hemos pasado sin estar juntos, y las que vamos a pasar separados. Dame todo lo que me prometiste, no retengas nada.

¿Las horas que iban a pasar separados? La fragancia de miel del deseo de Chantel le hizo perder el control y olvidó aquel extraño presentimiento.

–Todo. Nada –dijo, con la voz quebrada. Ella consumió todos sus pensamientos–. Enséñame más.

Ella se echó a temblar un poco cuando se desabrochó la parte superior del traje. Destapó sus pechos y sus pezones contraídos y rojos. A él se le formó un gruñido en la garganta.

–Déjame ver lo demás.

«La he echado tanto de menos. He echado tanto de menos esto...». El dulce intercambio. El sentimiento de comunión. La paz de la pasión. Todas sus demás facetas quedaban olvidadas.

Ella se bajó las bragas moviendo las caderas y las apartó de una patada. Después, se irguió, totalmente desnuda, con la cabeza alta, los hombros erguidos y el pecho adelantado, esperando sus caricias.

–Voy a jugar con tu cuerpo hasta que grites por mí –le dijo.

Entonces, inclinó la cabeza y succionó uno de sus pezones y, después, el otro.

Ella gimió y le pasó los dedos por el pelo. Él le besó el esternón y la garganta, y se irguió para mirarla a los ojos. Tenía las pupilas dilatadas y los ojos

un poco empañados. A él le encantaba lo rápidamente que se apoderaba de ella el deseo que sentía por él.

—Voy a marcar tu cuerpo hasta que no puedas olvidarme nunca —le dijo ella.

La atracción fue más fuerte que nunca y, sin embargo, él seguía teniendo aquella sensación de que Chantel se le escapaba entre los dedos. No. No se lo permitiría. Con un rugido, la tomó de la nuca y de la espalda y la estrechó contra su torso.

Cookie abrió la boca para acoger la lengua de Kaysar y gimió de placer.

Él suavizó su beso, como si aquella reacción hubiera calmado en parte su ferocidad. Empezó a besarla con suavidad, con deliberación, y cada una de las caricias de su lengua se convirtió en un asalto sensual.

Posesivo, primitivo, implacable y, a la vez, dulce... ¿para dulcificarla a ella?

Estaba seduciéndola con la boca, hasta que no le quedó aire en los pulmones. Hasta que ella no pudiera sobrevivir sin él y no quisiera intentarlo.

Con un movimiento muy hábil, le apartó los pies de una suave patada y metió la rodilla entre sus muslos. El cuero le acarició el clítoris dolorido, y a ella se le escapó un grito de placer.

Él, jadeando, alzó la cabeza y posó la frente sobre la de ella.

—Eres algo muy precioso para mí. Dime que lo sabes. Dime que sabes que moriría por ti.

—Sí, lo sé —dijo ella. Lo sabía con certeza. Sin embargo, prefería que él viviera por ella—. Tú también eres algo precioso para mí. Te quiero. Al cien por cien.

Con los ojos del color de whisky llenos de ferocidad pero también de suavidad, Kaysar le preguntó:

—¿Me quieres?

—Mucho.

A ella le temblaron las piernas, y tuvo que apoyar más el peso de su cuerpo en el muslo de Kaysar.

Era delicioso, pero necesitaba más. Se movió... ¡Sí! Se onduló contra él, montando su muslo. La fricción aumentó.

—Es muy gozoso, cariño.

A él se le entornaron los párpados al oír aquella expresión de afecto.

—¿Quieres más de mí?

—Lo quiero todo de ti.

Los tatuajes de su pecho captaron la mirada de Cookie. «Umm. Voy a

lamerle aquí. Allí. Por todas partes».

–Me gusta cómo me miras –dijo él, y la balanceó sobre su mulso con las manos encallecidas. A ella se le escapó un jadeo.

Él apretó su boca contra la de Cookie. El primer roce de su lengua ya casi la desarmó, pero él se movió con atrevimiento y acabó con su dominio. Kaysar sabía cada vez mejor, más dulce. Ella se echó a temblar y trató de recuperar la respiración. Estaba ardiendo.

Cookie le tiró de la ropa. Cuando él quedó desnudo ante ella, le rodeó con los dedos la base del miembro.

Él la tomó en brazos y la dejó sobre el colchón. El beso se hizo cada vez más profundo, y él apoyó los puños junto a sus sienes. Entonces, alzó la cabeza, con los ojos enfebrecidos y los labios hinchados.

–Yo también te quiero –le dijo.

Aquellas palabras le aceleraron el corazón, que adquirió un ritmo errático. Él la quería, y ella sentía alegría. También tuvo ganas de sollozar. Él la quería, y ella lo sabía, pero no la quería lo suficiente.

Se apartó aquellos pensamientos de la cabeza, hasta el día siguiente. Tenían aquella noche, e iba a saborear hasta el último momento.

–Kaysar –le dijo, mientras él descansaba su delicioso peso sobre ella.

Kaysar le acarició los pechos y le pellizcó los pezones como a ella le gustaba. El placer y la presión entrechocaron una y otra vez.

Él adoró su cuerpo durante mucho tiempo, besándola y lamiéndola, acariciándola y marcando toda su piel. Sus caricias eran tiernas y ásperas a la vez, y a ella le encantaba. Lo deseaba por completo, cada faceta de él. Y, sin embargo, en cuestión de horas tendría que despedirse de él.

Ambos emitieron un sonido extraño cuando él introdujo un dedo en su cuerpo. Sin poder contenerse, impotente ante el bombardeo de sensaciones, ella se arqueó y se aferró a él con fuerza. Con desesperación.

–Kaysar, amor. Dame más.

–Las cosas que me haces sentir... –susurró él, mientras seguía acariciándola. Tenía una expresión de agonía y tensión.

Rozó su pierna con el extremo de su miembro, dejando un rastro de calor húmedo, y ella se estremeció. Y, sin sentir ninguna vergüenza, se retorció bajo él.

–Más.

Una orden. Una súplica.

–¿Esto es suficiente para mi amada? –le preguntó él, y metió un segundo dedo en su cuerpo.

–Más –respondió ella, y movió la cabeza descontroladamente cuando él le presionó el clítoris con la yema del dedo pulgar–. Estoy tan cerca...

–Mis disculpas más falsas por lo que está a punto de suceder, Majestad.

El rey diabólico apartó la mano de su cuerpo, y ella comenzó a darle golpes en los hombros. Entonces, con una sonrisa maléfica de deleite, él dijo:

–No vas a conseguir tu placer hasta que yo no oiga mis gritos.

–Kaysar, dame el orgasmo. Lo necesito. Solo uno, pequeño. Te prometo que voy a gritar muy alto.

Él tomó ambos lados de su cara y le pasó el dedo pulgar por el labio.

–No puedes ser más preciosa –le dijo–. Pero no sé si voy a seguir atormentándote toda la noche.

Ella jadeó, gruñó.

–Quiero que entres en mi cuerpo ahora. Por favor, amor. Por favor. Te necesito. Me duele muchísimo.

–Está bien, cariño. Vamos a quitarte ese dolor.

Mantuvo su mirada fija en ella y, por fin, volvió a apretar su clítoris con la yema del dedo pulgar y deslizó dos dedos dentro de ella.

–Pero... me temo que no va a ser suficiente.

Ella se sintió llena de nuevo. Sintió alivio.

Él hundió los dedos en su cuerpo y los sacó. Los movió y los estiró. Cookie arqueó la espalda y gimió al sentir un poderoso orgasmo, una avalancha de calor y placer cada vez más veloz. Pero Kaysar tenía razón. No era suficiente. Su necesidad era demasiado grande.

–Quiero más. Sé que no he gritado, pero deja que te demuestre lo mucho que te quiero. ¿No te parecería bien?

–Yo te voy a enseñar lo mucho que te quiero –le dijo él.

La colocó sobre las rodillas y las manos en el colchón e hizo que inclinara la cabeza hacia la almohada de modo que sus caderas quedaran elevadas. Con una mano la sujetó y con la otra movió el extremo de su miembro hinchado contra su clítoris.

–Voy a entrar tan profundamente en ti que me vas a sentir en todo el cuerpo.

–¡Sí! –exclamó ella, con el corazón acelerado–. Entra profundamente.

–Y tú me vas a acoger, ¿verdad? –preguntó él, con una tensión que convertía sus palabras en dardos de cristal. Seguía masajeándola...–. Mi belleza está empapada.

¡Y casi levitando!

–¡Kaysar!

Entonces, él se hundió en su cuerpo y la llenó con una poderosa acometida.

Y estalló otro éxtasis. Otro orgasmo que la consumió, que le arrancó otro gruñido. ¡Qué placer! Era una dicha, un embeleso que no acababa. Pero ella seguía ansiando más.

Kaysar se inclinó hacia delante, apoyó la palma de la mano en el colchón y comenzó a embestir su cuerpo.

—Voy a hacerte esto todos los días, todas las noches, durante el resto de nuestra vida.

Aquellas palabras la volvieron loca. Con el brazo libre, Kaysar tomó su clítoris con dos dedos y frotó el pequeño núcleo de nervios mientras seguía embistiéndola.

Ella se aferró al cabecero de la cama antes de que la marea la arrastrara. ¿Demasiado placer y aún no suficiente? Demasiado... y tan maravilloso...

—Más, Kaysar.

Sus paredes internas comenzaron a contraerse alrededor de su miembro, y él la agarró por la cintura y tiró de ella hacia atrás para acometer con más fuerza. Toda la cama tembló. Quizá el palacio entero estuviera temblando.

La presionó contra el colchón para tener su cuerpo bajo control. La fuerza de cada embestida hizo vibrar todo su ser, y ella notó el frío de las sábanas en contraste con el contacto ardiente de su cuerpo. Estaba envuelta en una dulce neblina de satisfacción, lujuria y amor. Oía la música de sus gruñidos y de sus respiraciones enronquecidas.

Él apretó una mano contra su espalda y la empujó hasta que sus pezones rozaron las sábanas a cada embestida. Entre jadeos y gemidos, ella giró la cabeza y vio el reflejo de Kaysar en un espejo que había al otro lado de la habitación.

El rey asesino la estaba poseyendo sin reservas. Sus músculos se flexionaban y se abultaban con los movimientos. Tenía las venas hinchadas. El sudor hacía brillar su piel mientras él golpeaba sus caderas una y otra vez. Ella nunca había visto algo tan sensual.

Él giró la cabeza, y sus miradas se fundieron en el espejo. Entonces, ella llegó a la cima del placer y gritó.

Kaysar echó la cabeza hacia atrás y rugió al llegar al clímax.

Capítulo 32

Kaysar amó a Chantel durante horas. Su mujer le convertía en un ser insaciable.

Entre estallidos de fiebre sexual y caricias, se susurraron en la oscuridad, sobre todo y sobre nada. Él absorbía todo el conocimiento posible sobre ella, no podía esperar para aprender más y más.

La había llamado «mi preciosa», y ella se había echado a reír dichosamente y le había preguntado:

—¿Soy tu preciosa? Bueno, creo que eso te convierte en Gollum y a mí en un poderoso anillo, así que lo acepto, soy tu preciosa. No vuelvas a llamarme ninguna otra cosa.

Fuera había una tormenta, y el viento entraba a ráfagas por las puertas abiertas del balcón e hinchaba las cortinas blancas. Las gotas de agua le acariciaban la piel.

Estaba en un estado de satisfacción total por primera vez en su vida. Aquella era una sensación tan valiosa como esquivada. La satisfacción le había quitado de los hombros las cargas que llevaba desde hacía tanto tiempo. Se sentía más ligero de lo que nunca hubiera creído posible.

Su reina y él estaban acurrucados el uno contra el otro. Estaba agotado, pero se negaba a dormirse. No quería que aquellos momentos acabaran nunca. ¿Por qué iba a querer? Tenía a su compañera, y los dos iban a ser una familia. La gente a la que ella quería también lo adorarían a él, porque se iba a asegurar de ello, mimándolos y protegiéndolos siempre.

Todo iba bien. Sin embargo, la palabra familia seguía reverberando en su mente. Había un problema. Por un instante, se imaginó a pequeñas versiones de Chantel correteando por el castillo, haciendo lo que deseaban. Se le dibujó una sonrisa en el rostro, inesperadamente, y sintió un anhelo increíble. Podría

cantarles nanas a los pequeños todas las noches.

Salvo que... los hijos de Chantel les pertenecerían a los Frostline. A menos que cambiara la venganza por Viori por una familia que no se merecía. Cabeceó. No podía, no podía, no podía.

—¿Kaysar? —dijo Chantel. Sin duda, había notado su cambio de estado de ánimo.

Él no quería sacrificar la perfección de aquel momento junto a ella, así que se obligó a sí mismo a distraerse.

—¿Se ha recargado tu *glamara*?

¿Podría abrir portales ya?

—No, todavía no. Creo que..., bueno, creo que es algo que está vinculado a mis emociones. Cuando estoy feliz, mi poder aumenta rápidamente. Cuando estoy enfadada, tengo picos temporales de poder. Cuando no estoy feliz ni enfadada, retrocedo.

Él se sintió culpable. Sus poderes se habían debilitado antes del juicio, y había sido por su causa. Últimamente la había hecho muy infeliz. Necesitaba aprender más cosas sobre Chantel para poder hacerla feliz en cualquier situación.

—Háblame de tus padres —le dijo, apartándole un mechón de pelo de la mejilla—. Una vez me dijiste que no querías revivir tu infancia en tu etapa adulta. ¿No vas a contarme cómo fue tu infancia?

—Mis padres se divorciaron..., bueno, se separaron, que es lo que voy a hacer yo también con Jareth, para tu información. Bueno, mi madre y mi padre se casaron con otras personas cuando yo era pequeña. Formaron nuevas familias y se olvidaron de mí. Fui pasando del uno al otro durante una temporada, pero nunca terminé de encajar en ningún sitio.

Ella tenía una sonrisa tan triste, que a él empezó a dolerle el pecho.

—Yo no voy a volver a alejarme de ti —le prometió—. De ahora en adelante, golpearemos a los Frostline siempre juntos. Debería haberme dado cuenta de que te criaste a ti misma.

—Yo... sí. Supongo que sí. Pero... ¿por qué deberías haberte dado cuenta?

—Porque lo haces todo bien.

Ella volvió a sonreír, pero su expresión seguía siendo de tristeza.

—¿Y tus padres?

—Eran granjeros recolectores de pétalos de duende en las Tierras de Verano. Trabajaban mucho para sobrevivir, pero eran felices.

—Entonces, el rey más temido de todas las tierras tuvo un origen humilde. Umm... Eso te convierte en alguien aún más impresionante de lo que yo creía.

Chantel se rio al ver su expresión de orgullo.

—¿Qué son pétalos de duende?

—Son flores especiales que florecen allí donde los duendes dejan caer el polvo de sus alas. La especie de las hadas las utilizan como medicina —dijo Kaysar. Señaló un mapa que tenía en el brazo—. Mis padres murieron de una epidemia cuando yo tenía doce años. Viori era una niña muy alegre antes de su muerte, pero se culpó a sí misma por lo que sucedió. Su voz... Era como la mía. Muy poderosa. Tenía la capacidad de obligar a los demás a obedecer. Ella quería salvar a nuestros padres de su enfermedad, pero utilizó el tono que no debía, y ellos empeoraron rápidamente.

—¿El tono tiene tanta importancia?

—El tono lo es todo. Es el medio que transmite la coacción.

—Ojalá hubiera podido conocer a Viori. Pero... Umm... Hablando de eso —dijo, y se mordió el labio con preocupación—. Tengo que confesarte una cosa.

Él se quedó inmóvil, sin atreverse a respirar.

—¿Has recordado más cosas sobre Jareth?

—No, no. Nada de eso.

—Dime lo que sea.

—Antes, Amber me ha enseñado una cosa. Bueno, dos cosas. El día que perdiste a Viori y el día que mataste al príncipe Lark.

Ah.

—Me alegro —dijo Kaysar. No tenía secretos para ella—. Maté al príncipe Lark demasiado pronto. Su muerte fue muy fácil para él. No voy a cometer el mismo error con Hador. Él va a sufrir unos cuantos siglos más.

Chantel le acarició la mandíbula con las uñas.

—¿Y si tu hermana está viviendo una vida increíble? ¿Y si se ha casado y tiene un millón de bebés? Tal vez la encontrara alguien maravilloso en el bosque y cuidara de ella, tal y como tú me encontraste a mí y me protegiste.

Ojalá, pero...

—¿Y por qué no se ha acercado a mí? ¿Por qué no puede verla Eye?

Ella lo pensó un instante, y suspiró.

—De acuerdo. Vamos a ponernos en el peor de los casos. La encontró una persona terrible, y tal vez sufriera y muriera en ese bosque.

Él cerró los ojos con fuerza. Se le cayó una lágrima.

Chantel no había terminado. Le enjugó la lágrima con una mano temblorosa y continuó:

—Tal vez nunca sepas la verdad de lo que ocurrió. Tendrás que vivir con esa

incertidumbre para toda la eternidad. Es horrible, y no es justo, pero es tu realidad, y no puedes cambiarla. A pesar de eso, te esperan días maravillosos, si tú lo permites.

Él abrió los ojos. Respiró temblorosamente, y dijo:

–Quieres decir, si mato por fin a Hador, ¿no?

–Sí.

Pánico. Tuvo que esforzarse por respirar.

–No puedo –dijo, con la voz quebrada–. No me lo pidas.

«Todavía no puedo decir adiós».

Otra sonrisa llena de tristeza.

–No te lo voy a pedir, mi amor. Te dije que no te lo pediría nunca, y no mentí.

Su sensación de arrepentimiento no pasó, y su mal presentimiento resurgió, pero Chantel lo calmó. Poco a poco, sus músculos se distendieron.

–Imagínate que has consumado tu venganza –dijo ella, acariciándole el pecho y el hombro. Sobre todo, el símbolo que servía de medida anticonceptiva–. ¿Qué harías?

Él sintió de nuevo aquel anhelo, con tanta fuerza, que se rindió.

–Tendré hijos contigo, si tú quieres. Entonces, podríamos formar una familia.

A ella se le cortó la respiración.

–Oh, Kaysar.

Ella rompió en sollozos y se acurrucó contra su cuerpo. A él se le encogió el estómago.

–¿Chantel? ¿Qué te ocurre?

–Te quiero mucho, y te voy a dar la mejor vida posible –dijo ella, y lo estrechó con todas sus fuerzas antes de desplomarse sobre él–. Abrázame. No quiero que este momento termine nunca.

Eso sí lo entendía. La envolvió entre sus brazos, y ambos quedaron en silencio. A él se le fueron cerrando los párpados. Se esforzó por mantenerse despierto, pero aquella maravillosa satisfacción estaba extendiéndose por su cuerpo de nuevo, alcanzando lo más profundo de su ser.

Entonces, al darse cuenta de que los latidos del corazón de Chantel y los del suyo se habían sincronizado, perdió la batalla.

–Mañana empezará una vida larga y llena de alegría para ti –le dijo ella–. Ahora, duérmete.

–Por ti, cualquier cosa –dijo él, arrastrando las palabras.

Y, mientras se quedaba dormido, sonrió.

«Voy a liberarlo».

Chantel se concedió cinco minutos más para estar con Kaysar, saboreando su fuerza y su calor. Porque lo sabía. A la mañana siguiente, el amor que sentía por ella se habría transformado en odio. Y lo aceptaba. Era mejor ser objeto de su odio que presenciar aquella tristeza continua.

Kaysar anhelaba tener una familia, pero no podría tenerla mientras Hador siguiera vivo. Por desgracia, tampoco iba a querer formarla con ella cuando ella hiciera lo que tenía pensado. O quizá sí... No lo sabía, pero sospechaba que no.

De todos modos, iba a matar a Hador aquel día. Por Kaysar.

Él ya no seguiría atrapado por el pasado ni por su interminable búsqueda de la venganza. Formaría una familia con otra mujer. Sería feliz. Ese sería el regalo que iba a hacerle, porque lo quería.

Los ojos volvieron a llenársele de lágrimas, pero las contuvo. Tenía que ser fuerte. Él ansiaba acabar con aquel tormento, y ella podía cumplir su deseo. Era fácil. El único coste sería su felicidad y su futuro, porque él la odiaría. Al menos, durante un tiempo. Pero, de todos modos, era necesario que lo hiciera. En el fondo, él debía de querer que ella solucionara aquel asunto. Así que iba a solucionarlo.

Por fin, se liberó de los brazos de Kaysar. Se acercó al armario. La tormenta continuaba; los rayos iluminaron su desnudez y el repiqueteo de la lluvia amortiguó los sonidos.

Kaysar seguía durmiendo.

Miró el vestido que había estado evitando desde que apareció en su armario. Era blanco y tenía unos ángulos afilados. Era un arma que le había regalado Kaysar. Una forma de ayudar en aquella misión; una parte de él debía de haber sido muy consciente de ello. No era un vestido de boda, sino de supervillana, apropiado para una asesina despiadada que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para vengar a los pequeños Kaysar y Viori.

La tela se ajustó a las curvas de su cuerpo como si estuviera pintado sobre ellas. Los bordes afilados del cuello, los hombros y las muñecas se correspondían perfectamente con su estado de ánimo. Las mangas estaban abiertas desde el puño hasta los hombros, y dejaban ver sus brazos con los movimientos. La falda también tenía varias aberturas que mostraban sus piernas. El bajo se arremolinaba alrededor de sus pies, y le recordaba a un remolino de nieve. El interior estaba cubierto de una gruesa escarcha que le hacía sentir un frío glacial, letal, pero que era delicioso...

Se hizo dos trenzas para recogerse el pelo y, una vez satisfecha con su aspecto, recogió la semilla de saúco que había recogido de la planta que tenía en la maceta y se la guardó en el bolsillo.

Después, se teletransportó al salón del trono y tomó la sangre del rey Hador, que había quedado en las espinas de las enredaderas.

Jareth estaba dormido en el estrado, pero se despertó antes de que ella saliera. Se incorporó y, al verla, lo entendió todo. Dio un silbido.

–Eres la mujer que necesita Kaysar, pero, después de esta noche, cabe la posibilidad de que no seas la mujer a la que quiere.

–Ya lo sé –dijo ella, alzando la barbilla–. Cuando regrese, te liberaré.

No iba a pedírselo a Kaysar. Iba a hacerlo.

–No sé si quiero irme –dijo él.

Una vez preparada para ir en busca de Hador y destruirlo, se teletransportó al pasillo de las cuevas del tesoro. Al pasar por delante del espejo de cuerpo entero, algo extraño ocurrió en el cristal. Ella se detuvo y lo observó.

Las ondulaciones desdibujaron su reflejo, y a ella se le puso el vello de punta. Preparó las garras.

Las ondas se detuvieron, y apareció la imagen de Micah. La estaba mirando.

–Hola, Chantel.

Ella, lejos de sentirse relajada, asintió.

–Micah.

Era más guapo visto de cerca. Tenía un aspecto curtido y transmitía una intensidad que ella no había percibido antes. Pero era lógico, porque, en presencia de Kaysar, cualquier otro hombre palidecía.

–Qué detalle tan amable, pasar por aquí –dijo él, e inclinó la hermosa cabeza hacia un lado, mientras la observaba de arriba abajo. Su expresión no revelaba ni un ápice de sus sentimientos.

–Vas a matar al rey Hador –dijo.

¿Para qué negarlo?

–Sí. ¿Vas a intentar impedírmelo?

–No.

–Entonces, ¿por qué me acechas?

–El rey de la Corte de Invierno te está esperando. Está en nuestro antiguo campamento, protegido por un centenar de duendes armados dispuestos a morir por él.

–¿Y por qué me lo cuentas?

–Si tienes éxito y Hador muere, tal y como merece, te convertirás en la

mayor enemiga de Kaysar.

Aah. Qué listo. Micah dudaba de su propia capacidad para vencerlos a Kaysar y a ella si estaban unidos, puesto que formaban un equipo de ensueño. Sin embargo, cuando se enfrentaran y se creara una división entre ellos, él tendría muchas más posibilidades de recuperar las Tierras del Atardecer.

–Todo Astaria sabe que aquel que mate a Hador ocupará su lugar en la mente de Kaysar. Te convertirás en el objeto de la ira del Desquiciado.

–Estoy dispuesta a arriesgarme –replicó ella. ¿Por Kaysar? Cualquier cosa–. Tú y yo tendremos nuestro encuentro, Micah –añadió. Sabía que él no se iba a detener, pero ella tampoco–. Te lo advierto. No voy a salir de este castillo si no es en una bolsa para cadáveres.

–Ah, princesa. Yo me voy a cerciorar de que salgas del palacio en una bolsa para cadáveres.

Le hizo aquella amenaza encogiéndose de hombros, y ella sonrió con un deleite glacial.

–Vaya, y también sabe ser bien desagradable –le dijo–. ¿Eres soltero? Tal vez te interese una mujer mayor con mucha sabiduría y un extraordinario sentido del humor –dijo, pensando en Pearl Jean. Cabía la posibilidad de que su amiga olvidara su surtido de enfermedades si tenía a un hombre a su lado–. No, no. No respondas a eso. A menos que te gusten las mujeres mayores.

Micah pestañeó.

–¿Siempre eres así?

–¿Te refieres a si siempre estoy tan motivada y hago lo que sea necesario para terminar un trabajo? Sí. Gracias por darte cuenta.

Él frunció el ceño.

–Mientras luchas contra Kaysar, no atacaré la fortaleza ni a Kaysar ni a ti. Te doy mi palabra. Antes de que me digas que mi ofrecimiento no es necesario, permite que te muestre el porqué.

Su imagen se desvaneció y, en su lugar, apareció un valle entre las montañas, en el que se habían reunido miles y miles de troles. ¿Estaban esperando las órdenes de su rey, Micah?

La mayoría de los troles medían más de dos metros, y algunos mucho más. Tenían cuernos y colmillos. Y todos tenían músculo sobre músculo.

Cookie decidió, en aquel momento, que debía crear un ejército propio. Reuniría a hombres y mujeres de todas las cortes, de cualquier especie, que estuvieran dispuestos a jurarle lealtad y a luchar por su reino y sus causas.

La imagen de Micah reemplazó a la de los troles. Él sonrió con petulancia.

–Los guardias que rodean al rey tienen barriles de savia pegajosa. Y tienen órdenes de echártela encima en cuanto te vean.

–Aj.

Recordó lo que era aquella savia pegajosa: la sangre del árbol asesino. Una sustancia que, supuestamente, era como una mezcla de arenas movedizas y un adhesivo extrafuerte.

–Si te empapan con la savia, tus enredaderas dejarán de crecer y enraizarán en ese lugar –le explicó Micah.

Así que el rey tenía sus trucos. Era bueno saberlo.

Su misión era un poco más complicada de lo que había pensado, pero no iba a cambiar de opinión. Solo tendría que ser más cuidadosa.

–¿Más consejos o información para mí?

Para su sorpresa, él asintió.

–Evita el contacto con Hador. Es un succionador, y su *glamara* lleva muchos siglos fortaleciéndose. Solo con un roce de sus dedos, puede robarte energía que tú no quieres ceder.

Otra complicación, pero no lo suficientemente grave como para abandonar. Ya no temía los obstáculos, no temía morir por su causa. Más bien, agradecía aquella oportunidad. Merecía la pena correr aquellos riesgos por castigar a quien había hecho sufrir tanto a Kaysar.

–Gracias por tu ayuda, Micah. No te salvará la vida si atacas, pero te lo agradezco mucho.

En otra vida, tal vez hubieran sido amigos.

Él inclinó la cabeza.

–Mátalo de una vez por todas, princesa Chantel.

–Soy la reina Chantel. Y, sí, Hador ya está muerto.

Capítulo 33

Cookie apretó la espina que había recogido de la enredadera y que contenía sangre del rey Hador. La estrujó de modo que la sangre goteó en el recipiente del telescopio. Cuando se asomó a la mirilla, vio al rey cerca de su antiguo campamento, tal y como le había advertido Micah. Estaba rodeado por más de un centenar de soldados que esperaban su llegada. Hombres que se interponían en el camino de Kaysar hacia la felicidad.

Había muchas tiendas alrededor y, seguramente, también estaban llenas de guardias.

Ella se alisó las arrugas del vestido y tomó aire. Había llegado el día en que iba a cortar los lazos de Kaysar con el pasado. Sin el impulso irresistible de castigar a Hador, él tendría la posibilidad de cumplir sus sueños, de tener paz y de formar una familia.

Kaysar podría empezar a curarse.

Mientras estaban juntos, descansando, ella había sentido su profundo anhelo de liberarse. Sabía que necesitaba ayuda.

Con mano firme, colocó una de las semillas de saúco en su lengua. La masticó y la tragó. El corazón se le aceleró...

Y el poder explotó dentro de ella.

Con las garras de espinas preparadas, se materializó junto al campamento. Ahora tenía un límite de tiempo y no iba a poder teletransportarse a casa directamente. Tendría que volver al castillo antes de desmayarse.

Había anochecido, y solo algunos rayos de luna iluminaban la oscuridad. Al menos, la lluvia había cesado y solo quedaba una ligera niebla, perfecta para su estado de ánimo.

No trató de esconderse de los soldados. Quería que Hador presenciara todas las atrocidades que iba a cometer contra él y contra quienes cumplían sus

órdenes. Se colocó bajo el más brillante rayo de luna.

Los primeros soldados la vieron. Eran quienes tenían los barriles de savia pegajosa.

Se oyeron gritos:

–¡Está aquí!

–¡A vuestros puestos!

–Atacad a mis órdenes.

Los guardias obedecieron y se prepararon.

–Qué detalle haberos reunido para que os maten –les dijo ella–. Me ahorrará mucho tiempo.

–No hay necesidad de luchar esta noche –gritó el rey, dentro del círculo de sus mercenarios–. Kaysar te dijo que me dejaras marchar.

–Y lo hice. Su deseo está cumplido. El mío no. Tú mataste mi relación con el hombre al que amo y, ahora, vas a morir.

Cookie movió las manos y lanzó una avalancha de enredaderas. La semilla de saúco multiplicó por dos la fuerza y la velocidad de los misiles, y una fila de hombres gruñó de dolor cuando fueron atravesados por las enredaderas. Al agarrarse las heridas y desplomarse, dejaron caer las armas y los barriles de savia pegajosa. La savia se derramó y se extendió por el suelo, creando unos charcos muy peligrosos.

Se oyeron muchos pasos. Los enemigos trataron de rodearla. Mientras ella avanzaba, creó más enredaderas que arrojó en medio del ejército, y hacia las tiendas. Los gritos de dolor rasgaron el aire y la tierra se estremeció. Las enredaderas agarraban y estrujaban a quienes se cruzaban en su camino. Los guardias no podían evitar su captura, y caían a causa del terremoto, o trataban de tirar flechas y lanzas hacia las enredaderas.

Cuando trepó al otro lado del muro enredado que habían formado las lianas, más allá de los charcos de savia pegajosa, lanzó más espinas. Algunos de sus objetivos cayeron. Otros siguieron dando cuchilladas a las enredaderas, y ella notó que los ligeros pinchazos del principio se convertían en un dolor más agudo. Otros salpicaban savia pegajosa en sus hojas, deteniendo su crecimiento.

Vio un movimiento. Hador saltó por encima de los cadáveres para alcanzar una enredadera a la que no había manchado la savia. Toda la enredadera se marchitó antes de que ella la soltara, y eso la debilitó.

Recordó la advertencia de Micah. Un succionador.

Soltó las enredaderas para que el rey no pudiera robarle más energía. Los soldados que colgaban de ellas cayeron al suelo.

—Voy a succionar toda tu fuerza hasta que mueras —le gritó Hador—. Nunca podrás atraparme.

En el salón del trono no había podido robarle energía porque lo había paralizado con veneno. Y podía hacerlo de nuevo.

De nuevo, otro ruido. Se dio la vuelta y vio a veinte hombres que salían corriendo de entre los árboles, portando barriles de savia, arcos y espadas. Ella lanzó una andanada de espinas a los barriles. La savia pegajosa se derramó y paralizó a sus enemigos.

—¡Ay!

Sintió un terrible dolor en una pantorrilla y se miró. Se le había clavado una flecha. Al arrancársela, vio puntos negros. A pesar del dolor, saltó para esquivar otras flechas. La lesión se le curó rápidamente y, con los dedos ardiendo, produjo y lanzó más espinas que detuvieron a los arqueros. Sin embargo, tuvo que crear más enredaderas para protegerse de una lluvia de lanzas, y eso permitió a Hador debilitarla simplemente rozando una de las lianas.

Aunque le temblaban las rodillas, se irguió y descargó una furiosa oleada de espinas sobre el rey, ayudada por la semilla de saúco. Él se agachó y esquivó la mayor parte de los misiles, pero una de las espinas, llena de veneno, se le clavó en el torso. Mientras luchaba contra la momentánea parálisis, los soldados lo rodearon para protegerlo.

Ella los derribó con espinas, y muchos cayeron en los charcos de savia pegajosa.

—¿Por qué luchas por él? —le gritó Hador, en la oscuridad.

Debía de haberse dado cuenta de que su equipo iba perdiendo, que el número de soldados disminuía rápidamente—. Kaysar no te va a agradecer esto.

Era cierto, no lo haría. Al menos, hasta que encontrara su propia felicidad y la perdonara. Pero ella no se molestó en responder al rey, siguió rematando a su ejército hasta que, finalmente, el rey Hador fue el único que quedó en pie.

Se enfrentaron, rodeados de muertos y de agonizantes, bajo las gotas de lluvia que caían suavemente.

El rey jadeó y apretó los puños.

—Creo que matarte me dará una gran alegría —le dijo Hador—. Así, Kaysar conocerá el dolor como lo he conocido yo.

Ella sonrió con frialdad.

—En lo referente a las últimas palabras antes de morir, las tuyas han sido bastante estúpidas.

Gruñendo, él le arrojó una daga. Ella lanzó una enredadera y la bloqueó. Él

esperaba aquello y se abalanzó sobre ella, y pudo tocar una de sus enredaderas antes de que ella se separara de la liana. Más debilidad para ella, más fuerza para él. Y aquella fuerza le dio poder. Lo envalentonó. Hador sonrió glacialmente y se acercó.

Cookie se dio cuenta de que, si le ponía las manos encima a ella o a las enredaderas, perdería la batalla, con o sin semilla de saúco.

O, tal vez, no. Se le ocurrió una idea. Era peligrosa, pero valía la pena correr el peligro, por Kaysar.

Cookie lanzó una enredadera y agarró al rey por un tobillo, y lo sujetó mientras arrojaba más espinas. Él gruñó mientras se le formaban manchas rojas de sangre en la túnica. Consiguió agarrar la liana y le robó a Cookie otra porción de su fuerza. Ella se lo esperaba, y se lo permitió para engañarlo. Se acercó con dificultad a él y, aunque el agua y la debilidad le nublaban la vista, siguió avanzando. Hador no intentó detenerla; quería tenerla más cerca.

A pocos metros, Cookie se dejó caer de rodillas como si estuviera agotada. Él la miró con alegría. Pensó que la tenía en sus manos, que solo tenía que extender el brazo para matarla. Estúpido.

—Kaysar cree que tu sufrimiento termina cuando mueres —dijo—. Yo creo que es cuando está comenzando. Sé amable y di cuál de los dos tiene la razón.

Ella, con las últimas fuerzas que poseía, alargó el brazo y le cortó la garganta con las garras de espina. Él soltó la enredadera para agarrarse el cuello. Le había robado tanto poder a Cookie que se curó en segundos y, en cuanto se recuperó, la alcanzó. Ella golpeó de nuevo. Le cortó con las garras desde el esternón hasta el ombligo, abriéndole el torso de par en par. Entonces, le clavó las espinas una y otra vez, hasta que él dejó de moverse. Hizo una pausa para recuperar el aliento y admirar su obra.

Hador yacía en el suelo, sangrando, con los ojos muy abiertos y la sangre saliéndole a borbotones de la boca. Cookie se inclinó y tomó una espada del suelo. Lentamente, con los brazos temblorosos, alzó la espada. Él pidió clemencia.

—Si alguna vez hubiera pensado en perdonarte, me habría puesto otro vestido. Y, de un solo golpe, lo decapitó.

La victoria fue para ella.

Estaba jadeando y su corazón latía desbocadamente. Le ardían todos los músculos. Se agachó. Todo había acabado. Para bien o para mal, el maltratador de Kaysar había muerto.

—¿Chantel?

Una ráfaga de viento disimuló su inhalación. Se dio la vuelta y vio a Kaysar sobre un montón de cadáveres. Tenía una expresión de incredulidad, y miraba de un lado a otro con horror.

–¿Qué has hecho? –le preguntó a Cookie–. Dime que no has hecho algo tan terrible. Dime que no lo has hecho, Chantel.

Ella siguió agachada, temblando. Sabía que se avecinaba una confrontación inevitable. Pensaba que estaba preparada, pero ¿cómo se preparaba una persona para romper el corazón de su amante? Y, aun así, no se arrepentía de sus actos. Kaysar se merecía un futuro, aunque ella se hubiera condenado a sí misma para dárselo.

–Respóndeme –exigió él, como si fuera un animal herido.

Cookie se humedeció los labios secos y se incorporó.

–He matado al rey de la Corte de Invierno. El Frostline responsable de tu sufrimiento.

Él palideció, pero no dijo nada.

Ella le tendió las manos, suplicándole con aquel gesto que la comprendiera.

–Te he dado la oportunidad de vivir de nuevo. Un comienzo verdadero. El primero que has tenido nunca.

Él entornó los ojos. Le vibraban los hombros. Ignoró su gesto, como si los brazos extendidos hacia él fueran invisibles.

–No me has dado nada. Me has robado el único salvavidas que tenía.

Ella empezó a sudar al oír la amargura de su voz. Se le encogió el estómago y, por un momento, tuvo unas dudas abrumadoras. Pero había hecho lo mejor, ¿no?

–Lo he hecho por ti –le dijo, suavemente, bajando los brazos.

Él la señaló con su garra, como un hombre poseído.

–Lo has hecho por ti. Me has traicionado, para que no tuviera ningún motivo para volver a dejarte.

–Yo nunca te he traicionado –le dijo ella, y dio un paso atrás–. Pero tú ya me habías dejado, Kaysar, aunque estuvieras conmigo.

Se había esperado su ira, no aquel tono final de su voz. Y eso la asustaba más que los troles, los centauros o las cientos de cosas amenazantes que se había encontrado desde que había llegado a aquel mundo.

Adoraba a aquel hombre, pero lo estaba perdiendo.

Se le hundieron los hombros y se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Te he querido lo mejor que he podido, Kaysar.

Él se acercó como un depredador.

–Lo tenías planeado –le dijo, siseando–. Incluso cuando me estabas dando placer, ya lo tenías planeado.

–Sí –dijo ella. Alzó la barbilla, y no se arrepintió al acordarse de cómo había seguido aquel camino. No se arrepentía, pero estaba rota. Las frías gotas de lluvia se mezclaron con sus lágrimas calientes.

–Tu obsesión te estaba destruyendo. Ahora te puedes curar.

–¡No quiero curarme! Y no te quiero aquí, en mis tierras, respirando mi aire.

Se abalanzó sobre ella, la agarró por la nuca y la arrastró por el campamento. Ella trató de no perder el equilibrio.

–Te curarás, Kaysar –le dijo–. Cuando te cures, te arrepentirás de esto.

–Cállate. Ni una palabra más.

Cookie se tropezó y se cayó, y él la puso en pie de un tirón y siguió hacia delante.

–Escúchame. Habías vinculado el sufrimiento de Hador con tu hermana. No estás enfadado conmigo. Solo estás sufriendo por la conexión que crees que has perdido.

Y ese era el mismo motivo por el que nunca iba a perdonarla, ni siquiera después de curarse. A pesar de que una parte de él deseaba aquel resultado.

Él se detuvo en seco y se giró para mirarla con malevolencia.

–Te aseguro que la furia que siento hacia ti es muy real.

Cookie lo intentó de nuevo. Le acarició la mejilla, pero él se estremeció al sentirlo. Entonces, ella bajó el brazo.

–Por lo menos, ahora no pensarás en Hador cuando pienses en tu hermana. Puedes recordar a la niña que te seguía con su muñeca. Puedes sonreír. La paz puede ser tuya, pero solo si la aceptas.

Él empezó a acelerar el paso, y a ella le tembló el labio. Había perdido. Se sentía impotente. En cuanto la montaña apareció ante ellos, Kaysar la teletransportó al castillo y la metió en la habitación donde estaba el portal permanente.

–Vas a marcharte de este reino, Chantel. No volverás. A partir de este momento, eres mi enemiga.

–No hagas esto, Kaysar –le dijo ella, entre lágrimas.

Él no sabía que había tomado la semilla de saúco, y que estaba a punto de desmayarse. Y a ella le daba miedo decírselo. Le daba miedo que la expulsara de todos modos, porque eso no podría perdonárselo.

–Astaría se ha convertido en mi hogar. No hagas esto. Es mi casa.

–No me importa –respondió él, y la empujó para que atravesara el portal.

Cookie atravesó el portal y pasó, tambaleándose, a una zona boscosa y oscura en la que no había duendes ni hiedra venenosa. Se sintió muy débil, como si hubiera perdido el poder de la semilla de saúco en cuanto había puesto el pie en el mundo de los mortales. Se dio la vuelta rápidamente, con la esperanza de poder volver.

—¡No!

El portal había desaparecido.

Empezó a sentir mucho frío. Miró a un lado y a otro, y no vio más que árboles y arbustos. Se le nubló la visión a causa de las lágrimas. ¿Qué iba a hacer? Su instinto de supervivencia despertó. Tenía que buscar refugio mientras fuera posible. Muy pronto, el saúco le haría perder el conocimiento.

Pero ¿y si Kaysar cambiaba de opinión? ¿Y si la perdonaba e iba a buscarla? Debería estar allí... Incluso podían resolver las cosas y tener un final feliz, después de todo. Él iba a acordarse de que la quería, y podía volver en cualquier momento.

Soplaba un viento muy frío, y su vestido empapado empezó a helarse. Le castañeteaban los dientes. Se abrazó por la cintura. Aunque lo intentó, no pudo producir ninguna hoja para calentarse. En cualquier momento... Kaysar era muy terco, así que necesitaría un poco de tiempo para que se le aclarara la cabeza.

Sin embargo, no apareció. A ella se le formó un nudo en la garganta, y sollozó. Se tambaleó hacia delante. Miró febrilmente por todo su entorno, buscando un refugio para poder sobrevivir. Tenía que llamar a Pearl Jean. Descansar. Llorar.

A partir de aquel momento, todo se volvió borroso. Vio algo delante de ella, y se le aceleró el corazón. Era una preciosa casa de campo victoriana que le resultó familiar, aunque sabía que nunca la había visitado. ¿Habría estado allí Lulundria?

¿Habría alguien allí? El sentido común le decía a gritos: «Solo las brujas que hacen pastas de té con la gente viven en casas como esta».

Así que eso significaba que tenía muchas posibilidades de encontrar una amiga. Por fin. Tal vez algo saliera bien.

Aunque, tal vez, el dueño de la casa se asustara al verla, porque llevaba el vestido roto y manchado de sangre, con salpicaduras de savia pegajosa. Tenía el pelo rosa y castaño, enredado y lleno de ramitas.

Aceleró y pisó una piedra, y se cortó el pie con el borde afilado. ¿Cuándo había perdido el calzado? A pesar del dolor, no se detuvo a recuperar el aliento.

Cuando dejara de moverse, sería definitivamente.

Al subir los escalones del porche, dejó un rastro de sangre. Llamó a la puerta.

—¡Hola! ¿Hay alguien?

Nadie respondió.

Llamó con más fuerza.

—Por favor...

Pero nadie salió a abrir. No hubo movimiento ni se encendió ninguna luz. Probó a girar el pomo, y se quedó sorprendida al comprobar que giraba con facilidad. Obviamente, las posibilidades de encontrarse a un asesino en serie dentro se habían multiplicado. Sin embargo, no se dio la vuelta.

Cuando abrió, las bisagras chirriaron, y se encontró con un espacio oscuro. Palpó la pared en busca de un interruptor.

—¿Hola?

Se tropezó al avanzar, y la puerta se cerró tras ella. ¿Qué era lo que la rodeaba? ¿Había muebles normales, o era una cámara de tortura? Se dio un golpe con algo, y sintió un fuerte dolor en el dedo gordo del pie. Tuvo náuseas y se cayó al suelo.

Una nube la envolvió y oscureció su pensamiento.

Había perdido a Kaysar.

Si él utilizara su *glamara*, tal vez ella pudiera volver a Astaria.

Todavía lo quería.

Tal vez lo odiara.

Tal vez...

«*Game over*, Cookie».

Capítulo 34

Cookie se despertó gruñendo. Abrió los párpados bajo la intensa luz de la mañana, y pestañeó rápidamente para aliviar el ardor de los ojos. Cuando se le aclaró la vista, vio un panel de madera y frunció el ceño.

«Esto no son las Tierras del Atardecer».

Lo recordó todo. La muerte de Hador, la reacción de Kaysar. Su exilio forzado. Se le encogió el corazón. ¿Había pasado la noche en la casa que descubrió? ¿La que estaba llena de sombras?

Intentó incorporarse, pero el vestido se le había quedado rígido y se le había pegado al suelo. Estupendo. También se le había pegado un mechón de pelo.

Apretó los dientes y luchó por liberarse. El vestido se le rasgó en varias partes, pero la tela siguió pegada al suelo de madera. Estúpida savia pegajosa.

Permaneció quieta un momento, pensando en qué iba a hacer. Obviamente, liberarse. Recorrer aquella casa. Limpiarlo todo y salir corriendo a su casa, a ver a Pearl Jean y a Sugars. Después de su sueño, había recuperado la energía para producir hojas. Ya estaban brotando por debajo de su piel. ¿Podría crear un portal, por fin?

Con los ojos llenos de lágrimas, se cortó el pelo pegado con los dientes. Después, a base de contorsiones, pudo librarse del vestido.

Cubrió con hojas su desnudez, miró su entorno. Había muebles muy bonitos, antiguos, con adornos femeninos. Tapetes de encaje y extrañas muñecas de porcelana. Había un servicio de té dispuesto en la mesa de centro; los platos eran de color rosa, en diferentes tonos.

Aunque se sentía muy insegura, la curiosidad la empujó a explorar la casa. Para su alivio, no había nadie entre las sombras, y tampoco vio ninguna cámara.

Los muebles estaban llenos de polvo, y los armarios, vacíos. Lo más sorprendente que encontró fueron unas fotografías enmarcadas. En una de ellas

aparecía Angel Ashtower, el creador de *La niebla A.E. El bosque del bien y del mal*. En otras aparecía Lulundria y tres mujeres desconocidas para ella, todas vestidas al estilo moderno del mundo mortal. La princesa debía de haber estado allí antes y después de ser alcanzada por las dagas de hielo.

Sin embargo..., ¿quiénes eran las demás?

Con una de las fotografías en la mano, empezó a subir las escaleras en busca de algún dormitorio. Más allá del último escalón estaba el dormitorio principal, una habitación tan propia de una solterona como el resto de la casa. La cama estaba cubierta con un edredón de volantes rosas. Había un enorme armario lleno de vestidos, del mismo tipo que ella había utilizado en Astaria. Al verlos, se le cayeron las lágrimas de nuevo.

La prenda más cercana a ella era una túnica que conocía de una visión. La había visto cuando Lulundria, herida, había huido de Kaysar. Las manchas de sangre habían desaparecido, y las rasgaduras habían sido remedadas, amorosamente, con bordados en forma de rosa.

Bien, ya tenía la confirmación. Lulundria había ido allí a morir. Y había encontrado a alguien, o a varias personas, que le habían cosido la túnica. ¿Las mujeres de las fotos?

Sacó la prenda con las manos temblorosas. Tenía que olvidar a la princesa. Lo más importante era volver con Pearl Jean y con Sugars.

Se dio una ducha para quitarse la suciedad de la batalla, y se cortó el pelo. No quería pensar en Kaysar, No quería pensar en lo mucho que lo quería, lo mucho que lo odiaba, ni en cuánto lo echaba de menos. No quería pensar en todo el daño que le había hecho. No se preguntó si él la quería o la odiaba o la echaba de menos, ni si ya se había arrepentido de sus actos. Porque las respuestas ya no tenían importancia.

Bajo el chorro de agua, los dolores fueron mitigándose. Cuando salió de la ducha, se sentía mejor. Se secó y se puso la túnica. El bajo le llegaba por las rodillas. Le serviría para llegar a casa. Solo tenía que averiguar dónde estaba y, para eso, necesitaba un teléfono.

Vio uno sobre la mesilla de noche, y se acercó rápidamente para llamar. Sintió una enorme emoción mientras esperaba.

—Vamos, vamos...

Por fin, oyó la voz de su mejor amiga. Era una voz cansada, enronquecida.

—¿Hola? —dijo ella, con un sollozo—. ¿Pearl Jean? Soy yo, Cookie. Ya... he vuelto.

Siete días después de su vuelta al mundo de los mortales, Cookie apoyó la cabeza en el hombro de su amiga. Estaba preparada para dar el siguiente paso de su vida. Las dos estaban sentadas en el patio, en un columpio que ella misma había creado con enredaderas, hojas y pétalos de flores.

Después de pasar tres días evitándola y bufando, Sugars la había perdonado por macharse. Bueno, en un treinta y ocho por ciento, más o menos. En aquel momento, él estaba acechando a un insecto en una rosaleda que había brotado durante la noche, a pesar de que el tiempo había refrescado.

Había resultado que el portal del castillo de las Tierras del Atardecer llevaba a Oklahoma. La casa de campo estaba a menos de quince kilómetros de la suya. Había encontrado un mapa y había podido darle a Pearl Jean la dirección exacta y, menos de un cuarto de hora después, estaba entre los brazos de su amiga, sollozando y contándole todo lo que le había ocurrido.

—Entonces, ¿has recuperado la capacidad de abrir portales? —le preguntó Pearl Jean, con cautela.

—Sí.

La noche anterior, cuando Cookie se acostó en su propia cama, sintió que su *glamara* estaba completamente cargada. Sabía que no tendría ningún problema para crear un portal, y no tenía que preguntarse por qué. Había recuperado el control de sus emociones al darse cuenta de que su felicidad no dependía de Kaysar, sino de sí misma. Podía gobernar su reino, ayudar a su gente, amar a sus amigos y hacer todo lo que había soñado, sin él. En cuanto consiguiera expulsarlo de su corazón, el dolor desaparecería.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Pearl Jean—. Hoy, tu actitud ha mejorado mucho. Y, antes de que te hagas una idea equivocada de las cosas, no estoy diciendo que tu actitud sea buena. Sigues lloriqueando por tu novio.

¿Lloriqueando? ¡Lloriqueando!

—No es mi novio —respondió ella.

Ya no lo quería. Le había entregado su corazón, y él lo había tirado por la borda.

—Sea lo que sea ese hombre, vas a volver a Astaria, ¿no? A pesar de los centauros caníbales, los duendes fantasma y los reyes vengativos.

—Sí.

Aunque solo había pasado unas semanas fuera de su casa, del mundo de los mortales, todo había cambiado para ella. Ya nada le parecía bien. La ropa no le quedaba bien. Los olores no tenían la dulzura a la que se había acostumbrado. Su colchón frío le recordaba a una cama de piedra y no podía dormir.

–Pero quiero que Sugars y tú vengáis conmigo. Yo os protegeré de los monstruos, de verdad. Y ya tengo elegido a un chico para ti. Vas a vivir en un castillo, por supuesto. Tendrás sirvientes, medicinas mágicas para todas las enfermedades que vas a contraer próximamente y...

–Yo no necesito que me lo vendas, nena. ¿Hombres hada bien guapos? Pues claro que voy contigo. Ni siquiera tienes que pedírmelo –dijo Pearl Jean.

Cookie soltó un resoplido.

–No te arrepentirás.

–Pues claro que no. Voy a estar contigo –dijo Pearl Jean, y le dio una palmadita en la mano–. ¿Y Kaysar?

–¿Qué pasa con Kaysar? Lo nuestro ha terminado. Estoy en proceso de echarlo de mi corazón a patadas y de poner un letrero que diga: *Disponible*. Él ya no lo puede arreglar de ningún modo, así que, adiós. Mejor pronto que tarde. Además, a mí me gusta estar soltera. Él se lo pierde, ¿no? Hay muchos peces en el mar. Y no estoy protestando demasiado, así que deja de pensarlo.

–Lo que tú digas, cariño.

–Voy a olvidarlo –insistió ella, asintiendo con firmeza.

Con su ejemplo, Kaysar iba a ser testigo de cómo alguien se liberaba de un pasado turbulento y se giraba hacia un futuro luminoso. Si quería luchar contra ella, adelante. Habría guerra. No iba a matarlo, porque no lo odiaba. Pero tampoco iba a permitir que él siguiera haciéndole daño.

Y si, a su llegada, él le pedía que volvieran a estar juntos, iba a llevarse una sorpresa desagradable.

Se había esperado su odio, pero no su crueldad. La había expulsado de su vida y de su casa, y ese era un crimen que tenía una condena de por vida.

–¿Seguro que vas a olvidarlo? Porque, en este momento, parece que vas a matar a alguien. Además, ¿qué pasa si ese hombre solo está sufriendo el síndrome de la desorientación aguda? Piénsalo bien. Tú has hecho saltar por los aires su plan de vida, le has obligado a tomar un nuevo camino. A lo mejor solo necesita tiempo para adaptarse.

–No me importa.

Le había dado todo a Kaysar, había arriesgado su propia felicidad para conseguir la de él. Si él no podía verlo, no valía la pena.

–Además, no quiero hablar más de él.

–Está bien, está bien. No me aplastes como hiciste con esos soldados. Dime cuándo nos vamos y estaré preparada.

Cookie asintió.

–Esta noche, a las ocho. No estoy segura de lo que nos vamos a encontrar al otro lado del portal, así que solo podemos llevar lo esencial. Cosas sin las que no podríamos vivir.

–De acuerdo.

Recogieron a Sugars y entraron a la casa.

El resto del día fue muy ajetreado. Cookie decidió que, entre las cosas más esenciales, había paquetes de comida con donuts y vino; unas mallas de yoga, botas de vaquero y vestidos. También comida y arena para Sugars y una mochila especial de tela fina para que pudiera respirar. Si necesitaba algo más para él, volvería al mundo mortal a buscarlo. Su residencia habitual iba a convertirse en una casa de vacaciones.

Pearl Jean reunió medicamentos para todas las enfermedades conocidas por el hombre y una guía para reconocer las enfermedades antes de que se volvieran muy graves. Agujas y lana para hacer punto. Vestidos hawaianos, amplios y coloridos, para todas las ocasiones. Seis latas de cerveza. Y una colección de novelas románticas que iban a compartir.

A las ocho y siete minutos, se reunieron en el salón. Sugars estaba en la mochila que ella llevaba en los hombros, muy enfadado por su cautividad. Cookie también llevaba una bolsa negra en bandolera, tan pesada, que parecía que iba a caer al suelo.

Pero merecía la pena.

Iba a comenzar un nuevo juego, y su entusiasmo había resucitado. La reina de las Tierras del Atardecer y su equipo habían subido a otro nivel, y el premio era una vida llena de aventuras.

–¿Preparada? –le preguntó a Pearl Jean.

Su amiga estaba sentada en su scooter, y tocó la bocina. Tenía los ojos azules muy brillantes.

–Llevo muchos años preparada –respondió.

Cookie respiró profundamente y se pasó una cuerda por la cintura y le dio el extremo a Pearl Jean. Pensó en el lugar al que quería llegar y extendió los brazos. Ante su amiga, que emitió exclamaciones de asombro, hizo crecer enredaderas de sus dos manos, y los tallos se unieron en el centro de salón. En aquella ocasión, el portal no la absorbió con su fuerza. Ella había conseguido tener el control de su poder.

–No sueltes la cuerda hasta que hayamos llegado –le dijo a Pearl Jean.

En cuanto su amiga le aseguró que no lo haría, Cookie tomó aire y... atravesó el portal. De repente, se encontró en el castillo, en la habitación del

portal permanente, las paredes de piedra y... ¿Amber?

–Ya era hora –gritó la pitonisa, y corrió hacia ella.

Cuando se abrazaron, la cuerda de Cookie cayó al suelo.

Recibir la bienvenida de una amiga que la había echado de menos... No había nada tan increíble como aquello.

–Estoy muy contenta de verte –le dijo Cookie, con la voz entrecortada de emoción–. Te he echado de menos.

–Yo a ti más. Todo el mundo te ha echado de menos. Kaysar se ha vuelto más... Kaysar.

Solo con oír su nombre, a Cookie se le aceleró el pulso.

–Cuéntame todo lo que ha pasado.

–Sí, pero, antes... –dijo Amber. Se irguió y sonrió a Pearl Jean–. Encantada de verte de nuevo, Pearl Jean.

¡Vaya! Las presentaciones.

–¿De nuevo? –preguntó su amiga, con desconcierto–. Tú debes de ser la pitonisa sobre la que me ha hablado Cookie. Me parece que me dijo que tú has sido su primera confidente no geriátrica.

–Sí, soy yo –dijo Amber, y volvió a dirigirse a Cookie–. Cuando te marchaste, Kaysar reunió a su ejército para detener un intento de invasión de Micah con todos sus troles. Lleva desde entonces en el frente, y nadie ha podido pasar la barrera y llegar a la fortaleza. Puedes ver la batalla desde cualquier balcón, y te lo recomiendo. Los troles son sorprendentemente... guapos. Tienen muchos músculos y te espera un placer visual.

Pearl Jean sacó una cerveza de su bolsa, y dijo:

–No os preocupéis por mí. Estoy atenta a la conversación. Pero, si quieres repetir la parte de los troles, no me importa oírlo por segunda vez.

–¿Por qué está protegiendo la fortaleza Kaysar? ¿Por mí? –preguntó Cookie.

¿Acaso quería devolvérsela? ¿Se había dado cuenta de que...? «No me importa, no me importa, no me importa». La respuesta no iba a suponer ninguna diferencia.

La pitonisa apretó los labios e hizo un gesto negativo.

–No, lo siento. Ha dado órdenes de que nadie te ataque, porque eres su enemiga. Está protegiendo la fortaleza por sí mismo.

Lo contrario a lo que esperaba oír. Carraspeó para deshacerse el nudo que se le había formado en la garganta. Parecía que no había acabado con el deseo de venganza de Kaysar, solo le había proporcionado un nuevo objetivo, tal y como había predicho Micah.

–Hiciste bien en dejarlo, cariño –dijo Pearl Jean–. Vamos a buscar uno nuevo. Creo que la pitonisa ha dicho algo sobre músculos.

Cookie sonrió forzadamente.

–Antes de dejar instalados a mis amigos y empezar mi reconquista, tengo que saber una cosa: ¿de qué lado estás tú? –le preguntó a Amber–. ¿Con Kaysar? ¿O con tu amada reina?

–Con los dos –dijo Amber, suspirando cansadamente–. Le dije que había hecho muy mal las cosas contigo, y él me expulsó de su presencia para siempre. O hasta que me necesite de nuevo. Lo que suceda primero. Ahora, con tu regreso, me necesitará enseguida. He visto el giro de los acontecimientos. Por una vez, no tiene mapas.

Vaya.

–Como he dicho, tengo mucho que hacer hoy. Para ir a ver la batalla tengo que cambiarme de ropa.

Tenía el traje perfecto en mente...

Capítulo 35

Kaysar desgarró un trol tras otro. Tal y como había predicho Eye, la mujer que se lo había arrebatado todo acababa de regresar. Gracias a su pitonisa, él tenía la imagen de Cookie grabada en la mente. Había entrado por el portal permanente con una ropa similar a la que llevaba el día que se conocieron.

Mató a su siguiente adversario.

No le importaba la vuelta de la princesa. Ella le había robado el futuro. Había acabado con Hador, y eso significaba que ya no tenía a nadie a quien castigar por la pérdida de su hermana, aparte de a sí mismo. Aquel dolor nunca iba a terminar. Odiaba a su reina de pelo rosado.

Pero también la quería.

Mató a otro trol, y a otro. Y a otro.

Llevaba demasiado tiempo sin ver a Chantel. Demasiado tiempo sin oler su fragancia ni tocarla. Sin poder ver qué vestido se había puesto ni presenciar su brillantez cuando atacaba a sus enemigos. Sin abrazarla, sin contarle sus secretos, sin hundirse en su cuerpo ni besarla, sin gritarle, sin desafiarla, sin suplicarle que le perdonara ni exigirle explicaciones ni deleitarse con su mirada de adoración. Y todo eso lo estaba destrozando por dentro.

Temía que, un día, se habría roto en demasiados pedazos como para poder recuperarse. ¿Cómo iba a vivir así toda la eternidad?

Pero... ¿cómo había podido hacer algo así Chantel? Por fin, él había conseguido una vida que no sabía que necesitaba y, con un solo acto, ella lo había destruido todo.

Tenía que pagarlo.

Cuchillada. Golpe de garra. Se agachó y giró. Cuchillada. Cayeron dos troles.

¿Había pagado ya Chantel? ¿Había sufrido lo suficiente? Cuando la había

empujado para que atravesara el portal, estaba tan débil... ¿Dónde habría terminado? Si alguien le hubiera hecho daño...

Agitó la cabeza. Había pensado muchas veces en seguirla a través del portal. Eye le había asegurado muchas veces que Chantel no corría ningún peligro, solo su corazón.

Con un rugido, masacró a otros seis troles.

Podría ponerse a cantar, pero no quería acabar tan pronto con la batalla. Los gruñidos, gemidos y gritos de agonía formaban una deliciosa melodía. El hedor de la muerte saturaba el aire, denso como la niebla matutina.

–Sabes que ha vuelto, ¿no? –le preguntó Jareth, que estaba luchando a su lado.

Había liberado al príncipe el día que Chantel se había marchado de Astaria y, desde entonces, aquel hombre tan molesto lo había seguido como una mala costumbre. Aunque, supuestamente, Jareth ya no era príncipe, ahora que su padre había muerto. Jareth iba a ser el rey de la Corte de Invierno.

–Márchate antes de que te haga lo mismo que a un trol –le espetó Kaysar.

Otros dos cuerpos cayeron al suelo. Jareth también apuñaló a otro trol.

–Deberías pedirle perdón.

–Me traicionó.

Entonces..., ¿por qué no quería matarla? ¿Por qué deseaba abrazarla y aferrarse a ella?

Golpe. Puñalada. Puñalada. Puñalada. Cayeron más troles.

–Te liberó –dijo Jareth.

–Esto no es libertad –respondió él, y derribó a una línea de adversarios. Aquello era un sufrimiento.

–Estás dividido entre tu venganza y tu compañera, y la lucha te está matando. A lo mejor por eso la necesitas, para que ella ejerza la fuerza que tú no puedes ejercer. Estabas buscando curarte del único modo que sabes: a través del sufrimiento de otro.

–No.

¿Curarse? Nunca se había sentido más vulnerable. No le quedaba absolutamente nada. Nunca habría querido verse en aquella posición. Salvo...

Cuando Kaysar había llenado de vestidos el armario de Cookie, había puesto aquel vestido blanco, a propósito, en un lugar de honor, aunque no supiera por qué. Sí sabía que, en aquel momento, había pensado: «Ella nos salvará a los dos con este vestido».

Sus movimientos se ralentizaron.

«Por lo menos, ahora no pensarás en Hador cuando pienses en tu hermana. Puedes recordar a la niña que te seguía con su muñeca. Puedes sonreír. La paz puede ser tuya, pero solo si la aceptas».

Recordó sus palabras. ¿Había salvado Chantel a Viori, salvándolo a él? Había acabado con el único obstáculo que había entre ellos y su futuro. Había terminado con una tarea de la que él ya no disfrutaba.

Sus movimientos se hicieron aún más lentos. Incluso en medio de su tormenta de dolor y furia, tuvo un sentimiento de... paz. Por primera vez, pudo imaginarse que Viori era feliz, estuviera donde estuviera, tal y como le había prometido Chantel.

Ninguno de sus maltratadores estaba ya sobre la faz de la tierra, abusando de inocentes en secreto. Su constante impulso de causar dolor y sufrimiento a sus enemigos, así como a sí mismo, se había debilitado. Aparte de las circunstancias presentes, claro.

¿Se estaba curando?

Jareth, desconcertado, seguía luchando a su lado, actuando como su guardaespaldas, cuando Kaysar se detuvo por completo.

¿Acaso siempre había deseado liberarse del pasado? ¿Él, que siempre decía la verdad? ¿Había tenido siempre el anhelo de seguir adelante? ¿Había esperado algo mejor? Quizá, como era incapaz de tomar las medidas para conseguirlo, le había pasado aquella carga a Chantel, pero, después, le había echado la culpa del resultado.

No, no era posible.

Pero... ¿y si era cierto?

En cuanto lo pensó, no encontró defensa posible para sí mismo. De repente, vio la verdad. Siempre había tenido aquel anhelo. Y para protegerse del dolor que le causaba liberarse del pasado, del recuerdo de su hermana, se había hecho creer a sí mismo que Chantel lo había traicionado.

Él era quien se había traicionado. Y, peor aún, la había traicionado a ella.

Dio un gruñido de arrepentimiento y vergüenza. Le había hecho daño a la única persona que lo había querido.

A Chantel se lo debía todo, pero la había tratado muy mal. ¿Sería ella capaz de perdonarlo? Kaysar no sabía si podría perdonarse a sí mismo.

Él... él... ¿Por qué se estaban olvidando los troles de su presencia? Habían dejado de luchar. Los soldados, que estaban frente a la fortaleza, vieron que la hiedra venenosa descendía por las murallas y se extendían por el campo de batalla, y que capturaba a algunos de sus compañeros y los estrujaba hasta

hacerlos explotar.

Con el corazón en un puño, alzó la vista y...

Había una mujer en el balcón del salón del trono, tomando una copa de vino. Su pelo rosa y negro flotaba suavemente en la brisa. Llevaba una camiseta corta que dejaba a la vista su vientre perfecto. Un par de pantalones muy cortos, y unas extrañas botas que le llegaban hasta la mitad de las pantorrillas.

Kaysar se agarró el pecho y se tambaleó. No había conocido a ninguna mujer de belleza tan magnífica.

Sintió desesperación por recuperar el mejor regalo que hubiera recibido nunca, y se teletransportó al balcón.

–Hola, Kaysar –dijo Chantel.

Él tenía que explicarse. Tenía que atravesar su barrera de dolor y furia. ¿Sería capaz?

–Chantel –dijo.

Cuando dio un paso hacia ella, Chantel lo detuvo con una enredadera. Las espinas se le clavaron en el torso.

–Mis enemigos no pueden acercarse a mí... a menos que esté a punto de matarlos. Además, llámame Cookie.

Él alzó las manos, con las palmas hacia fuera, soltando maldiciones interiormente.

–Chantel. Cookie. Te llamaré lo que quieras, y nunca seré tu enemigo.

–Estoy confusa. ¿No eres tú el hombre que me expulsó de mi casa? ¿No diste órdenes para que nadie me hiciera daño, puesto que tú eras el único que podía hacerlo?

Él se estremeció.

–He estado a punto de atravesar el portal muchas veces para ir a buscarte.

Solo había tres cosas que se lo habían impedido: su ira equivocada, su completa estupidez y los mensajes que le había transmitido Eye.

–Debería haberlo hecho, a pesar de que Eye me daba todas las garantías de que estabas segura. Ahora me arrepiento...

Chantel había tratado de advertírselo, ¿no?

–Tal vez no seamos enemigos, pero tampoco somos amigos. Así que no pienses más en el pasado. Ya ha terminado todo. Ahora debemos seguir adelante.

¿Que todo había terminado? No. Kaysar se pasó una mano por la cara. ¿Cómo podía llegar a ella?

–Deseo arreglar las cosas entre nosotros. Lo siento mucho, querida. Yo...

–¿Que lo sientes? –preguntó ella, y se echó a reír–. No es necesario, Kaysar.

Entiendo tu ira y el motivo de tus actos. Incluso me lo esperaba. Y, sinceramente, mirando atrás, veo que pasé por alto un hecho crucial: a ti ya te habían arrebatado tu voluntad una vez, y yo, insensiblemente, volví a hacerlo. Yo también lamento eso. Pero tú me quitaste las únicas cosas que me importaban a mí: mi hogar y mi familia. No puedo confiar en ti, no sé si volverías a hacerlo.

Aquellas palabras fueron todo un golpe, pero él siguió tratando de explicarse.

—Cuando vi el cadáver de Hador, me sentí como si hubiera vuelto a perder a mi hermana, como si le hubiera fallado definitivamente y en todos los sentidos. Por eso me cegué de furia. Si reconocía que habías hecho lo que una parte secreta de mí llevaba esperando mucho tiempo, tendría que reconocer que había permitido que mi hermana se me perdiera por segunda vez en la vida —dijo, con un sentimiento de culpabilidad que lo reconcomía por dentro—. Lo siento muchísimo.

—No pasa nada, Kaysar, de verdad —dijo Chantel—. He recordado más cosas sobre el tiempo que estuve con Jareth. ¿Quién sabe? Quizá quede algo ahí.

Él sintió pánico y celos. Intentó de nuevo dar un paso hacia delante, pero la enredadera lo empujó hacia atrás.

—Te quiero con toda mi alma. Si quieres estar con Jareth, yo... no te lo impediré. Pero, por favor, querida, dame la oportunidad de demostrarte que yo puedo ser el mejor hombre para ti.

Ella le dio un sorbito a la copa de vino. Después, se giró y lo miró con tristeza por encima de su hombro.

—No hay necesidad. No puedes. Y no hay motivo para prologar esto. Espero que tengas una vida feliz, Kaysar. Yo pienso hacerlo. A lo mejor nos encontramos por ahí.

El encuentro de Cookie con sus súbditos se celebró dos semanas después. Ella se negaba a echar de menos a Kaysar ni a recordarlo. Él había mantenido las distancias, tal y como ella le había pedido. Y eso estaba muy bien. Todo estaba muy bien. Maravilloso.

Pero... también había negociado una tregua con Micah. El otro rey iba a establecer un campamento al otro lado de las Tierras del Atardecer, donde permanecería durante un año. Cualquiera que quisiera servirlo podía hacerlo. Y, quien optara por permanecer con Cookie, también podía hacerlo. Cuando terminara aquel año, todo podría suceder. Kaysar estaba trabajando incansablemente para asegurarse de que ella tuviera un hogar seguro, y Cookie no sabía qué debía sentir al respecto.

Bueno. Aquel día, ella había elegido un vestido rojo sin tirantes, muy ajustado, con un escote en forma de corazón y un bajo que descansaba sobre el suelo. Sobre los hombros llevaba una capa de cuello alto. Se había puesto rubíes en las orejas, cuello y muñecas. En la cabeza, una corona de sus propias espinas y rosas. Había estado a punto de elegir la diadema de cristales que le había regalado Kaysar, pero no quería estar pensando en él durante toda la recepción... como estaba haciendo en aquel momento.

Tamborileó con las garras de espinas en el brazo del trono. Kaysar no se merecía su atención, y ya era suficiente.

Había decidido ser la reina de corazones. Iba a ganarse a su pueblo con su justa consideración de las cosas y su plan de revitalización. Quien hiciera daño a los inocentes tendría que vérselas con la jueza Cookie. Y, los demás, tendrían que aprender a vivir con sus cambios de personalidad.

Pearl Jean y Sugars se habían adaptado bien a su nuevo hogar. Pearl Jean se había instalado en la habitación contigua a la suya, y Sugars había declarado todo el castillo como territorio propio. Los sirvientes mimaban a la mujer más anciana de todo aquel mundo, y trataban a la pequeña pantera con la adoración que merecía.

Ambos tenían un trono, Sugars, a su izquierda, y Pearl Jean, a su derecha.

Los únicos que habían ido a visitarla habían sido Amber y Jareth. Ella le había contado al príncipe todo lo que había averiguado sobre Lulundria, y le había dado la foto que había tomado de la casa de campo victoriana. Él había derramado algunas lágrimas. Cookie le había dado un abrazo. Cada vez sentía más afecto por él. Afecto, pero nada más. Lo consideraba un amigo.

En aquel momento, Jareth estaba entre los tronos, cumpliendo el deber de guardia, mientras los ciudadanos de las Tierras del Atardecer llevaban ante ella regalos de bienvenida, le daban muestras de agradecimiento y le hacían alabanzas. La vida vegetal había vuelto a su plenitud, y la gente lo celebraba.

—¿Por qué se ha parado la fila? —preguntó Pearl Jean, que se tomaba muy en serio su papel de segunda al mando—. ¿Dónde está el siguiente súbdito? Vamos a terminar ya con esto —dijo. Se frotó las lumbaras y se movió para acomodarse mejor en el trono—. Tengo la ciática desatada.

Sugars bostezó.

Hadas, minotauros, centauros y varias especies más habían pasado por el salón del trono durante horas. Sin embargo, Cookie había visto la fila antes de recibir al primero de sus súbditos, y sabía que la recepción iba a continuar varias horas más. Entonces..., ¿por qué nadie se movía?

No importaba. La respuesta a aquella pregunta entró al salón con petulancia y con cara de determinación. Kaysar. A ella se le aceleró el pulso al verlo. Estaba muy guapo. Sin camisa. Con pantalones negros y botas de combate. Los ojos de mirada salvaje. Amber lo acompañaba.

—¿Es quien creo que es? —preguntó Pearl Jean—. Porque... vaya, vaya. Él se detuvo ante el estrado, y se inclinó ante ella.

—Majestad.

—Kaysar —dijo Cookie, bajando la cabeza—. No tengo nada que decirte.

Y, sin embargo, solo quería echarse a sus brazos. Pero ya había cometido antes aquel error.

—Lo sé, querida. Así pues, si no te importa, seré yo quien lo diga todo.

Sonrió un poco, con afecto, y a ella se le encogió el pecho.

—Ya he experimentado cómo es la vida sin ti, y sé que no hay un futuro peor para mí. He aprendido la lección. Por eso he venido a darte la bienvenida a las Tierras del Atardecer, como muchos otros, y a jurarte mi lealtad. A partir de este momento, tus enemigos son mis enemigos y, los que te hagan un mal, me lo harán a mí también. Quienes te hagan daño sufrirán mi ira. Mi presente y mi futuro te pertenecen. Te ruego humildemente que los aceptes, aunque entenderé que no quieras. De todos modos, tú eres mi única familia, y mi lealtad seguirá siendo inquebrantable.

—Kaysar...

—Tengo más que decir.

Cookie presenció, boquiabierta, como él se clavaba las garras en el hombro y se arrancaba las marcas que servían de método anticonceptivo. Tiró aquella parte de su carne a los pies del trono, como un ofrecimiento.

—Mi venganza contra los Frostline ha terminado. Cuando estés preparada para tener hijos, yo estaré preparado para dártelos.

—Vaya, qué gran gesto —dijo Pearl Jean, compartiendo una sonrisa con Amber.

Ella abrió y cerró la boca.

—Me dijiste que, si tenía hijos, serían de los Frostline.

—Jareth va a consentir en disolver su matrimonio contigo, o morirá —dijo Kaysar, fulminando al otro hombre con la mirada—. Los hijos que tengas serán nuestros. Ellos gobernarán en nuestros reinos. En la Corte de Medianoche y en las Tierras del Atardecer.

«No te ablandes. Otra vez no».

—No puedo.

–Y hay más –dijo él, y chasqueó los dedos.

Entonces, entraron dos soldados en el salón. El primero llevaba una pequeña jaula para aves, pero no había ningún pájaro dentro. El segundo llevaba una caja de tamaño mediano.

–Para la doncella de la reina, Pearl Jean, traigo como obsequio el corazón de un hada real –dijo Kaysar, mientras los soldados depositaban los presentes en el estrado–. Aseguro que su dueño merecía la pérdida. El órgano está preservado por medios místicos y, si Pearl Jean quiere vivir eternamente, solo tendrá que comérselo. Para el felino real, traigo una caja hecha de madera encantada. En su interior, se curará de cualquier herida, entre otras cosas.

–Cookie dice que sí –intervino Pearl Jean, gritando, y se levantó para tomar la jaula–. ¿Tengo que comérmelo entero, o basta con un trozo? No importa. Me lo como entero, para estar seguros.

Cookie ni siquiera quería saber a qué miembro de la realeza había asesinado.

–No –dijo, negando con la cabeza. No quería hacerse esperanzas otra vez. Kaysar le había llevado unos regalos asombrosos, pero eso era todo con él: grandes gestos. La decepción siempre seguía a aquellos gestos–. Lo que dije es cierto. No puedo confiar en ti.

Él cerró los ojos un momento, como si no pudiera soportar el dolor. Cuando volvió a mirarla, alzó la barbilla y giró los hombros.

–Yo también lo sé. Pero estoy dispuesto a hacer todo lo necesario para recuperar tu confianza.

¿De veras?

–¿Y cómo piensas hacerlo?

Él se teletransportó al estrado y se encadenó a su trono. Entonces, se apartó varios metros, fuera del alcance de Cookie. Sin dejar de mirarla, se puso un collar de metal en el cuello, un collar conectado a la cadena.

Oh, no. No, no.

–Quítate el collar, Kaysar. Ahora mismo.

Cookie detestaba verlo así. Sabía cuál era el coste.

–Sí, lo haré. Cuando haya conseguido mi propósito de recuperar la unión de mi equipo.

–Kaysar –dijo ella, con enfado–. No puedes...

–Tengo otros dos regalos para ti –la interrumpió él, y se puso delante de ella, en el estrado–. Te voy a decir las dos palabras que te mereces oír desde hace tanto tiempo: Tenías razón.

A ella se le cortó la respiración. Aquello sí la había conmovido. ¿Tal vez...

debería darle otra oportunidad, después de todo?

–Por último –dijo él– te doy mi corazón.

Se puso de rodillas y se clavó las garras en el pecho, donde la piel ya había empezado a curarse.

–Voy a mostrarte cómo late por ti.

Cookie le agarró por la muñeca para detenerlo.

–No hagas eso –le ordenó–. Déjame pensar un momento.

–Sí, por favor. Hazlo. Yo estaré aquí todo el tiempo necesario. A propósito, estás deslumbrante. Has atrapado otra vez mi corazón a primera vista.

Increíble. Él entendía por qué había elegido aquel atuendo. Pero... siempre había comprendido sus estados de ánimo, ¿no?

A Cookie le latía el corazón con fuerza mientras su mente daba vueltas. Aquel hombre, a quien de niño habían despojado de su libertad, estaba dispuesto a renunciar a ella de adulto, solo para estar cerca de ella. Estaba demostrando sus intenciones con actos.

En aquel momento la estaba mirando con total seriedad, como si no hubiera nada más importante para él que su respuesta. ¿Creía ella que él le había perdonado sus actos? Sí. Entonces, ¿cómo no iba a hacer ella lo mismo, y perdonarlo por algo que había hecho en el momento en que había culminado un dolor que duraba siglos? ¿Por qué estaba aferrándose ella a su propio dolor y permitiendo que el miedo dominara su vida? Sí, él se había equivocado. Pero, al final, había rectificado y estaba haciendo lo posible por recuperarla. Y ella lo quería con toda su alma.

El complicado rey, ahído de sed de venganza, la había hecho revivir. Si conseguía superar el dolor, tendría que admitir la verdad. Nunca había dejado de desearlo; las noches sin él eran horribles. Los días, peor aún. Incluso aunque Pearl Jean y Sugars estuvieran allí, con ella, se sentía sola.

Para Cookie, Kaysar era la conexión, y la conexión era Kaysar.

Lo miró a los ojos una vez más, y él sonrió.

–¿Me has perdonado al cien por cien? –le preguntó, rodeándola con los brazos–. ¿Vas a ponerte otra vez el uniforme del equipo?

–Sí –dijo ella, inclinándose hacia él. Tomó su adorada cara con ambas manos–. Vamos a empezar un juego nuevo. Así que quítate el collar y llévame a...

En un abrir y cerrar de ojos, el collar había desaparecido y los dos estaban en su dormitorio, tendidos en la cama. Suavemente, él le cubrió la cara de besos.

–Te quiero hoy –le dijo–. Te querré mañana, y al día siguiente. No habrá ni

un solo momento en el que no estés segura de que te adoro.

Ella sonrió y lo miró a los ojos.

–Tus enemigos son los míos, Kaysar. Los que te hagan un mal, me lo harán a mí. Quienes que hagan daño sufrirán mi ira. Mi presente y mi futuro te pertenecen.

Kaysar pensó en cuánto la quería.

–Te daré el mundo entero, Chantel.

Ella le guiñó un ojo.

–No, si yo te lo doy a ti primero.

Epílogo

Kaysar tenía a Chantel, desnuda, entre sus brazos. Después de dos semanas de maratón sexual, estaban juntos y tranquilos, hablando, tal y como les gustaba hacer.

–La coronación de Jareth es mañana –dijo ella, con una sonrisa–. Me gustaría ir.

–Pues iremos –dijo él.

Aunque no le gustaba admitirlo, había terminado por caerle bien el muchacho.

–Me ha pedido que no matemos a nadie.

–¿Y qué le has dicho?

–Que no podía prometerle nada. ¿Y si alguien se lo merece?

–Esa es mi chica –dijo él. Siempre pensando en los cincuenta asesinatos que tenían por delante.

Ella le pasó un dedo por un pezón.

–¿Es malo que tenga la esperanza de que alguien se lo merezca?

Él sonrió.

–Es perfecto, amor mío. Tú eres perfecta.

Era fuerte para hacer las cosas que él no podía hacer. Y valiente para haber abierto la jaula de un oso herido.

–Antes de que nos marchemos, deberías llenar el castillo de hiedra venenosa, para que Micah no pueda entrar sin sufrir. Por si acaso decide romper nuestro acuerdo, o entra a robar algo.

–Por supuesto –dijo ella, asintiendo–. ¿Sabes? Deberías llevarme a conocer la Corte de Medianoche antes de la coronación. Debería ver el lugar para poder contarle a Jareth por qué tu reino es mejor que el suyo.

Kaysar tuvo una erección. Ella sabía cómo excitarlo en pocos segundos.

Él le besó la frente, la nariz, los labios.

—No es mi reino, querida. Es nuestro. Y lo de pasar por la Corte de Medianoche es muy inteligente. Supongo que debería ordenar que mi ejército deje de luchar contra el de Hador, porque serán los soldados de Jareth en algún momento.

—Hablando de nuestro ejército, ¿crees que... a lo mejor... posiblemente... alguno de nuestros hombres sienta predilección por las damas de edad lujuriosas?

—¿Pearl Jean busca pretendiente? Muy bien. Solo los mejores para nuestra amiga.

Se abrió la puerta del dormitorio. Aunque nadie se asomó, Pearl Jean dijo:

—Lo siento, pero esto va a suceder. Se está portando como un monstruito, y yo tengo el comienzo de un resfriado de hada.

La puerta se cerró después de que Sugars entrara en la habitación como el dueño de todo lo que contemplaba. Subió de un salto a la cama y ocupó su lugar en la almohada.

El gato le había tomado afecto desde el principio. De hecho, lo prefería a él antes que a nadie, incluida Chantel. Algo que a ella le resultaba muy divertido.

Kaysar sintió paz y satisfacción. La vida nunca había sido mejor.

Tal vez Chantel y él dedicaran algo de su tiempo a buscar a Viori. Él tenía a Drendall a buen recaudo en la Corte de Medianoche, a la espera del regreso de su hermana. Hasta que la encontrara, viva o muerta, no iba a rendirse.

Todo iría bien.

Por primera vez en la vida, lo creyó con toda su alma.